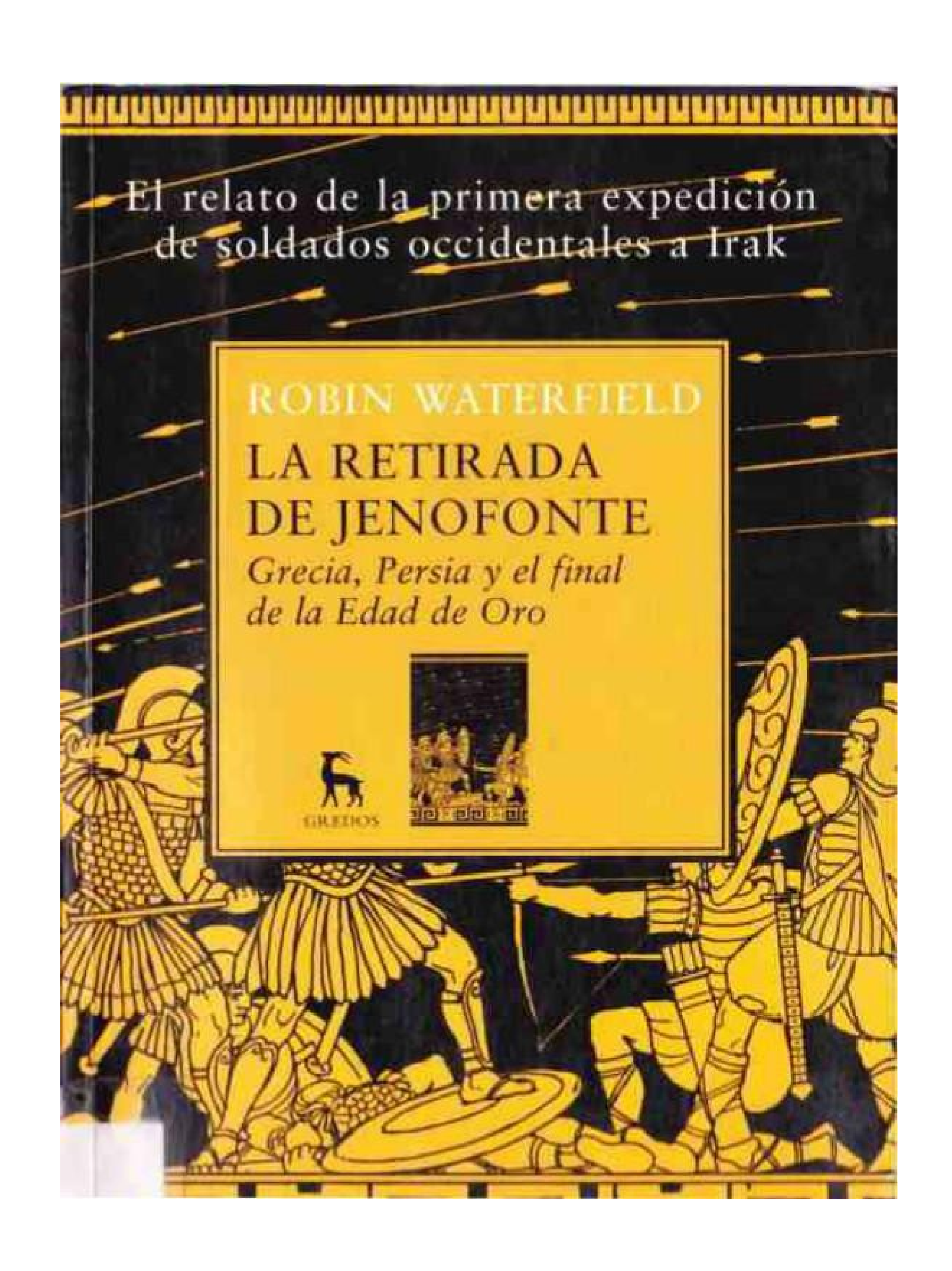

El relato de la primera expedición
de soldados occidentales a Irak
ROBIN WATERFIELD
LA RETIRADA
DE JENOFONTE
Grecia, Persia y el final
de la Edad de Oro
GREDOS

La Retirada de Jenofonte

(Grecia, Persia y el final de la Edad de Oro)

Robin Waterfield

Título: La Retirada de Jenofonte

Título original: *Xenophon's retreat*

Traducción de Gil Aristu, José Luis

Ilustración de cubierta:© PoodlesRock / Corbis. La batalla de las Termopilas, Herbert N. Rudeen, 1922

Mapas: András Bereznay

Serie: Grecia, Persia y el final de la Edad de Oro I

Editorial: Gredos. Biblioteca de la nueva cultura

ISBN: 9788424935801

RESUMEN Corre el año 401a.C. en Cunaxa, junto al río Éufrates, el rey persa Artajerjes derrota a su hermano Ciro el Joven, que pretendía arrebatarle el trono. Entre las tropas vencidas y abandonadas en ese momento a su suerte se encuentran los mercenarios griegos conocidos como los Diez Mil, además de un joven llamado Jenofonte (antiguo discípulo de Sócrates), que deberá ponerse al frente de ellos para guiarlos en una atroz expedición que cruzará un continente y se abrirá camino librando feroces combates a lo largo de un duro invierno. Un viaje épico cargado de dramatismo, pasión y triunfo humano. *LA RETIRADA DE JENOFONTE* nos habla también de la incesante preocupación de Occidente ante la brecha abierta entre Europa y Oriente Medio.

«*Un espléndido ejemplo de divulgación de la historia clásica*», Financial Times Magazine;

«*Apasionante*», Sunday Telegraph;

«*Este relato de la primera expedición de unos soldados occidentales a Irak [...] es tan erudito como fascinante*», Tom Holland;

«*Una historia intemporal, además de un vivido relato de su época*», BBC History Magazine.

EL AUTOR En 2005, Robin Waterfield (1952) publicó una nueva traducción de la *Anábasis* de Jenofonte al inglés con el título *Xenophon: The Expedítion of Cyrus.* También ha escrito *Athens: A History, y* traducido obras de Eurípides, Plutarco, Heródoto, Aristóteles y Platón, y otras más de Jenofonte. Además de *La retirada de Jenofonte*, sus últimos libros de ensayo son *Hidden Deptbs: The Story of Hypnosis, Athens, A History: From Ancient Ideal to Modern City* y *The Trial of Athens: Sócrates*, *Alcibiades and Moral Crisis* (en prensa).

ESTE LIBRO ES UNA OFRENDA A LOS ESPÍRITUS DE MI HOGAR GRIEGO: QUE MANTENGAN LA PAZ

AGRADECIMIENTOS

En el otoño de 2004 viajé hasta Irak y desde Irak por la ruta tomada por los Diez Mil tanto como lo permitieron las circunstancias geopolíticas y el tiempo. Estoy agradecido a los fabricantes de mi Land Rover Discovery, así como a Ingrid Gottschalk, que compartió conmigo los placeres y tensiones del viaje. También querría dar las gracias a mis agentes, Bill Hamilton y Emma Parry; a mis editores, Walter Donohue, de Faber and Faber, y Peg Fulton, de Harvard University Press; y a mis lectores, Paul Cartledge, Kathryn Dunathan y Andrew Lane, junto con los dos reseñadores anónimos consultados por Harvard University Press. Me considero especialmente afortunado por contar con la amistad del profesor Cartledge, cuya infatigable energía y amplios conocimientos tanto de las fuentes primarias como secundarias de la historia griega hacen de él el destinatario perfecto para solicitar consejo e información. Wendy Toole, Alex Lazarou y András Bereznay demostraron una destreza meticulosa en sus respectivas tareas de edición, diseño y cartografía. Otros más, en especial Nazan Alsan, Martin Buckley, Tenir Demirbulut, Bill Murray, Tim Rood y Christopher Tuplin, me han ayudado también de diversas maneras. El Royal Literary Fund ha apoyado, una vez más, mi labor concediéndome becas de docencia. La investigación para el libro habría resultado mucho más penosa de no haber sido por la paciencia y habilidad del personal de las bibliotecas londinenses de las siguientes instituciones: Institute of Classical Studies, British Library, School of Oriental and African Studies y Warburg Institute.

Laconia (Grecia), diciembre de *2005*

PRÓLOGO

La columna vertebral de este libro es un compendio de la Anábasis de Jenofonte, el primer informe sobre una campaña militar escrito en el mundo occidental por un testigo ocular. Jenofonte narró la marcha a Oriente de un contingente de indómitos soldados griegos profesionales para luchar por el príncipe persa Ciro el Joven en su intento de hacerse con el trono del poderoso Imperio de Persia arrebatándoselo a su hermano. Aunque los griegos tuvieron una buena actuación en la batalla de Cunaxa (librada en el desierto en algún punto al oeste de la moderna Bagdad), Ciro perdió la vida en el enfrentamiento, lo cual supuso también la pérdida de la batalla. Los griegos se vieron obligados entonces a regresar a su patria —un viaje de cientos de kilómetros hacia el norte del actual Irak para adentrarse en las montañas del Kurdistán y en Turquía nororiental y descender luego a la costa del mar Negro—. Por su carácter de aventura fascinante, su interés humano, sus vigorosos personajes, su dramatismo y su pasión, el relato es una epopeya de supervivencia: la marcha de 2.750 kilómetros *hasta* Babilonia fue larga, pero sólo resultó ardua en algún que otro momento; sin embargo, el viaje *de vuelta* costó semanas de duro recorrido a través de uno de los territorios más ásperos del mundo, en condiciones aterradoras de amenaza mortal casi constante, peligros por parte de fuerzas hostiles, traición, lealtades que se descomponían y unas condiciones climáticas extremas.

El libro de Jenofonte es una obra maestra de historia militar occidental, el informe sobre una notable campaña escrito por un soldado que participó en ella y era lo bastante veterano como para entender los problemas del mando. No tendría mucho sentido que yo volviese a narrar toda la historia, cuando, hace 2.350 años, el propio Jenofonte dio vida con indiscutible destreza a la emocionante y atroz expedición. El compendio del original de Jenofonte que ofrezco aquí es, por tanto, incompleto y sólo constituye la columna vertebral de mi libro.

En cualquier caso, deseaba explorar algunos aspectos de la expedición *no* mencionados por Jenofonte, como el carácter truculento de las batallas de la Antigüedad (que Jenofonte daba por supuesto y con el que su público directo estaba familiarizado, tal como esperaba, por supuesto, el propio autor) y su logística. También he querido contextualizar la expedición con información sobre las relaciones entre griegos y persas, tanto antes como después de la marcha de Ciro. Aventuro más conjeturas que las expuestas por Jenofonte sobre motivos y planes personales y, por lo demás, relleno huecos de su relato e indago, a menudo

de forma conjetural, más a fondo de lo que él mismo se permitió escarbar. Mi primer interés en este sentido ha sido ofrecer una versión bien rematada de la historia de la expedición. También he dado toda la información fidedigna que es posible recuperar o deducir acerca de la vida y personalidad de Jenofonte; soy más comprensivo con él de lo que se muestran muchos estudiosos, pero lo veo en gran medida como un producto de su tiempo. Jenofonte no poseía la grandeza de espíritu ni los requisitos necesarios, sean los que fueren, para trascender e incluso cambiar la época en que uno vive.

Además, el subtítulo de mi libro promete algo acerca «del final de la Edad de Oro». La Anábasis,escrita treinta o más años después de los sucesos, no es una simple obra histórica. Jenofonte tuvo tiempo de reflexionar, y el libro está matizado y enriquecido por numerosos temas, uno de los cuales es la documentación del desengaño gradual experimentado por él y por su ejército. Cuando se dispuso a escribir su relato, pudo volver la mirada a los treinta últimos años, durante los cuales los propios Estados de la Grecia continental se habían hundido en el desencanto debido a los golpes padecidos; así pues, aquellos dos años de sufrimiento soportado por él y por sus hombres se presentaron en su mente como una síntesis y un presagio de lo que vendría después. (Debo decir de inmediato que no considero que esa actitud constituya un fallo en su obra: todo escrito historiográfico está sesgado o escorado de algún modo.) Por mera casualidad, la expedición coincidió también exactamente con la divisoria de los que ahora llamamos siglos V y IV a. C. —tuvo lugar entre los años 401 y 399—, lo cual me ha permitido hablar, simplificando (y a pesar de que esas cifras no habrían significado, por supuesto, nada para Jenofonte y sus contemporáneos), de un contraste entre el optimismo, la intrepidez y los altos valores del siglo V, la «Edad de Oro», y el realismo más pragmático, materialista y escéptico del siglo IV, que le sucedió.

En muchos libros de historia se corre el peligro real de apabullar a los lectores con un cúmulo de nombres exóticos. En una obra histórica que abarca las épocas y lugares abordados aquí por mí, ese peligro se agudiza por las diversas versiones disponibles para muchos nombres propios. Aunque el asunto tiene algún interés intrínseco, ¿cuántos lectores necesitan, de verdad, saber que cierto rey medo se llamaba «Arshtivaiga» —el «lanzador de jabalina»— en su propio idioma, «Ishtumegu» en babilonio y «Astiages» en griego? ¿O que el hombre conocido por los griegos como «Kyros» («Cirus», en su forma latina) era «Kurus» en persa

antiguo y «Kuras» en elamita? En lo referente a los nombres orientales, he utilizado las formas griegas latinizadas. Esas formas han acabado por familiarizarse debido a la mayor probabilidad de que los lectores occidentales, que constituyen el público principal de este libro, hayan leído autores clásicos u obras basadas en la erudición clásica, y no transliteraciones de inscripciones antiguas orientales o tablillas cuneiformes; y también porque los historiadores griegos siguen siendo una de nuestras fuentes más importantes (junto con la arqueología, la historia del arte, la historia lingüística, etcétera), incluso para los países y pueblos menos conocidos estudiados en este libro. De manera similar, por lo que respecta a los nombres griegos, he reprimido mi pedante afán de transliterar el griego original y he usado, una vez más, las normas latinizadas/castellanizadas más conocidas. Atribuyo, desde luego, cierto valor a que los lectores sepan que «Esquilo» debería ser, en realidad, «Aischyllos»; «Escilunte», «Skilloûs»; etcétera. Pero el peligro de semejante pedantería es que los amigos acaben convirtiéndose en extraños. Sobre la ortografía de los nombres antiguos, no existen, según se deplora a menudo, unas normas que satisfagan a todos, pero espero, al menos, que, al haberme basado en principios utilitarios, el número de personas a quienes agrade supere al de aquellas a las que moleste.

LA BATALLA DE CUNAXA

A

finales de septiembre del 401 a. C., dos enormes ejércitos se enfrentaron junto a la orilla oriental del río Éufrates en una planicie polvorienta del actual Irak recocida por el sol de un largo verano. La persona que se hallaba al mando de uno de ellos era Artajerjes II el Memorioso, Rey de Reyes, el Gran Rey del Imperio persa; el otro estaba capitaneado por su hermano menor, Ciro, cuya intención era cometer fratricidio y gobernar en lugar de Artajerjes. La batalla fue el acontecimiento culminante de la campaña de Ciro, planeada desde hacía tiempo desde sus dominios de la zona occidental de la actual Turquía. Un joven autor ateniense, Jenofonte, hijo de Grilo, que se había unido a la expedición movido por una inquieta necesidad de aventura, más como observador que como soldado, se encontraba allí y pudo registrar lo sucedido en una obra conocida con el nombre de Anábasis(marcha tierra adentro desde el mar) o Expedición de Ciro,el primer y máximo relato presencial de una campaña escrito en todo el mundo.

Se desconoce la localización exacta del enfrentamiento: la batalla recibió el nombre de un pueblo cercano llamado antiguamente Cunaxa, versión de la palabra aramea *keništa*, «sinagoga», pues se trataba de una zona de la multirracial Mesopotamia poblada por judíos. Suponiendo que el nombre se haya conservado de algún modo con el paso de los siglos, las dos mejores conjeturas para su ubicación son poco claras, y sería vana cualquier consulta para encontrarlas en la mayoría de los mapas. Cerca del Éufrates, al oeste de Bagdad, se alza un montículo de estratos formado por restos históricos denominado Tell Kuneise; y un poco más cerca de Bagdad hay un pueblo llamado Al Nasiffiyat, versión abreviada del original Kuneisesafyatib. En la actualidad, Al Nasiffiyat se encuentra a cierta distancia del Éufrates, pero en tiempos antiguos el río seguía un curso diferente, y el pueblo pudo haber estado cerca de su orilla oriental.

Artajerjes comandaba un ejército de 45.000 hombres, una fuerza formidable (los cálculos antiguos,[1]desaforadamente inexactos a pesar de la seguridad con que se nos han transmitido, hablan de 400.000 o, incluso, de 900.000). Artajerjes había marchado al encuentro de su hermano a pesar de que sus fuerzas no se habían concentrado todavía: una iba a ser conducida al oeste por un hermanastro suyo en cuanto se hubiese reunido un número de hombres suficiente; la otra se hallaba ya de camino procedente de Fenicia.

La mayoría de los hombres del rey eran soldados de infantería, más los

temidos arqueros persas, pero había también entre ellos cientos de jinetes y docenas de carros. Los persas disponían de un ejército en armas (compuesto sobre todo por persas y medos, y complementado por mercenarios, más que por tropas locales) para controlar algunas de las provincias y patrullar las fronteras del imperio, pero también alistaban y contrataban otras fuerzas para ocasiones especiales como ésta. Los residentes en el imperio podían esperar que el cumplimiento del servicio militar les fuera recompensado con una concesión de tierras, y se llevaba un censo de los beneficiarios y sus descendientes, los cuales estaban obligados a perpetuidad a servir en el ejército siempre que se les llamara. Una burocracia eficiente y el mejor sistema viario del mundo antiguo anterior a los romanos garantizaban la posibilidad de reclutar grandes ejércitos con una impresionante rapidez.

Lo más destacado de la infantería persa eran los Inmortales. Según sugiere un antiguo acertijo, aunque uno cambie primero el mango y luego el corte de su hacha, la herramienta seguirá siendo la misma. Por idéntica razón, los Inmortales se llamaban así porque nunca se dejaba que su número cayera por debajo de los 10.000: los que morían o eran demasiado viejos para prestar servicio eran sustituidos de inmediato por nuevos reclutas. En cualquier caso, así fantaseaban los griegos; pero es más probable que malinterpretaran la palabra persa que designa al «miembro de un séquito», similar a otra que significa «inmortal». Los Inmortales guardaban el palacio real de Persépolis; y, en campaña, mil de ellos —los *arštibara*, o portadores de lanza—, reclutados entre los súbditos de alto rango del monarca, constituían la escolta del rey y disfrutaban de privilegios especiales, como el derecho a llevar consigo a sus esclavos y concubinas y recibir, dentro de lo posible, unas raciones más generosas. La indumentaria de los Inmortales era llamativa, y cada uno de ellos portaba una lanza de madera de cornejo con una hoja chapada en plata y un astil rematado en una granada también de plata (o de oro en el caso del regimiento de los Portadores de la Lanza), un arco y una aljaba profusamente ornamentada.

La infantería procedía de todo el Imperio persa, que se extendía desde Egipto hasta Georgia, y desde Pakistán hasta los Dardanelos. En ella destacaban los feroces miembros de la tribu de los sacas, originarios de Asia Central, pero los pertrechos del ejército incluían un fantástico muestrario de diversidad regional: había escudos redondos, en forma de media luna y alargados, de madera o de cuero con refuerzos de mimbre, picas y lanzas de diferentes longitudes, arcos de dimensiones y formas diversas, espadas cortas y rectas o alfanjes perversamente recurvados a modo de hoces, pesadas mazas de hierro, hachas, hondas y hasta

lazos. Aquel cuadro, que los antiguos encontraban vistoso y exótico o extraño y terrible, según sus perspectivas, se completaba con una multiplicidad de tocados diferentes, desde turbantes y gorros puntiagudos hasta cascos. Muchos de aquellos hombres llevaban, incluso, pantalones, prenda que los griegos, ajenos al sentido práctico de un pueblo de jinetes, consideraban afeminada.

Las fuerzas de caballería eran especialmente esplendorosas. La nobleza persa montaba caballos de guerra con gualdrapas, siempre de la raza de los mundialmente famosos neseos, procedentes de las fértiles llanuras de Media, de porte y fuerza superiores a los de los caballos mediterráneos de la época. Los jinetes llevaban piezas de armadura bajo las sobrevestes y en las piernas, y todos portaban lanza y espada. Sus corazas blancas reflejaban el sol del atardecer, que brillaba en las puntas de miles de armas. Tres de los grandes sátrapas (generalísimos semiindependientes y jóvenes príncipes del Imperio persa) —Tisafernes, Gobrias y Arbaces— mandaban sendas divisiones del ejército del rey; un cuarto, Abrócomas, se hallaba de camino. Pero Ciro había tomado una ruta difícil, aunque rápida, siguiendo el curso del Éufrates, precisamente para llegar a la zona de combate antes de que Abrócomas y su división pudieran unirse al resto del ejército de Artajerjes.

Los hombres de Ciro, unos 30.000 en total, se hallaban en inferioridad numérica. Eran algo más de 14.000 infantes reclutados en Asia Menor entre los súbditos de Ciro, más 2.500 jinetes paflagones y de otras procedencias. Pero aunque Ciro había esperado más apoyo por parte de los nobles persas, no se sentía demasiado preocupado por aquella inferioridad numérica, pues los griegos que estaban de su lado eran muchos más, y los griegos eran los máximos guerreros de su tiempo. Además, aquellos griegos se habían endurecido combatiendo —circunstancia rara en una época de soldados aficionados—, pues muchos de ellos habían conocido la acción en Grecia durante la Guerra del Peloponeso, concluida hacía poco. Sus armas, armaduras y tácticas aventajaban a todo cuanto se les enfrentaba, incluida la caballería persa: por más enardecidamente que le incitara su jinete, ningún caballo se arrojaría contra una sólida falange erizada de lanzas —y en una falange de apretadas columnas, las lanzas de las tres primeras filas eran lo bastante largas como para sobresalir por delante de la línea de vanguardia, si los soldados tenían la fuerza y la destreza necesarias—. Lo más que podía hacer un jinete era cabalgar hasta acercarse lo bastante como para arrojar una jabalina, pero incluso esta maniobra era difícil de realizar con eficacia en aquella época anterior a las sillas y los estribos.

La guerra solía ganarse en una única batalla, por lo que Ciro contrató a los mejores soldados del mundo conocido. Los Diez Mil —denominación errónea que se ha popularizado desde la Antigüedad— eran, en realidad, unos 10.600 hoplitas griegos (infantería pesada) y 2.300 peltastas (soldados con armas ligeras), originarios en su mayoría de los márgenes del mundo griego. La formación de combate de Ciro situó a los griegos en el ala derecha, mientras él comandaba el centro y Arieo, su lugarteniente, el flanco izquierdo. Arieo era tío de Ciro (hermano de su madre), gobernador de la Frigia Helespóntica y buen suministrador tanto de hombres como de dinero.

LOS PERTRECHOS DEL HOPLITA La armadura característica de los hoplitas griegos, la infantería pesada, era un casco (cuyo diseño encontró distintos medios para combinar la protección, la visión, la audición y una apariencia intimidatoria), una coraza con una faldilla protectora, grebas de bronco para las espinillas y, sobre todo, un gran escudo redondo y cóncavo, de unos 90 centímetros de diámetro (más de la mitad de la altura de un hombre, especialmente en aquellos tiempos), confeccionado en madera recubierta de bronce, con un borde también de bronce, y de casi 7 kilos de peso. Cada hoplita portaba una lanza larga, pero no muy sólida, con punta de hierro para alancear; además, como recurso por si se rompía la lanza, una espada corta de hierro. Un hoplita con toda su armadura no solía tardar en acalorarse y agotarse.

Hoplita. Los escudos solían ser perfectamente redondos, pero, por lo demás, esta estatuilla de finales del siglo VI, hallada en el santuario de Zeus en Dodona, en el noroeste de Grecia, nos da una excelente idea de la postura y el temible aspecto de un hoplita en combate.



Pero había otras posibilidades de equipamiento individual y casero, y los cirianos (los *kỳreioi*, los «griegos de Ciro») presentaban un aspecto variopinto: los chalecos de cuero o lino endurecido superaban con mucho en número a los petos total o parcialmente de bronce, en especial en el caluroso clima de Babilonia; las grebas se hallaban en vías de desaparecer; se estaban introduciendo escudos más pequeños para mejorar la movilidad; los cascos eran de múltiples diseños y materiales (muchos llevaban incluso un bonete cónico de fieltro conocido con el nombre de pilos),y lucían una diversidad de penachos de crines de caballo, o carecían por completo de ellos; algunos escudos, aunque no todos, estaban blasonados con enseñas familiares o estatales, o con emblemas de alguna proeza; había varios tipos de espadas para tajar o apuñalar; muchas lanzas, pero no todas, tenían en el extremo inferior remates de bronce puntiagudos denominados gráficamente «lagartijeros», destinados a un uso ofensivo cuando se quebraba la cabeza de la lanza, y en particular para acabar con la vida del adversario que cayera a los pies del hoplita.

Aunque para darles un aspecto más impresionante, Ciro se aseguró de que un buen número de ellos —al menos los de la primera fila— portaran mantos de

color rojo, preferidos por los hoplitas espartanos, no existía un uniforme. Pero en un aspecto se comportaban exactamente como todos los hoplitas donde quiera que estuviesen: siempre que era posible luchaban en falange —formación rectangular tan densa como lo permitiesen la topografía y los recursos humanos—. Cuando había soldados suficientes, los hoplitas se organizaban en una falange de seis filas de fondo: en Cunaxa, pues, formaron más de 1.300 columnas y presentaron una esplendente muralla de escudos y lanzas de 1.500 metros de longitud.

El hoplita sostenía el escudo con firmeza en su brazo izquierdo: el brazo pasaba a través de un aro hasta el codo para aferrar con la mano una empuñadura situada en el interior del cerco. Si las circunstancias lo permitían, el peso del escudo se podía compensar descansando el borde superior del cerco en el hombro izquierdo. Durante el avance, el escudo protegía la mitad izquierda del cuerpo del hoplita y la mitad derecha del de su vecino; incluso en combate, cuando la necesidad de perfilarse para blandir la lanza a la altura del hombro significaba que el escudo ofrecía menos protección al vecino, era esencial que la línea de batalla se mantuviese lo más compacta posible. Mientras no aparecieran fisuras, la línea era prácticamente inexpugnable, y la falange hoplita fue una de las formaciones militares más eficaces de la historia.

La *Anábasis* de Jenofonte es, en uno de sus planos, el relato de unos éxitos asombrosos: cada vez que los hoplitas cargaban, el enemigo prefería salir corriendo antes que enfrentarse a ellos cuerpo a cuerpo. Los peltastas sufrían de vez en cuando alguna derrota, y el ejército en conjunto era vulnerable a las tácticas de guerrilla durante las marchas, pero en las batallas formales resultaba invulnerable —y cuantas más ganaba, mayor era la seguridad de sus integrantes, que mejoraban en flexibilidad y se volvían más formidables. Los hoplitas hallaron la manera de adaptarse a terrenos diversos y a diferentes tipos de adversarios, desde las escaramuzas de las tribus de montañeses hasta la caballería persa. Tanto en marcha como en combate, experimentaron con distintas formaciones y diferentes combinaciones de tropas ligeras y pesadas. Esta flexibilidad aumentó enormemente gracias a la estructura del ejército: su unidad táctica básica era una compañía de cien hombres, cada una de las cuales podía actuar con independencia de las demás o en conjunción con tantas otras como requiriese la ocasión.

Los cirianos eran guerreros profesionales. Muchos de ellos habían vivido y combatido anteriormente en el este y sabían que las normas eran distintas. En una batalla de griegos contra griegos, la cuestión consistía en confirmar la propia superioridad, y no necesariamente en exterminar al adversario. Pero en aquel

momento se daban cuenta de que se enfrentaban a una lucha a vida o muerte.

LA GUERRA HOPLÍTICA

E

n la Grecia del siglo V, las tropas ligeras se utilizaban sobre todo para saquear y destruir las tierras de cultivo del enemigo; su valor en el campo de batalla comenzó a demostrarse o a descubrirse de nuevo hacia finales de dicho siglo, durante la Guerra del Peloponeso, pero no fueron organizadas y empleadas con regularidad en combate hasta el siglo IV. Los contingentes de caballería fueron también reducidos hasta esas fechas: la topografía de Grecia no se presta ni a la cría caballar (por lo cual, la posesión de caballos era un signo de opulencia similar al de ser propietario de un Ferrari en nuestros días) ni a los enfrentamientos entre jinetes. Además, los griegos no conocían las herraduras, las sillas ni los estribos, circunstancia que hacía difícil e incómodo montar a caballo, en especial en situación de combate. En el siglo V, la caballería se utilizaba más para tareas de exploración, merodeo, protección y persecución que como fuerza de ataque por sí misma. La práctica bélica del asedio fue rara hasta finales del siglo IV por falta de una tecnología eficiente. La forma de lucha en tierra más conocida entre los griegos durante, por lo menos, dos siglos suponía de manera casi exclusiva la intervención de los hoplitas.

El mantenimiento de la formación era tan esencial desde el punto de vista táctico que los hoplitas preferían infinitamente luchar en terreno llano. Cualquier tipo de terreno incómodo podía provocar la aparición de fisuras en la línea, que también surgían por una tendencia natural a que las filas de hoplitas se estiraran hacia la derecha, pues todos intentaban resguardar su flanco derecho expuesto tras el escudo del hombre situado a su diestra o porque algunos avanzaban con mayor rapidez que otros (como estuvo a punto de ocurrir en Cunaxa). También podían producirse por miedo, cuando un hombre abandonaba su posición; la rareza de este caso se debía más que nada a la disposición táctica de la falange, donde los combatientes más expertos enmarcaban a aquellos cuyo comportamiento se prestaba a alguna duda. Además, en las batallas griegas clásicas, era probable que los vecinos de cada hoplita fueran conciudadanos o, incluso, parientes próximos (debido, sobre todo, a que los hoplitas prestaban servicio entre los dieciocho y los sesenta años), por lo que la vergüenza, ese sentimiento tan sumamente griego, desempeñaba una función importante.

En los combates entre falanges, la táctica se limitaba a detenerse a un metro, más o menos, del adversario para blandir las armas, o a un choque frontal entre las dos masas. Cada falange intentaba flanquear a la contraria procurando al mismo tiempo evitar ser flanqueada o extenderse adelgazando demasiado la formación. En caso de choque, los soldados de la primera línea empujaban con sus escudos contra los soldados de la línea enemiga que tenían enfrente, a la vez que asestaban lanzadas o acuchillaban con sus espadas por encima o por debajo de los escudos de sus adversarios, intentando crear por todos los medios a su alcance una fisura mortal en la falange opuesta. En los combates entre hoplitas se daban escasas muestras de destreza: mientras no se rompía una de las líneas, los combatientes no disponían casi de espacio para realizar los movimientos o los golpes y paradas propios de los enfrentamientos singulares. Aquel tipo de lucha se adaptaba de manera ideal al carácter no profesional de la guerra en Grecia, con unos campesinos que disponían de poco tiempo para la instrucción con armas. En este tipo de combate mano a mano, en el que los soldados podían recurrir incluso a uñas y dientes, la supervivencia no dependía tanto de la destreza técnica con las armas cuanto de una habilidad menos adiestrable —la capacidad intuitiva para adivinar dónde iba a lanzar el adversario su siguiente acometida, con el fin de defenderse de ella.



Este detalle de una sección del Vaso de Chigi (en realidad, una jarra), una magnífica pieza de cerámica protocorintia del 640 a. C., aproximadamente, muestra en forma estilizada dos falanges griegas a punto de chocar. La función del flautista consistía en intentar regular la velocidad del avance.

La armadura del hoplita no era tan gruesa como para no poder ser atravesada por un golpe lo bastante fuerte, en especial si se asestaba a la carrera en el primer momento del choque; y los cascos estaban tan inadecuadamente almohadillados que un golpe fuerte en la cabeza podía provocar una conmoción cerebral e, incluso, la muerte. No obstante, el hoplita experto solía apuntar a las partes expuestas del cuerpo, en especial al rostro, causándole terribles lesiones que solían dejar casi irreconocible a la víctima, o a la ingle, los muslos o el cuello, donde una herida podía derribar a un hombre y abrir una brecha en la línea. El poeta espartano Tirteo, del siglo VII, que no era de los que se arredraban ante los pormenores del combate hoplítico, nos ha dejado una truculenta descripción de la muerte de un hoplita anciano:[2]

[Un hombre maduro], con la cabeza ya blanca y la barba entrecana,exhala en el polvo

su último y valiente suspirosujetando entre sus manos su sexo cubierto de sangre—bochornoso espectáculo, ofensivo a la vista—con el cuerpo despojado de su armadura.[3]

La medicina de la Grecia antigua tenía más vicios que virtudes. Los médicos que actuaban en el campo de batalla podían restañar heridas leves, pero eran impotentes ante lesiones importantes. El destino de quienes eran heridos gravemente se hallaba en manos de los dioses: algunos hombres sobrevivían a heridas terribles, aunque acabaran mutilados, pero era mucho más probable que se declarasen infecciones que garantizaban una muerte dolorosa y lenta o que el fallecimiento se produjera con rapidez a consecuencia de traumatismos o pérdida de sangre.

Las falanges cargaban una contra otra con la mayor rapidez posible sin perder el orden. Si una línea no daba media vuelta aterrorizada antes de establecer contacto, ambas chocaban a una velocidad conjunta de unos 15 kilómetros por hora, con un estrépito terrible de escudo contra escudo, de lanzas que perforaban escudos y armaduras, de espadas que resonaban al parar el golpe o quebrarse. Aquellos sonidos inhumanos crecían hasta el nivel de un estruendo aterrador debido a los gruñidos y gritos de hombres que realizaban un esfuerzo agotador, y que no tardaría en aumentar con los alaridos lanzados por los heridos. El mero ímpetu de una de las falanges bastaba muy a menudo para destruir la formación de la otra más o menos de inmediato; de no ser así, las dos falanges podían apelotonarse provocando apreturas sofocantes a medida que las filas de la retaguardia embestían introduciéndose en las de vanguardia.

El hoplita individual, aislado dentro de su casco metálico (si es que lo llevaba), era presa de un miedo atroz. Si se hallaba en las filas centrales, podía suceder que su conocimiento de lo que estaba ocurriendo le llegara únicamente por el desplazamiento de los cuerpos que le rodeaban, ¿Cómo interpretar aquellos movimientos? ¿Significaban que su bando vencía o que estaba a punto de ser desbordado? Si el pánico contagiaba aunque sólo fuera a unos pocos hombres, la posible victoria podía convertirse en derrota. El terror del impacto inminente era tal que, según se reconocía de manera universal, los mejores luchadores debían apostarse no sólo en la primera fila, donde les correspondía colocarse por razones obvias, sino también en la última, donde podían espolear a quienes se hallaban en las centrales y mostraban signos de reticencia a enfrentarse al enemigo —y desde donde podían dar media vuelta para plantar cara a cualquier acometida derivada de un movimiento envolvente del adversario.

El comandante de la compañía ocupaba habitualmente la posición expuesta del extremo derecho de la fila frontal. Hasta el siglo IV hubo pocos generales profesionales y ningún oficial de pleno empleo. Los hombres eran promocionados a puestos de responsabilidad al comienzo de una campaña en función de su experiencia y se esperaba que capitanearan a los soldados desde la primera línea: ellos y sus acompañantes, a quienes consideraban como los mejores combatientes, solían ocupar las filas de vanguardia y retaguardia. Los generales y demás oficiales participaban directamente en el combate y no se limitaban a gestionarlo, lo cual tenía consecuencias importantes para la moral de sus tropas. Una de las principales razones de que los hombres de Alejandro Magno le demostraran una devoción tan absoluta era que habían sido testigos de su heroísmo personal en el campo de batalla.

El hoplita de las dos o tres filas delanteras no estaba menos expuesto al miedo. Podía ver mejor que quienes se hallaban a sus espaldas —pero lo que veía era otra temible falange cuyos miembros estaban resueltos a intentar matarlo—. Iba a tener que recabar toda su bravura y cargar contra esa otra falange, a pesar de su aparente impenetrabilidad. A veces, un silencio terrible atenazaba a los soldados al observar a los enemigos frente a ellos —silencio que, en un momento, podía difundirse y minar la seguridad—. El peán, una especie de letanía entonada justo antes de la carga, distraía de aquel miedo helador. Otro remedio era el alcohol: todos los ejércitos transportaban provisiones de vino o lo saqueaban durante sus marchas, y era probable que, antes del combate, los oficiales proporcionaran a sus hombres vino rebajado con agua, al estilo griego. El sacrificio ofrecido antes de la batalla —el derramamiento religioso de sangre, que prefiguraba la atroz sangría que iba a producirse— podía prometer la victoria, pero todo ello contribuía escasamente a aliviar los temores del hoplita.

Las tácticas de combate hoplíticas inspiraban a los griegos su concepción del valor: según dice el general ateniense Laques[4]en el diálogo platónico que lleva su nombre, el hombre valiente es el que se mantiene firme en el combate. A pesar de que el Sócrates de Platón juzgaba esa idea lamentablemente inadecuada como definición del valor, se hallaba tan arraigada en el pensamiento griego que combatir a distancia (con honda o arco o, incluso, con una jabalina) se consideraba una cobardía. Eurípides, a quien le encantaban las paradojas, hizo incluso que uno de sus personajes se burlara de Heracles, el héroe arquetípico, por esos motivos:

Jamás abrazó escudo con su mano izquierdani se arrimó a las lanzas;sosteniendo su arco —el arma de los cobardes— siempre estuvo presto a huir. La prueba del valor de un hombre no es el arco,sino mantenerse a pie firme y sostener la miradafrente a una puntiaguda mies de lanzas, firme en su puesto.[5]

Los griegos, con su esnobismo, consideraban una realidad preestablecida la norma de que las clases altas, aquellas que podían permitirse comprar el equipo completo de armas y armaduras del hoplita, eran las que debían dar muestras de bravura, mientras que las tropas ligeras, salidas de las clases más pobres o procedentes de pueblos que no eran plenamente griegos, portaban las armas de la cobardía. Pero los griegos de las clases altas estaban condicionados a mostrarse valientes por un aluvión de retórica cultural que hacía hincapié en la hombría y el patriotismo e ignoraba más o menos del todo la brutalidad y violencia de la guerra. Según esta retórica, lo único que contaba era vencer, y la victoria parecía algo sencillo. La realidad resultaba, sin embargo, aterradoramente diferente.

No era raro que una falange se derrumbara antes de sufrir un gran número de bajas, pero si las dos sobrevivían más o menos intactas al impacto inicial, los hoplitas se empujaban con sus escudos —con los que no se hubieran quebrado en el primer encontronazo— valiéndose de su peso a la manera de una terrorífica melé, si los soldados formaban un bloque lo bastante compacto, clavando los talones mientras acuchillaban a sus *adversarios* con sus espadas. Muchas lanzas se rompían en el momento del impacto y eso era precisamente lo que permitía a las dos falanges acercarse lo suficiente como para empujarse una a la otra—. Desenvainar la espada o cambiar la manera de empuñar una lanza rota para blandir el extremo inferior a modo de arma era cosa de un momento, pero un momento que podía ser fatal. El movimiento de avance o retroceso se limitaba a veces a un confuso arrastre de los pies. El sudor y el polvo oscurecían la visión, lo cual constituía una nueva causa de temor. Las dos líneas frontales opuestas se hallaban tan cerca que, además de la fetidez a sangre, vísceras y terror, sus integrantes podían sentir en el aliento de sus oponentes el olor a ajo, cebolla y vino, y un golpe asestado con fortuna era recompensado, probablemente, con un chorro de sangre caliente sobre la cara y los brazos.

Hombres de las dos falanges caían en distintos lugares y las líneas flaqueaban y titubeaban provocando accesos de refriega enloquecida en los puntos más débiles, hasta que un bando lograba un número suficiente de esas pequeñas ventajas como para que el otro comenzara a retroceder en bloque. El conocimiento de que cuanto antes se produjese esta circunstancia más reducidas serían las bajas

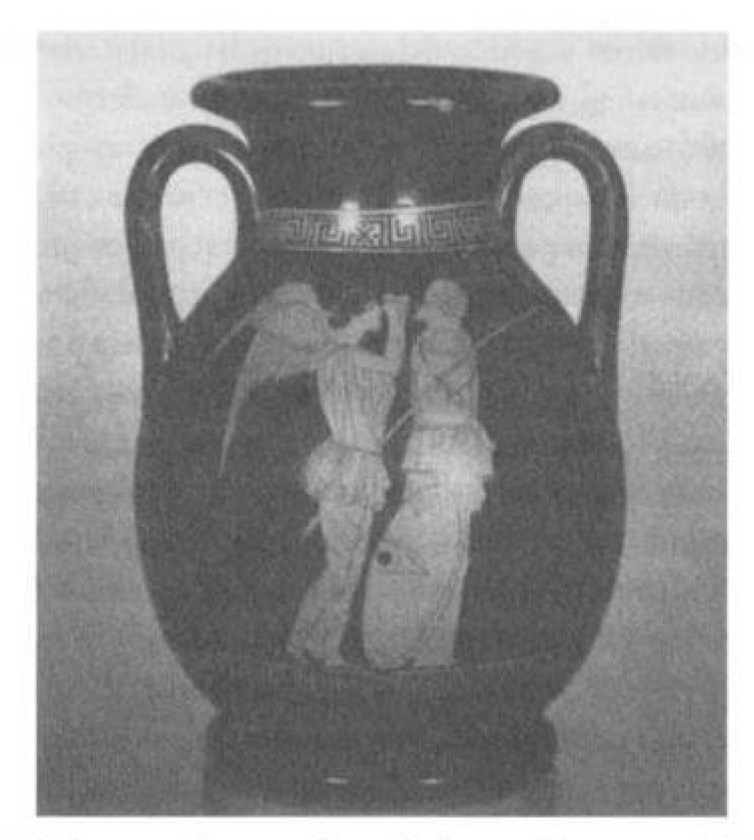
constituía una tentación tanto para el valor como para la cobardía. Era tan importante triunfar en la primera arremetida que (al menos hasta el siglo IV) no solía haber fuerzas de reserva, y las batallas eran a menudo poco más que fugaces y horrendas pesadillas. Un combate entre dos falanges de hoplitas provocaba emociones extremas —un alza breve y súbita de la adrenalina seguida por la exaltación de la victoria o el terror de la huida, con la sensación de que los corredores más veloces le iban pisando a uno los talones—. Se trataba de un tipo de batalla desconocido en el mundo de las matanzas a distancia guiadas por ordenador. Según la elegante expresión de John Keegan, hoy sólo nos acercamos tanto a otros seres humanos «en los cócteles o en los partidos de tenis».[6] El pánico —llamado así por su atribución al dios Pan— puede propagarse con la velocidad de una riada, y una vez que la falange comenzaba a derrumbarse, no tardaba en producirse una huida desordenada. Los hombres daban media vuelta y echaban a correr arrojando sus engorrosos escudos y la batalla se daba por perdida. El efecto del miedo consistía en transformar una falange de entidad estructurada en una turba de individuos aterrados, cada uno de los cuales debía decidir en qué momento dejaba de luchar y emprendía la huida; sólo unos pocos se preocupaban por algo más que la salvación personal. Era casi imposible que los perdedores se retiraran en buen orden, y el hoplita que caía al suelo en esa fase corría peligro de morir pisoteado o víctima de un «lagartijero» enemigo. De todos modos, las bajas no solían ser muy numerosas: lo esperable era que los vencedores perdiesen por término medio un 5% de su contingente, y los vencidos en torno al 15 (a razón de una mitad en la zona de matanza del campo de batalla propiamente dicho, y de la otra mitad durante la huida). Pero estas simples cifras camuflan el horror de los cadáveres ensangrentados que se apilaban en el lugar de la colisión, de los derrotados y triunfadores cubiertos por igual de cuajarones sanguinolentos, de las grotescas posturas de los cuerpos muertos desparramados en torno al lugar del combate, allí donde habían caído durante la huida. «Acabada la lucha, el campo de batalla ofrecía una visión de tierra empapada en sangre, cadáveres de amigos y enemigos entremezclados, escudos hechos añicos, lanzas astilladas y espadas desenvainadas —algunas sobre el suelo, otras sobresaliendo de los cuerpos y otras más firmemente aferradas en las manos».[7]

Si eran disciplinados, los hoplitas vencedores no perseguían muy lejos a los derrotados por temor a dispersarse y resultar vulnerables a una nueva acometida. Los soldados provistos de armas ligeras y los jinetes emprendían una persecución para impedir que el enemigo volviera a concentrarse, mataban a tantos fugitivos como podían y a quienes movidos por el terror fingían estar muertos, y hacían redadas de prisioneros. Mientras se hallaban al alcance de sus matadores, la única

seguridad para quienes se retiraban consistía en mantener algún tipo de orden formando bandas reducidas o grupos más numerosos. La práctica de despojar a los muertos o moribundos de su armadura a modo de botín, actividad que retrasaba al menos a algunos de los perseguidores, propiciaba la huida.

Las batallas entre dos falanges de hoplitas eran, en cierto sentido, formales, casi ritualizadas —o por decirlo mejor, «la práctica de la guerra entre hoplitas existía en una tensión perpetua entre la lucha practicada según unas normas bien entendidas y la artera subversión de las mismas»—.[8]Pero los índices de caídos solían ser bajos, pues la cuestión no era aniquilar al adversario sino tomar posesión del campo de batalla, y en especial de los cadáveres de los enemigos, como símbolos de victoria. Eso no significa que las masacres y el gusto por la sangre no fueran aspectos propios de la práctica griega de la guerra, pero las batallas solían concluir con formalismos más que con una masiva pérdida de vidas. Los vencidos pedían permiso para recoger a sus muertos a fin de enterrarlos; esta demanda equivalía formalmente a una derrota, y su aceptación a una victoria. Los vencidos se unían entonces a los vencedores en las tareas posteriores a la batalla, como la recogida de cadáveres y su identificación, pues no tardaban en descomponerse por el calor y podrían hallarse atrozmente desfigurados.

Los triunfadores quedaban en posesión del campo teñido de sangre, donde erigían un trofeo (en griego: *tropaîon*, palabra emparentada con el verbo que significa «dar la vuelta») en el punto donde el enemigo había dado la espalda y huido. El trofeo solía ser un tronco de árbol del cual se colgaban armaduras enemigas. Para escarnecer a los vencidos y simbolizar mágicamente que los vencedores habían heredado su poder, aquellas estructuras se parecían a maniquíes armados. La erección de un trofeo iba acompañada de oraciones por el éxito en futuros combates y por un sacrificio en acción de gracias.



En esta vasija de figuras rojas procedente de Atenas (*circa* 450 a. C.), de autor anónimo conocido como Pintor del Trofeo, se muestra a la diosa Victoria dando los toques finales al trofeo de un campo de batalla. La diosa está taladrando un orificio, probablemente para colgar el escudo a fin de completar su selección de armamento enemigo con el que revestir el maniquí.

A continuación, y hasta que las circunstancias volvían a cambiar, el Estado de los triunfadores ocupaba en la jerarquía del honor un lugar superior al de sus adversarios, lo cual proporcionaba ventajas significativas a su diplomacia y demás actividades con el Estado vencido. Esta jerarquía era una prolongación de la antigua cultura homérica en la que los Estados habían sustituido a unos héroes orgullosos y combativos. Aparte de las inevitables disputas fronterizas, una de las causas más comunes para la guerra era el sentimiento de que un Estado inferior en el orden jerárquico había desairado la superioridad del otro. Este planteamiento no profesional o estilizado de la guerra persistió mientas los agricultores de un Estado se sintieron orgullosos de defender sus tierras por sí mismos y mientras los

ejércitos permanentes fueron considerados sospechosos en cuanto instrumentos reales o potenciales de tiranía. Los mercenarios —soldados profesionales como los contratados por Ciro o por los aspirantes griegos a la tiranía— estaban menos obligados a respetar esas normas y regulaciones tradicionales.

CUNAXA

Dos días antes, Ciro y sus hombres habían dejado tras de sí a los miles de personas que componían la comitiva del campamento —responsables de los animales, los bagajes y el bienestar de los combatientes—, y, precedidos por la caballería, se habían acercado en orden de batalla a una gran trinchera que había hecho excavar Artajerjes como primera línea defensiva contra ataques similares, o quizá, incluso, contra aquella invasión concreta. La trinchera corría de norte a este a lo largo de unos 65 kilómetros, desde el Éufrates hasta las ruinas de un muro defensivo del siglo VI que había unido el río a su homólogo oriental, el Tigris, y había sido construido a comienzos de dicho siglo por orden de Nabucodonosor II de Babilonia, cuando sus dominios fueron amenazados por los medas desde el nordeste.

Ciro confiaba en que su enemigo esperara junto a la trinchera, pero la atravesó sin oposición, circunstancia interpretada por él como una señal más de la debilidad de su hermano. Al pretendiente le pareció entonces claramente posible que su hermano no llegase siquiera a presentar batalla. Su estado de ánimo se apoderó de la tropa y la disciplina se relajó a medida que los soldados desfilaban por el estrecho espacio abierto entre el río y la profunda trinchera. Aguardaron a ser alcanzados por la comitiva del campamento y, luego, continuaron hacia el sur siguiendo la orilla del río.

Dos días después, un noble persa del Estado Mayor de Ciro llegó al galope con su caballo empapado en sudor y dijo a gritos que Artajerjes se acercaba con un enorme ejército. Ciro saltó de su carro, se puso la armadura y montó en su caballo Pasakas, mientras sus hombres, que marchaban detrás por la llanura en una columna escasamente organizada que se extendía a lo largo de kilómetros, recuperaron el paso y se apresuraron para llegar al frente. Se colocaron mirando al sur, con los griegos en el flanco derecho contiguo al Éufrates y a las órdenes de su comandante, el renegado espartano Clearco. En medio del calor, el polvo y la confusión, los hombres de Ciro tardaron horas en desplegarse.

Finalmente, el ruido se apagó hasta reducirse a un sonido similar al murmullo de las olas distantes en una costa, para volver a convertirse en una algarabía cuando se aproximó el ejército enemigo, pues, en medio del calor del desierto, los hombres esperaban, como es natural, todo lo posible hasta colocarse su armadura pesada y mal ajustada. No obstante, antes de ponerse los arreos, se aliviaron acompañados por las chanzas de la soldadesca, para no sentir el apremio de hacer sus necesidades revestidos de armadura —y para reducir la posibilidad de que el miedo les vaciara involuntariamente las entrañas—. Finalmente, sus asistentes, que habían llevado los pertrechos desde los carros de transporte y ayudado a los hoplitas a colocarse la armadura, se retiraron de la línea de batalla y los combatientes quedaron solos. Sus recientes esperanzas de una victoria fácil fueron sustituidas por un acceso de miedo que sirvió, al menos, para desterrar su cansancio. Conforme avanzaba la tarde, una nube de polvo comenzó a teñir el cielo por el sur, y pronto toda la llanura se ennegreció de hombres distantes.

A medida que se acercaba el ejército de Artajerjes, los griegos pudieron ver que el enemigo marchaba precedido por los mortíferos carros falcados, provistos de afiladas hojas de guadaña que no sólo sobresalían hacia los lados de los ejes sino que barrían el suelo por debajo para que nada pudiese eludir su acometida. Aquellos carros eran un invento persa reciente ideado específicamente para destruir las falanges de hoplitas. Un horrible silencio amplificó el terror provocado por su visión: los persas no lanzaban exclamaciones ni gritos, sino que avanzaban a ritmo constante en medio de una mudez sobrecogedora y con mucha más disciplina de lo que a los griegos se les había hecho esperar. Los sacerdotes magos que acompañaban al ejército habían prometido la victoria al rey, y él y sus hombres estaban seguros de conseguirla. Las tropas de Artajerjes superaban en número a las contrarias hasta el punto de que su flanco derecho iba más allá del izquierdo de Ciro; los hombres de la división de Arieo se extendieron desplegándose de nuevo de forma precipitada para enfrentarse a ellas, pero de ese modo adelgazaron sus filas.

Para Ciro, la batalla era poco más que un combate singular masivamente multiplicado entre él y su hermano: una vez eliminado Artajerjes, se podía esperar razonablemente que los sátrapas, por lo común inconstantes, cederían —o, al menos, no organizarían ninguna rebelión hasta que el nuevo rey hubiese tenido tiempo de consolidar su posición—. Ciro llegó cabalgando y ordenó a Clearco lanzar un ataque directo contra el centro de la formación persa, donde se hallaba su hermano. Pero Clearco tenía la firme convicción de que no debía dejar el río y exponerse a una maniobra envolvente —situación que se vería agravada con el

avance en ángulo oblicuo pretendido por Ciro—, y se negó a obedecer aquella orden directa de su patrón. Sin llegar a interpretaciones malévolas, debemos creer que conocía la importancia de los griegos para las aspiraciones de Ciro y se daba cuenta de que podía permitirse una desobediencia. Además, abrigaba la sospecha del viejo soldado ante los cambios efectuados en el último instante. Ciro había sabido en todo momento que su hermano se pondría al mando del centro de la formación, pues ésa era la posición tradicional de los reyes persas en combate, y nunca olvidó que los griegos eran sus mejores soldados. Según su plan original, éstos debían eliminar el flanco izquierdo persa y, a continuación, girar en redondo para atacar el centro desde la retaguardia.

La consigna del día: «Zeus Salvador», y su respuesta: «Victoria», fueron pasando entre las filas griegas, para poder distinguir al amigo del enemigo incluso en medio de la confusión de la batalla. Los griegos organizaron sus líneas y esperaron, al principio en posición de descanso, con las armas apoyadas en el suelo. Luego, los comandantes de las compañías dieron las voces de mando conocidas: «¡Arriba los escudos! ¡Guardar distancias! ¡Arriba las lanzas!». Cuando el enemigo se hallaba a menos de un kilómetro, los griegos, al son de la trompeta, entonaron su canto repetitivo de *iōpaián*-el peán, consagrado al dios Apolo por su condición de protector de los hombres y concebido para infundir valor y fomentar la camaradería— y avanzaron con el apoyo de mil jinetes paflagones. Al principio marcharon al paso, pero la falange comenzó a estirarse y los rezagados aumentaron la velocidad para alcanzar a los otros e impedir la aparición de huecos en las filas.

Aquella aceleración resultó contagiosa. No tardaron en avanzar todos corriendo, lanzando gritos y exclamaciones y golpeando los escudos con el asta de sus lanzas, en un intento no sólo de desmoralizar a sus adversarios sino de vencer también su propio terror ante la conmoción inminente y brutal del contacto. Pero antes incluso de haberse acercado a unos ciento cincuenta metros —el punto de máximo peligro, al alcance de los arcos enemigos, aunque a esa distancia las flechas no tenían mucha potencia de perforación—, la mayor parte del flanco izquierdo de los persas, comandado por Tisafernes, cedió. Los aurigas abandonaron sus carros y echaron a correr, los jinetes volvieron grupas, y los soldados de a pie arrojaron sus armas y huyeron. Los griegos, fuertemente armados, los persiguieron un rato, impulsados quizá más de lo que debieran por su ansia de botín, masacrando a los heridos que dejaba la caballería paflagonia mientras hostigaba a los enemigos que escapaban. Sólo dos griegos sufrieron daños leves: uno fue magullado por un carro sin control y otro rozado por una flecha.

El propio Tisafernes reunió, sin embargo, a algunos de sus jinetes y cargó contra los peltastas griegos a lo largo de la orilla del río. Los peltastas, ligeramente armados, sólo portaban una jabalina o un arco, una espada corta y un escudo de poco peso en forma de media luna denominado *péltē* (*de* donde derivaba su nombre, de la misma manera que los hoplitas recibían el suyo de *su* escudo, el *hóplon*). Los peltastas no tenían posibilidad alguna frente a un ataque de aquel tipo, y su capitán ordenó rápidamente a sus hombres abrir filas y dejar pasar a la caballería a través de ellas. Cuando Tisafernes y sus caballeros se introdujeron entre las filas a toda velocidad, los peltastas les infligieron el máximo daño posible, retrasándolos cuanto pudieron.

En el centro y en el ala izquierda, Ciro hizo que sus hombres avanzaran más despacio, esperando ver qué táctica emplearía su hermano. Le agradó observar el éxito de los griegos en el flanco derecho, y algunos de los cortesanos más inestables de su séquito le animaron a pensar que la victoria y el trono de Persia eran ya suyos. Sin embargo, al no hallarse los griegos presentes en el campo de batalla propiamente dicho, la caballería de Artajerjes avanzó al galope seguida por los Inmortales y el resto de la infantería en un intento de cercar el ala derecha de Ciro, expuesta en ese momento por el movimiento de avance de los griegos. Ciro tenía que actuar con presteza para lanzar un contraataque significativo. Localizó el estandarte real persa con el águila explayada y se puso al frente de sus jinetes de élite en una galopada temeraria y precipitada al encuentro de su hermano. Los atacantes irrumpieron a través de la caballería de Artajerjes, pero a costa de ser dispersados, y en el momento en que el impulso de Ciro lo había llevado en profundidad hasta el interior de las filas enemigas, se encontró con que estaba acompañado de un número de escoltas demasiado reducido.

Como suele suceder en la guerra, lo que ocurrió a continuación no es demasiado claro: los relatos conservados están plagados de prejuicios, ninguno de los autores fue testigo ocular y la acción resultó una refriega confusa. Es posible que Ciro matara con su propia mano al comandante de la guardia personal de Artajerjes y atravesara el peto de la coraza de su hermano, aunque esta historia de combate singular parece demasiado homérica para ser totalmente verosímil. En cualquier caso, Artajerjes fue ciertamente herido y sus guardias cerraron filas y trasladaron a su rey caído hasta un altozano próximo. Entretanto, el propio Ciro había recibido una herida en la sien. Sangrando profusamente se desplomó hacia delante y empapó la cabezada protectora de fieltro que llevaba su caballo, recuperada más tarde y ofrecida en triunfo a Artajerjes. Aturdido y debilitado por la pérdida de sangre, Ciro cayó al suelo y perdió el caballo. Tambaleándose por el

campo de batalla con un séquito cada vez más reducido pasó un tiempo sin ser reconocido por el enemigo, pues la fuerza del golpe de la jabalina que le había herido había derribado también la tiara real que ya osaba portar. Finalmente, uno de los seguidores del campamento de Artajerjes representó el papel del despreciable Paris con aquel Aquiles que era Ciro y le hizo caer a tierra acuchillándolo detrás de la rodilla. Como se hallaba ya debilitado por la pérdida de sangre, bastaron unos pocos momentos para que la vida de Ciro se desvaneciera en la marea de sangre que empapó brevemente el polvo del desierto.

La muerte del pretendiente auguró la derrota, al margen de lo que pudiese ocurrir en otros puntos del campo de batalla. Éste había sido, sin duda, el motivo de la advertencia de Clearco a Ciro para que se mantuviese apartado de la refriega, pero el joven pretendiente, con su característica impetuosidad, había desdeñado su consejo. «Aquí estoy —le dijo—, intentando apoderarme de un reino. ¿Quieres que me muestre como un cobarde, indigno de la realeza?».[9]La propaganda persa insistía constantemente en las proezas bélicas de sus monarcas. Vista a posteriori, la decisión de Clearco de desobedecer la orden de Ciro para que atacara a Artajerjes en el centro pudo haber sido un error. A pesar del inmenso número de los participantes en la lucha, la contienda se libraba en realidad entre los dos hermanos. La intervención personal de Ciro en la batalla fue, tal vez, imprudente, pero la cautela de Clearco resultó desastrosa.

No obstante, es posible que el factor decisivo no fuera tanto la cautela de Clearco cuanto la astucia de Tisafernes. Acabada la batalla, Tisafernes fue ascendido a puestos elevados y cubierto de recompensas. ¿Tendría que haber complacido el rey con tales favores al único de sus comandantes cuyos hombres habían tenido un mal comportamiento en combate? Tisafernes había pasado al menos quince años en Asia Menor en estrecho contacto con los griegos: sabía lo peligrosos que podían ser los hoplitas. Si pensamos que en otra ocasión, tan sólo unos años más tarde, durante la campaña en Asia del rey espartano Agesilao, bastaron dos carros falcados y cuatrocientos jinetes persas para derrotar a setecientos hoplitas griegos, resulta difícil imaginar que Tisafernes se hubiese mostrado tan dispuesto a ceder.

Se trataba de una finta. Los persas no dieron media vuelta y emprendieron la fuga, sino que camuflaron como huida una retirada deliberada y atrajeron a los griegos, alejándolos del resto de la batalla, para impedir que se volvieran y atacasen la formación central persa. Tisafernes sabía que, si lograban sobrevivir a los carros y los arqueros, los griegos esperaban derrotar a los persas, que portaban

armas ligeras, y jugó con esa expectativa fingiendo una retirada aterrorizada. Sabía que la función de los peltastas y la caballería consistía en perseguir a sus hombres en su huida, mientras que los hoplitas deberían haber girado en redondo y atacado la retaguardia de la formación central del rey; ése fue el motivo de su ataque contra los peltastas. Era consciente de que los soldados, cuando ven la espalda al enemigo, suelen sentir en combate la excitación de un irracional deseo de sangre, por lo cual dejó que los hoplitas llevaran a cabo la tarea de «derrotar» a ultranza el flanco izquierdo del rey, y éstos carecieron de la disciplina necesaria para interrumpir en seco la persecución. En resumen, la táctica de Tisafernes neutralizó a los adversarios más peligrosos del monarca.

Artajerjes fue atendido por su médico griego, Ctesias de Cnido, que escribiría su propio relato de la batalla y sus repercusiones en sus Anécdotas de Persia(perdidas actualmente en su mayor parte). Pero el Gran Rey no había sido herido de gravedad. Poco después de que se le informara de la muerte de su hermano, regresó al campo de batalla para ver el cadáver por sí mismo. Artajerjes ordenó cortar la cabeza y la mano derecha de su hermano y empalarlas en una pértiga a la vista de los soldados para reafirmar su decisión y recordarles a quién debían lealtad. Él, y sólo él, era el Gran Rey.

Entretanto, las cosas iban mal en el flanco izquierdo de las tropas de Ciro, comandado por Arieo. Su atención estaba escindida, pues corrían un peligro constante de verse rodeados por la línea más larga de los persas, y aunque al principio resistieron lo mejor que pudieron —mientras el propio Arieo era herido durante el combate—, las noticias de la muerte de Ciro quebrantaron su ánimo y les llevaron a huir hasta la posición donde habían pasado la noche anterior. Entre los carros de bagajes de los griegos se libró una lucha desesperada; los seguidores del campamento, dando muestras de valentía, echaron mano de todas las armas disponibles y rechazaron a los persas que se habían lanzado al saqueo. Aunque se perdió una gran cantidad de alimentos y equipo considerados de gran valor, consiguieron salvarse ellos mismos y salvar parte del bagaje —incluida una de las concubinas de Ciro, una mujer de Mileto, que escapó corriendo desnuda del tormento que le esperaba a manos de los soldados que la habían capturado—. También se perdió otra concubina de Ciro, una focea llamada Aspasia, cuya belleza y actitud displicente ante las caricias de Ciro fueron celebradas más tarde en la literatura griega.[10]Sin embargo, tampoco le fue mejor con Artajerjes, de quien se decía que la hizo travestirse con las ropas de su eunuco favorito tras el fallecimiento de éste.

Con la muerte de Ciro, la victoria pertenecía al rey; sin embargo, estaba aún por resolver el problema de los griegos. Tisafernes y su caballería se reunieron con los hombres del rey, que se habían dedicado a saquear el convoy de bagajes de Ciro, y juntos marcharon de vuelta al sur para enfrentarse de nuevo a los griegos, mientras la luz del atardecer se desvanecía con gran rapidez. Conforme se acercaba el enemigo, los griegos formaron en líneas de combate, esta vez con el río a su izquierda, y lanzaron una carga, tal como lo habían hecho al comienzo de la tarde y, al parecer, con igual éxito. Los persas volvieron a huir ante aquellos temibles extranjeros, y los griegos se lanzaron una vez más en su persecución. En este caso, sin embargo, sobrevino la oscuridad y puso fin a cualquier acción ulterior: griegos y persas eran contrarios, por norma, a combatir de noche. Los griegos no sabían aún que Ciro había muerto; no tenían ni idea de que la batalla estaba perdida. Dada la evidencia de su propio éxito, es probable que supusieran que habían vencido. Cansados y hambrientos, con los cuerpos doloridos por la irritación provocada por la mezcla abrasiva de polvo y sudor dentro de sus armaduras, regresaron al saqueado campamento.

GRIEGOS Y PERSAS

Los mercenarios griegos, que habían actuado de manera tan ambigua a favor de Ciro en la batalla de Cunaxa, se hallaban muy lejos de su patria, pero griegos y persas tenían una larga historia de relaciones informales y oficiales. En el trato entre ellos, la guerra —en cualquier grado, desde la hostilidad franca hasta la diplomacia en tiempos de paz insegura— desempeñaba un papel importante; pero había también numerosos contactos culturales. Artistas, ingenieros, labradores (y labradoras), canteros, médicos, secretarios, representantes diplomáticos, mercenarios, atletas, artistas de espectáculos, exploradores, comerciantes, traductores y exiliados políticos griegos atravesaban los dominios de varios sátrapas o residían en ellos, o a veces, incluso, en la corte del propio Gran Rey. En el siglo V y primeros años del IV, por ejemplo, cuatro médicos griegos atendieron al rey o a miembros de su familia inmediata. Eran, por así decirlo, los doctores y cirujanos de medicina general, mientras que los sanadores egipcios desempeñaban funciones más especializadas. Los estilos y técnicas griegas son evidentes incluso en el arte más temprano —del siglo VI— de la dinastía aqueménida, de la cual eran miembros Ciro y Artajerjes. El tráfico, sin embargo, no era de dirección única: en el apogeo de los intereses atenienses en Persia, durante el siglo V, los motivos artísticos y los estilos orientales ornamentaban la cerámica, prendas de vestir y artículos de lujo atenienses, y las referencias a los persas, en especial a las victorias de los griegos sobre ellos, abundaban en todo tipo de productos de entretenimiento —la literatura, la escultura, la pintura y la retórica.

Miles de griegos que sirvieron a los persas en múltiples funciones en los doscientos años previos a la ocupación y helenización del Oriente por Alejandro Magno permanecerán para siempre en el anonimato, pero conocemos los nombres de unos trescientos de ellos. Tras las invasiones de Grecia de los años 490 y 480 a. C., fue en aumento el número de griegos familiarizados, al menos superficialmente, con el aspecto que presentaban diversos pueblos orientales, sobre todo los persas, y con sus pertenencias, de las que se apoderaron en grandes cantidades: parasoles y alhajas personales, armas y armaduras, ropa de cama y mantos, cubiertos de oro y plata, lingotes y monedas. A lo largo de los cincuenta años siguientes de hostilidades intermitentes, algunos prisioneros de guerra persas pudieron haber acabado, incluso, como esclavos en Atenas y otros lugares, y por lo menos un renegado persa de alto rango vivió en esta ciudad durante un tiempo y murió combatiendo contra aliados persas a comienzos de la década del 420.

El comercio entre ambos pueblos no había dejado nunca de prosperar a través de intermediarios que traficaban con bienes que iban desde esclavos caros hasta vasijas de cerámica baratas. Las ideas y la tecnología se transmitían, como siempre, a lo largo de las rutas comerciales. Los griegos aprendieron del este (o volvieron a aprender tras la Edad Oscura) cómo trabajar el bronce y construir edificios monumentales. Es difícil evaluar en detalle la deuda intelectual de los griegos de la época arcaica con Oriente, pero unos pocos datos son totalmente ciertos. El alfabeto llegó a Grecia desde Fenicia, y la acuñación de moneda desde Lidia; la poesía didáctica de la Grecia antigua, representada por Hesíodo de Beocia en torno al 700 a. C., era acreedora en gran medida de modelos babilonios y de otras fuentes orientales; los griegos aprendieron de Oriente Próximo la especulación teogónica y cosmológica, que les condujo en última instancia al desarrollo de la ciencia; y algunos conocimientos (o teorías) médicos penetraron en Occidente desde civilizaciones más antiguas.

En lo que respecta a los logros intelectuales, más que a los técnicos, las diferencias entre ambas culturas son tan importantes como sus semejanzas. Aunque el alfabeto llegara del este, los griegos le añadieron las vocales, y a mediados del periodo del Imperio aqueménida la alfabetización estaba mucho más extendida entre los griegos que entre sus vecinos. En astronomía, los babilonios poseían una larga tradición de observación de los cielos y habían elaborado extensas listas de incidencias regulares e irregulares, pero fue raro que elevaran ese conocimiento hasta el siguiente nivel y desarrollasen teorías. Las matemáticas orientales eran sobre todo de carácter aritmético y práctico, al servicio de algún otro campo, como el de la agrimensura (literalmente, «geometría») o la contabilidad; fueron los griegos quienes formularon modelos matemáticos no aritméticos y desarrollaron un interés por la matemática pura, no aplicada, que desembocó en el concepto de prueba, en la idea de demostrar cómo un hecho era consecuencia de otro u otros.

Algunos griegos aprendieron, incluso, a observar las cosas con mirada protocientífica: eran reduccionistas que, en busca de unas explicaciones del mundo más escuetas, se fijaban en los fenómenos naturales y no en los dioses. Filipo de Opunte, discípulo de Platón y su albacea literario, afirmó que «los griegos mejoran todo cuanto toman de los bárbaros».[11]Estas generalizaciones patrioteras son arriesgadas, pero, limitándonos a los logros intelectuales, podríamos decir con seguridad que el genio griego radicaba en la tendencia a abstraer y generalizar, y en la tolerancia hacia la crítica racional y el debate: dado que estos factores permiten el progreso del conocimiento, los griegos fueron en esos terrenos mucho

más innovadores, mucho menos conservadores, que sus homólogos orientales.

ORÍGENES DEL IMPERIO PERSA

El Imperio persa tuvo sus inicios en la ambición de Ciro II —el ilustre homónimo de nuestro Ciro—, héroe de La educación de Ciro (*Ciropedia*), una obra de Jenofonte fantasiosa y de una extremada seriedad. Este Ciro subió al trono de la montañosa Parsa en el 599 a. C. Parsa («Persís» para los griegos —de donde deriva el nombre de «Persia»—, la actual Fars iraní), situada al sudeste de Babilonia, en la otra orilla del golfo Pérsico, era entonces un Estado súbdito de Media y de su rey Astiages. Actuando con determinación, energía y carisma infatigables, Ciro unió las tribus y principados persas e inició una sublevación. En el año 550, Astiages había muerto y Ciro controlaba no sólo Media, sino todas las regiones sobre las que los medos habían ejercido algún grado de hegemonía: Mesopotamia, Asiría, Siria, Capadocia y Armenia. La propia Media, situada al norte de Persís y al nordeste de Babilonia, quedó reducida a la condición de primera satrapía del nuevo imperio, y, en un gran acto simbólico, Ciro urbanizó el lugar del campo de batalla donde había derrotado a Astiages haciendo de él su nueva capital, Pasargadas, famosa por la belleza de sus espacios abiertos y la majestuosidad de sus edificios monumentales. Las visiones que la leyenda atribuía a Astiages comenzaron a hacerse realidad: primero soñó que su hija orinaba un enorme lago de agua que inundaba toda Asia; y luego, tras haberla desposado con Cambises, padre de Ciro, que de su vientre brotaba una parra que daba sombra a todo el continente.

Ciro había entrado en Media más como heredero natural que como conquistador: los medos siguieron ocupando puestos importantes en la administración, y sus costumbres no experimentaron apenas cambios. El pueblo medo no fue sometido en mayor grado de lo que lo fueron los británicos cuando Guillermo de Orange desembarcó para apoderarse del trono en 1688; para los historiadores griegos posteriores, los términos «persas» y «medos» eran casi intercambiables. Pero Ciro seguía estando rodeado por reinos poderosos, y el rey Creso de Lidia, un monarca de riqueza legendaria, consideraba a Ciro una amenaza: en el año 585 había acordado con Media que el río Halis fuese la frontera entre sus respectivos dominios, pero no estaba seguro de que Ciro fuera a respetar aquel acuerdo. Según una historia famosa, Creso consultó en Grecia al oráculo de Delfos, que le ofreció una respuesta característicamente ambigua: «Si haces la guerra a los persas, destruirás un gran imperio».[12]Suponiendo que el imperio

que iba a ser destruido era el de Ciro, Creso atacó en el 547. El imperio que se perdió —al año siguiente— fue el suyo: Lidia se convirtió en la satrapía de Esparda, cuya capital fue Sardes.

Creso de Lidia había exigido el pago de tributos a las ciudades griegas de las costas septentrionales y occidentales de Asia Menor, que constituían en aquella época la zona más rica y culta del mundo griego; los persas, por tanto, heredaron aquellos dominios —o los «esclavizaron», como decían los griegos—. De buenas a primeras, una parte sustancial del mundo griego se halló en manos persas. A corto plazo, los griegos asiáticos se vieron obligados a demoler todas las fortificaciones defensivas levantadas por ellos; y a la larga tuvieron que pagar tributo y aportar tropas, si se les ordenaba hacerlo, pero conservaron cierto grado de autonomía para elegir a sus gobernantes locales y elaborar sus propias leyes. Para no correr riesgos, varios reyes persas colonizaron las costas griegas concediendo grandes fincas próximas a las ciudades más importantes a magnates que gozaban de su favor. Estos persas desplazados no solían impregnarse de mucha cultura griega, sino que procuraban llevar en el oeste un tipo de vida persa, con mansiones palaciegas y parádeisoi(parques cercados y terrenos de caza) y guarniciones locales suficientes para garantizar que los griegos asiáticos se mostraran razonables, mantuvieran la paz y no nombraran demasiados gobiernos contrarios a Persia. La anexión de Lidia por Ciro puso por primera vez en contacto a griegos y persas en cuanto pueblos, unidades políticas con planes de gran alcance y un sentimiento propio de identidad, por más tenue que fuera en esa fase. Las historias de Persia y Grecia se entremezclaron durante los dos siglos siguientes, hasta la conquista del Imperio persa por Alejandro Magno.

Luego le llegó el turno a Nabónido de Babilonia, antiguo aliado de Lidia. En el año 539, tras sufrir numerosas bajas en combate, los babilonios, desafectos a su rey y derrotados, abrieron las puertas de la ciudad al comandante de las tropas de Ciro. Éste se hizo con la región más fértil del Oriente Próximo y consolidó sus conquistas mediante una hábil propaganda (como la que aparece inscrita en el Cilindro de Ciro del Museo Británico)[13]que lo representaba como el favorito de los dioses babilonios y el auténtico heredero de sus antiguos reyes, y recurriendo a una prudente generosidad con quienes le habían apoyado.

Ciro no tuvo menos éxito al ampliar su dominio hacia el este, llegando a los lejanos territorios de lo que ahora son Afganistán, Turkmenistán, Uzbekistán y Tayikistán. Tras su muerte, en el 530, mientras libraba una guerra de fronteras en las remotas zonas del nordeste del imperio contra los indómitos masagetas

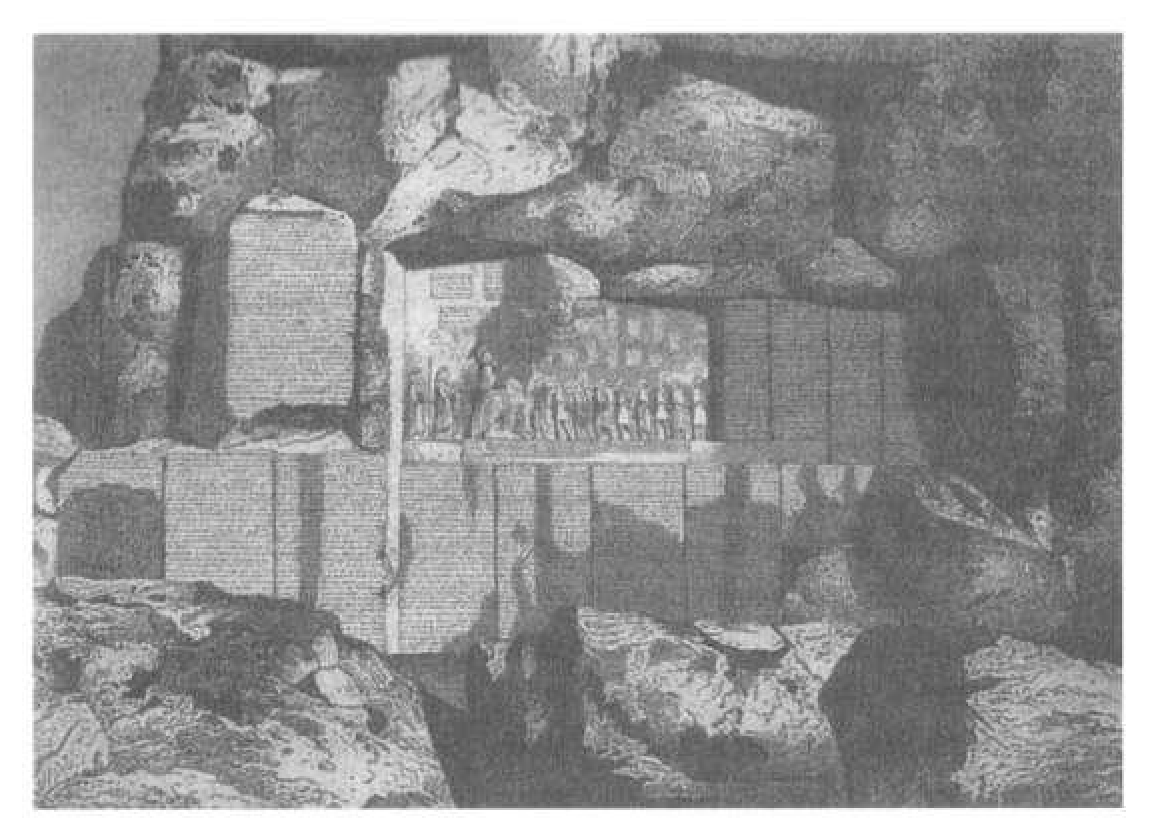
capitaneados por su feroz reina Tomiris, su hijo Cambises heredó tanto el trono como la tarea de conquistar Egipto, cosa que consiguió en el 522 con la ayuda del venal comandante de los mercenarios griegos del faraón egipcio, a quien no fue difícil inducir a desertar. El dominio de Egipto estuvo acompañado por el de la isla de Chipre; también se sometieron las ciudades libias y griegas del norte de África. Los intentos de incrementar la expansión en África constituyeron en gran medida un desastre, pero el mundo del Oriente Próximo acabó vuelto del revés después de que imperios y reinos antiguos y nuevos cayeran ante la ambición y el comportamiento implacable de los persas. Los únicos que lograron sobrevivir a duras penas fueron los sensatos cilicios, que habían dejado a Ciro, procedente de Siria, atravesar libremente su territorio, y a quienes, en recompensa, se concedió una situación de semiindependencia bajo unos reyes que recibieron siempre el nombre de trono de Siénesis.

DARÍO I Y LA ADMINISTRACIÓN IMPERIAL

Cambises no vivió lo suficiente como para consolidar el nuevo Imperio persa ampliado, aunque sentó unas importantes bases imponiendo a sus súbditos egipcios y fenicios el deber de proporcionar una flota a los futuros reyes. La consolidación recayó en manos más firmes y populares (corrieron rumores de que el rey estaba loco), pero antes se cernió y pasó sobre el imperio un periodo que lo puso al borde del caos. En el año 522, mientras Cambises seguía en Egipto, su hermano Esmerdis, sátrapa de Media y Armenia, se declaró rey en lugar de Cambises y promulgó un plan para debilitar el poder de la oligarquía persa.

Al volver de Egipto, Cambises murió a causa de una herida gangrena— da y dejó el trono al usurpador. Esmerdis, sin embargo, no duró mucho: tras sólo unos meses de gobierno fue asesinado por su primo Darío, que había servido al lado de Cambises en Egipto y cuyo padre había obtenido una de las satrapías orientales. Esta es la versión más sencilla y verosímil de lo sucedido. Pero Darío narró, en la inscripción de Behistún, una fábula poco convincente según la cual Esmerdis (a quien Darío da el nombre de «Bardiya») había sido asesinado hacía muchos años —antes de que Cambises marchara a Egipto— sin que lo supiera el pueblo; pero, luego, un doble suyo que se hizo llamar Esmerdis usurpó el trono y recibió su merecido de Darío. Con esta explicación intentaba presentarse simultáneamente como vengador piadoso e inocente del derramamiento de sangre real.

Darío había robado el trono a un hombre con mejores derechos que los suyos y tenía que actuar con rapidez para legitimarse. Con la ayuda de varios nobles persas compañeros suyos y de los soldados de Cambises, endurecidos en combate, y sirviéndose también de la propaganda, el asesinato y la represión brutal de sublevaciones que estallaron por todo el imperio a favor de las circunstancias, Darío no tardó en consolidar su posición. Sólo entre los años 522 y 521 libró diecinueve batallas y apresó a nueve reyes. En la inscripción de Behistún —según el original tallado en la pared de un despeñadero que domina una de las principales rutas caravaneras del imperio, cerca de Ecbatana, y en copias diseminadas por todas las provincias—, en la que obsequió a sus súbditos con una jactanciosa lista de sus conquistas y una descripción vivida de los representantes de las diversas razas que se le sometieron, se presentó a sí mismo como pariente de Ciro el Grande al remontar la familia de éste hasta su ancestro directo, Aquemenes. Pero, en realidad, la dinastía aqueménida comenzó verdadera mente con Darío, y terminaría casi doscientos años después, en el 330, con la muerte de Darío III durante la invasión de Alejandro Magno.



El relieve de Behistún. Darío I es la figura de tamaño superior al natural reproducida a la izquierda en actitud clemente hacia los cautivos atados, que representan a las naciones conquistadas por él. La inscripción cuenta en tres lenguas las luchas entabladas por el rey para conseguir y asegurarse el trono. La figura alada de la parte superior es una representación de Ahuramazda. Este grabado del siglo XIX, realizado por un artista desconocido, capta bien el carácter impresionante del monumento, que fue tallado en una superficie rocosa elevada y mide alrededor de 25 × 35 metros.

Una vez restablecida la paz, Darío I se entregó a la tarea de administrar el imperio, y demostró estar tan dotado para asuntos fiscales que los súbditos que se atrevían a chancearse le llamaban «el tendero». Reformó los sistemas legales del imperio, reorganizó las satrapías que pagaban impuestos y las contribuciones de los Estados vasallos tributarios, introdujo la acuñación de moneda y normalizó los pesos y medidas de todo el imperio para facilitar el movimiento de mercancías. La principal tarea de las satrapías consistía en introducir grandes cantidades de

lingotes de oro y plata en las arcas del rey —el total anual, según Heródoto, equivalía a 14.650 talentos de plata, en unas fechas en que tres o cuatro talentos habrían bastado para hacer millonaria a una persona—.[14]Había que contar, además, con los regalos y tributos de los Estados vasallos, y algunos impuestos se abonaban en especie. Pero a los sátrapas se les exigía también mantener el orden, reclutar un ejército en caso de necesidad y defender o, incluso, extender el imperio.

Dado el enorme tamaño del imperio y los problemas derivados de la rapidez en la comunicación y del control central, las satrapías se gobernaban como reinos semiindependientes. Los sátrapas (palabra que deriva de un término persa que significa «protectores del reino») ejercían la autoridad civil y militar en sus provincias. Aunque eran virreyes —responsables, en teoría, ante el rey de Persia—, tendían a considerarse en realidad como monarcas por derecho propio, pues controlaban los ingresos y ejércitos de países extensos y ricos. El rey poseía la autoridad suprema, en especial porque todo propietario de tierras en cualquier lugar del imperio las tenía en feudo concedido por él, como una especie de arrendatario; pero la estabilidad de su imperio requería la existencia de sátrapas en quienes poder confiar. La rebelión de los sátrapas no constituía ninguna rareza, y para contrarrestar esta amenaza —con el fin de recordarles que quizá fueran reyes, pero que él era el Rey de Reyes—, Darío y sus sucesores procuraron ser personalmente la última instancia judicial, e hicieron que, en caso de necesidad, los miembros principales de los servicios civiles de las satrapías pudieran informarles a ellos y no a los sátrapas. «El rey —decían— tiene muchos oídos y muchos ojos», [15]aunque la existencia de un servicio secreto formado por agentes denominados «ojos» y «oídos del rey» es, tal vez, poco más que una fantasía de los griegos nacida del tópico de que los déspotas son unos paranoicos.

Darío supervisaba también proyectos de irrigación en todo el imperio, reparó el antiguo canal de Egipto, equivalente aproximado del moderno canal de Suez, y mejoró las rutas del imperio, que servían sobre todo para aumentar la rapidez de desplazamiento de los ejércitos. La comunicación contaba con la enorme ayuda que le proporcionaba una red viaria bien mantenida (consistente, en el mejor de los casos, en unas superficies de grava apisonada) dotada de apeaderos intermedios y puentes de pontones, la relativa escasez de salteadores y un servicio de mensajeros extraordinariamente eficiente. Heródoto comparaba estos correos con los corredores de carreras de relevos, y, al elogiarlos, brindó al Servicio Postal de Estados Unidos su lema extraoficial: «Ni la nieve, ni la lluvia, ni el calor, ni la noche les impide cubrir a toda velocidad el trayecto que a cada uno le corresponde»[16]Aquellos mensajeros podían llevar una carta de Sardes a Susa —

una distancia de más de 3.000 kilómetros-en el breve plazo de siete días.

Es posible que fuera también Darío quien inició, o al menos desarrolló, el sistema generalizado en el Imperio persa, y que sirvió para unificarlo, por el cual casi todos sus habitantes, al margen de su rango social alto o bajo, recibían raciones alimenticias. El rey o sus representantes locales recogían toda la producción y, seguidamente, la redistribuían en función de los méritos apreciados en el beneficiario. Los distintivos del mérito no eran sólo la lealtad y el trabajo duro: también se recompensaba a los hombres que engendraban un gran número de hijos. Las personas mejor consideradas recibían más de lo que eran capaces de consumir, ellas y quienes se hallaban a su cargo, y, por tanto, lo revendían para obtener un beneficio; otros recibían lo justo para seguir viviendo.

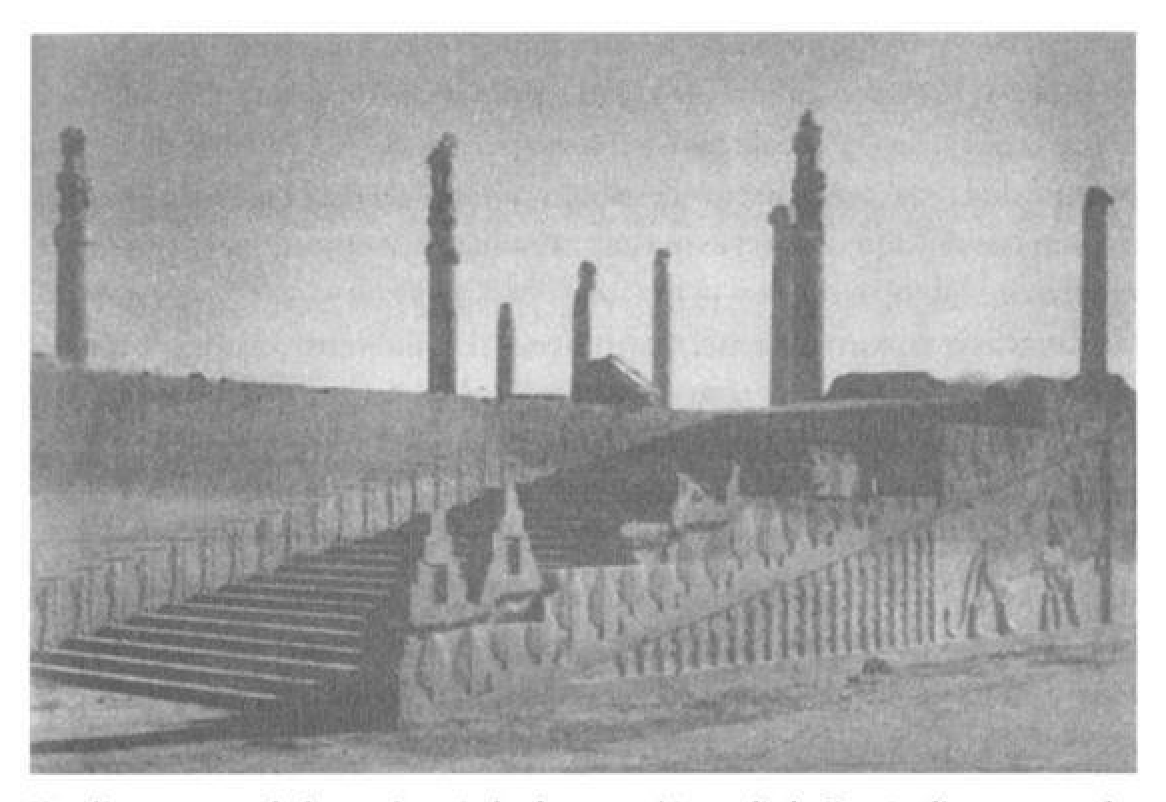
Uno de los resultados de las reformas administrativas de Darío, derivado forzosamente de la logística de gestionar un enorme imperio, fue que los funcionarios y cargos de la corte acabaron ocupando un nivel de gobierno intermedio entre el rey y la población en general. Lo más que podía hacer la gente corriente o, incluso, los miembros de la baja nobleza era intentar conseguir que se leyera una petición al rey, cultivando quizá la relación con algún eunuco poderoso o un *hazārapatiš* (quiliarca o «jefe de un millar»), una especie de gran visir con mando no sólo sobre la guardia personal del rey, los mil hombres de élite del grupo de los Inmortales, sino sobre todos los funcionarios menores de la corte y que, por tanto, controlaba en la práctica el acceso a la persona del monarca. Los enviados griegos sabían muy bien que, incluso tras haber realizado el penoso viaje hasta la nueva capital de Susa, la posibilidad de tener acceso al propio rey suponía aplazamientos y negociaciones fatigosas y ofensivas con una complicada jerarquía. La palabra del rey era ley; pero, antes de promulgarla, el monarca consultaba a un círculo íntimo de nobles y funcionarios (como, por ejemplo, los «jueces regios», expertos en tradiciones).

Como monarca absoluto que gozaba de la protección especial de Ahuramazda (el Señor Sabio, el único gran dios, aunque por debajo de él hubiese deidades menores, como Anahíta y Mitra), Darío aparece en las descripciones de su época realizando hazañas sobrehumanas, y los monarcas posteriores heredaron esa costumbre del engrandecimiento personal y la tolerancia del halago. Pero la debilidad de la monarquía absoluta radica en su dependencia de la personalidad del soberano: la adulación puede desembocar con demasiada facilidad en traición y, por tanto, en todas las intrigas cortesanas y escándalos de harén que afectaron a los siguientes reyes persas y desestabilizaron el imperio. Aunque, en teoría, se

suponía que el hijo mayor era el heredero del trono, la sucesión era impugnada con frecuencia, y los asesinatos y conspiraciones palmarias hacían difícil la aplicación de esa teoría.

Ciro y Cambises adoptaron la práctica, común a la mayoría de los imperios, de favorecer a las élites locales en sus respectivos territorios, mientras que Darío enalteció a los nobles persas, en especial a las familias que le habían ayudado a hacerse poderoso, y a sus propios parientes. Los miembros de aquella élite gobernante de futuros sátrapas y grandes cortesanos eran educados en escuelas especiales que los formaban en las costumbres persas hasta que se hallaban preparados para asumir el poder en el imperio. A partir de ese momento no era imposible, pero sí más difícil, que alguien que no fuese persa alcanzara los puestos más elevados de la jerarquía. Darío acabó con los reyes y magnates locales, pero en otros aspectos intentó crear un imperio que, por primera vez en la historia del mundo, puso un gran número de razas distintas bajo un único gobierno permitiéndoles cierto grado de autonomía. En lugares decisivos de todo el imperio había guarniciones militares, pero no eran demasiado despóticas.

Darío sentó también los cimientos de la famosa lejanía e inaccesibilidad del Gran Rey como señales de su majestad y rango singular. En su encomiástica biografía del rey espartano Agesilao, Jenofonte afirmaba que los reyes de Persia se ufanaban realmente de ser inaccesibles, de que era raro verlos en público y de su lentitud para otorgar peticiones y gestionar los asuntos.[17]La elevada posición del monarca se reflejaba en su atavío, que, al menos en la época de Artajerjes II, valía, según se decía, 12.000 talentos. Los esclavos debían portar máscaras para que su aliento no desagradara al rey: todavía no se había descubierto la higiene dental. Algunas zonas de sus palacios estaban cubiertas de alfombras teñidas de púrpura que sólo podían pisar los pies del soberano, que tenía su vino, pan, sal y aceite perfumado propios y especiales. Sus comidas eran de una increíble suntuosidad, con mesas cargadas de dones proporcionados por sus súbditos y que reflejaban, por tanto, su poder y el alcance de su autoridad. Debido a una combinación de privilegio e insistencia zoroástrica en la limpieza, cuando salía en campaña bebía sólo agua purificada del río que atravesaba Susa, transportada en carretas especiales, y dormía y tenía su corte en una tienda poco menor que un palacio portátil.



Escalinata norte de la *apadana* (sala de recepción real) de Persépolis, proyectada, evidentemente, para intimidar a los visitantes del monarca. Las columnas tienen unos veinte metros de altura y las figuras que bordean la escalinata representan a las naciones sometidas al rey.

Impulsado por la extravagante lógica del imperialismo y, quizá, por una interpretación agresiva del imperativo zoroástrico de derrotar el mal, Darío inició seguidamente una nueva expansión más allá de sus fronteras. En el año 513 efectuó el histórico cruce del Bósforo, entró en Europa y atacó a las tribus escitas en las estepas situadas al norte y noroeste del mar Negro. Aunque aquella campaña no fue un éxito completo, dejó una cabeza de puente en Europa, y en el 512 los persas ocupaban ya la mayor parte de Tracia (Bulgaria y el nordeste de Grecia, aproximadamente), incluidas las ciudades griegas de la costa norte del Helesponto. También fueron absorbidas unas pocas de las islas más orientales del Egeo. En el año 510, los soberanos tribales macedonios se sometieron igualmente según el estilo persa, ofreciendo tierra y agua (representación simbólica del territorio) al rey y a sus enviados, y una gran parte de lo que ahora es para nosotros el norte de

Grecia pasó a manos persas. Bajo el reinado de Darío, el imperio creció tanto hacia el este como hacia el oeste hasta alcanzar su máxima extensión; los reyes posteriores mantuvieron aquel legado sin ampliarlo.

Con sus aproximadamente dos millones de kilómetros cuadrados fue el mayor imperio que haya visto el mundo. Incluía las zonas de mayor fertilidad y densidad de población del mundo antiguo y era tan extenso que, además de las capitales de las distintas satrapías, tenía varias metrópolis: Susa, Ecbatana, Babilonia y Persépolis («la ciudad de los persas», construida por Darío para superar la Pasargadas de Ciro) rivalizaban por la presencia del Gran Rey. Sardes o Dascileo, en las satrapías de Esparda y Frigia, eran sus residencias preferidas cuando se hallaba en campaña en el oeste contra los tracios o los griegos; y Bactra, capital de Bactria, cuando se veía obligado a permanecer en el lejano Oriente.

Para proteger la frontera occidental, Darío o sus sátrapas comenzaron a colocar gobernantes títeres en las ciudades griegas del litoral o de las islas. Cuando las ciudades Estado se encontraron con que se hallaban en la frontera con el imperio mayor y más agresivo del mundo, las intenciones de Darío fueron de pronto asunto de interés en la Grecia continental.

LA INVASIÓN PERSA DE GRECIA

E

n la última década del siglo VI, la ciudad griega de Atenas, relativamente insignificante, se vio sacudida por una revolución cuyos ideales se han difundido y han transformado totalmente nuestro mundo. Frente a la oposición de algunos reaccionarios sostenidos por Esparta que deseaban mantener la anterior situación aristocrática, Clístenes, a pesar de no ser menos aristócrata que sus rivales, impulsó varias reformas populares que transformaron Atenas en una democracia incipiente. Pero Esparta ansiaba incluirla en su pujante imperio terrestre y parecía dispuesta a utilizar la fuerza para aplastar aquel inoportuno giro de los acontecimientos.

Clístenes despachó enviados al este, a la ciudad de Sardes, para pedir al sátrapa persa Artafernes una alianza con Darío a fin de contrarrestar la amenaza espartana. Resulta difícil adivinar qué pasó por la mente de Clístenes; debería haber sabido que los persas sólo le ofrecerían su apoyo si Atenas accedía a convertirse en Estado vasallo. Y eso fue, de hecho, lo que Artafernes exigió, inducido sin duda por Hipias, el tirano ateniense exiliado residente en su corte.

Lejos de su patria, los delegados atenienses tuvieron que tomar una decisión rápida y aceptaron las condiciones de Artafernes. Al final, la invasión de Esparta no se produjo, y para cuando los enviados llegaron a su patria, la amenaza se había desvanecido. Con la nueva seguridad adquirida, los atenienses castigaron a los enviados y se negaron neciamente a reconocer que eran ya oficialmente vasallos de Darío.

La situación se agravó en Asia Menor en el 499, cuando Aristágoras, gobernante de Mileto, incitó a su ciudad a rebelarse contra sus señores imperiales. Muchas ciudades griegas de Jonia y el Helesponto y otras helenizadas de Caria siguieron sus pasos. Algunas deseaban deshacerse de sus gobernantes títeres, otras querían acabar con el pago de impuestos, pero su causa común era liberarse, simplemente, de la hegemonía persa. Aristágoras intentó movilizar la ayuda de Esparta, la fuerza militar suprema de la Grecia continental, pero aquella tarea intimidó justificadamente a los espartanos, por lo que su siguiente paso consistió en acudir a Atenas.



Esta escena del espléndido vaso de figuras rojas de autor anónimo, conocido como el Pintor de Darío (*circa* 325 a. C., Italia meridional), muestra al rey Darío I sentado en su trono, en el centro, observado desde arriba por varios dioses mientras recibe a una delegación de griegos —las figuras con ropajes menos exóticos—. Los estudiosos han conjeturado que representa un episodio de la sublevación jonia. Los hombres del ángulo inferior de la derecha de la superficie desplegada del vaso se prosternan tal como lo hacían los persas en homenaje a su rey, según imaginaban los griegos.

Los atenienses se mostraron encantados de poder poner a prueba sus nuevos músculos democráticos y mostrar al mundo que ya no estaban gobernados por un tirano partidario de Persia, y accedieron a apoyar a Aristágoras con veinte barcos, la mitad de su flota de aquel momento. En esta aventura, condenada al fracaso, se les unieron cinco naves de la localidad de Kretria, en la vecina isla de

Eubea. En el año 498, Aristágoras lanzó un ataque mal calculado contra Sardes en el que él y sus aliados sólo consiguieron incendiar las zonas residenciales de la ciudad antes de ser rechazados: la escarpada acrópolis de Sardes resultó, como en muchos otros casos, imposible de capturar. Los atenienses fueron derrotados en combate en el momento en que se disponían a embarcar en Éfeso de regreso a su patria.

En palabras de Heródoto, fue «un germen de calamidades, tanto para griegos como para bárbaros».[18]Aquella acción les atrajo la atención del Gran Rey en persona, y no sólo la de su hermano Artafernes:

Entretanto, cuando notificaron al rey Darío que Sardes había sido tomada e incendiada por atenienses y jonios, y que el jefe de la coalición (hasta el punto de haber urdido toda la trama) había sido el milesio Aristágoras, cuentan que, al tener conocimiento de lo ocurrido, el monarca inicialmente no hizo caso alguno de los jonios, pues sabía perfectamente que, desde luego, su rebelión no iba a quedar impune, pero preguntó quiénes eran los atenienses. Una vez informado, pidió acto seguido su arco, lo empuñó y, tras colocar en él una flecha, apuntando al cielo la lanzó hacia lo alto; y, al tiempo que disparaba al aire, Darío exclamó: «¡Zeus, permíteme vengarme de los atenienses!». Y, tras pronunciar estas palabras, ordenó a uno de sus servidores que, cada vez que la comida estuviera servida, le repitiera tres veces: «¡Señor, acuérdate de los atenienses!».[19]

Chipre se unió a la rebelión, pero las esperanzas de que se propagara hasta Egipto, que era siempre la parte occidental menos estable del Imperio persa, se vieron defraudadas. Chipre fue derrotada en el 496, Aristágoras se esfumó y no tardó en morir, y las ciudades rebeldes, que nunca estuvieron unidas del todo, fueron sitiadas y capturadas una tras otra. Mileto fue la última en caer, en el año 494, y la ciudad quedó arrasada. Muchos de sus habitantes fueron masacrados, y otros muchos esclavizados o deportados; los sufrimientos de otras ciudades y varias islas fueron apenas menores. Las noticias dejaron anonadado al mundo griego, y en especial a los atenienses —hasta el punto de que, en el año 493, el tragediógrafo Frínico fue multado por poner en escena una obra titulada La caída de Mileto, que recordaba a los atenienses el desastre de sus amigos y su propia e inminente perdición.

Tras restablecerse de nuevo una calma incómoda en las ciudades griegas

asiáticas, Darío dirigió su atención hacia la Grecia continental. Realmente, no había olvidado a los atenienses. Una expedición naval capitaneada por Mardonio, uno de sus yernos, naufragó en el 492 frente a las costas de la península de Atos (famosa hoy por sus ancestrales monasterios), donde los tiburones dieron cuenta de, al menos, algunos de los marineros que luchaban por mantenerse a flote. Poco después de aquella milagrosa tormenta aparecieron por primera vez, según se dijo, palomas blancas en Grecia. Con palomas o sin ellas, en el verano del 490 los comandantes militares del Gran Rey reunieron una flota de barcos de guerra en la isla de Samos, en el Egeo, que había estado en poder de los persas desde el 591. Debido a su prematuro fracaso, Mardonio había sido sustituido por Datis el Medo y por Artafernes, hijo del sátrapa de Sardes. La misión de los persas consistía en anexionarse el mayor número posible de islas del Egeo, devastar Eretria y tomar Atenas. Tras reinstalar a Hipias en Atenas como tirano de la ciudad, los persas dispondrían de una cabeza de puente en la Grecia continental.

La primera parte de la misión se desarrolló bien: la armada cruzó el Egeo deteniéndose en las sucesivas islas para castigar o reclutar a sus habitantes, y Eretria fue reducida a cenizas tras haber sido entregada traicioneramente a los invasores por la facción de la ciudad partidaria de los persas. Justo al otro lado del reducido estrecho que separa Eubea de la Grecia continental se hallaba el pueblo de Maratón, en suelo ateniense. La línea costera era allí perfecta para varar la flota, y la llanura baja que se abría a continuación del litoral se adaptaba al despliegue de la caballería sumamente adiestrada con la que los persas esperaban vencer cualquier resistencia armada. Los persas desembarcaron a sólo 40 kilómetros de Atenas.

El terror y la decisión de resistir se apoderaron de los atenienses por igual medida. Aunque enviaron a un mensajero para solicitar la ayuda de Esparta, los espartanos aplazaron su decisión: la fase de la Luna era desfavorable y había peligro de que se produjera una sublevación de los esclavos si todo un contingente de combatientes abandonaba la ciudad. Sólo un puñado de soldados de la minúscula localidad beocia de Platea, aliada de Atenas, acudió para reforzar a los hoplitas atenienses, inferiores en número. En una demostración de audacia que habría parecido una absoluta estupidez a unos corazones más acobardados, Milcíades y sus compañeros de generalato decidieron marchar contra el sobrecogedor ejército persa. Acamparon en un terreno elevado para disuadir a los persas de lanzar un ataque, y ambos bandos se vigilaron a lo largo de varios días.

Los persas se aburrieron de aquel punto muerto y decidieron reembarcar y

navegar rodeando la península ática para atacar la ciudad de forma más directa. Milcíades vio llegada su oportunidad. Cuando la formidable caballería persa se hallaba fuera del campo embarcando en las naves, los hombres de Atenas y Platea bajaron de la colina; eran 10.000 frente a 20.000 o más, y cargaron para reducir al mínimo el tiempo en que iban a ser vulnerables a las flechas persas. En el centro, los atenienses lograron apenas mantenerse firmes antes de comenzar a desintegrarse y retroceder, pero los dos flancos —con los atenienses en el derecho y los de Platea en el izquierdo— resultaron vencedores. Derrotaron al enemigo, pero, con una disciplina admirable, dieron media vuelta para ayudar a la línea del centro en vez de perseguir a sus adversarios que huían. Poco después, todo el ejército persa emprendía una retirada desordenada hacia sus barcos varados en la playa. Tras algunos enfrentamientos cuerpo a cuerpo justo al lado de las naves, los persas lograron ampararse en la seguridad del mar. Una señal dada por algunos atenienses favorables a los persas —quienes deseaban que se restaurase la tiranía, derrocada en el 510, o, por lo menos, deshacerse de los demócratas más radicales de Atenas— advirtió a los persas para que no pusieran rumbo a Atenas. Los atenienses corrieron hacia su ciudad para defenderla, y los persas se alejaron con sus barcos. La incursión en Grecia continental no había aportado nada a los persas, pero todavía estaban en posesión de las islas del Egeo, estratégicamente fundamentales.

Los atenienses perdieron 192 hombres; los persas, en cambio, que luchaban con armas ligeras, más de 6.000. Años más tarde se decía que los espíritus de los hombres y caballos muertos se aparecían cada noche en el campo de batalla. La milagrosa victoria situó a Atenas en la primera fila de los Estados griegos, por lo que a partir de entonces fue rival directa de Esparta. Aunque desde el punto de vista de los persas se trató tan sólo de un enfrentamiento secundario en los márgenes del imperio, Maratón es, en realidad, una de esas grandes batallas cuyo resultado decide el curso de la historia para una extensa región del mundo y que nos llevan a preguntarnos qué habría sucedido en el caso contrario. John Stuart Mill, el filósofo del siglo XIX, formuló la famosa ingeniosidad de que la historia inglesa había sido afectada de manera más radical por la batalla de Maratón que por la de Hastings.[20]Si los griegos hubiesen perdido (o, puesto que vencieron, si hubiesen sido derrotados en alguna de las batallas fundamentales de la ulterior invasión persa), la cultura europea tal como la conocemos habría sido estrangulada en el momento mismo de nacer y la autocracia habría encenagado la orgullosa independencia de los Estados griegos.

Darío prometió vengarse, pero fue retenido por las sublevaciones que

estallaron tanto en Egipto como en Babilonia. Al morir en el 486 legó aquella tarea a su hijo Jerjes I. La seriedad de la tercera invasión persa estuvo marcada no sólo por la escala del armamento y la presencia personal del rey, sino también por dos descomunales obras de ingeniería: los dos kilómetros que separan las orillas del Helesponto (el estrecho de los Dardanelos) fueron salvados íntegramente por un doble puente de pontones, y la península de Atos fue atravesada por un canal. El camino estaba expedito para un ejército invasor de unos 150.000 soldados de tierra y una flota de seiscientos barcos de guerra.

En el 481, al enfrentarse a aquella inminente invasión, los griegos convocaron una reunión de urgencia en Corinto. La asistencia fue escasa, pues muchos Estados griegos prefirieron, con cierta lógica, capitular ante los persas, ponerse de su lado o mantener una precaria neutralidad. El grado del sentimiento propersa en Grecia no causó sorpresa. No fue un caso de traición o deslealtad, pues no existía una nación griega que traicionar; en cualquier caso, el Imperio persa toleraba la diversidad cultural. Los delegados de treinta y un Estados —menos del 5 % de los existentes en la Grecia continental— acordaron dejar de lado sus diferencias mutuas, a menudo inveteradas, y eligieron a los espartanos, por su experiencia militar y por su liderazgo en una poderosa coalición de Estados peloponesios, como comandantes generales de las fuerzas griegas. Los griegos establecieron dos frentes de defensa, uno en el norte, situado directamente sobre la línea de avance de los persas, en las Termópilas y el cabo Artemisio; y otro como punto de retirada en el sur, en la zona del istmo del Peloponeso.

Tras la traición y la gloriosa derrota sufrida en el estrecho paso de las Termópilas por el rey espartano Leónidas y sus tropas, ampliamente superadas en número, que hizo probar a Jerjes por primera vez el sabor de la pasión que inspiraba a los griegos su amor por la libertad, le llegó el turno a la armada ateniense en Artemisio. ¿Podrían contener el inexorable avance de las fuerzas griegas hacia el sur a través de Grecia? El líder de los atenienses era Temístocles. Aunque una tormenta había destruido unos pocos barcos persas, los griegos seguían estando en abrumadora minoría, pero se mantuvieron firmes en una batalla que concluyó en tablas antes de retroceder hacia el sur, hasta la isla de Salamina, en el golfo Sarónico, cerca de Atenas.

Nada podía detener el avance persa, y, siguiendo órdenes de Temístocles, la flota ateniense se utilizó para evacuar la ciudad y trasladar a sus habitantes a posiciones seguras en Salamina y otros lugares. Aquello debió de parecer el fin del mundo: nadie sabía si volvería a ver su ciudad natal o si, en caso de poder regresar,

lo harían como miembros insignificantes de un Imperio persa engrandecido, como esclavos del Gran Rey. La flota de los persas se hallaba fondeada en la bahía de Falero, al lado mismo de Atenas, mientras su ejército proseguía su marcha atravesando Beocia y entrando en el Ática. La Acrópolis fue sitiada y no tardaron en tomarla. Los pocos defensores, demasiado obstinados o demasiado pobres como para haber participado en la evacuación, fueron masacrados, y los templos saqueados e incendiados hasta los cimientos.

Muchos griegos consideraban que su posición en Salamina era un callejón sin salida, una trampa, y contemplaban la toma de Atenas como el final de la guerra en el continente. Lo único que les preocupaba en ese momento era retirarse al Peloponeso y librar allí la última batalla. En realidad, los peloponesios estaban ya construyendo un muro defensivo que atravesaba el istmo cerca de Corinto. Pero se trataba de una estrategia inútil fruto de la desesperación: aunque la muralla hubiese logrado contener parte de las tropas persas, otros soldados podrían haber sido desembarcados más allá, pues la flota griega no tenía capacidad para patrullar toda la costa del Peloponeso.

Temístocles, sin embargo, comprendió que los griegos debían arriesgarlo todo en una sola batalla y vio que, aunque parecía desesperada, su posición en Salamina podía resultarles favorable. Se cuenta, incluso, una historia según la cual envió un mensajero al rey de Persia haciéndose pasar por traidor y animándole a encerrar las naves griegas en el estrecho marítimo entre la isla y el continente. Al margen de la veracidad de este relato, eso fue exactamente lo que hizo Jerjes. Al llegar la noche, los persas dividieron su flota en dos partes, cada una de las cuales bloqueó uno de los canales de los dos extremos de Salamina. La flota griega quedó confinada a las aguas contiguas a la isla, y, al amanecer, los persas remaron para lanzarse al ataque. Esperaban encontrar a los griegos desorganizados, pero se enfrentaron a una fuerza pequeña pero disciplinada y decidida. Los griegos se replegaron para atraer a los persas más al interior del angosto estrecho, donde la superioridad numérica de los segundos sería una desventaja para ellos, y a continuación atacaron. La batalla fue desesperada y feroz, pero, al final, los griegos triunfaron, y además de manera decisiva.

Jerjes, que había contemplado la batalla y la matanza de sus hombres desde una atalaya, se sintió sumamente abatido. Enfurecido, mandó ejecutar a sus comandantes navales por su fracaso, y muchos marinos fenicios y egipcios desertaron disgustados con él. El rey se llevó de vuelta a Asia lo que quedaba de su flota para impedir que estallara alguna sublevación aprovechando la ocasión,

salvaguardar su línea de retirada y garantizar el aprovisionamiento del grueso del ejército de tierra, que quedó atrás para proseguir la campaña al año siguiente. En la misma fecha del año 479, fuerzas griegas aniquilaron a los persas en Platea, en la Grecia continental, y en Mícala, en la costa de Asia Menor. Muchas ciudades griegas asiáticas se alzaron una vez más en rebeldía. Tras haber perdido la mitad de su ejército y la mayor parte de su armada, los persas se retiraron para lamer sus heridas y prepararse para el futuro. Aunque era raro que Jerjes perdiera una batalla, los griegos desconocían sus éxitos en otras partes del imperio: en lo que a ellos les concernía, los persas habían perdido su aura de invencibles que tan útil les había sido en el pasado.

JENOFONTE Y SU ÉPOCA

Jenofonte, hijo de Grilo y Diodora, nació en Atenas un año o dos después del 430 a.C., y murió hacia el 354, probablemente en Corinto. No es nada raro que sepamos poco sobre la vida de un griego de la Antigüedad, por más famosas que fueran sus hazañas o voluminosa su producción creativa. Jenofonte no constituye una excepción. En sus libros reveló pocas cosas acerca de sí mismo, y aunque acabó siendo lo bastante famoso como para atraer cierta atención biográfica, la única «Vida» que nos queda de él, debida a Diógenes Laercio, fue escrita en el siglo III d. C., es de una brevedad lamentable y su fiabilidad podría ser menor de lo que a veces nos vemos obligados a suponer.

Es posible que tuviera hermanos o parientes próximos que murieron en la peste que diezmó Atenas durante su infancia: nunca lo sabremos. También lo es que él mismo sirviera en la caballería ateniense en su juventud, tanto en su patria como en el extranjero: lo único en que podemos basarnos es la impresión derivada de la *Anábasis* de que ya poseía alguna experiencia de combate. Se decía que era de buena presencia y, quizá, en su juventud estuvo al cuidado de un hombre de más edad y de su misma condición social, quien, a cambio de cierto grado, bastante inocente, de permisividad sexual, actuó como mentor suyo con la promesa de introducirlo en los círculos apropiados al cabo de algunos años. En sus escritos posteriores se mostró, no obstante, más opuesto a las relaciones homosexuales que muchas personas pertenecientes como él a las clases altas. Una de las cosas de las que podemos estar seguros es de que, como joven de buena familia, estaba destinado por naturaleza a desempeñar un cometido en la vida política de su ciudad. Pero los acontecimientos y su propia antipatía hacia la democracia ateniense echaron por tierra cualquier plan en ese sentido.



Los bustos de Jenofonte escasean. Éste, fechado un par de siglos después de su muerte, da probablemente poca idea de sus rasgos reales, pues esta clase de bustos solían transmitir una impresión genérica del aspecto que supuestamente debían tener determinados tipos de personas, como los historiadores (en este caso), los filósofos o los estadistas.

Sus años tempranos estuvieron dominados por la Guerra del Peloponeso, entre Atenas y Esparta, las dos superpotencias de la Grecia clásica. La guerra se desarrolló con intermitencias entre el 431 y el 404, tras décadas de tensión y escaramuzas, y concluyó con la derrota y humillación de su ciudad natal, cuya reputación había quedado manchada por años de abusos derivados del poder y la riqueza imperiales. Como miembro de la clase privilegiada, el joven Jenofonte podría haber llevado una vida un tanto mimada, pero cuando todo lo que uno conoce es la guerra, la riqueza no implica seguridad. No obstante, a una edad en que otros muchachos se formaban en la profesión de su padre, él asistía a una escuela. La educación ateniense era muy básica según nuestros criterios, sobre todo porque su función consistía en moldear el carácter más que en impartir información o desarrollar el pensamiento crítico. Era un método para la socialización cultural de los jóvenes (nunca de las jóvenes en el siglo V). Jenofonte tuvo tres maestros: un *paidotríbēs*, en un gimnasio, que lo formó en la práctica de los deportes y el valor del esfuerzo físico; un *kitharistēs*, que le enseñó a tocar un instrumento musical y practicar las virtudes menos rigurosas encomiadas por los poetas líricos griegos; y un *grammatistēs*, que le impartió los conocimientos

prácticos de la lectura, la escritura y una aritmética elemental, y con quien aprendería largas tiradas de poemas homéricos, con especial hincapié en las proezas marciales y los valores aristocráticos de la competición.

Aunque a finales del siglo V había en Atenas comerciantes, banqueros y manufactureros recientemente enriquecidos, la mayoría de las familias adineradas eran terratenientes. Jenofonte vivió en su juventud en medio de la angustia familiar, pues las fincas situadas fuera de las murallas defensivas de la ciudad eran vulnerables en tiempo de guerra a las invasiones de los peloponesios, cuyo principal objetivo consistía en robar o destruir las cosechas, dañar las propiedades y afanarse en mutilar árboles para inducir a los atenienses a realizar algún intento imprudente de librar una batalla campal. Además, la familia de Jenofonte pudo haber tenido posesiones en el extranjero, vinculadas a alguna base del imperio y arrendadas a algún aparcero local; esas posesiones se habrían perdido también al hundirse el imperio en la última década del siglo V. Pero en los años de paz insegura que ocuparon una gran parte del periodo intermedio de la guerra, Jenofonte acompañó a su padre a sus fincas cercanas, y no hay duda de que fue allí donde aprendió a cabalgar. Era un buen jinete, y mucho después escribió dos tratados sobre este asunto: El jefe de la caballería y De la equitación.

En su libro *Económico* se nos ofrece un atisbo del tipo de vida que llevaba un terrateniente cuyas propiedades se hallaran cerca de Atenas:

En caso de no haber nada urgente en Atenas [dice Iscómaco, el álter ego de Jenofonte], el esclavo lleva mi caballo a la finca, y mi viaje al campo me sirve de paseo [...] Una vez llego al campo, ya estén plantando, ya barbechando, sembrando o almacenando la cosecha, vigilo cómo hacen cada una de las faenas y les corrijo si conozco algún método mejor que el que emplean. A continuación, por lo general monto a caballo y practico ejercicios hípicos lo más parecidos posible a los que es preciso hacer en la guerra, sin evitar ni la marcha en orden oblicuo, ni en pendiente, foso o canal, pero cuidando, en la medida que lo permita esa monta, de no lisiar al caballo. Una vez que termina ese entrenamiento, después de dejar el esclavo que el caballo se revuelque en el polvo, lo conduce a casa, y al mismo tiempo trae del campo lo que podamos necesitar en la ciudad. Yo vuelvo a casa unas veces andando, otras corriendo, y al llegar me froto con la estrígila.[21]

La ciudad y su política constituían el centro de interés de los terratenientes que no tenían otras obligaciones: consideraban un deber y un placer contribuir en la medida de lo posible a la administración de Atenas. Así, Jenofonte, como muchos de su clase, fue formado más bien como propietario absentista que como agricultor activo. Era capaz de discursear largo y tendido sobre la generosidad del suelo y sobre cómo dirigir a los trabajadores, pero dejaba las labores profesionales a su capataz y sus peones, todos ellos esclavos. La tierra le garantizaba un buen nivel de vida, le permitía practicar la equitación y le daba posibilidad de salir de caza —éstas eran sus principales ventajas.

La caza fue otro tema al que Jenofonte dedicó un tratado. Era igualmente una de las actividades características de los jóvenes de la clase acomodada ateniense con tiempo y dinero para entregarse a ella. En su tratado, Jenofonte defendía aquella actividad de quienes la consideraban un capricho aristocrático, insistiendo en que era un deporte duro y hasta peligroso que se practicaba recorriendo a pie terrenos difíciles y suponía, de vez en cuando, enfrentarse a algún animal tan salvaje e impredecible como un jabalí; sostenía, además, que fomentaba cualidades útiles para la comunidad, en especial la preparación física y el coraje. Otra cosa es, no obstante, que esta cuestión ocupara un lugar prioritario en su pensamiento cuando salía a la campiña del Ática a cazar liebres con sus compañeros de juventud.

Como ciudadano de Atenas, a Jenofonte se le inculcaron unos valores concretos. Creció en una ciudad aferrada todavía a un sentimiento de orgullo que se desvanecía por aquellas fechas y que la había impulsado a emprender un plan para ornamentarse con edificios públicos monumentales; una democracia que, a pesar de todos sus defectos, animaba a cada ciudadano a sentirse parte del destino y el futuro de su ciudad. El ciudadano ateniense aunaba privilegio y obligación. Tras cumplir dieciocho años, participaba en los ritos religiosos cívicos que mantenían la sonrisa de los dioses sobre la ciudad y podía asistir a las reuniones de la asamblea popular, donde le estaba permitido hacerse oír a partir de los veinte. Con treinta años podía actuar como jurado en los tribunales (que, además de tratar casos delictivos, constituían la fuerza legal que sostenía las instituciones democráticas de la ciudad) o como miembro del Consejo (que preparaba los planes para la asamblea ejecutiva), y tenía la posibilidad de presentar su nombre a la elección mediante sorteo para alguno de los cargos públicos de Atenas. Se esperaba de él que sirviera en el ejército o en la armada, y, si era rico, que realizara ciertos servicios («liturgias»), como la financiación de festivales religiosos o el mantenimiento de un barco de guerra, servicios que funcionaban en Atenas como

una especie de sistema fiscal. A cambio, el ciudadano ateniense gozaba de la protección de las leyes. En la mayoría de estas cuestiones, o en todas ellas, el ciudadano se diferenciaba netamente de las mujeres y los niños atenienses y de los extranjeros residentes en la ciudad (esclavos y hombres de negocios), que disfrutaban de pocos derechos o de ninguno. Aprendía que los dioses valoraban el sentido del deber para con la comunidad, la hospitalidad con los extranjeros, el respeto a los ancianos y el cuidado de los padres, el afecto a los amigos y una hostilidad razonable hacia los enemigos, y que castigaban a los criminales y humillaban a los orgullosos. Las virtudes cardinales de los hombres griegos eran la integridad personal, la contención (el conocimiento del lugar de cada uno en la sociedad), la devoción hacia los superiores humanos y sobrehumanos, la astucia y el valor.

LA RELIGIÓN DE JENOFONTE

La peste, un brote de fiebre tifoidea que afectó a Atenas en el verano del 430 y se mantuvo durante tres años, ejerció una poderosa influencia sobre las mentes y los cuerpos de la generación de los padres de Jenofonte. Los griegos de la época clásica habían vivido siempre en un universo inseguro en el que la muerte prematura, la guerra, las epidemias y el hambre eran visitantes demasiado frecuentes. El panteón homérico de dioses volubles, cuyos caprichos escapaban en todo momento a la comprensión de los mortales, era la proyección de esa inseguridad sobre sus supuestas causas. Pero, en Atenas, la peste formó parte de un conjunto más amplio de acontecimientos que amenazaron el antiguo orden moral. En un famoso pasaje, el historiador Tucídides analizó y catalogó el declive moral provocado por ella:

La gente se atrevía más fácilmente a acciones con las que antes se complacía ocultamente, puesto que veían el rápido giro de los cambios de fortuna de quienes eran ricos y morían súbitamente, y de quienes antes no poseían nada y de repente se hacían con los bienes de aquéllos. Así aspiraban al provecho pronto y placentero, pensando que sus vidas y sus riquezas eran igualmente efímeras. Y nadie estaba dispuesto a sufrir penalidades por un fin considerado noble, puesto que no tenía la seguridad de no perecer antes de alcanzarlo. Lo que resultaba agradable de inmediato y lo que de cualquier modo

contribuía a ello, esto fue lo que pasó a ser noble y útil. Ningún temor de los dioses ni ley humana los detenía; de una parte juzgaban que daba lo mismo honrar que no honrar a los dioses, dado que veían que todo el mundo moría igualmente, y, en cuanto a sus culpas, nadie esperaba vivir hasta el momento de celebrarse el juicio y recibir su merecido.[22]

El relato tiene un punto de exageración —no todos los atenienses sucumbieron al desorden—, pero sólo un punto. Las cosas no se habrían descontrolado de tal manera de no haber existido previamente una tendencia cultural hacia la subversión del antiguo orden moral. Las capas superiores de la sociedad ateniense del último cuarto del siglo V sufrieron la sacudida de una crisis moral y religiosa en la que los intelectuales pusieron en duda la existencia de los dioses y el valor de la conducta moral tradicional. Los sofistas y quienes experimentaron su influencia cuestionaron los fundamentos mismos de la moralidad. ¿Por qué tendría que soportar el individuo, se preguntaban, incomodidades y sacrificios en aras de un bien superior? Si un individuo puede adoptar impunemente una conducta que, aunque no cuente con la sanción del código moral, le hace ser próspero y feliz, ¿por qué no habría de practicarla? Los sofistas enseñaban que no había dioses, o que, de haberlos, no se interesaban por los mortales, y que el prestigio y el éxito material eran los valores más importantes. La reacción ateniense frente a aquellas ideas subversivas consistió en amordazar a los intelectuales mediante la burla (como hacían los comediógrafos ante el público reunido en los festivales de teatro) o, incluso, recurriendo a medios legales: el famoso juicio de Sócrates, celebrado en el 399, fue la culminación de una serie de causas y decretos, reales o amagados, cuyo propósito era reforzar la tradición.

Además de estar expuesto a una relativa inseguridad material, Jenofonte nació, por tanto, en una época de cambio moral. Sin embargo, nunca puso en duda la religión de su juventud. La religión griega se basaba en la práctica de ciertos ritos —principalmente sacrificios, rezos y libaciones—, y no en un credo. Los dioses eran fuerzas omnipresentes y poderosas que podían influir, e influían de hecho, en todas las cosas de la vida, grandes y pequeñas. En consecuencia, el principal deber del individuo consistía en intentar granjearse el favor de los dioses para sí y para sus amigos, su familia y su comunidad. La primerísima norma de Jenofonte para un jefe de la caballería (un alto rango militar en Atenas) es la siguiente:

En primer lugar, debes empezar por hacer un sacrificio a los dioses y pedirles que tus pensamientos, palabras y obras les sean muy gratos y favorables, honrosos y de la mayor utilidad para ti mismo, para tus amigos y para tu ciudad.Una vez que los dioses sean propicios, has de alistar soldados de caballería...[23]

Jenofonte tuvo la fortuna de creer que, si los dioses no respondían a las plegarias del individuo o no lo hacían de inmediato, tenían alguna razón para ello, y que el hecho de darles respuesta era tan sólo una demostración de la magnanimidad de su naturaleza. La mayoría de los griegos sostenían que, aunque los dioses no fueran del todo razonables (se parecían a los seres humanos y, al mismo tiempo, eran distintos de ellos), había que actuar como si lo fuesen; la opinión de Jenofonte era ligeramente distinta, pues creía que la voluntad divina era inteligible en última instancia. Los dioses, pensaba, eran benévolos por esencia —por poner un ejemplo, habían creado el mundo y todo cuanto contiene para el bien de la humanidad—, y una faceta de su benignidad era su decisión de comunicarse con los mortales.

El medio por el que los seres humanos descubrían o intentaban descifrar a su vez aquellos mensajes a menudo enigmáticos era la adivinación. A pesar de que sus resultados podían ser ambiguos, Jenofonte confiaba enormemente en ella. En un determinado momento, hacia el final de la retirada de Babilonia, cuando los cirianos (los soldados griegos reclutados por Ciro) habían llegado a Bitinia, se vieron en una situación crítica de escasez de comida: cualquiera habría pensado que o bien debían abandonar forzosamente el lugar en que se hallaban para buscar otros distintos donde aprovisionarse, o bien salir, al menos, de su posición fortificada y saquear los pueblos vecinos. Jenofonte, sin embargo, a pesar de enfrentarse a una situación rayana en el motín, dio muestras de una obsesión casi espartana por las sutilezas religiosas y se negó durante varios días a que las tropas efectuaran una salida, pues los presagios de reiterados sacrificios demostraban que los dioses se oponían a que partiesen.[24]

Hay algo raro en este caso concreto. En el campo de batalla, o cuando se estaba en campaña, la responsabilidad recaía sobre el oficial al mando. Los adivinos podían examinar las entrañas y hacer propuestas más o menos firmes, pero quien decidía en última instancia si había que secundarlas era el general. Los sueños constituían uno de los métodos más comunes utilizados por los dioses para comunicarse con los mortales, y así es como podríamos analizar el ominoso sueño de Jenofonte que le indujo a cambiar su papel de observador pasivo por el de

participante activo en los asuntos de los cirianos, hasta acabar convirtiéndose en su líder:

A causa de las dificultades existentes, [Jenofonte] compartía la aflicción de los demás y no podía dormir. Sin embargo, durante un momento en el que consiguió dormir, tuvo un sueño. Le pareció que descargaba una tormenta y que un rayo caía en la casa de su padre y que, por esta causa, resplandecía toda. Muy asustado, se despertó de inmediato y, por una parte, juzgaba el sueño favorable, porque en medio de fatigas y peligros creyó ver una gran luz procedente de Zeus. Pero si se consideraba que el sueño procedía de Zeus como Rey, el fuego que brillaba a su alrededor temía que significara la imposibilidad de salir del territorio del Rey porque muchos obstáculos lo impedirían.[25]Cuál es el significado de un sueño tal, es posible conocerlo por lo que sucedió después del sueño. Y ocurrió lo siguiente. Tan pronto como despertó, se le ocurrió en primer lugar esta idea: «¿Por qué estoy acostado? La noche avanza. Y con el día es lógico que los enemigos vengan. Si caemos en manos del Rey, ¿qué impedirá que nosotros, después de haber visto todo lo más penoso, después de haber sufrido todo lo más terrible, muramos ignominiosamente? Mas, de cómo nos defenderemos, nadie se prepara ni se preocupa, sino que continuamos acostados, como si pudiéramos permanecer inactivos. Por consiguiente, respecto a mí, ¿de qué ciudad espero que acuda el general que hará lo necesario?, ¿a qué edad espero llegar? Porque yo, al menos, ya no llegaré a viejo, si hoy me entrego al enemigo».

Es evidente que Jenofonte decidió, por motivos humanos, dar a un sueño ambiguo una interpretación optimista. Por lo que respecta a los sacrificios ofrecidos en el Puerto de Calpe, en Bitinia, resulta difícil creer que ocho de ellos seguidos produjeran advertencias tan poco ambiguas —unos órganos contrahechos o enfermos o, incluso, inexistentes; unas llamas que remolineaban de forma amenazadora; demasiada sangre, o demasiado poca— como para que los adivinos insistieran terminantemente en que las tropas no debían moverse de su posición. En algún momento tuvieron que haber dicho a Jenofonte: «Bueno, las cosas no presentan demasiado buen aspecto, pero quizá seas capaz de arriesgarte». Sin embargo, Jenofonte no sacó a sus hombres en ningún momento.

Cuando se dispuso a poner por escrito aquel suceso, decidió presentar su firme negativa como un ejemplo de buen liderazgo: un buen general debe obedecer

siempre a los dioses. Las páginas de los escritos de Jenofonte están plagadas no sólo de consejos religiosos tradicionales y héroes piadosos, sino también, con cierto mal gusto, de muchos ejemplos del tipo de: «Ya os lo decía yo», sobre cómo se tuercen las cosas para quienes ignoran a los dioses. En el caso recién mencionado, uno de los compañeros de Jenofonte en el mando, un hombre por el que sólo sentía desprecio, ignoró los augurios y, buscando la popularidad, sacó a 2.000 hombres para llevar a cabo una expedición de pillaje: una cuarta parte no regresó nunca, y los hombres de Jenofonte se enfrentaron unos días después —cuando los dioses habían dado permiso para realizar una batida— a la atroz tarea de enterrar los cuerpos en descomposición de sus camaradas.

Jenofonte fue siempre un hombre práctico, y su religión se orientaba también a la obtención de resultados. No se trataba sólo de que los dioses eran quienes otorgaban las cosas buenas. Con una sutileza superior, Jenofonte hace hincapié a lo largo de toda la *Anábasis* en el hecho de que la observancia religiosa suelda el ejército dándole unidad e incrementa la moral. Los hombres cantan normalmente el peán a Apolo antes de la batalla, celebran su (aparente) seguridad con juegos en honor de los dioses, acuerdan por unanimidad dedicarles una parte de los despojos, y, cuando el comportamiento de unos pocos ha hecho recaer la culpa colectiva sobre el conjunto del ejército, acceden a someterse a una purificación masiva. Estos actos (se podrían aportar otros ejemplos) constituyen momentos de alegría en medio de unas situaciones que son, por lo demás, sombrías, peligrosas y complicadas. Jenofonte, rodeado por la inestabilidad durante su juventud, se aferró a algo que parecía ofrecerle un fundamento seguro. En su obra se refleja cierta tristeza, cierta nostalgia por los valores de una época pasada.

JENOFONTE Y SOCRATES

La educación infantil de Jenofonte no pasó de ser meramente aceptable, y en algún momento de la década del 400, en sintonía con el nuevo clima reinante en Atenas a finales del siglo V, se unió al círculo compuesto mayoritariamente por jóvenes privilegiados que se consideraban seguidores de Sócrates. La tradición anecdótica conserva una bonita historia sobre el primer encuentro de Jenofonte con Sócrates que concuerda con los relatos de conversión de todas las épocas. Jenofonte caminaba por una de las callejas de Atenas, y Sócrates le cerró el paso, entabló conversación con él y le preguntó dónde podían comprarse en la ciudad diversos

artículos triviales. Jenofonte respondió cortés a todas las preguntas del anciano. Al final, Sócrates le preguntó: «¿Y dónde se puede adquirir la bondad?». Cuando el joven Jenofonte le miró desconcertado, Sócrates le dijo: «Sígueme y lo descubrirás».[26]

Uno de los principales aspectos que diferenciaba a Sócrates de sus primos los sofistas (según podemos deducir de los escritos fuertemente sesgados de los discípulos de Sócrates) era que, aunque también él enseñaba a sus seguidores a cuestionar la tradición, iba más lejos que ellos en el intento de asentar la moralidad sobre unos cimientos nuevos y racionales. Según su pensamiento, tras un periodo de crisis como la que afectó a Atenas al final del siglo V, la moralidad sólo puede reconstruirse sacando a la luz unos principios básicos. Sobre todo, si Jenofonte aprendió enseguida de Sócrates el ideal de autosuficiencia construida sobre la autodisciplina fue, en particular, porque le resultó fácil armonizar aquel concepto de virtud con los valores espartanos que admiraba cada vez más. Así, todos sus héroes, al menos según aparecen reflejados en sus escritos, se caracterizan por ese ideal. Muchos de los seguidores de Sócrates abrigaban inclinaciones filoespartanas o eran sospechosos de tenerlas. El comediógrafo Aristófanes los describía como unos hippies: «Por aquellas fechas todos andaban locos con Esparta: se dejaban el pelo largo, se mataban de hambre, no se lavaban y socratizaban».[27]El pelo largo al estilo espartano se convirtió en Atenas en la moda característica de la clase social a la que pertenecía Jenofonte. Sin embargo, el vínculo entre Sócrates y Esparta era en realidad tenue: nunca animó a sus seguidores a aprobar la cultura o la política del enemigo, pero tuvo la mala fortuna de atraer a miembros de la clase alta, que eran precisamente quienes se sentían menos satisfechos con las instituciones democráticas atenienses y contemplaban con cierta envidia la organización menos igualitaria y más estructurada de Esparta. Estaban mentalmente dispuestos a traducir a términos políticos triviales cualquier filosofía que subrayara la importancia de la disciplina.

En el año 399, en uno de los juicios más tristemente famosos de la historia del mundo, uno de los tres acusadores de Sócrates fue un destacado demócrata: el juicio, precedido por una oleada de panfletos de inspiración política que denunciaban al filósofo, tuvo, sin duda, una lectura igualmente política. Al cabo de sólo cincuenta años, más o menos, el orador ateniense Esquines pudo decir descaradamente que los atenienses habían condenado a muerte a Sócrates por haber sido el maestro de un oligarca sanguinario como Critias.[28]

El propio Sócrates no escribió nada, y debido a su manera de abordar

asuntos filosóficos y políticos —planteando, sobre todo, preguntas, más que dándoles respuestas definitivas— resulta difícil ubicar su posición política. Sin embargo, no hay duda de que cuestionó la falta de profesionalidad de la política democrática ateniense, en especial el recurso al sorteo, y no a la consideración de la capacidad, para la elección de mandos militares. El sistema legal, con sus jurados masivos, la falta de jueces y abogados, los discursos cronometrados y unas leyes formuladas con vaguedad, era también defectuoso, y en cierto momento Platón pone en boca de su Sócrates un comentario irónico: si alguna vez llegase a ser procesado, dice, «mi juicio se parecerá a la acusación de un médico presentada por un fabricante de caramelos ante un jurado de niños».[29]Sócrates pensaba, no obstante, que, aunque podía perfeccionarse, la democracia ateniense era mejor que la mayoría de las constituciones; si no criticó la sociedad espartana era porque vivía en Atenas y le interesaba mejorar a sus conciudadanos.

Pero en sintonía con la mentalidad bipolar de su época, algunos de sus enemigos interpretaban sus críticas a Atenas como una aprobación de Esparta. El problema radicaba en que varios de sus amigos lo entendían también así.

Sócrates fue acusado de no reconocer a los dioses del Estado, introducir dioses nuevos y corromper a la generación más joven de Atenas. Pero al margen, incluso, de las cuestiones religiosas mencionadas en los cargos, el juicio tenía una lectura religiosa. Las sociedades tradicionales como la Atenas del siglo V, donde la religión impregnaba la vida civil, son tristemente famosas por su paranoia frente al inconformismo. El corolario de la creencia tradicional según la cual una sociedad piadosa será próspera, es que un Estado con un número significativo de individuos impíos podría no prosperar. Atenas acababa de perder una guerra desastrosa; Sócrates fue el principal chivo expiatorio. Su enjuiciamiento respondió no sólo a su amistad concreta con conocidos enemigos de la democracia, como Critias y Alcibíades, sino también a los traumas de la historia reciente de Atenas. Sócrates pasaba por ser la personificación de la corrupción moral, que había socavado el estilo de vida ateniense. Aristófanes lo había retratado exactamente así veinte años antes en Las nubes, su obra cómica maestra.

El juicio de Sócrates fue un momento clave. Ninguna de las acusaciones habría tenido mucho sentido un poco más tarde. La religión griega se había mostrado siempre mentalmente abierta a nuevas divinidades —a fin de cuentas, hasta los dioses más conocidos eran en definitiva incognoscibles y se presentaban bajo títulos distintos y cultos diversos—, y al cabo de poco tiempo, por influencia de los mercenarios que regresaban del extranjero y, luego, del cosmopolitismo

helenístico, el Estado comenzó a aprobar la introducción generalizada de dioses extranjeros; además, la desintegración de los valores significaba que la generación más joven no era la única «corrompida» por las ideas nuevas.

La cuestión central del juicio de Sócrates fue el viejo conflicto entre el individuo y el Estado. Era generalmente sabido que Sócrates recibía mensajes directos de los dioses, y aunque muchos atenienses habrían aceptado encantados el carácter sagrado de aquella experiencia, el problema era que el vínculo de Sócrates con la divinidad no tenía carácter público. Fueran quienes fuesen el dios o los dioses con los que se hallaba en contacto (Sócrates habría dicho que se trataba de Apolo), no estaban al alcance de la veneración o la comunicación públicas, n0 se podía influir en ellos por los medios habituales (oración, sacrificio y ofrendas), y no mostraban interés por el bienestar de nadie, fuera de Sócrates y su círculo inmediato. En el momento de su juicio, el individualismo era aún profundamente sospechoso, tanto por motivos religiosos como políticos, pero al cabo de treinta 0 cuarenta años, las formas de culto privadas y personales acabaron siendo mucho más aceptables. Sócrates no fue sólo un personaje de transición él mismo, sino que transmitió esta actitud a sus seguidores, incluido Jenofonte, quien llegó a considerar las experiencias del ejército durante la retirada de Babilonia como un reflejo del abandono general de las supuestas certezas del siglo V para abrazar el relativismo del siglo IV.

JENOFONTE DEJA ATENAS

L

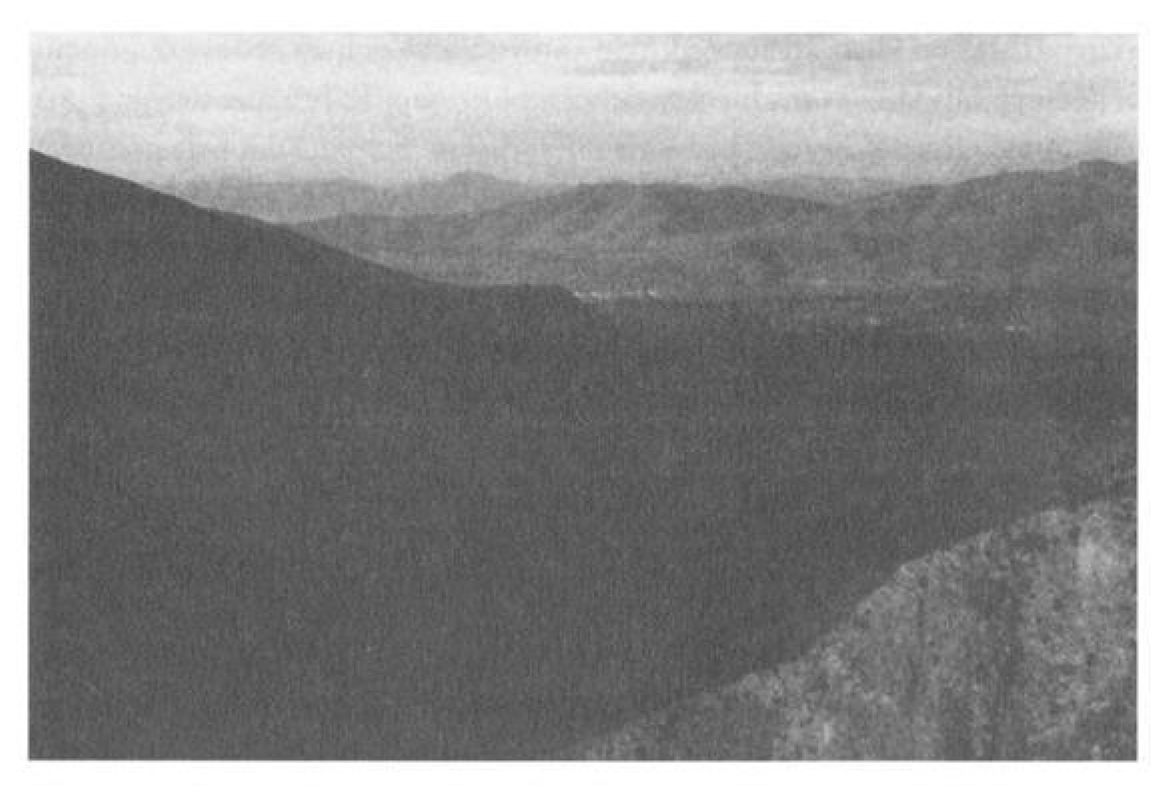
a inestabilidad de la educación de Jenofonte dio fruto en su trascendental decisión de dejar Atenas cuando tenía unos veintisiete años y acompañar a su huésped y amigo beocio Próxeno, de la oligárquica Tebas, en su viaje al este con Ciro. El concepto de «amistad entre huéspedes» o «vínculo de hospitalidad» es traducción del griego *xenía*, palabra que designa una especie de amistad hereditaria y ritualizada entre aristócratas de comunidades diferentes. Jenofonte consultó a Sócrates, su gurú y mentor, acerca del plan:

Sócrates —temiendo que la ciudad [las autoridades de Atenas] le pudiera reprochar a Jenofonte el convertirse en amigo de Ciro, puesto que, al parecer, Ciro había colaborado resueltamente con los lacedemonios en la guerra contra Atenas— aconseja a Jenofonte ir a Delfos a consultar al dios a propósito del

viaje. Fue Jenofonte y preguntó a Apolo a qué dios debía ofrecer sacrificios y plegarias para realizar, de la manera más provechosa y en óptimas condiciones, el viaje que tenía en proyecto y para volver sano, después de haber triunfado en su misión. Y le indicó Apolo los dioses a los que debía ofrecer sacrificio. Y una vez que regresó, contó a Sócrates el oráculo. Y éste, después de escucharlo, le censuró que no hubiese preguntado en primer lugar si era mejor para él emprender el viaje o quedarse, sino que, habiendo decidido personalmente que debía ir, se limitara a informarse sobre la manera más provechosa de realizar el viaje. Sin embargo, dijo, ya que has preguntado en esos términos, conviene que hagas cuanto el dios te ha ordenado. Jenofonte, después de haber ofrecido así los sacrificios a los dioses indicados por Apolo, se hizo a la mar, y se encontró en Sardes con Próxeno y Ciro, que estaban a punto ya de partir.[30]

Esta anécdota nos dice mucho sobre el carácter de Jenofonte en aquel momento: era lo bastante inquieto y optimista como para desobedecer a un personaje de autoridad tan egregia como Sócrates. Era un joven obstinado, pero su desobediencia escondía una intuición correcta. Los lectores de la *Anábasis* lo ven madurar a lo largo de la expedición a medida que descubre, con el placer que acompaña siempre a la aparición de determinadas aptitudes, su valentía natural y su capacidad de mando. Según dice él mismo, al concluir la expedición se había convertido en un soldado tan endurecido que habían mejorado su seguridad y su bravura —¡y aguantaba mejor el vino!—.[31]Se había topado, de manera más o menos accidental, con una función que lo desvinculó de las expectativas propias y ajenas y le impuso un tipo de vida muy diferente de todo cuanto había experimentado en Atenas.

Hubo, sin duda, otro factor que contribuyó a su inquietud durante aquel año 401: Jenofonte se sentía desilusionado por la situación de la sociedad ateniense. Aunque no existieran partidos políticos propiamente dichos, la política de todos los Estados griegos estaba dictada en gran parte por dos facciones opuestas. Por un lado, la de los partidarios de limitar el poder político, y hasta el derecho de voto, a unos pocos privilegiados, definidos por el valor de sus propiedades o sus ingresos; y, por otro, la de los partidarios de algún tipo de democracia, cuyo ejemplo más radical era la constitución ateniense. Al margen de consignas, ésas fueron las verdaderas cuestiones en que se basó la Guerra del Peloponeso: los espartanos solían apoyar la oligarquía e imponerla a los Estados sometidos a su control; los atenienses acostumbraban a apoyar la democracia y garantizar que sus aliados de todo el imperio estuvieran gobernados por amigos de este tipo de régimen.



Vista panorámica del mar de olivos desde los altos del santuario de Delfos, donde Jenofonte consultó al oráculo antes de partir para unirse a la expedición de Ciro.

En teoría, la democracia ateniense renovada del año 403 tenía carácter conciliador: políticos de todos los colores hablaban de sanar las heridas partidistas que habían desgarrado la ciudad nada más acabar la guerra, cuando una junta oligárquica despiadada, conocida pronto con el nombre de los Treinta Tiranos, utilizó durante unos meses las eternas tácticas del terror bajo el pretexto de devolver la estabilidad a la ciudad. El líder de la junta era Critias, amigo de Sócrates, y aunque fue muerto en la guerra civil que siguió a un levantamiento gratamente recibido, los oligarcas continuaron siendo una amenaza, hasta el 401, desde su fortaleza de la localidad de Eleusis, a sólo 35 kilómetros al noroeste de Atenas. Las antiguas divisiones pervivieron, por tanto, en la práctica, y fueron muchos —incluido Jenofonte— quienes pensaron que la democracia constituía un desastre. La asamblea popular era voluble y se dejaba guiar por demagogos sin

escrúpulos (hubo casos tristemente célebres que apoyaron esa interpretación); el sorteo no tenía en cuenta la pericia o la inteligencia sino que favorecía la mediocridad; la democracia estaba sostenida por un sistema legal insatisfactorio y estimulaba una sociedad en la cual todo era permisible; la democracia socavaba las tradiciones que habían dado su grandeza a la ciudad; la democracia había llevado a Atenas a una guerra desastrosa.

Había, además, problemas económicos: aunque todos sufrieron en la guerra, las clases más pobres, cuyos intereses estaban mejor representados por una democracia, tenían más que ganar y menos que perder en caso de victoria y, por tanto, solían ser más beligerantes que sus conciudadanos mejor situados, cuyos ingresos se desplomaban en épocas de conflicto bélico, de la misma manera que sus gastos se disparaban a consecuencia de los impuestos de guerra. En resumen, según muchos había llegado la hora de que el poder volviera a los miembros de la minoría que, gracias a un adiestramiento condicionado desde antiguo en el seno de las familias adecuadas, eran los líderes naturales de la ciudad. Aunque los estudiosos posteriores se equivocaron al atribuir a Jenofonte La república de los atenienses, que se ha conservado entre sus obras y fue escrita en el último cuarto del siglo V, el libro contiene sentimientos que él mismo habría respaldado:

En todo el mundo la clase privilegiada es contraria a la democracia. Efectivamente, en las personas privilegiadas hay muy poca intemperancia e injusticia, pero la máxima exactitud para lo importante; en el pueblo, al contrario, la máxima ignorancia y bajeza, pues la pobreza los lleva cada vez más hacia lo vulgar, y también la incultura e ignorancia causadas por la falta de recursos de algunas personas.[32]

Jenofonte no era tampoco el único ateniense de la clase acomodada de los caballeros que abandonó su ciudad y se unió a Ciro. En el ejército de éste había varios oficiales atenienses, y en sus filas se reflejaba la condición social predominante en la patria; así pues, es probable que aquellos atenienses fueran personas adineradas, el tipo de gente que no estaba de acuerdo con la democracia. Se marcharon, como Jenofonte, por insatisfacción con la situación imperante en Atenas, porque sus familias se habían arruinado o empobrecido debido al belicismo de la política democrática, o por haber sido desterrados a causa de sus opiniones políticas. Licio, el amigo de Jenofonte, comandante del pequeño escuadrón de caballería organizado a toda prisa después de la batalla de Cunaxa

para hacer frente a la amenaza planteada por las tropas móviles del enemigo, constituye un buen ejemplo. Su padre había colaborado estrechamente con los oligarcas que gobernaron brevemente Atenas en el año 411, tras el primero de los dos golpes de Estado oligárquicos, y el propio Licio simpatizaba suficientemente con las ideas de su progenitor como para asumir su defensa ante en el tribunal el año 410 (si el autor anónimo del discurso de defensa «En favor de Polístrato», conservado erróneamente entre los del eminente orador ateniense Lisias, es realmente el Licio del que hablamos). Era un gemelo político de Jenofonte; ambos «compartían prejuicios», según la expresión de Robin Lane Fox.[33]

Es muy probable que Jenofonte y Licio acabaran conociéndose, si es que no se conocían de antes, como miembros de la unidad de caballería que ayudó a mantener el orden en Atenas durante el gobierno de los Treinta Tiranos, del 404 al 403. El relato de estos acontecimientos ofrecido por Jenofonte en su principal obra histórica, Helénicas,evoca una experiencia directa y demuestra que conocía mejor las maquinaciones de los Treinta que las de sus adversarios. Sin embargo, la brutalidad de los oligarcas suscitó en él un distanciamiento tan decidido como el provocado por la ineficiencia de la democracia; desde un punto de vista ideológico, Jenofonte no tenía un hogar en Atenas, y ése es el motivo de que aprovechara la oportunidad de vivir una aventura en el este.

DESTIERRO

E

l momento crítico de la relación de Jenofonte con su ciudad natal llegó con el inesperado decreto de destierro dictado por la ciudad. Aunque la fecha del decreto no puede determinarse actualmente con tanta certeza como sería deseable, se produjo cuando Jenofonte se hallaba fuera de Atenas, en la década del 390, mientras seguía prestando servicio como general mercenario. Jenofonte lo menciona en la *Anábasis* en un pasaje en tercera persona característicamente comedido y desapasionado: «Jenofonte no se acercaba, sino que hacía los preparativos a la vista de todos para volver a su patria. Todavía no se había aducido contra él, en Atenas, el decreto relativo a su destierro».[34]Sin embargo, a pesar de su impasibilidad, percibimos cierta conmoción sin necesidad de leer entre líneas con excesiva sutileza, y hay un trasfondo doloroso en el hecho de que, incluso en el momento de escribir la *Anábasis*, unos treinta años después de los acontecimientos, siguiese considerando a Atenas como su «patria» —una patria de la que había sido excluido hacía mucho tiempo.

El destierro era un castigo común en la Grecia antigua por delitos contra el Estado. El de Jenofonte se basó en dos razones principales; cualquiera de las dos pudo haber sido decisiva, pero también es posible que ambas contribuyeran a que cayese en desgracia en su ciudad natal. En primer lugar, existe la posibilidad de que Sócrates diera en el clavo: la participación en la expedición de Ciro bastó, quizá, para poner a las autoridades atenienses en contra de Jenofonte. Ciro había pasado los últimos años de la Guerra del Peloponeso en Asia Menor dedicándose a apoyar el esfuerzo bélico espartano —tarea en la que tuvo un éxito admirable—. En Atenas había mucho resentimiento contra Persia en general y contra Ciro en particular.

En segundo lugar, los primeros años de la década del 390 fueron en Atenas un tiempo de democracia ferviente y renovada. En aquellos momentos no había término medio entre oligarquía y democracia, tal como ocurrió en la política europea de la década de 1930, polarizada entre el comunismo y el fascismo. Los Treinta Tiranos le habían sido impuestos a Atenas, y Esparta los había secundado e incitado. Jenofonte mostró durante toda su vida una actitud claramente favorable a Esparta, no sólo en los temas sobre los que se decidió a escribir (en especial en La república de los lacedemonios,con su elogio a la estabilidad constitucional reinante en ella), sino también en su admiración expresa por Terámenes, uno de los oligarcas atenienses (aunque más moderado, o más escurridizo, que otros),[35]y en la actitud generalizada de esnobismo perceptible a flor de piel en sus escritos. Jenofonte creía que los hombres más capaces debían tener poder —pero también que esas personas más capaces eran necesariamente las que habían sido entrenadas durante generaciones para tenerlo—. En algún momento fue nombrado incluso *próxenos* de Esparta, dignidad que le permitía representar los intereses espartanos en Atenas, pero que en su caso era sólo un puesto honorario, pues el exilio le impedía ocuparlo. Así pues, su destierro pudo haberse debido a que prefería el modo de vida y la política del enemigo de Atenas; su asociación con Sócrates no habría contribuido demasiado a disipar las nubes de esa sospecha.

Si Jenofonte fue desterrado en una fecha más bien temprana —inmediatamente después de que los cirianos se retiraran de Bagdad hacia Bizancio—, el primero de los dos motivos habría sido más verosímil que el segundo, pues en el $99 Atenas seguía siendo aliada oficial de Esparta, y, por lo tanto, Jenofonte no podría haber sido desterrado abiertamente por sus inclinaciones proespartanas. El año 394, preferido por algunos estudiosos, representa sin embargo otra buena posibilidad: la ruptura de las hostilidades con Esparta en el 395 (en lo que acabó llamándose la Guerra de Corinto) animó a las autoridades atenienses a desear

aplacar al rey y los sátrapas persas, que necesitaban pocos estímulos para retomar su función de manipuladores del poder y proveedores de fondos para las guerras entre los griegos continentales.

Había condiciones que propiciaban el destierro de Jenofonte: nuestro autor llevaba varios años luchando por los espartanos y junto con ellos y había participado, por supuesto, en una invasión de Persia. Para las autoridades atenienses, la gota que colmó el vaso pudo haber sido su regreso de Asia en compañía de Agesilao, rey de Esparta, y su presencia, cuando no su participación real, en el bando lacedemonio en la batalla de Coronea, en el 394, en la que los espartanos y sus aliados derrotaron al ejército de una confederación que incluía a Atenas. Además, por aquellas fechas se había extendido la indignación contra los miembros de la caballería en general, en cuanto clase social; el motivo, posiblemente sincero, era que no habían actuado tan bien como podrían haberlo hecho en las dos grandes batallas libradas contra los espartanos en el 394 —Nemea y Coronea—. Se decía, incluso, que en Coronea se habían inhibido porque en el otro bando había atenienses de su clase: no sólo Jenofonte, sino también otros antiguos integrantes del grupo de los griegos de Ciro (incluido Licio, si aún seguía vivo) y una fuerza de trescientos jinetes atenienses, enviados a Asia en el 399 por la restablecida democracia de Atenas para luchar con los espartanos como castigo por su política oligárquica.

En mi opinión, una prueba relativamente desatendida inclina por muy poco la balanza en favor de la fecha más tardía para el destierro de Jenofonte. Según nos cuenta en un pasaje de la *Anábasis*, una vez que los cirianos hubieron vendido el botín en Cerasunte, dedicó a Apolo una porción del mismo tras haber recibido su parte en efectivo.[36]La ofrenda encargada con aquel dinero —que pudo haber sido una estatuilla— fue grabada con una inscripción que llevaba su nombre y el de su amigo Próxeno, y depositada luego en el Tesoro de los Atenienses de Delfos, el centro apolíneo más importante. Ahora bien, dada la imposibilidad de imaginar que pudiera haberla hecho él mismo, a menos que siguiese siendo ciudadano de Atenas o mantuviese buenas relaciones con la ciudad, es necesario que nos preguntemos cuándo se realizó aquella ofrenda. Suponiendo que se encargara de ella personalmente, sin recurrir a intermediarios, la fecha más temprana en que pudo haber visitado Delfos fue el 394, pues hasta entonces se hallaba en el extranjero. Esto excluye la posibilidad de que hubiese sido condenado al destierro y caído ya en desgracia en Atenas en los primeros años de la década del 390. Sabemos que Agesilao visitó Delfos en el 394, poco después de la batalla de Coronea.[37]Tal vez le acompañó Jenofonte y consiguió introducir la ofrenda justo

antes de que los atenienses aprobaran el decreto de destierro.

Fuera cual fuese la fecha exacta del decreto, y por más sorprendido que se hubiese sentido entonces Jenofonte, al volver la vista atrás percibimos en todo ello cierto aire de fatalidad. Jenofonte se sentía fuera de lugar en Atenas; de ahí su sensación de inquietud. Aunque seguía considerando su ciudad natal como su patria —de la misma manera que todos profesamos un fuerte afecto por aquellos lugares, no más de uno o dos habitualmente en el curso de una vida, donde hemos vivido el tiempo suficiente como para que se produzca esa identificación—, y aunque debió de haberse sentido contrariado, Jenofonte no tuvo, probablemente, una excesiva sensación de desplazamiento, pues ya se encontraba desplazado. Su padre había fallecido (aunque no dispongamos de pruebas concretas podemos suponerlo así basándonos en el hecho de que el promedio de esperanza de vida de un varón en la antigua Atenas era de treinta y cinco años), y él no había formado todavía su propia familia; Sócrates había sido ajusticiado en el 399, y no hay indicios de que a Jenofonte le quedaran amigos íntimos en la ciudad. Por tanto, el destierro no fue mucho más que un sello sobre una serie de acontecimientos iniciados con anterioridad y que ya habían impulsado a Jenofonte a pasar la flor de la vida como aventurero errante y mercenario.

LAS INTRIGAS DE CIRO

La desaparición de la amenaza inmediata de Persia en el 479 animó a los griegos a considerarse miembros de una familia, amigos unidos contra el enemigo común. Bajo el doble liderazgo de Atenas y Esparta, podían dejar de lado sus insignificantes rencillas, mantener el mar libre de piratas y persas y compartir una nueva prosperidad. Pero todo aquello no eran más que pensamientos ilusorios. Pausanias, regente de Esparta, encargado de las operaciones terrestres contra los persas en Asia Menor, era un hombre arrogante y desagradable, y cometió el error de comportarse con demasiada familiaridad con sus supuestos enemigos. Aquel rumor se difundió con rapidez y crudeza. Se decía que había concertado casarse con la hija de un sátrapa persa, que había accedido a dejar Asia Menor en manos de los persas y que había adoptado las costumbres del país y se le había prometido la satrapía de la Grecia continental una vez que Persia hubiera logrado su objetivo de conquistarla. En el año 477, el liderazgo de los griegos frente a Persia había pasado exclusivamente a Atenas.

Durante los treinta años siguientes, los atenienses encabezaron una coalición agresiva formada principalmente por Estados del Egeo y la Grecia asiática unidos en una alianza ofensiva y defensiva contra Persia. En su momento culminante, la Liga, que sólo se diferenciaba de un imperio bajo Atenas por el nombre, contaba con 170 Estados. Con sus arcas rebosantes de tributos de los aliados, utilizados en su mayor parte para ayudar a los atenienses a mantener una flota (al menos hasta el momento en que decidieron gastarlos para mayor gloria de su ciudad construyendo edificios monumentales como los Propileos y el Partenón, en la Acrópolis), Atenas obtuvo algunos éxitos notables, bajo el mando de Cimón, hijo de Milcíades. El norte del Egeo quedó limpio de persas, que también fueron expulsados de Caria y Licia, y a comienzos de la década del 460, la flota de los persas fue barrida y su ejército de tierra derrotado en la desembocadura del río Eurimedonte, en Panfilia.

Sin embargo, las campañas de Chipre no resultaron concluyentes, y el apoyo de los atenienses a una sublevación en Egipto en la década del 450 les costó toda una armada. El desastre sólo se evitó porque los aliados de los espartanos en el Peloponeso disuadieron a éstos de aceptar una oferta de los persas para financiar un ataque contra Atenas en aquella situación de debilidad. Los peloponesios, que carecían de una flota eficiente, se dieron cuenta de que era mejor dejar que los atenienses siguieran protegiendo el Egeo. De ese modo, en el año 499, estos últimos

se hallaron en condiciones de negociar un tratado favorable con Artajerjes I, hijo menor de Jerjes, colocado en el trono en el 465, cuando era un adolescente, tras el asesinato de su padre y sus hermanos.

Aquella paz, denominada de Calias (uno de los varios griegos que acabaron adquiriendo experiencia como embajadores ante la corte persa), no disolvió la tensión entre los dos bandos ni puso fin a escaramuzas y amenazas ocasionales. El incidente más grave se produjo cuando Pisutnes, sátrapa de Esparda y primo del rey, prestó sus mercenarios (griegos) a los habitantes de la isla de Samos durante su intento de escindirse del Imperio ateniense en el 440. Según las condiciones del tratado, los atenienses habían acordado detener las operaciones militares en el Mediterráneo oriental, y, a cambio de conservar su control indiscutido sobre Egipto y Chipre, Artajerjes accedió a no aventurarse más allá de Panfilia. Aunque se veían obligados a mantener relaciones con los sátrapas locales y con los magnates persas a quienes se habían concedido fincas en la región, los griegos asiáticos no temieron ya el restablecimiento de su condición de súbditos tributarios de Persia —pero la sustituyeron por su integración en el Imperio ateniense.



Un hoplita griego (espartano, a juzgar por la largura del pelo) da cuenta de un arquero persa en un vaso de mediados del siglo v. El persa lleva pantalones, prenda que los griegos consideraban afeminada.

La antigua rivalidad entre Atenas y Esparta estalló finalmente en el 431 en una guerra a gran escala. Cada uno de los bandos disponía de alianzas tan amplias que se vio implicada casi toda Grecia, incluidas Sicilia e Italia meridional. Durante la primera parte de la guerra —la Guerra del Peloponeso, según el nombre por el que ha acabado siendo conocida—, los persas se dedicaron sobre todo a mirar encantados desde la barrera. Aquella actitud se debió sólo en parte a la obligación de respetar su tratado con Atenas: el estallido de algunas sublevaciones dentro del imperio les distrajo así mismo de participar en la contienda. Esparta era militarmente superior por tierra, pero Atenas gobernaba los mares desde una base inexpugnable y controlaba un extenso imperio. No obstante, los atenienses adolecían de una debilidad esencial: dependían considerablemente de los envíos de grano desde los depósitos de almacenaje y distribución y desde las colonias del

norte del mar Negro. La máxima esperanza de los espartanos consistía en encontrar un medio para privar a su enemigo de esos recursos —pero para ello necesitaban una flota—. Sin embargo, los barcos antiguos eran increíblemente caros de mantener, y la alianza espartana, que nunca disponía de excedentes monetarios o humanos, se enfrentaba a la ruina económica a causa de la guerra. Necesitaba dinero de los persas.

A comienzos del 424, los atenienses (que tenían un buen historial en aquel tipo de contraespionaje) interceptaron a un mensajero portador de una carta del rey para Esparta. Una vez traducida, descubrieron que el monarca persa pedía a los espartanos que se pusieran de acuerdo: Artajerjes se quejaba de que ni siquiera dos de los agentes espartanos que le habían visitado ofrecían o expresaban una política idéntica. Aunque no lo dijera expresamente, la pregunta subyacente era si, a cambio de la ayuda persa contra los atenienses, estaban o no dispuestos a sacrificar las ciudades griegas de Asia Menor, codiciadas todavía por los sucesivos reyes de Persia. No hubo que esperar mucho para que quedase claro que lo estaban. Los espartanos afirmaban haber ido a la guerra para liberar a las ciudades griegas del imperialismo; sin embargo, según los vagos términos de un primer borrador del acuerdo que no tardarían en establecer con los persas, «todo el territorio y las ciudades que se hallaban en ese momento en manos del rey, o en el pasado en las de sus predecesores, deberán pertenecerle».[38]

Los atenienses, por tanto, al enfrentarse a la única amenaza auténtica contra su superioridad en la guerra y sabedores de que los espartanos habían estado negociando durante un tiempo con los persas, se apresuraron a renovar la Paz de Calias con el nuevo rey tras la muerte de Artajerjes I a finales del 424. Tras varios meses de intrigas y rencillas, como era habitual (incluidos los cuarenta y cinco días del reinado de Jerjes II, único hijo legítimo de Artajerjes, hasta su asesinato), otro de los hijos del anterior monarca, nacido de una esposa secundaria de origen no persa, consiguió el trono imperial con el nombre de Darío II y lo retuvo por la fuerza de las armas y mediante los acertados asesinatos de sus cortesanos y las familias de éstos. Pero la guerra vuelve caprichosos a los políticos, y al cabo de poco tiempo los atenienses cometieron dos errores —dando muestras, según dijo más tarde un eminente político de Atenas, de «nuestra habitual mala costumbre de abandonar continuamente a nuestros amigos más fuertes y ponernos del lado de los más débiles».[39]

En primer lugar, violaron el tratado con Persia. Cuando Pisutnes y su hijo Amorges intentaron independizarse del Imperio persa en el 415, los atenienses les

enviaron ayuda, y la consecuencia nada sorprendente de aquel acto fue que los persas dieron por nulo el tratado. Tisafernes, miembro de una gran familia persa propietaria de extensas fincas en Caria y familiarizado desde muy atrás con Asia Menor, fue enviado para iniciar negociaciones con los espartanos, recuperar para el imperio las ciudades griegas asiáticas y ajustar las cuentas a Pisutnes. Tisafernes realizó esta última tarea con relativa facilidad tras haber sobornado al comandante ateniense de los mercenarios del sátrapa para hacerle cambiar de bando; Amorges combatió brevemente y de manera ineficaz desde una base instalada en Caria.

En segundo lugar, algunas ciudades sicilianas enviaron una petición de ayuda para oponerse a una ulterior expansión de los siracusanos en la isla, y los atenienses forzaron demasiado sus recursos y se comprometieron en exceso enviando al oeste una flota muy numerosa en el año 415. La escala de la respuesta de los atenienses demostró que, en realidad, deseaban arrebatar a Siracusa el control de Sicilia —habían comenzado a perder las esperanzas de ganar la guerra en el Mediterráneo oriental—, pero la larga y feroz campaña concluyó en el 413 con la práctica aniquilación del ejército de Atenas y la pérdida de toda su flota. Los espartanos no tendrían nunca una oportunidad mejor para hacer peligrar el dominio ateniense en el Egeo.

Como los persas pudieron constatar en ese momento que los atenienses, además de ser una potencia hostil, no tardarían en agotar sus fuerzas, no tuvo nada de extraño que, al cabo de pocos meses, una flota fenicia bien adiestrada comenzara a rondar frente a la costa sur de la actual Turquía. Al final, sin embargo, se le ordenó regresar a puerto debido a los problemas surgidos en Egipto, y la inestabilidad provocada en otros lugares del imperio obligó al Gran Rey a dejar que sus dos principales sátrapas occidentales prosiguieran la labor. Sin embargo, la eficacia persa se debilitó debido a la rivalidad entre Tisafernes (sátrapa en ese momento de Esparda en sustitución de Pisutnes) y Farnabazo II, que había obtenido la satrapía de Frigia en el 414. Este puesto había sido ocupado por su familia durante noventa años, a pesar de que ni siquiera una sucesión hereditaria como aquélla era automática, sino que requería la aprobación del rey.

Tanto Tisafernes como Farnabazo intentaron convencer a los espartanos de que el punto vulnerable de los atenienses eran sus respectivos territorios. Farnabazo sostenía que Atenas dependía esencialmente de que sus barcos de transporte de grano atravesaran el Helesponto, pero fue Tisafernes quien se impuso al recordar a los espartanos el valor propagandístico de mostrarse dispuestos a cumplir su antigua promesa —poco más ya que una mera consigna—

de liberar las ciudades griegas del gobierno imperial de Atenas. Así pues, los espartanos iniciaron sus actividades en las ciudades e islas de la costa de Asia Menor, y muchas de ellas, descontentas desde hacía tiempo con el dominio ateniense, se pasaron al enemigo de forma más o menos voluntaria.

Además de las bajas sufridas en Sicilia y de la pérdida del control indiscutido del mar por primera vez en la guerra, cada Estado que se retiraba del imperio dejaba al descubierto la falta de numerario en Atenas. Los enormes recursos con los que había iniciado la guerra se habían agotado. Los atenienses necesitaban dinero, además de introducir una cuña entre los sátrapas persas y Esparta. Ése fue el momento que aprovechó el ateniense Alcibíades para poner en juego su enorme riqueza, encanto y talento. En el año 415 había optado por exiliarse para no afrontar un juicio político en su patria. Alcibíades había residido, incluso, como un traidor en Esparta, donde prestó al enemigo un valioso asesoramiento militar. Para el 412, sin embargo, era ya impopular en Esparta —debido sobre todo a que, según era generalmente sabido, había mantenido un relación con la mujer de uno de los dos reyes espartanos—. En Esparta existía la posibilidad, en ciertos casos y por razones eugenésicas, de que un hombre tuviera hijos con la mujer de otro —pero las partes implicadas debían ser espartiatas, es decir, espartanos genuinos—. Alcibíades consideró oportuno refugiarse en la corte de Tisafernes, donde decidió practicar un doble juego.

Presentándose como partidario de Persia, aconsejó al sátrapa provocar un enfrentamiento entre Atenas y Esparta y recoger al final lo que quedara de ellas. A Tisafernes le encantó aquel plan, pues los espartanos estaban dando muestras claras de desear abandonar sus acuerdos con Persia: a pesar de sus promesas explícitas, pensaban ya en la posibilidad de formar un imperio propio con los antiguos dominios de Atenas, en vez de devolvérselos a Persia. Pero al mismo tiempo, Alcibíades pudo simular ante los atenienses que sus tratos con Tisafernes eran un medio para acabar con la relación entre éste y los espartanos.

El plan funcionó sólo en parte. Alcibíades logró congraciarse con las autoridades atenienses, pero en cuanto Tisafernes redujo el envío de dinero en efectivo a Esparta y dio muestras de estar dispuesto a financiar a los atenienses, los espartanos le abandonaron y se pusieron en manos de Farnabazo. Pero éste resultó ser en última instancia tan vacilante y errático como Tisafernes en su apoyo a los espartanos, y la guerra prosiguió dando bandazos y sin ningún resultado decisivo; Atenas salió, en general, mejor librada que Esparta, hasta que Darío, exasperado con los dos sátrapas, envió en el 407 a su hijo Ciro, de sólo dieciséis años, al oeste, a

Asia Menor, con poderes especiales.

En Anatolia occidental había cuatro satrapías: la semiindependiente de Cilicia, con su capital en Tarso; Capadocia, con su capital en Mazaca; Esparda, con su capital en Sardes; y Frigia, con su capital en Gordio. Eran las cuatro unidades territoriales más extensas, aunque estaban subdivididas para diversos fines administrativos y fiscales. Esparda, por ejemplo, la satrapía occidental más rica, incluía una región que abarcaba Lidia y Jonia, y otra más compuesta por Licia y Caria; Frigia comprendía la Frigia Helespóntica (conocida también como Dascilio por su principal y pintoresca ciudad situada en la orilla sudoriental del lago Dascilitis) y la Frigia Mayor. Las satrapías no eran unidades geográficas bien delimitadas y tampoco ocupaban en conjunto la totalidad de la región. Siguiendo un esquema que se repetía en distintos puntos a lo largo del imperio, grandes extensiones de Anatolia occidental no estuvieron nunca plenamente sometidas al control del rey de Persia: las tribus de Misia eran más o menos independientes, y entre los pueblos que causaban problemas se hallaban los pisidios, los licaonios y los tracios de Bitinia. Las llanuras eran más fáciles de dominar que las zonas de montaña.

Darío encomendó al joven Ciro la supervisión militar y administrativa de las satrapías occidentales de Esparda, Dascilio y Capadocia —un puesto raro, pero que no carecía de precedentes y respondía a la condición regia de Ciro—, y le ordenó aplastar las tribus de montañeses de Pisidia y Misia, poner fin a la guerra entre Atenas y Esparta apoyando a esta última y conseguir que las arcas reales rebosaran de nuevo con los impuestos recaudados entre los griegos. Tisafernes y Farnabazo no se sintieron, ni mucho menos, felices de verse marginados y, tras haber sido sátrapas de pleno derecho (Tisafernes, de Caria; y Farnabazo, de Frigia Occidental), reducidos a la función de gobernadores de regiones subordinadas y consejeros de quien sólo era un muchacho. De todos modos, Ciro hizo caso omiso del consejo de Tisafernes: el antiguo sátrapa deseaba que el príncipe siguiera adelante con la política de Alcibíades de enfrentar a espartanos y atenienses, pero Ciro prefirió atenerse al plan original y subyugar Atenas.

Es posible que Ciro se hiciera algunos enemigos notables, pero también se ganó a un amigo importante. El principal comandante espartano en la región era entonces Lisandro, un hombre tan implacable como carismático, y tan hambriento de poder como el propio Ciro. Lisandro se sintió gratamente sorprendido al descubrir que bajo la exangüe apariencia exterior de Ciro, característica de los miembros de la familia real persa, se escondía un joven a quien no le arredraba

trabajar con dureza. El apoyo de Ciro a las iniciativas de Lisandro en Asia Menor fue generoso y eficaz al mismo tiempo; el príncipe había llevado consigo al oeste 500 talentos y le hizo la extravagante promesa de que, si aquella suma principesca no era suficiente, echaría mano de sus propios recursos y fundiría, incluso, su trono de oro y plata.

Tras haber sido reintegrado por los atenienses a su puesto de mando oficial, Alcibíades había sido desterrado de nuevo por incumplir sus promesas: no tenía a Tisafernes en el bolsillo, y no estaba rindiendo en el frente militar tan bien como esperaban los atenienses. Transcurridos uno o dos años, unos asesinos a sueldo pusieron fin a su azarosa vida. A finales del 405, Lisandro había devastado la flota de Atenas en el Helesponto e impedido que los barcos atenienses de transporte de grano atravesaran el estrecho. Poco después, la gente moría de hambre en las calles de Atenas, y Lisandro negociaba las humillantes condiciones para la rendición de la ciudad. En cualquier caso, la guerra habría acabado probablemente pronto con el triunfo de Esparta, pero Ciro pudo atribuirse el mérito de haber acelerado la caída de Atenas.

CIRO EN ASIA MENOR

Ciro había sido enviado al oeste en el año 407 con una tarea casi irrealizable. Su padre le había ordenado poner fin a la guerra entre los griegos en favor de los espartanos para que sus arcas pudieran llenarse de nuevo con los tributos delas ricas ciudades griegas de Asia Menor. La primera parte resultó muy fácil: con el dinero persa, los espartanos no necesitaron mucho tiempo para rematar a los maltrechos atenienses. Pero recuperar los tributos era una cuestión diferente, pues estaba claro que los espartanos miraban ya con codicia a las ciudades griegas asiáticas y esperaban, sencillamente, apoderarse de los territorios del Imperio ateniense una vez acabada la guerra. El Imperio de Atenas se había instituido, al menos, como una coalición para combatir a los persas, pero el hipotético Imperio espartano iba a ser una farsa al basarse en unos motivos cuya grandeza o credibilidad serían las del mero imperialismo y haber sido creado por un Estado dispuesto a traicionar las promesas de libertad que había dado a los griegos asiáticos y los tratados acordados con los persas.

A pesar de la celeridad y eficacia del apoyo de Ciro a los espartanos, éste sólo se mostró leal consigo mismo. Era un muchacho consentido, educado para

creer en su propia capacidad y en su derecho a ejercer un alto mando. Su madre Parisátide lo animó en todas sus ambiciones; ella era, además, quien le había ayudado a alcanzar una posición de tanto poder en Asia Menor a pesar de su juventud. Quizá tenía ya la vista puesta en el futuro, en una posible lucha por la sucesión tras la muerte de Darío, y deseaba proporcionar a su hijo una base de poder; tal vez fue ella quien plantó en su mente la semilla de la idea de que los espartanos podrían ser algún día unos aliados útiles. En cualquier caso, Ciro cumpliría los deseos de su padre mientras sirviera a sus propios intereses; y entretanto se mantendría en guardia. Ciro siguió un régimen de preparación física y comenzó a conquistar para su causa a magnates poderosos de la región, tanto persas como de otras procedencias.

Sin embargo, en una ocasión crucial, la juventud de Ciro se impuso y estuvo a punto de desbaratar su campaña. En el 406, no mucho después de su llegada a la región, las perspectivas espartanas parecían buenas, y Ciro estaba realizando incursiones de éxito contra varias tribus de montañeses. Exaltado por sus logros, supuso que su padre se sentiría encantado cuando conociese sus otros planes. En cierta ocasión en que dos parientes cercanos, primos de su padre, comparecieron ante él con las manos asomando fuera de sus largas mangas —lo cual sólo violaba el protocolo cortesano si se hacía en presencia del verdadero rey—, Ciro, herido en su amor propio o víctima de una paranoia, interpretó aquel gesto como una falta de respeto y ordenó darles muerte. Utilizando como excusa un periodo de mala salud, Darío despojó a Ciro del mando y le hizo volver a Susa para recordarle que no era el rey. Ciro tomó para su largo viaje a la patria una guardia personal de trescientos griegos capitaneados por Jenias de Arcadia, y Tisafernes, el principal consejero del joven príncipe, marchó también con él.

Ciro se sintió dolido por la reprimenda de Darío, y Parisátide siguió derramando sus dulces venenos en los oídos de su hijo favorito. La reina no se limitaba a favorecer a su hijo menor, sino que aborrecía a la esposa del hermano de Ciro, Estatira, que se mostraba casi tan astuta e intrigante promocionando a su esposo como Parisátide a Ciro. La situación evolucionaba con rapidez, pues, cuando Ciro llegó al lado de su padre, era evidente que al anciano rey le quedaba poco tiempo de vida. Consciente del historial de asesinatos y disturbios entre los sátrapas que amenazaba la sucesión al trono persa, Darío instó a Ciro a dejar reinar en paz a Arsaces, su hermano mayor.

Darío tardó varios meses en morir y fue sepultado a comienzos del 404. Ciro se quedó en Susa todo el tiempo, escuchando a su madre y comprobando con

sutileza la lealtad de los nobles persas. ¿Abrigó alguna insensata esperanza de ser nombrado sucesor por su padre? Se trata de algo improbable, a pesar de que a los historiadores griegos les gustaba imaginar esa posibilidad basándose en el especioso argumento de que, aunque Arsaces era el primogénito, Ciro fue el primero en nacer tras el ascenso de su padre al trono, y era, por tanto, el hijo mayor de un verdadero rey, nacido de un padre coronado. Aparte de los hijos ilegítimos, los vástagos de las relaciones de Darío con sus concubinas, había otros dos hermanos más jóvenes, Ostanes y Oxatres, y una hermana llamada Amestris; otros hermanos habían muerto jóvenes.

Así pues, el hijo mayor, Arsaces, accedió al trono de Persia con el nombre de Artajerjes II. Las ceremonias, ideadas sobre todo para consagrar al nuevo rey como representante de los dioses en la tierra, eran largas y complejas. Uno de los muchos ritos que Artajerjes hubo de realizar para santificar su ascenso al trono consistió en presentarse en Pasargadas, a 600 kilómetros al sudeste de Susa; Ciro el Grande, fundador del Imperio persa, había instalado su residencia allí, y la ciudad seguía siendo un importante centro religioso. En Pasargadas, el nuevo rey debía cubrirse con ropas bastas y tomar parte en unos ritos celebrados en el templo de la diosa Anahíta en los cuales debía comer pastel de higos, beber yogur y mascar madera de terebinto, acciones que simbolizaban la vida sencilla del pasado nómada de los persas. El hermano menor de Artajerjes y la mayor parte de la corte le acompañaron en su viaje. No mucho antes de que comenzara la investidura, Tisafernes llevó ante Artajerjes a uno de los sacerdotes, que tenía que contarle una historia sorprendente. Ciro, le dijo, planeaba ocultarse en el santuario y matar al rey a la primera oportunidad. Lo que daba una especial credibilidad a la historia era que aquel sacerdote tenía una estrecha relación con Ciro: había sido su tutor durante la infancia del príncipe.

La anécdota es sumamente inverosímil: resulta improbable que Ciro realizase por sí mismo aquel trabajo sucio; además, el hecho de cometer fratricidio en un templo sagrado no habría sido, ni mucho menos, la mejor manera de ganarse los corazones y las mentes de quienes iban a ser supuestamente sus súbditos. El relato es, sin duda, una propaganda tardía puesta en circulación por Artajerjes tras el fallido golpe de Ciro y destinada a empañar la memoria de su difunto hermano. Pero el humo fue generado por el fuego de la ambición de Ciro, que se mantenía en rescoldo desde hacía mucho tiempo y había estallado entonces en llamas avivado por Parisátide. Otro punto de verdad en la anécdota es la probabilidad de que Tisafernes hablara a Artajerjes de su preocupación respecto de las intenciones de Ciro y el hecho de que la tenue amistad entre éste y Tisafernes —considerada por

Ciro como mera condescendencia de un superior hacia un subordinado— se había roto sin remedio. Artajerjes sintió la tentación de mantener a su hermano junto a él en Susa. Los amigos de Ciro en la corte, cultivados con asiduidad durante los últimos años, no se hicieron notar. Estatira se unió a su hermano Tisafernes en las advertencias formuladas por éste sobre Ciro. Pero Parisátide salió triunfante y convenció a Artajerjes para que dejara a su favorito regresar a Asia Menor y reanudar allí sus buenos oficios con los espartanos.[40]

La rivalidad entre Parisátide y Estatira constituía una de las fuerzas críticas de la corte persa de aquel momento. En la corte de un rey persa, las mujeres principales podían ser inmensamente poderosas —y las más importantes eran siempre la madre del rey y su esposa, habitualmente por este orden—. El conflicto entre Parisátide y Estatira no era sólo mezquino y personal, sino también político: la familia de Estatira, los hidárnidas, era enormemente poderosa y su poder fue en aumento gracias a su estrecha asociación con la dinastía aqueménida reinante. Parisátide deseaba frenar el progreso de los hidárnidas. La venganza había comenzado unos años antes, cuando Terituchmes, el sátrapa hidárnida de Hircania, se enamoró de una hermana suya (que no era Estatira) e intentó matar a su mujer, Amestris, hija de Darío y Parisátide y hermana de Arsaces/Artajerjes y de Ciro. La conjura (combinada con un intento de rebelión a gran escala) se frustró; Terituchmes y muchos de sus parientes cercanos lo pagaron con sus vidas. Parisátide se sintió indignada por el hecho de que se perdonara la vida a dos miembros de la familia: Tisafernes, debido a los grandes servicios que había prestado a Persia, y Estatira, por estar casada con el futuro heredero. Ése debió de haber sido el momento en que Parisátide abandonó a Arsaces e hizo de Ciro el objeto de sus ambiciones por delegación.

Parisátide era una mujer paciente, y unos años después, en el 400, se vengó de Estatira envenenándola fríamente durante una cena en la que también se hallaba presente Artajerjes. Fingiendo buenos modales, Parisátide trinchó amablemente una pequeña ave servida en el banquete. El cuchillo había sido untado con veneno, pero sólo por una cara de la hoja. Parisátide tomó la porción no envenenada y comió; Estatira se sirvió confiada la otra mitad y murió en medio de estertores. Aunque fuera indemostrable, la participación de Parisátide en el asesinato era conocida por todos, y la reina madre fue desterrada a Babilonia, pero sólo por uno o dos años. No cabe la menor duda de que en el 395 había regresado ya a la corte a tiempo para supervisar la caída en desgracia de Tisafernes.

PLANES DE REBELIÓN

Tras haber accedido a que Ciro regresara al oeste, Artajerjes debía encontrar un medio para controlarlo. El rey optó por el método más bien tosco de recortarle su asignación. Las ciudades griegas de Asia Menor, que canalizaban su tributo al rey a través de las arcas personales de Ciro, debían lealtad natural a éste como comandante supremo en la región occidental. En el Imperio aqueménida se practicaba con normalidad el sistema de entregar ciudades a individuos poderosos a modo de recompensa; de ese modo se evitaba al mismo tiempo el engorro de imponer a dichas ciudades una fiscalidad centralizada para redistribuir luego la parte proporcional de los ingresos; Jenofonte menciona, por ejemplo, dos ocasiones en que las tropas de Ciro atravesaron tierras pertenecientes a Parisátide.[41]Artajerjes excluyó por real decreto las ciudades griegas asiáticas del control de Ciro y las reincorporó al feudo personal de Tisafernes, del que habían formado parte hasta la aparición del príncipe en escena.

La condición exacta de las prósperas ciudades griegas de Asia no está clara. Habían sido miembros más o menos conformes del Imperio ateniense; luego, durante unos años, fueron controladas por Esparta, y en especial por las «decarquías», de triste memoria, juntas de diez hombres leales habitualmente a Lisandro e impuestas por éste a las ciudades cuando consiguió controlarlas entre el 407 y el 405; luego, algo más tarde, las autoridades espartanas entraron en razón y les devolvieron el derecho a elegir sus propios gobiernos. Tras el hundimiento del Imperio ateniense, pagaron tributo a Persia, y es posible que tuvieran la obligación de suministrar tropas si se les pedía hacerlo; pero eso parece haber sido, más o menos, todo, aparte del hecho de que, para garantizarse una aportación constante de tributos y soldados, las autoridades persas preferían que fueran sus amigos quienes estuviesen en el poder: el precio de una libertad relativa era una relativa sumisión.

No obstante, el pago de tributos satisfacía suficientemente los objetivos de Artajerjes. Sin esa fuente de ingresos, a Ciro le sería difícil, si no imposible, mantener sus cortes de Sardes y Celenas, pagar a su guardia personal griega y, en general, actuar con la generosidad que se esperaba de un sátrapa miembro de la familia real. La donación de obsequios apuntalaba de muchas maneras la sociedad aqueménida: las dádivas otorgaban prestigio a quienes las recibían, pero al mismo tiempo caracterizaban al donante como autoridad superior. Privar a Ciro de aquella facultad equivalía a humillarlo y degradarlo. La animosidad personal entre los dos hermanos no constituyó ninguna sorpresa: una historia familiar de intriga y

asesinatos no les había enseñado las virtudes del amor fraterno.

Este fue el intento nada sutil, pero tampoco violento, de Artajerjes para desactivar las aspiraciones de su hermano. Ciro, sin embargo, no era estúpido; sabía que su luz no brillaría a menos que se deshiciera de su rival de una vez por todas. Si Parisátide moría, él perdería a su mejor abogada —y probablemente la vida—. Por tanto regresó al oeste decidido a no someterse más al poder de su hermano y a dedicarse a encontrar un medio para suplantarlo en el gobierno. Durante el largo camino de regreso a Asia Menor desde Susa sopesó las distintas posibilidades de actuación aguijoneado por un sentimiento de orgullo herido. Si acaso no lo había hecho ya, en ese momento del 404 comenzó a poner en marcha sus planes para una rebelión fratricida. ¿Ignoraba Artajerjes lo que estaba tramando su hermano? Tras cribar las anécdotas conservadas, logramos hacernos una idea del amplio conocimiento que se tenía de los planes de Ciro, y de la respuesta de Artajerjes.

La primera historia data de finales del 404. La versión más verosímil de los confusos relatos sobre el asesinato de Alcibíades que nos ofrecen nuestras fuentes[42]es la siguiente —tratándose de sucesos relacionados con Alcibíades, no es raro que la anécdota sea un tanto sórdida—. No mucho después del regreso de Ciro, Alcibíades oyó rumores sobre las intenciones del joven príncipe, o al menos sobre sus ambiciones. Alcibíades, que esperaba congraciarse con el nuevo rey informándole de la amenaza que representaba su hermano, se dispuso a viajar al este con la noticia. Pero Farnabazo deseaba granjearse el agradecimiento del monarca por aquella información y, en cualquier caso, las autoridades de Esparta le instaron a ajustar las cuentas al renegado ateniense, por lo que ordenó a sus agentes asesinar a Alcibíades.

La segunda historia resulta frustrante por la imposibilidad de fecharla, pero habla de una respuesta más severa de Artajerjes a su díscolo hermano. Sus inicios podrían remontarse al 403; tal vez se trató de una réplica provocada por la información de Farnabazo. Uno de los lugartenientes de Ciro en Sardes desde los primeros momentos de su misión en el oeste había sido un primo suyo llamado Orontas. En algún momento, Artajerjes ordenó a Orontas ocupar la ciudadela de Sardes, casi inexpugnable, y retenerla contra Ciro. Para entonces, Artajerjes veía claramente a su hermano como una amenaza directa y estaba tomando medidas para cortarle las alas. Sin embargo, Ciro sitió y sometió a Orontas, y éste volvió a jurar lealtad al joven príncipe— para acabar llevándose a sus hombres y uniéndose a los indómitos misios en sus correrías por el territorio de Ciro—. Ciro volvió a

derrotarlo, y Orontas regresó de nuevo al seno de Ciro; sin embargo, un tercer acto de traición durante la marcha al este propiamente dicha tuvo como recompensa un proceso militar y la ejecución. Podría parecer extraño que Ciro no hubiese condenado a muerte a Orontas en ninguna de las dos ocasiones anteriores, pero los antiguos persas tenían la grata costumbre, establecida por Darío I, de permitir que lo que contara fuese la vida entera de una persona: si había llevado a cabo un número suficiente de buenos actos en el pasado, se le tenían en cuenta para compensar su mal comportamiento en el presente. Es probable que el propio Ciro se hubiese beneficiado de esa manera de ver las cosas cuando fue devuelto a Asia Menor a pesar de su evidente hostilidad hacia su hermano.

Finalmente, el principal símbolo de la enemistad entre Tisafernes y Ciro fueron las ciudades griegas asiáticas. Aunque habían sido asignadas de nuevo a Tisafernes, sus gobernantes, mayoritariamente oligárquicos, prefirieron ponerse en manos de Ciro tras el regreso de éste a la zona occidental, sospechando que a Tisafernes le gustaría ver las ciudades sometidas a gobiernos democráticos. Todas menos Mileto se negaron a reconocer a Tisafernes como su señor, y Mileto sólo fue una excepción porque Tisafernes ejecutó o expulsó a los cabecillas aristocráticos antes de que pudieran actuar. Los exiliados milesios volvieron a la corte de Ciro, quien les proporcionó hombres y pertrechos para sitiar Mileto e intentar arrebatársela a la facción de Tisafernes.

Si las hostilidades no llegaron a provocar una guerra abierta entre Ciro y Tisafernes fue tan sólo porque el conflicto se estaba librando a través de personas interpuestas. Artajerjes se sintió, sin duda, encantado de la oposición de Tisafernes a que Ciro se anexionara las ciudades asiáticas griegas: era una manera de mantener muy ocupado a su hermano en Asia Menor e impedirle dirigir su codiciosa atención hacia el este. La hostilidad entre sátrapas era uno de los factores dinámicos del imperio y los reyes la explotaban en provecho propio. Es posible que Artajerjes diera explícitamente el visto bueno a Tisafernes; o quizá sabía, sin más, que podía confiar en el sátrapa para hacerle la vida difícil a Ciro.

En resumidas cuentas, el rey no ignoraba los preparativos de Ciro, quien nunca llegaría a pillar a su hermano por sorpresa; Artajerjes tenía, además, tiempo de sobra para reclutar un ejército en Ecbatana (cuyos restos se hallan en gran parte a la espera de una excavación bajo la ciudad de Hamadán, en el noroeste de Irán), donde los soberanos persas pasaban el verano en un clima relativamente fresco, a 2.000 metros sobre el nivel del mar, en las laderas del monte Aurvant, cuyos torrentes de nieve fundida hacen del lugar un paraje encantador y fértil. Lo mejor

que pudo hacer Ciro fue dejar a su hermano barajando conjeturas y aprovechar la oportunidad que le ofreció una sublevación en Egipto para impedir que Abrócomas uniera sus fuerzas a las de Artajerjes.

PREPARATIVOS DE GUERRA

C

iro tocó muchas teclas y encontró métodos ingeniosos para impedir que las sospechas de su hermano desembocaran en el tipo de respuesta armada que podría suponerle una amenaza más considerable que las de Tisafernes u Orontas. En todo ello le ayudó la oportuna sublevación de Egipto, que distrajo la atención del rey y una parte sustancial de sus fuerzas armadas. Resulta tentador ver la mano de Ciro incluso allí: ¿contribuyó a agitar las cosas en Egipto? Es algo que respondería a su carácter; además, uno de sus socios más allegados en Asia Menor era el egipcio Tamos (quien tras la muerte de Ciro consideró conveniente buscar refugio en su país de origen), pero la idea es una mera especulación, y es igualmente probable que, como había sucedido en casos anteriores, los dinastas egipcios aprovecharan la inestabilidad temporal provocada por el acceso al trono de un nuevo rey. Aunque su papel ulterior en esta historia va a ser pequeño, merece la pena mencionar que ésta fue con ventaja su rebelión de más éxito: el Imperio persa tardó sesenta años en recuperar el control de la díscola provincia, y luego sólo la retuvo durante un breve plazo antes del estallido de una nueva sublevación.

Aparte de este golpe de suerte, si es que lo fue, Ciro llevó las cosas adelante de manera personal en varios frentes. En primer lugar, inició una actividad de propaganda contra su hermano. Necesitaba tener a su lado el mayor número posible de persas de alto rango, o que al menos no se comprometieran con Artajerjes, no sólo por sus ejércitos particulares y sus redes de alianzas, sino para hallarse en condiciones de consolidar su gobierno tan pronto como le fuera posible tras haber dado muerte a su hermano, a quien retrató como un pelele y un borracho, que tal vez mantuviera una corte espléndida, pero podía arruinar el imperio —no había más que fijarse en lo que estaba ocurriendo en Egipto— y hacer, por tanto, que la nobleza persa perdiera sus tierras y privilegios. Jenofonte se mostró dócilmente de acuerdo con esa valoración de Artajerjes.[43]A diferencia de su hermano, Ciro se presentó como el elegido de los dioses y como un hombre lleno de vigor —un gran cazador y guerrero, instruido en las virtudes persas y capaz de aguantar el vino—. Daba una importancia especial a cultivar sus parques con sus propias manos, virtud que impresionó a Jenofonte,[44]pues demostraba

que Ciro no era demasiado elevado y poderoso como para no manchárselas. Pero aún había más: según las creencias persas, si el jardín del rey prosperaba, también prosperaría el conjunto del país; Ciro llevaba a cabo uno de los numerosos actos rituales del soberano persa, basados en la creencia zoroástrica de que la raza humana es responsable de este mundo.

En segundo lugar, Ciro inició negociaciones con Esparta. Los espartanos estaban en deuda con él por su decisivo apoyo en la última fase de la Guerra del Peloponeso, y en cualquier caso les interesaba darle su ayuda. Al fin y al cabo, al intentar instaurar un imperio propio estaban quebrantando sus tratados con Artajerjes; aunque seguían siendo aliados nominales de los persas, cualquier persona sensata podía ver en un futuro no muy lejano un momento en que el aumento de la tensión estallaría en un conflicto armado. Ciro les prometió libertad de acción entre los griegos asiáticos si le ayudaban a derrotar a su hermano. Es posible también que les estuviera auxiliando de otra manera, tanto si lo sabía como si no. Ciro se esforzó por contratar sobre todo tropas del Peloponeso. Es indudable que los soldados peloponesios eran los mejores luchadores, pero también es cierto que, después de la Guerra del Peloponeso, había muchos hombres armados y peligrosos en aquella península y en el extranjero que podían ser organizados por un Estado desafecto o por un individuo ambicioso como Lisandro (que se había convertido en algo parecido a un elemento incontrolado) y amenazar a la propia Esparta. En última instancia, Ciro consiguió ayuda espartana de dos maneras, una activa y otra pasiva. Desde un punto de vista activo, los espartanos actuaron como cómplices de Ciro para que contratara a Clearco, si es que no le ordenaron en realidad unirse al persa, y también enviaron más hoplitas al mando de Quirísofo; y en sentido pasivo, aunque eran oficialmente aliados de Persia, no hicieron nada para impedir el intento de Ciro de derrocar al monarca legítimo. En la confusión de los últimos años del siglo V, nadie, ni siquiera los espartanos, temerosos de la divinidad, podía permitirse respetar todas las sutilezas de la diplomacia.

En tercer lugar, tras haber obtenido en firme promesas de ayuda militar de dinastas locales, y en especial de Arieo, gobernador de la Frigia Helespóntica, Ciro se dispuso a reclutar una fuerza considerable de soldados profesionales griegos. No era nada raro que los sátrapas occidentales tuvieran a su disposición pequeñas unidades de mercenarios, pero un ejército numeroso como el requerido por Ciro no habría tardado en despertar sospechas. Por tanto, Ciro procuró disimular sus intenciones; para ello, el grueso de mercenarios cuyos servicios había comprado fue contratado en el extranjero, fuera de sus territorios, lo cual le permitiría mantener con verosimilitud que no tenían nada que ver con él, o que al menos no

constituían una amenaza para los asuntos de Asia. Ciro dispuso las cosas de tal modo que podía afirmar que estaba limitándose a seguir financiando las luchas entre griegos, como lo había hecho durante la Guerra del Peloponeso, a pesar de que, en este caso, los beneficiarios eran comandantes mercenarios semiindependientes y no generales nombrados por los Estados.

Las comunidades griegas del Quersoneso tenían un historial de sufrimiento a causa de las incursiones de las tribus tracias; tras haber conseguido un espacio en tierras de Tracia, habían sido incapaces de establecer un *modus vivendi* pacífico con sus fieros vecinos. No podían permitirse armar y mantener por sí mismas una fuerza de tamaño suficiente como para defenderlas, pero el espartano Clearco, amigo y huésped de Ciro, tomó el mando, en un intento, quizá, de hacerse con el gobierno de la región, y obtuvo de Ciro fondos suficientes para reclutar y mantener un ejército considerable.

Un segundo ejército se hallaba listo para servir a Ciro en Tesalia, donde la vieja aristocracia gobernante, acostumbrada al poder por siglos de privilegio, se sentía amenazada por las fuerzas de la democracia, o, al menos, del cambio. El final de la Guerra del Peloponeso llevó a muchas partes del mundo griego este tipo de inestabilidad política que provocaba el desmoronamiento de las antiguas estructuras, mientras los revolucionarios corrían a ocupar los huecos. Uno de los aristócratas amenazados era otro de los amigos huéspedes (*xénos*) de Ciro llamado Aristipo de Larisa, cuyo valor económico podía calcularse por el hecho de que, si Ciro había apoyado a Clearco por el importe de 10.000 dáricos, entregó a Aristipo unos 24.000 (en torno a cien talentos en moneda de la Grecia antigua, o alrededor de 25 millones de dólares actuales) para que pudiese mantener una fuerza mercenaria de 4.000 hombres. En teoría, cada uno de esos ejércitos tenía un valioso trabajo que llevar a cabo; pero, en realidad, tanto Clearco como Aristipo estaban en deuda con Ciro y se esperaba que aportasen sus fuerzas cuando se les requiriera. Es evidente que Ciro había estado utilizando la institución griega de la amistad entre huéspedes (*xenía*) para crear una red de personas en las que podía confiar, aunque, al final, Aristipo le volvió la espalda. Ciro hablaba griego y había adoptado bastantes aspectos de la cultura griega y muchas de sus costumbres.

Además de esos dos ejércitos, Ciro consiguió la adhesión de hombres como Próxeno de Tebas, huésped y amigo de Jenofonte, para alistar más soldados en la Grecia continental. Los reclutadores que intervinieron, tanto aficionados como profesionales, fueron numerosos; algunos enrolaron a varios centenares, otros sólo a un puñado de hombres, pero todo contribuía a incrementar el contingente.

Aquella tarea no requería tanto tiempo como sería de esperar: cada reclutador actuaba localmente, en su propio territorio de origen, y de la misma manera que Ciro utilizaba su red de huéspedes amigos, los reclutadores se servían de los múltiples tipos de redes formales y grupos de parentesco que sustentaban la sociedad griega; les bastaba con efectuar varios viajes de pueblo en pueblo y de ciudad en ciudad tentando a los reclutas con condiciones de servicio atrayentes. Como ocurre en la Grecia actual, los hombres que buscaban trabajo se reunían en los centros de las localidades cuando oían hablar de una posibilidad de contrato —y tras el final de la Guerra del Peloponeso abundaban los reclutas potenciales—. La razón que dio Ciro a Próxeno y a los demás para explicar su petición fue que planeaba someter Pisidia para que se convirtiera en miembro pleno del Imperio persa.

Además de aquellos mercenarios, la mayoría de los cuales fueron empleados y contratados en el extranjero, Ciro se aprovechó también de su conflicto con Tisafernes para reclutar más griegos en Asia. Los griegos llevaban mucho tiempo sirviendo como mercenarios en el este: cretenses de habla griega trabajaron ya en el siglo X para el rey David de Israel, y los «hombres de bronce» enviados por Giges de Lidia en ayuda de Psamético I de Egipto hacia el 660 eran mercenarios griegos; estos griegos se asentaron a continuación en Egipto, y sus sucesores sirvieron a muchos monarcas.[45]Más al este, trabajaron para Nabucodonosor II de Babilonia en fecha tan temprana como el siglo VI (el excelente poeta griego Alceo, de la isla de Lesbos, escribió algunos versos de bienvenida con motivo del regreso de su hermano tras una campaña);[46]los reyes persas los utilizaron contra algunos rebeldes; y los rebeldes (como Pactias de Sardes, en el 546, y Megabizo de Siria a finales de la década del 450), contra los reyes de Persia. En el tercer cuarto del siglo V, Pisutnes de Esparda se rodeó de soldados griegos tanto en los años en que fue un súbdito leal de Persia como cuando él y su hijo intentaron separarse del imperio. El monumento a las Nereidas conservado en Museo Británico y esculpido en Licia hacia el año 400 a. C. representa a mercenarios griegos asaltando una ciudad del país. En resumen, los hoplitas griegos habían demostrado una y otra vez en el este que eran merecedores del respeto de cualquier adversario o futuro pagador.

En tiempo de Ciro había, sin duda, varios miles de mercenarios griegos sirviendo ya en Asia Menor; procedían en particular de las regiones más pobres del Peloponeso y habían elegido el servicio militar en el este como una carrera para toda la vida. Muchos no se hallaban disponibles, pues estaban empleados ya por personas cuyas sospechas no deseaba suscitar Ciro. Pero otros centenares

aguardaban en Asia Menor para ser reclutados, sobreviviendo entretanto con trabajos ocasionales o practicando el bandolerismo. Ciro ordenó, por tanto, a todos los comandantes de las guarniciones de las ciudades sometidas a su control que contrataran el mayor número posible de mercenarios nuevos con el pretexto de que se iban a necesitar para defenderlas de los ataques de Tisafernes. También contrató más griegos para el asedio de Mileto, retenida contra él por los hombres de Tisafernes. Jenias de Arcadia y Pasión de Mégara se hallaban al mando de todos aquellos mercenarios de Asia Menor.

EL EJÉRCITO SE AGRUPA

Cuando llegó el momento y Ciro pidió a sus futuros generales que se trasladaran a Asia Menor junto con sus soldados, no les comunicó todos sus planes. Sólo los principales comandantes —tal vez Clearco y Jenias, además de Quirísofo después de su llegada— supieron desde el principio que intentaba marchar contra su hermano; los demás fueron engatusados con cuentos chinos acerca de misios y pisidios, o bien se les hizo creer con mayor marrullería que, como mucho, Ciro estaba decidido a luchar contra Abrócomas o a reavivar su conflicto con Tisafernes.

Dada la situación, Clearco era un confidente insólito. Había nacido en torno al 450, y en las últimas fases de la Guerra del Peloponeso fue el candidato natural para ejercer el mando de la flota espartana de la Propóntide, pues (siguiendo los pasos de su padre) era *próxeno* de Bizancio, lo que significa que representaba los intereses de la ciudad ante las autoridades de Esparta. Los atenienses sitiaron Bizancio mientras Clearco se hallaba al mando de la ciudad, y éste se enajenó de manera tan absoluta el favor de sus habitantes, que, aprovechando la oportunidad que les ofreció su ausencia temporal en el año 408, abrieron las puertas de Bizancio a los atenienses. A los bizantinos, víctimas casi de una hambruna, les había molestado en particular la manera en que Clearco prefería sus soldados a los civiles cuando se trataba de distribuir alimentos y otros recursos cada vez más escasos.

En el año 403, acabada la guerra, los bizantinos recurrieron de nuevo a las autoridades de Esparta en busca de ayuda: eran víctimas de las incursiones de los tracios y su ciudad estaba siendo desgarrada por las contiendas civiles. Como una medida más de su política de posguerra, cuyo objetivo era que se les considerase en general protectores y liberadores de todos los griegos, los espartanos enviaron a Clearco con un ejército de auxilio, a pesar de haberle multado porque no había conseguido conservar la ciudad en el 408. Al fin y al cabo tenía ya experiencia y contactos en la zona, donde se había redimido en cierto modo durante los últimos años de la guerra. Pero Clearco no era en esencia un libertador, sino que se veía más bien como un segundo Pausanias, el díscolo comandante espartano de la Propóntide que había hecho también de Bizancio su cuartel general a comienzos de la década del 470. La solución de Clearco a los problemas internos de la ciudad consistió en dar muerte a los revoltosos, apropiarse de sus bienes para sí y sus favoritos e intentar establecerse como el gobernante exclusivo de Bizancio.

Las autoridades espartanas le ordenaron volver, como era natural, pero él se negó a desmovilizar su ejército, compuesto sobre todo por mercenarios, y regresar a casa. Los espartanos enviaron una fuerza contra él y Clearco se enfrentó a sus paisanos, hasta que se dio cuenta de que la discreción es el mejor componente del valor y pasó a Asia Menor, donde buscó refugio al lado de Ciro. Entretanto, las autoridades espartanas lo desterraron y condenaron a muerte. Pero Clearco tenía algunos asuntos que liquidar con los tracios. No le preocupaba demasiado si éstos hacían o no difícil la vida a los griegos residentes en la zona, pero quería intentar de nuevo apoderarse de una parte de sus fabulosos tesoros (como los desenterrados recientemente por los arqueólogos). Ésa fue la turbia empresa financiada por Ciro.

O, más bien, lo que Ciro financió fue la pericia de Clearco como general. Jenofonte nos ha dejado una pequeña semblanza[47]de aquel hombre que subraya, sobre todo, su carácter guerrero: estaba tan entregado a la guerra, nos dice Jenofonte, como otros pueden estarlo a un compañero del alma; las relaciones personales le resultaban difíciles, y sólo se sentía realmente feliz cuando se enfrentaba a algún peligro mortal. Aunque en sus relaciones con sus compañeros de generalato solía buscar el consenso antes de poner en práctica una estrategia, el trato que daba a sus hombres era completamente distinto: poseía la admirable capacidad de fusionarlos en una obediente unidad de combate, pero el único modo de conseguirlo consistía en hacer que le tuvieran miedo —que les aterrara su genio vivo y sus castigos arbitrarios y brutales—. Los oficiales espartanos gozaban de una triste fama por su dura disciplina, pero muchos de los mercenarios eran poco más que unos tipos duros, sedientos de sangre y botín, y lo que se requería para mantenerlos a raya era alguien que los disciplinara con dureza.

En el caso de Clearco, sin embargo, la dureza espartana iba acompañada, quizá, de un factor menos controlable. Lawrence Tritle,[48]historiador y veterano de la Guerra de Vietnam, ha propuesto la hipótesis de que padecía trastorno por estrés postraumático (TEPT). En el momento de la expedición de Ciro tenía cincuenta años: había servido en activo de forma más o menos continua durante más de veinte, y había presenciado —además de participar en ellas— un número de atrocidades mayor de lo que normalmente le habría correspondido. Un desencadenante particular del TEPT es el hecho de haber contemplado la muerte de alguien próximo —cercano en sentido emocional o simplemente físico en el momento en cuestión—. Como hoplita de primera línea con muchos años de servicio, Clearco habría presenciado sucesos así en numerosas ocasiones; el horror es acumulativo. Uno de los síntomas comunes de la reacción retardada ante esa

clase de conmociones atroces es el terror de constatar que el enemigo intenta realmente darnos muerte, y el consiguiente deseo de venganza —o de matar a quienquiera que sea nuestro adversario, antes de que él nos mate a nosotros—. El carácter de esta clase de personas se altera hasta el punto de llegar a ser capaces de cometer atrocidades, como mutilar los cadáveres de sus enemigos —algo que hicieron, sin duda, los griegos de Ciro, aunque no el propio Clearco—.[49]Quienes padecen TEPT acaban entusiasmándose con la violencia y están siempre dispuestos a ejercerla, la buscan y se exponen a ella, a veces de un modo que los demás pueden considerar demente. La descarga de adrenalina les proporciona una especie de borrachera que estimula el olvido, por lo cual esas personas sólo consiguen olvidar los horrores que pueden haber presenciado o cometido cuando se hallan en situaciones de violencia. El carácter de Clearco, tal como lo resume Jenofonte, encaja a la perfección en este perfil.

El ambicioso Clearco no comenzó su servicio como el comandante griego más valorado por Ciro, pero fue ascendiendo en el aprecio del príncipe a medida que viajaban hacia el este. El punto de inflexión se produjo en Tarso, cuando Ciro se enfrentó a un motín organizado por un contingente numeroso de mercenarios. Su enfado estaba justificado: habían sido contratados para una tarea específica: derrotar a los pisidios, pero cuando llegaron a Tarso los habían dejado ya atrás y era evidente que Ciro estaba incumpliendo su contrato. Clearco manipuló a sus hombres y, aparentando que se ponía de su lado y estaba dispuesto a conducirlos de vuelta a casa, logró que se mantuvieran en el bando de Ciro (a diferencia de los demás generales, que se enajenaron el favor de los suyos ordenándoles continuar con el príncipe). «Nadie podrá decir nunca —declaró— que yo, que conduje a los griegos al país de los bárbaros, traicioné a los griegos y preferí la amistad de los bárbaros».[50] Luego, desvirtuando cínicamente los procedimientos democráticos del ejército, se hizo con algunos secuaces entre los soldados reunidos en asamblea para poner de relieve los peligros que suponía incurrir en la hostilidad de Ciro. La artimaña tuvo éxito y los hombres accedieron a seguir adelante —tal como Clearco había asegurado a Ciro que harían—. Pero, además de eso, 2.000 hombres abandonaron sus contingentes originales y se pusieron bajo el mando de Clearco, convirtiéndolo de hecho en el comandante mercenario más importante. Ciro habría estado perdido sin aquellos griegos, pero lo mismo le habría ocurrido a Clearco. Todo su futuro se basaba en el éxito de la campaña de Ciro, pues en su patria no tenía nada que esperar de las autoridades espartanas.

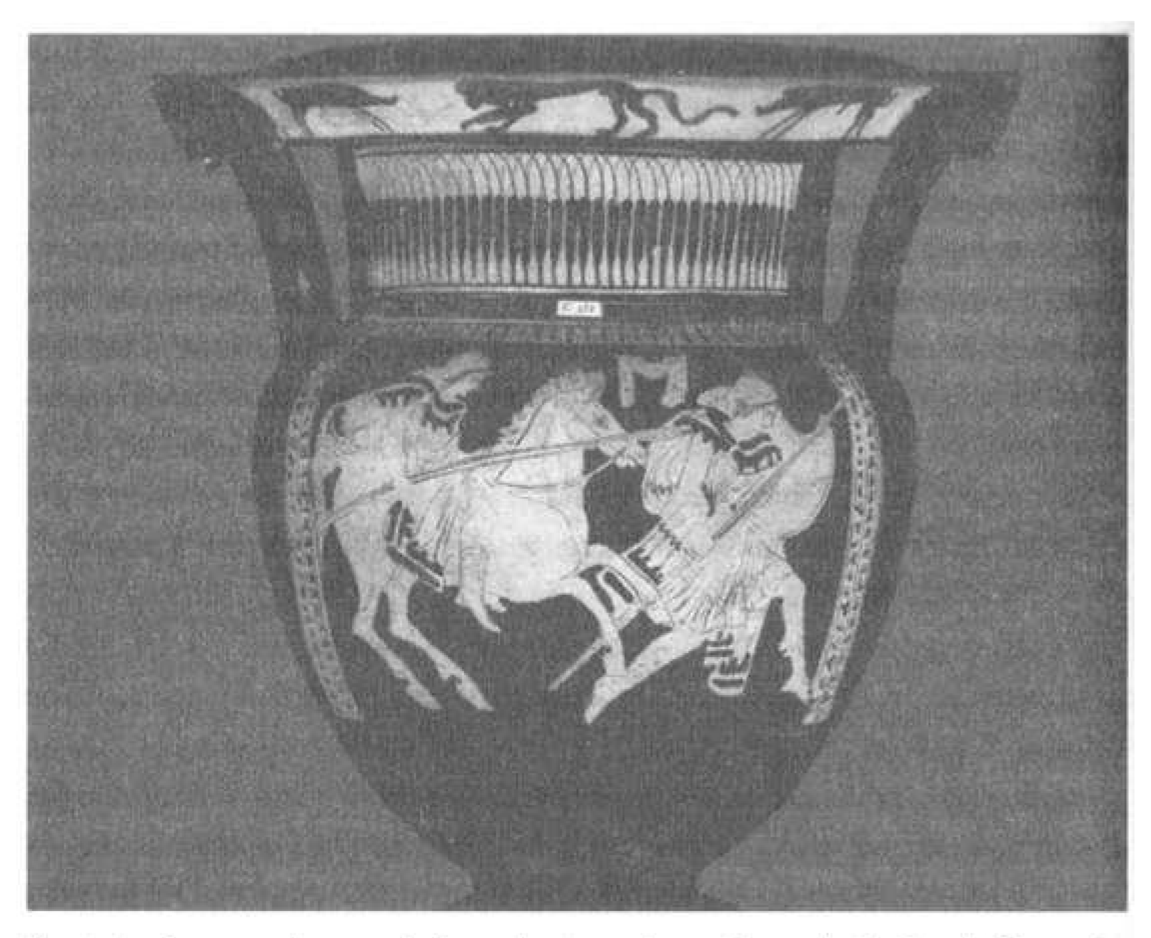
A juzgar por lo poco que sabemos sobre algunos otros comandantes mercenarios del ejército de Ciro, estaban cortados por el mismo patrón de interés

personal que Clearco. Menón, en particular, es objeto de una necrología tan hostil por parte de Jenofonte que resulta poco más que una caricatura de un maleante venal.[51]Menón era el lugarteniente de Aristipo (y probablemente su amante). El propio Aristipo se sintió incapaz de responder a la llamada de Ciro y envió a Menón con sólo una cuarta parte de los hoplitas que la generosidad del príncipe persa le había permitido reclutar (aunque mandó también a quinientos peltastas). A diferencia de Clearco, Aristipo se negó a abandonar a quienes había ayudado con los mercenarios de Ciro; se quedó en Tesalia con el resto de los soldados contratados y acabó masacrado pocos años después en una batalla que horrorizó a los griegos, amantes de lo extravagante y lo macabro, pues se decía que el festín del remoto campo de batalla había atraído incluso a los cuervos de la Grecia meridional.

A pesar de su juventud en aquel momento tenía poco más de veinte años, Menón comenzó siendo el principal comandante, destinado en origen a ocupar el mando del privilegiado flanco derecho del ejército. Él fue el elegido para escoltar a la amante de Ciro, la reina Epiaxa de Cilicia, en su vuelta a casa a las pocas semanas de iniciarse la expedición. Aquel regreso por una ruta que lo llevaría rodeando a Siénesis (nombre que recibían entonces todos los reyes de Cilicia), marido de Epiaxa, tenía también por objeto ayudar a éste a tomar partido. Una vez que Clearco hubo conseguido el favor de Ciro, Menón hizo esfuerzos constantes por congraciarse con el príncipe y recuperar su posición destacada. Le favoreció en este empeño el hecho de haberse convertido en amante de Arieo, máximo aliado de Ciro. Pero Menón echó a perder sus oportunidades al sembrar la discordia entre los griegos y permitir a sus hombres violar, saquear y robar como medio para conservar su absoluta lealtad y hacerlos menos propensos a unirse a Clearco.

Sobre los demás generales mercenarios tenemos menos información. Próxeno de Beocia parece haber sido un líder débil, preocupado más por ganarse la aprobación de sus hombres que por mantener el orden; Jenias y Pasión, a pesar de su larga asociación con Ciro y de haber sido sus comandantes mercenarios en Asia Menor, desertaron a las pocas semanas de iniciarse la expedición, heridos en su orgullo cuando la mitad, aproximadamente, de sus hombres se puso a las órdenes de Clearco. La mayoría de los demás generales son poco más que meros nombres, con breves apariciones en los relatos de los historiadores que escribieron sobre la marcha y campaña de los cirianos; se trata de los arcadios Soféneto y Agias, y de Sócrates de Acaya. Otro arcadio, Cleanor de Orcómeno, se encargó de los restos de las unidades de Jenias y Pasión tras la deserción de ambos. Finalmente, Quirísofo de Esparta, a quien las circunstancias colocarían más adelante durante un breve

tiempo en un puesto prominente, se presentó más tarde enviado por Esparta con otros setecientos hoplitas cuando los griegos de Ciro habían llegado ya casi a Siria.



Jinete tracio, como los que sirvieron hasta su deserción en el ejército de Ciro, e infante también tracio, con armas ligeras y el escudo en forma de media luna, la *péltē*, que dio su nombre a los peltastas. Los soldados van tocados con gorros de piel de zorro y visten capas largas, mencionadas con envidiosa aprobación por Jenofonte (*Anábasis*, 7.4.4) como atuendo invernal tracio. La vasija fue elaborada en Atenas a mediados del siglo v a. C.

Algunos de los comandantes de compañía (responsables de un lochos,

unidad táctica compuesta entre los cirianos por cien hombres durante el mayor tiempo posible) se habían ocupado también del reclutamiento. No era nada insólito que alguien reclutara una compañía y la ofreciera luego algún posible patrón —como hizo el homosexual Epístenes de Olinto, uno de los comandantes del ejército de Ciro, que formó en cierto momento una compañía completa con hombres de buena presencia—. Algunos generales y comandantes de compañía debían su rango a la experiencia y la profesionalidad, otros al hecho de haber aportado soldados, y otros más a una conjunción de esos factores. Jenofonte dice sin rodeos que la mayoría de los generales carecían de experiencia —o, al menos, que Clearco acabó siendo de hecho el comandante en jefe, en calidad de primus inter pares,porque los demás oficiales reconocieron que era el único con experiencia válida—.[52]Además de mercenarios, algunos aportaban peltastas armados de jabalina, procedentes en especial de Macedonia y Tracia (zonas que, al carecer de infraestructura política, no habían desarrollado las estrategias de los hoplitas, preferidas por las ciudades Estado meridionales), pero también había en el ejército doscientos arqueros de Creta y otros doscientos hombres de la isla de Rodas que fueron empleados como honderos. A ellos se sumaban cuarenta jinetes tracios para complementar la caballería paflagonia de Ciro.

EL CARÁCTER DE CIRO

¿Q

ué podemos decir de su patrón y jefe supremo? La juventud de Ciro nos explica muchas cosas. Cuando fue promocionado al alto mando por su padre tenía sólo dieciséis años, y al comenzar su expedición fratricida seguía siendo un joven de veintidós (pero Alejandro Magno era de su misma edad cuando partió para conquistar el Imperio persa); poseía la arrogancia de la juventud, realzada por una educación que sólo sirvió para estimular su ambición, y la combinación de inteligencia y encanto natural y principesco que sólo han estado al alcance de unos pocos miembros de familias reales. Hasta las cicatrices causadas por un jabalí durante una cacería acrecentaban su aura de atractiva virilidad. En su retrato de Ciro, Jenofonte nos ofreció un cuadro demasiado bueno para ser cierto: Ciro era de una honradez a toda prueba, se mostraba absolutamente intolerante con el delito, amaba la caza y era el mejor de su generación en esta y en todas las demás actividades masculinas, se ganaba la lealtad de cuantos lo conocían, y era generoso y atento con sus amigos.[53]Quizá engañó a su hermano respecto a sus verdaderas intenciones y manipuló a los soldados, tanto griegos como no griegos, ocultando todo el tiempo que pudo el auténtico objetivo de la expedición, pero esto no

contaba como un defecto de carácter: todos los griegos coincidían en que el engaño estaba justificado en la guerra; engañar al enemigo es, al fin y al cabo, un elemento importante de lo que, con una palabra más solemne, se conoce como «estrategia».

Este retrato idealizado requiere algunas matizaciones. Para empezar, Ciro escogió amigos infaustos: Clearco, el aspirante a tirano; Lisandro, con su política de imponer juntas dictatoriales a las ciudades asiáticas griegas; o los oligarcas de Mileto. Tampoco actuó, al parecer, de manera clara en el pago a los mercenarios griegos. En Tarso les debía atrasos de tres meses, y afirmó que, si entonces pudo pagarles, fue gracias exclusivamente a la generosidad de Siénesis de Cilicia, cuya esposa, Epiaxa, había aportado fondos; más tarde les prometió un aumento, pero sin entregarles dinero en efectivo. Y, sin embargo, se hallaba en condiciones de realizar el extravagante gesto de recompensar con la enorme suma de 10 talentos, el equivalente a seis o siete días de paga para toda la fuerza griega mercenaria, una predicción exacta de Silano de Ambracia, adivino vinculado al ejército griego. Pero Jenofonte acabó sintiendo una intensa aversión hacia Silano y es probable que estuviera dispuesto a dar por buena la cifra más exagerada que hubiese oído mencionar. Aunque era práctica común que los generales retuvieran parte del dinero como salvaguarda frente a posibles resentimientos, parece ser que Ciro no tenía una auténtica caja de guerra. En cualquier caso, la irregularidad en el pago de las tropas fue siempre un tema recurrente en las relaciones de los griegos con los sátrapas persas.

Jenofonte estaba convencido de que Ciro habría sido un excelente rey. Quizá fuera verdad, pero no debemos olvidar que Ciro planeaba un fratricidio, y lo único que le impulsó a rebelarse fue la insatisfacción con su destino, a pesar de que su vida era de un lujo inimaginable para la mayoría de la gente y de que ya tenía autoridad sobre una extensa región. Era algo más que mera ambición: era codicia patológica. Tampoco estaba justificado su desprecio por su hermano: Artajerjes II disfrutó del reinado más largo de todos los aqueménidas (404-359), sobrevivió a la rebelión de Evágoras de Chipre en la década del 380 y a las de varios sátrapas, que estallaron más o menos a la vez en la del 360, y, en general, hizo frente mejor que la mayoría a los problemas de gestionar un imperio inmenso y levantisco.

Hay también indicios de que Ciro no era tan querido y admirado como afirma Jenofonte. Al parecer no estaba tan seguro de sus griegos: retuvo como rehenes a las familias de Jenias y Pasión, sólo fue capaz de exponer sus planes a unos pocos generales, tuvo que sobornar constantemente a los griegos para que no se marcharan y guardó para sus propios soldados las provisiones que podían

adquirirse con dinero, provocando así rumores de que tenía cientos de carros de comida sobrante. Tampoco se sintió seguro respecto a las tropas no griegas. Durante el juicio contra Orontas, Ciro ordenó prudentemente que 3.000 mercenarios griegos rodearan su tienda, donde se celebraba la vista, para impedir un levantamiento en favor de aquél. Orontas no fue tampoco el único persa de alto rango dispuesto a convertirse en traidor: un hombre llamado Megafernes, «secretario real», que ocupaba uno de los puestos de mayor poder en la corte, fue ejecutado mientras el ejército se hallaba en Capadocia. En otro momento de la marcha hacia el este, Menón y Clearco, junto con sus respectivos contingentes, estuvieron tremendamente cerca de enfrentarse con las armas, y Ciro sólo consiguió detenerlos advirtiéndoles de que a la primera señal de disensión entre los griegos, las tropas no griegas caerían sobre todos ellos y los masacrarían. Marchar contra los pisidios o levantarse en armas contra el rey eran dos cosas muy distintas, sobre todo para los soldados no griegos. A lo largo de la ruta de Ciro, Siénesis de Cilicia no se comprometió del todo, ni mucho menos; el gobernador de Siria tomó partido por el rey; y ningún sátrapa se unió a él. En pocas palabras, Ciro encontró hostilidad en todos los lugares por donde pasó. Sólo podía contar con la lealtad de quienes habían sido sus inmediatos subordinados en Asia Menor, aquellos cuya relación había cultivado durante muchos años o cuya amistad había comprado.

MERCENARIOS GRIEGOS

En total, Ciro contrató a unos 10.600 hoplitas griegos y alrededor de 2.300 peltastas, que llegaron en varias unidades dependiendo de sus lealtades étnicas y de sus oficiales de reclutamiento. Los soldados eran fieles en primer lugar a sus compañeros de unidad y a su comandante, que se aseguraba la voluble lealtad de sus hombres actuando como intermediario a través del cual les llegaba la paga procedente de Ciro. Hasta que la derrota de Cunaxa les obligó a unirse contra el enemigo común, las relaciones con las demás unidades griegas solían ser tensas y conflictivas (además, el contingente griego se mantuvo separado de los persas y del resto de las tropas no griegas —aunque es verdad que los miembros de regimientos de élite han tratado siempre con un desprecio altanero al resto de las unidades—). Los generales no asumieron el mando unitario sobre el conjunto del ejército y dejaron de ser responsables únicamente de sus unidades hasta después de Cunaxa.

El carácter pendenciero y violento de los oficiales griegos se reflejaba en los soldados rasos: los mercenarios griegos eran una banda de individuos desagradables. El principal atractivo de la expedición para un considerable número de ellos era la posibilidad de practicar el merodeo en su viaje de vuelta. Eran combatientes endurecidos, dispuestos a arriesgar sus vidas a cambio de la promesa de una rica recompensa y a enfrentarse a sus pagadores si éstos no les proporcionaban las provisiones, el dinero en efectivo y el respeto que les eran debidos. Durante su viaje al este, los hombres dieron muestras de una agitación que en una o dos ocasiones estuvo al borde del motín, y en cuanto se sintieron a salvo durante la retirada, demostraron reiteradamente que su móvil principal era la codicia.

¿Por qué razón iba a confiar alguien su futuro a unos tipos violentos como aquéllos? Porque, con casi trescientos años de experiencia en la lucha hoplítica, los griegos eran los máximos guerreros del mundo antiguo y, por tanto, estaban solicitados como mercenarios. La demanda era, en realidad, tan elevada que una de las principales razones de que Artajerjes deseara poner fin a las guerras intestinas en Grecia en las décadas inmediatamente posteriores a la derrota de su hermano fue la de disponer de más mercenarios para poder utilizarlos contra Egipto. Paradójicamente, los cirianos hicieron publicidad ante los persas del valor de los mercenarios griegos, y tanto los sátrapas como los reyes los utilizaron de manera creciente durante el siglo IV en un proceso que alcanzó su momento culminante en la división formada por los 20.000 mercenarios del ejército de Darío III que se enfrentó a Alejandro Magno junto al río Gránico en el 334.

A los griegos les convenía que la demanda de sus destrezas fuera en aumento, pues las condiciones socioeconómicas de los Estados helénicos eran tales que existía ya una larga y respetable tradición de servicio militar profesional. Su economía era preponderantemente agraria y, sin embargo, tal como muestra todavía de inmediato un recorrido por Grecia, la tierra era pobre y muchos griegos tenían apenas parcelas suficientes para vivir (por esa misma razón, las poblaciones rurales de Suiza y España fueron en otros periodos de la historia buenas proveedoras de mercenarios); el número de exiliados y refugiados voluntarios o por motivos políticos fue también en aumento, sobre todo después de que los Treinta Tiranos sentaran ejemplo en Atenas de destierros en masa; el final de la Guerra del Peloponeso hizo que muchos campesinos desposeídos de sus tierras buscaran medios de empleo alternativos, entre los que el servicio militar era una de las opciones preferidas. Este es el motivo de que algunas regiones más pobres de Grecia, como Arcadia y Acaya, fueran famosas como proveedoras de mercenarios;

de hecho, estas dos regiones proporcionaron a Ciro más de la mitad de sus hoplitas a sueldo: 4.000 de las montañas de Arcadia, y más de 2.000 aqueos procedentes de la región meridional del Peloponeso, apenas menos abrupta. Los arcadios estaban tan especializados como mercenarios que los 4.000 de Ciro representaban en torno al 8% de la población adulta masculina de la Arcadia de la época; los soldados profesionales eran su principal producto de exportación. El resto de los hoplitas provenía de todo el mundo griego; la mayoría de la Grecia continental y del Peloponeso, y algunos de regiones más lejanas al oeste o al este.

Al comenzar el siglo IV, los mercenarios griegos eran de uso tan común que en Grecia se les consideraba a menudo una amenaza para la estabilidad, sobre todo cuando regresaban de servir en el extranjero, pues vagaban por el país esperando a la siguiente ciudad griega que los contratara para utilizarlos, quizá, incluso contra sus compatriotas griegos. Algunos pensaban que los mercenarios eran personas carentes de escrúpulos hasta el punto de ser capaces de enfrentarse a quienes los empleaban e instaurar una tiranía en la ciudad o dedicarse a violar y saquear dentro de ella. A otros les preocupaba que pudieran implicar a sus conciudadanos en guerras indeseadas.

El orador ateniense Isócrates[54]describía a los mercenarios como vagabundos, desertores y criminales, dedicados a desvalijar al prójimo. Por su condición de soldados a sueldo desvinculados, desterrados de sus ciudades natales, formaban bandas, vivían en cuevas de las montañas de Grecia o Asia Menor y se mantenían practicando la rapiña y el bandolerismo —de manera muy parecida a sus homólogos de la Grecia otomana, los famosos *kléftēs*, de infausta memoria—. Como trabajaban por dinero, era creencia común, cimentada sólidamente en la realidad, que desertarían por una paga mejor o si calculaban que sus posibilidades eran demasiado escasas; se consideraba que carecían de la disciplina de los ciudadanos soldados (aunque, en realidad, eran mucho más profesionales que ellos). Un esnobismo tradicional avivaba el fuego de estas acusaciones: la aristocracia griega, que vivía del trabajo servil en sus fincas y gozaba, por tanto, de ocio suficiente para desarrollar intereses más amplios que el de la mera supervivencia, consideraba cosa de esclavos cobrar dinero por realizar una labor. Jenofonte pensaba de manera idealista que la solución estaba en unos contingentes mixtos de ciudadanos soldados y mercenarios, pues la rivalidad estimularía a cada grupo a superar al otro en bravura.[55] Los mercenarios gozaban, no obstante, de claras ventajas. Tradicionalmente, los soldados griegos habían sido ciudadanos campesinos que no podían permitirse permanecer lejos de sus granjas o pequeñas fincas durante los meses, e incluso años, requeridos por la

guerra moderna; los mercenarios podían realizar un esfuerzo más continuado —y como los campesinos solían ser quienes dictaban las leyes para la contratación de mercenarios, aprovechaban, como es natural, la oportunidad de combatir por delegación—. Así ocurría, en particular, en los Estados cuyos recursos humanos habían quedado gravemente reducidos por la Guerra del Peloponeso. Además, los Estados griegos habían confiado tradicionalmente en sus aliados para complementar sus ejércitos, y por tanto, a medida que las alianzas oscilaban movidas por el viento del interés egoísta, la contratación de mercenarios se fue haciendo más común.

Sin embargo, la principal ventaja de los mercenarios radicaba, simplemente, en que, para ellos, combatir era una profesión y constituía su vida y el medio de ganársela. El siglo IV vio cómo la práctica militar no profesional daba paso casi por completo al profesionalismo de los mercenarios siempre que había que librar alguna batalla importante o una guerra. La diferencia entre soldados campesinos y soldados profesionales fue reconocida en fechas tempranas. Un mercenario cretense llamado Hibrias, que vivió en la segunda mitad del siglo VI y es desconocido por lo demás, escribió un desafiante canto popular que, de manera apenas disimulada, rezuma desprecio por el modo de vida agrario tradicional y celebra el pillaje:

Mi gran riqueza es la lanza y la espaday el bello escudo, defensa de mi cuerpo;con esto aro, con esto siego,con esto piso el dulce vino de las vides.Con esto llamo siervos a los amos.Mas los que no osan tener ni lanza ni espadani el bello escudo, defensa de su cuerpo,todos caídos en el suelo, mi rodilla besan,amo y gran rey llamándome.[56]

Los conservadores lamentaron la creciente dependencia de los mercenarios como uno de los muchos factores que aceleraron la decadencia de la moral tradicional. En vez de patriotismo y valentía, lo único que necesitaban ahora los ciudadanos con derecho a voto en un Estado griego era encontrar los medios para recaudar el dinero con que pagar a unos mercenarios que ocupasen su lugar. Los soldados ciudadanos no cedían terreno, según se creía, porque les avergonzaba la derrota, mientras que un soldado a sueldo se retiraría para conservar la vida y luchar en otra ocasión. A los griegos les gustaba comparar una falange de hoplitas con un edificio en el que cada piedra contribuye a la solidez del conjunto. El combate codo con codo en una falange, donde la vida propia dependía en buena parte de la destreza y valentía del vecino, había sido uno de los principales

aglutinantes que mantenían unida una comunidad; por tanto, la creciente dependencia de los mercenarios contribuyó a deshacer el tejido de los Estados griegos. Sin embargo, aquellos conservadores estaban dando palos al agua: otras mentes más prácticas eran conscientes de que ya no tenía sentido que los Estados dependieran por entero o, incluso, de manera principal de los soldados ciudadanos; y, en cualquier caso, la versión del Estado ciudadano griego se estaba convirtiendo a marchas forzadas en un dinosaurio.

PAGA Y BOTÍN

En la época de la expedición de los griegos de Ciro existía un modelo reconocido de pago para los ejércitos mercenarios que se atenía a la triple jerarquía básica de rangos: los generales cobraban el doble que los comandantes de compañía, y cuatro veces más que los soldados corrientes. La estructuración a veces mínima entre grados se adaptaba mejor a los contingentes de mercenarios, habitualmente reducidos y que actuaban como guardia personal de un magnate o como guarnición de una ciudad, que al enorme ejército de Ciro, y en la *Anábasis* oímos hablar de vez en cuando de varios rangos intermedios, aunque se trataba, quizá, de nombramientos provisionales en campaña para circunstancias tácticas concretas.

La tarifa habitual para los soldados ordinarios podía ser de sólo 3 óbolos diarios, pero Ciro les pagaba 5 por jornada: un dárico de oro por un mes de treinta días, teniendo en cuenta que 1 dárico —peso normalizado introducido por Darío I — equivalía aproximadamente, en términos griegos, a 25 dracmas, o 150 óbolos. Los gobernantes aqueménidas utilizaban monedas acuñadas, como los dáricos helenizados de Ciro, casi exclusivamente para sus tratos con extranjeros como los griegos (es decir, para pagar a mercenarios y sobornar a políticos), mientras que los pagos internos se realizaban sobre todo en lingotes o en especie. La tarifa abonada por Ciro a los griegos subió a 7,5 óbolos al día siguiente del intento de motín en Tarso —o, en cualquier caso, se les prometió ese aumento, aunque no se aplicara realmente—. Pero una promesa de Ciro era suficientemente buena para los griegos, pues para entonces sabían ya que estaban adentrándose cada vez más en territorio persa, y las fábulas griegas habían pintado siempre a Persia como un país de incalculables riquezas.

Ciro sacó el máximo partido a la tendencia de los griegos a soñar con el

futuro. Aunque los mercenarios solían recibir su paga a final de mes, salió bien parado a pesar de retribuirles sólo una vez por los cuatro o seis meses de servicio bajo su mando. Cuando los generales supieron por fin que estaban marchando contra el propio Gran Rey, Ciro mantuvo a raya su malestar prometiéndoles una prima generosa, y les dijo, incluso, que les abonaría no sólo el viaje de ida, sino también el de regreso —una medida excepcional inspirada menos por la distancia, desacostumbradamente larga, que por un deseo de disuadirles de saquear a la vuelta unas tierras que para entonces serían suyas—. Además, justo antes de la batalla, Ciro sobornó a todos los oficiales griegos con la promesa de sendas coronas de oro tras haberse apoderado del trono de Artajerjes.

Unos pocos óbolos al día eran una paga de subsistencia —aproximadamente, lo que un trabajador no especializado podía esperar recibir por alguna labor circunstancial en una ciudad próspera—, pero los mercenarios disponibles tras la Guerra del Peloponeso eran tan numerosos que los pagadores podían permitirse hacer ofertas bajas —y no es que la paga hubiese sido nunca generosa: la mano de obra era siempre abundante y barata, y cualquier pago por un servicio militar constituía una idea relativamente nueva, una ruptura con la noción de servicio voluntario al Estado por parte de sus ciudadanos—. Los propios generales no solían enriquecerse con sus soldadas, aunque esto les importaba poco, pues procedían de medios sociales más privilegiados y la mayoría llevaban consigo en la expedición cantidades considerables de dinero propio. En cualquier caso, incluso en una fase tardía de la expedición, cuando los restos del ejército había llegado a Cotiora, tres oficiales superiores fueron multados con diez minas, o seiscientos óbolos, cada uno. Pero dejando aparte la riqueza personal, la inmensa mayoría de los soldados consideraba la paga diaria como una especie de iguala que se complementaría con aumentos en la soldada, con primas y, en especial, con el botín.

Al final, Ciro no pudo cumplir, por supuesto, aquellas promesas. Sin embargo, la obtención de beneficio siguió siendo un asunto de primordial importancia, precedido únicamente por la supervivencia. Resulta interesante y revelador preguntarse qué motiva a cualquier ejército en un momento determinado, qué da a los hombres la voluntad de luchar y arriesgar la vida. En el caso de los cirianos hubo dos motivos principales: la supervivencia y el beneficio. El patriotismo no representó ningún papel, pues provenían de muchos Estados distintos; la lealtad a sus líderes era secundaria, en el sentido de que sólo se la otorgaba si les ayudaban a sobrevivir y les mostraban dónde se podía conseguir un botín; el honor guardaba escasa relación con todo ello, pues los soldados tenían

asuntos más penosos y urgentes por los que preocuparse que unos conceptos abstractos. Es evidente que los griegos de Ciro no valoraban más el honor que la codicia.

Durante la campaña, la paga del mercenario cubría poco más que sus gastos diarios. Los soldados compraban una parte muy pequeña de sus vituallas, y en muchos casos tenían personas a su cargo a las que mantener, prisioneros que conservar con vida hasta poder venderlos o entregarlos a cambio de rescate, y las pequeñas exigencias planteadas por sus frágiles pertrechos. No obstante, los mercenarios esperaban, en general, regresar a casa más ricos que en el momento de partir —lo cual significaba que confiaban en beneficiarse del botín mientras pudieran—. Un hecho desagradable de la guerra es que los soldados saquean: si no tienen a mano un objetivo más sustancioso, roban objetos de los cadáveres de los caídos, tanto amigos como enemigos. Todos los ejércitos antiguos se dedicaban al pillaje; en Waterloo se saqueó masivamente a los cadáveres, y, por lo que sabemos, los soldados destinados en Irak se permiten hoy día ir a la «caza» de algún que otro «recuerdo». Tras la muerte de su pagador, Ciro, la única posibilidad que tuvieron los griegos de obtener beneficios fue el botín; y cuanto más se acercaban a casa, más atentos estaban a esa clase de oportunidades.

Aunque el botín era el mejor medio de que disponían los mercenarios para obtener algún beneficio, a menudo no se hallaban en condiciones de sacarle el máximo partido. Como no deseaban sufrir los inconvenientes de transportar prisioneros y otras piezas de botín voluminosas durante distancias largas, se veían obligados a llegar a un compromiso y conseguir el mejor precio posible en una venta realizada con la máxima celeridad. Según dice Jenofonte en un pasaje: «Así lo hicieron, y se apoderaron de muchos esclavos y ganado. Y al sexto día llegaron a Crisópolis de Calcedonia, y allí permanecieron siete días mientras vendían el botín».[57]Los regateos con los traficantes requerían todo ese tiempo.

Los prisioneros tomados en combate podían venderse a cambio de un rescate o, más probablemente, como esclavos. Un hombre con una profesión o una mujer atractiva podía aportar una suma de dinero considerable. En el este, los muchachos capturados eran muy apreciados, sobre todo si tenían buena presencia: los magnates persas estaban dispuestos a pagar un precio elevado por un posible eunuco. El historiador Heródoto[58]cuenta encantado una historia en la que un comerciante de esclavos que castraba muchachos y los vendía a los persas recibió su merecido cuando uno de sus antiguos eunucos llegó a ser lo bastante poderoso como para obligarle a emascular personalmente a sus cuatro hijos. Los griegos

solían expresar su horror ante la práctica oriental de la castración, pero los mercenarios griegos de Ciro no dejaron, seguramente, pasar de largo las oportunidades de beneficiarse vendiendo muchachos guapos.

El botín solía incluir cabezas de ganado, pertenencias personales y mobiliario, ropa, vajilla y cubertería y obras de arte. Lingotes y monedas eran, por supuesto, sumamente apreciados. En general, el botín adquirido por la acción conjunta del ejército se ponía en común, y los beneficios se distribuían de acuerdo con la misma proporción 4:2:1 que la paga de los tres rangos principales. Pero, al mismo tiempo, podía ocurrir también que los hombres se guardaran pequeños objetos, y los soldados consideraban, sin duda, que, si habían conseguido algo por iniciativa propia, tenían derecho a quedárselo sin aportarlo al fondo. Las tensiones entre ambos sistemas estallaron en un violento disturbio al menos en una ocasión durante la retirada de los cirianos. Una décima parte del botín o de los beneficios se dejaba tradicionalmente aparte y se entregaba a los dioses como dones en dinero o en especie en los templos apropiados, señalados habitualmente en alguna promesa anterior. Durante la retirada, los generales reservaron también una parte del botín como bolsa común para recompensar actos de valor distinguidos y sobornar a lo largo del camino a los políticos y señores de la guerra locales, para los cuales se organizó en cierta ocasión un espléndido banquete con entretenimientos fastuosos.

El ejército de Ciro fue el mayor contingente de mercenarios empleado hasta entonces. Normalmente se esperaba que los mercenarios aportaran su propio equipo, de la misma manera que quien contrataba a un artesano esperaba que acudiese con los útiles de su oficio, pero Ciro deseaba ante todo hoplitas, y, sencillamente, no había tantos disponibles, a pesar incluso de que su panoplia estaba formada por menos piezas y, además, menos pesadas —y por tanto más baratas— que un siglo antes. La palabra «hoplita» era un término tanto social como militar: en sus ciudades griegas de origen eran hoplitas quienes se podían permitir la compra de la panoplia, según se llamaba, que podía costar por término medio entre 75 y 100 dracmas (de 450 a 600 óbolos: el salario de cuatro meses de un trabajador especializado). No hay duda de que muchos de los griegos de Ciro pertenecían a esa clase media, mientras que otros, como los setecientos de Quirísofo, debieron de haber sido pertrechados por Esparta, pues formaban parte de un contingente oficial espartano; pero había un número mayor de origen más pobre, en especial aquellos cuyos medios de vida habían sido dañados o destruidos por la Guerra del Peloponeso y buscaban empleo desesperadamente. Para conseguir tropas fuertemente armadas, Ciro tuvo que acudir a estratos más bajos de la escala social y proporcionar, al menos a los hombres menos pudientes, los

componentes básicos de una panoplia hoplita: un escudo, una lanza y una espada.

JENOFONTE SE UNE AL EJERCITO

C

uando fueron llamados a Sardes, la mayoría de los mercenarios acudieron en unidades previamente formadas encabezadas por sus reclutadores, aunque también se les sumó un goteo de rezagados. Entre la llegada de los primeros soldados y la partida de hecho de la expedición transcurrieron varias semanas. Tisafernes no tardó en darse cuenta de que aquella situación indicaba una fase nueva en las ambiciones de Ciro. No creía ya que aquel enorme ejército se estuviese reclutando ni siquiera para someter por completo a los merodeadores pisidios, y optó por desaparecer de escena. No se trataba sólo del tamaño del ejército, sino también de lo inadecuado de su composición: para combatir contra unas tribus de montañeses se requerían menos hoplitas y más peltastas. Tisafernes tomó una tropa de caballería de quinientos jinetes y huyó, o marchó a toda prisa, hacia el este a fin de contar al rey lo que estaba ocurriendo y dar a su señor todo el tiempo posible para concluir sus preparativos.

Ése era el ejército al que iba a unirse Jenofonte. En el momento de escribir la Anábasis,[59]se esforzó por distanciarse de los mercenarios propiamente dichos. «Había en el ejército —dijo— un ateniense, Jenofonte, que los acompañaba no como estratego, ni como capitán ni como soldado, sino que Próxeno, que era su amigo desde antiguo, lo había animado a dejar su patria y unirse a él». En otras palabras, lo que le motivó fue un sentimiento de aventura y las presiones constantes sobre un joven de noble cuna para ponerse a prueba, pero no el deseo de botín; y, desde luego, no necesitaba trabajar por una soldada. A pesar de estos desmentidos, no tardaría en descubrir lo bien que se adaptaba a la vida de vagabundeo de los mercenarios; además, pudo vivir muchos años del botín adquirido durante la expedición e inmediatamente después. Es indudable que en el momento en que Ciro y Artajerjes se enfrentaron en la llanura de Cunaxa, Jenofonte desempeñaba entre las tropas una función que no era la de mero observador.

Jenofonte se embarcó en el Pireo, el puerto de Atenas, y desembarcó en Éfeso, en la costa de Asia Menor. Seguramente se detuvo un día o dos para descansar del viaje y contemplar el afamado espectáculo de aquella gloriosa y rica ciudad, donde las influencias orientales eran más omnipresentes que en cualquier

otra localidad griega de Asia. En el momento de su partida le dio la despedida un adivino: los comienzos de cualquier actividad, como, por ejemplo, un viaje, se consideraban especialmente importantes, y un adivino era capaz de interpretar todo tipo de presagios que pudieran producirse. Y, de hecho, se les concedió uno: Jenofonte vio cómo una águila» (más probablemente un ratonero común, en terminología moderna) se posaba a su derecha y oyó su chillido. Aunque la derecha era la dirección de la buena suerte, la predicción del adivino no fue del todo favorable: «Se trata de una ave espléndida —le dijo—, pero en este caso significa sufrimientos, porque los pájaros, sobre todo, atacan al águila cuando está quieta. Además no es un presagio que prometa dinero, porque el águila captura mejor sus presas volando».[60]Jenofonte consiguió un éxito y un fracaso: obtuvo beneficios, pero también sufrió en su itinerario.

El viaje de unos cien kilómetros de Éfeso a Sardes no era penoso, pues la Vía Real persa unía ambas ciudades. Jenofonte marchó acompañado de sus esclavos y, quizá, de una escolta militar enviada por Próxeno para protegerlo y guiarlo. Sin embargo, el entusiasmo ante la perspectiva de una aventura se vio un tanto amortiguado no sólo por el tono pesimista del adivino, sino también por la falta de novedad del paisaje, que con sus colinas bajas y cubiertas de maleza y sus valles de agricultura intensiva se diferenciaba muy poco de lo que podía encontrar en muchos parajes de Grecia. La campiña, no obstante, empezó a ganar en amplitud —Turquía está configurada a una escala mayor que la de Grecia——, y el trayecto final de su viaje a Sardes le llevó a lo largo de una llanura anchurosa y fértil. A medida que se acercaba a la ciudad, vio los riscos recortados y boscosos del Bozdag, uno de los cuales había servido recientemente a Orontas como fuerte, aunque Jenofonte no tenía en ese momento gran idea acerca de aquellas intrigas. Todo cuanto vio fue el esplendor del antiguo palacio de Creso sobre la cima de la colina, la llanura bien regada punteada por los túmulos de los reyes de Lidia, muertos hacía tiempo, y, a cierta distancia, un lago azul y las lejanas montañas del norte de la región. Era primavera, y las flores silvestres crecían con profusión por todas partes.

En aquel momento, la ciudad de Sardes no era tanto lidia o persa, cuanto multiétnica y cosmopolita. Aunque los gobernantes de la satrapía de Esparda solían ser persas de alto rango —en el caso de Ciro, incluso un miembro de la familia real—, la élite estaba formada también por lidios. La ciudad tenía un rico legado lidio, y los persas, prudentemente, no habían erradicado la antigua cultura, sino que la habían absorbido y recubierto de un barniz persa. Con el tiempo, aquella mezcla racial y arquitectónica había adoptado también elementos griegos.

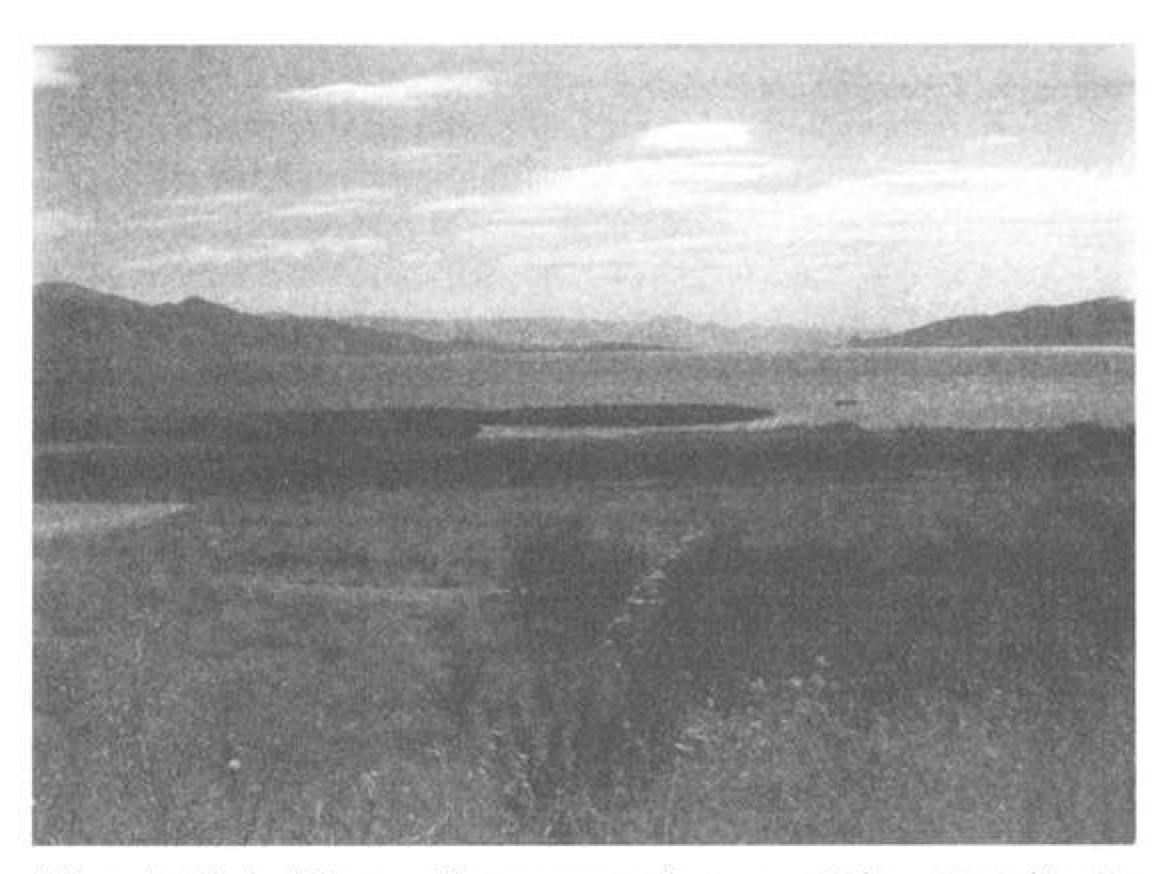
Con su larga tradición de alta cultura, su independencia y sus aires de importancia constituía una base natural desde donde Ciro podía fomentar la rebelión. Tras la primera anexión de Lidia por Persia, en el siglo VI, las antiguas fortificaciones habían sido desmanteladas en gran parte, pero en el momento de la llegada de Jenofonte, la ciudad disponía de un muro defensivo de menor calidad, mientras que la acrópolis había sido fortificada con una triple muralla. Al pie de la colina se acumulaban construcciones residenciales, templos y edificios oficiales, y extramuros de la ciudad había casas de adobe con cubiertas de carrizo y dos parques ornamentales cercados por un muro para quienes buscaban sombra y pasatiempo. Lo que queda en la actualidad en el tranquilo pueblo de Sart, cerca de Salihli, aparte de unos pocos restos romanos y helenísticos, es por desgracia muy escaso.

Jenofonte llegó justo cuando el ejército se disponía a partir, pero a tiempo para ser presentado a Ciro por Próxeno. La llanura que se extendía extramuros de la ciudad se hallaba en una situación de caos apenas contenido. Además del principal ejército de soldados no griegos, capitaneado por el propio Ciro y acampado en aquel lugar, habían llegado allí miles de griegos que ya se habían agrupado en unidades: Jenias mandaba a 4.000 hoplitas; Sofeneto, a otros 1.000; y Sócrates a unos 500. La unidad de Próxeno estaba formada por 1.500 hoplitas y 500 peltastas; y la de Pasión, por 300 hoplitas y otros 300 peltastas. Cuando el ejército se puso en movimiento se extendió varios kilómetros a lo largo y ancho de la llanura.

Sus integrantes se dirigieron durante un tiempo hacia el este a través de la planicie del Castolo, avanzando a buena marcha por un terreno fácil, antes de girar hacia el sudeste para evitar algunos cerros, y llegaron a Colosos (la moderna Denizli) en cuatro jornadas. Habían recorrido unos ciento cincuenta kilómetros que les habían exigido cruzar el río Meandro por un puente de barcas (como el que se utilizaba todavía allí en el siglo XIX), a un día de marcha de Colosos hacia el noroeste. La ciudad se hizo famosa más tarde por su primitiva comunidad cristiana, destinataria de una epístola de san Pablo, pero para los antiguos griegos era conocida por el río que brotaba en medio de la localidad. En Colosos se les unió otro contingente de mercenarios, 1.000 hoplitas y 500 peltastas, al mando de Menón, y la fuerza conjunta marchó a continuación 100 kilómetros en dirección este hasta Celenas (la moderna Dinar), pasando junto al hermoso lago Acigól. En Celenas se les unieron los demás mercenarios, llegados desde diversos puntos de reunión en el norte. Clearco de Esparta capitaneaba un contingente de 1.000 hoplitas, 800 peltastas tracios y 200 arqueros cretenses; otros llegaron en grupos

menos numerosos. En aquel momento había 9.500 hoplitas griegos y 2.300 soldados con armas ligeras.

En Celenas se quedaron todo un mes, mientras se reunía a los hombres y se los dividía en compañías; se nombraron oficiales cuando fue necesario; y el cereal maduraba entretanto en los campos que atravesarían más el este. Imitando el sistema decimal de los persas, los griegos optaron por compañías de cien hombres como unidades básicas tácticas, sociales y administrativas. Mientras los hombres hacían instrucción y creaban vínculos, Ciro envió espías y mensajeros de última hora, esperó a que regresaran, puso a punto sus planes y se dedicó a soñar con el trono real. El auténtico punto de partida de la expedición fue, en realidad, Celenas, más que Sardes: la ciudad era uno de los centros de Ciro —su fértil suelo de color rojizo podía mantener con mayor facilidad uno de sus parques ornamentales favoritos, y la localidad constituía el centro de una red de importantes rutas hacia el oeste, el sur y el norte—; además, en el momento de partir, el pretendiente contaba con todas las tropas que razonablemente podía esperar. Las fuerzas eran enormes, y para entonces circulaban ya rumores acerca del carácter generoso de Ciro, mientras que algunos hablaban con mayor cautela sobre su objetivo definitivo. La sensación de expectativa al emprender la marcha era intensa.



El lago Acipöl desde la tranquila carretera moderna entre Colosos (Denizli) y Celenas (Dinar), que sigue el trazado de la antigua ruta.

COMIENZA EL VIAJE

Desde Celenas, el ejército en pleno marchó en dirección nordeste hacia el Ágora de los Cerameos (la moderna Uşak). El paisaje ondulante, que ascendía poco a poco hasta los 900 metros sobre el nivel del mar, era a veces pantanoso y sus fértiles llanuras constituían una bendición. El nombre Ágora de los Cerameos significa «Mercado de los alfareros», y las principales carreteras para acceder y salir de Uşak aparecen todavía bordeadas de tiendas de fábricas de objetos de cerámica elaborados con la rica arcilla local. Las tropas giraron luego hacia el este, y a los diez días de haber partido de Celenas llegaron a los Llanos del Caístro (quizá, la moderna localidad de Çay). No tenían prisa, y los giros y vueltas de su itinerario estaban dictados por el deseo de no abandonar las carreteras principales, evitar los terrenos abruptos y sobre todo, reclutar o enrolar por la fuerza a más soldados. El tiempo cálido les imponía, además, un paso lento. La ruta les llevó por las orillas de bellos lagos orlados con densos carrizales verdes y rebosantes de peces y aves de caza. El ejército se mantenía pujante gracias a los jabalíes y otros animales de las comarcas campestres y a las aldeas, donde abundaban los campos de cereal y las huertas.

Aunque el avance era pausado, los griegos no se sentían contentos. Muchos de ellos se habían reunido en Asia Menor diez o doce semanas antes tras haber viajado hasta allí a su propia costa, y, sin embargo, nadie había visto de momento paga alguna. Ciro los había mantenido en marcha sobre todo a base de promesas. En Peltas, de camino entre Celenas y el Ágora de los Cerameos, había ordenado hacer un alto mientras los arcadios celebraban su festival más sagrado, y el propio Ciro les había proporcionado coronas de oro a modo de premios para las competiciones atléticas que, según era característico entre los griegos, formaban parte del festejo; pero, ahora, *los soldados deseaban ver* dinero contante y sonante. En los Llanos del Caístro hubo rumores de motín. Sin embargo, en el momento mismo en que las cosas se ponían feas, apareció en el campamento una vistosa caravana. Epiaxa, esposa del anciano rey Siénesis de Cilicia, había llegado con su séquito y, lo que era más importante, con dinero abundante enviado por su marido. Ciro pudo abonar a las tropas cuatro meses de soldada, una cantidad no inferior a 215 talentos.

No era la primera vez que Ciro y Epiaxa se habían reunido, y la mujer, que le superaba en edad, se prestó al joven para algo más que unas negociaciones oficiales. Pretextando actuar como embajadora de su marido, reanudó una relación

informal con el pretendiente persa. Ciro conocía el valor de combinar lo agradable con lo práctico: consideraba útil disponer de un aliado en el corazón mismo de la corte de Siénesis y necesitaba saber urgentemente a quién era leal el rey de Cilicia, pues se veía obligado a atravesar su reino. El ejército viajó cuatro días más, pasó junto a la localidad de Timbrio (la actual Akşehir, una pequeña ciudad con mercado ambulante), espléndidamente dominada por los altivos picos de Sultán Daĝlari, y continuó hasta Tirieo (Ilgin). Ahora, por lo menos, marchaban en dirección sureste, hacia la región de los pisidios —y hacia el corazón del Imperio persa.

En Tiriso, la reina pidió a su amante que pasara revista a su ejército, y los griegos decidieron hacer de aquel alarde un acontecimiento memorable; al fin y al cabo, era la primera vez que iban a aparecer en orden de batalla. La sección griega del ejército pasó desfilando por delante de los espectadores como en una revista normal, pero continuó hasta hallarse a buena distancia, momento en que los hoplitas formaron en líneas de combate. La falange inició su avance lento hacia los espectadores con las armas preparadas, agitando los escudos a la luz del sol y exhibiendo sus capas rojas. A medida que se acercaban, y como no presentaban indicios de detenerse, el estado de ánimo de la multitud pasó de la risa al temor; cuando los griegos echaron a correr, el temor dio paso al miedo. ¿De qué lado estaban realmente los griegos? ¿Había calmado su malestar el dinero de Epiaxa? ¿Les quedaba todavía algo que demostrar? Los comerciantes derribaron sus puestos al huir; Epiaxa corrió hacia su confortable carruaje y se alejó en él hasta una distancia segura; los miembros del séquito de Ciro dieron medía vuelta y salieron a la carrera. Los disciplinados griegos, capaces de realizar ejercicios de instrucción sumamente precisos, cargaron justo hasta donde se hallaba el trono real y se detuvieron allí. Habían disfrutado con su audaz broma, y Ciro ansió el día en que los mercenarios derrotarían a sus enemigos con tanta facilidad como habían puesto en fuga a sus amigos.

El ejército continuó hacia el sudeste, atravesando una enorme planicie árida y suavemente ondulada sobrevolada por alguna que otra águila ratonera, en dirección a Iconio (la moderna ciudad santa de Konya, famosa por sus remolinantes derviches). Iconio, cuyo sentimiento de poseer un largo e ilustre pasado la presentaba como la sede de unos reyes antediluvianos, constituía una avanzadilla de influencia persa en el agitado territorio de los licaonios —lo cual hizo de ella el lugar perfecto para que Ciro permitiera por primera vez al ejército saquear el territorio, en vez de comprar sus provisiones—. Los soldados necesitaban reponer víveres, dar salida a sus frustraciones y conseguir su primer

botín. Las violaciones y el pillaje eran y siguen siendo características reconocidas de la guerra, y su naturaleza es tan horrenda que los autores antiguos no se molestan en describirnos sus detalles. Shakespeare, en cambio, era más franco:

Y si no, bien: dentro de un momento, esperad veral soldado ensangrentado y cegado, con turbia mano,deshacer los rizos de vuestras hijas entre agudos chillidos;a vuestros padres, agarrados por sus barbas de plata,para estrellar sus venerables cabezas contra las paredes;a vuestros niñitos desnudos ensartados en picas,mientras sus madres enloquecidas rompen las nubescon sus aullidos confusos, como las mujeres de Judeaante los asesinos de Herodes, en busca de sangre.[61]

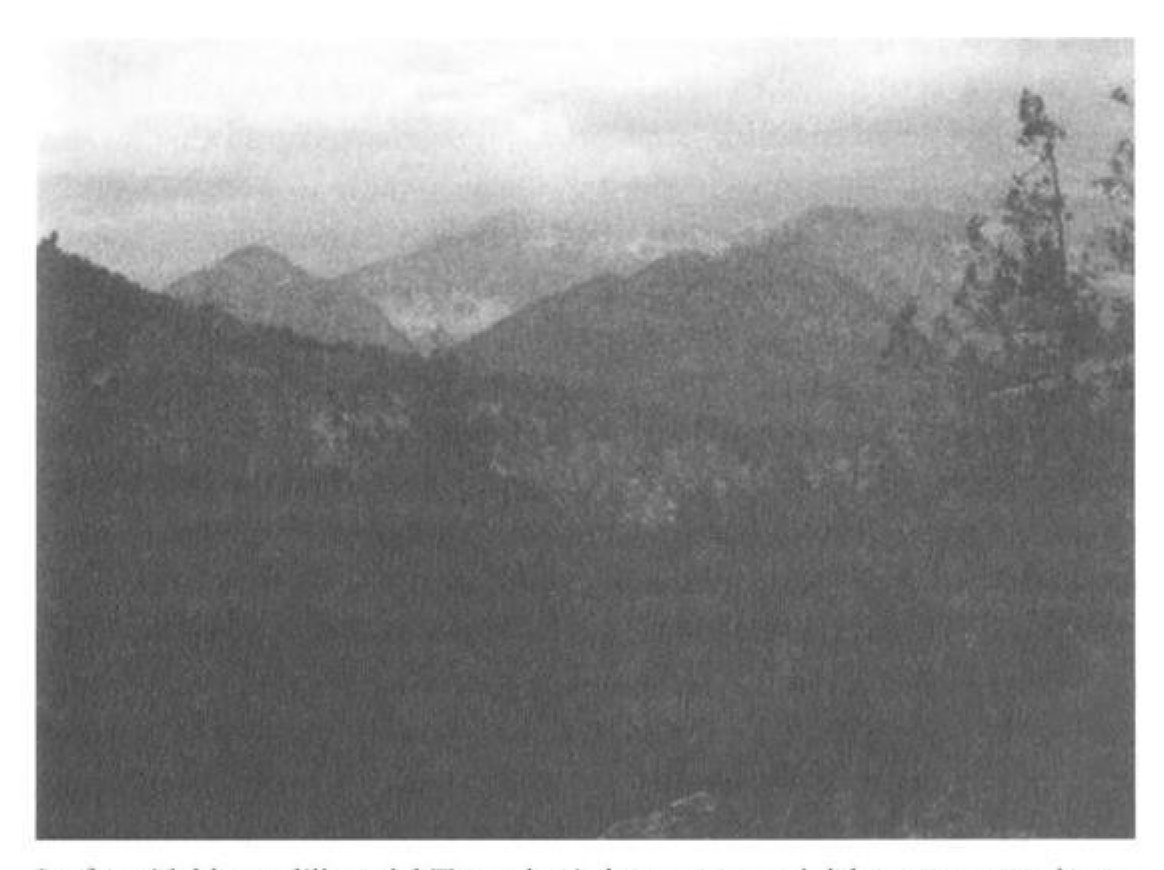
Hasta entonces, la versión oficial de la misión del ejército seguía siendo que Ciro pretendía someter las rebeldes tribus montañesas de los pisidios. Pero, en Iconio, Ciro dio orden de continuar en dirección sudeste, aunque Pisidia se hallaba en ese momento al sudoeste. Como respuesta ante el desconcierto de los griegos, les dijo que planeaba atacar a Abrócomas, gobernador militar de Siria y Fenicia. La misión parecía verosímil, dada la larga historia de intensa y cruenta rivalidad entre los sátrapas del Imperio persa, pero no todos los griegos se dejaron convencer, y comenzaron a circular más abiertamente rumores sobre el odio de Ciro hacia su hermano.

A pesar de que las intenciones de Ciro eran un secreto a voces, actuaba correctamente al recurrir a la desinformación en la medida de lo posible. La deserción era endémica en los ejércitos de la Antigüedad, y los desertores constituían una de las mejores fuentes de información sobre el estado del bando contrario (de ahí que los comandantes griegos recurrieran con regularidad a la táctica de proporcionar al enemigo falsos desertores provistos de información engañosa), por lo que Ciro restringió el número de personas que conocían sus planes. Por regla general, «cuando los cómplices de una conspiración pasan de tres o cuatro, es casi imposible que no se descubra por traición, imprudencia o descuido».[62]En el caso de Ciro, sólo estaban al tanto de sus verdaderas intenciones los poquísimos comandantes de sus tropas griegas y no griegas a quienes consideraba totalmente de fiar. Pero ¿por qué quería seguir ocultándolas? Al fin y al cabo, debería saber que ya no engañaba a su hermano, si es que lo había hecho en algún momento. Quizá se sentía todavía inseguro respecto a la reacción de un número significativo de sus soldados, en especial de aquellos que llevaban mucho tiempo siendo súbditos del rey de Persia. Quienes conocían la situación

sabían también que el soberano respondería con energía; al fin y al cabo, la rebelión de Egipto había hecho perder a Artajerjes el control de una parte importante de su imperio occidental.

La información recibida de Epiaxa sobre su marido inquietó a Ciro: aunque Siénesis le había proporcionado una generosa cantidad de dinero, parecía estar cubriendo su apuesta. Para entrar en Cilicia, Ciro no tenía más remedio que cruzar las formidables montañas del Tauro, pero a Siénesis le resultaría fácil defender las famosas Puertas de Cilicia, cerca de la moderna Gülek. Muchos ejércitos han descubierto a lo largo de los siglos a sus propias expensas lo fácil que resulta bloquear ese paso, y todavía son visibles las ruinas de las fortalezas con que los genoveses intentaron controlar las Puertas. En tiempos de Ciro, la vía que atravesaba la quebrada era poco más que una pista de carros a lo largo de pendientes abruptas cubiertas de pinos y de picachos recortados, aunque hoy día el viajero se enfrenta a la cómoda elección entre una carretera con vistas panorámicas y una autopista abarrotada de lentos camiones que apestan a humo de gasóleo.

Ciro decidió ayudar a Siénesis a tomar una decisión. En primer lugar encontró la manera de introducir un contingente hasta su retaguardia, por lo que, si Siénesis decidía bloquear las Puertas, se encontraría atrapado entre dos ejércitos. Así pues, mientras el ejército principal continuaba hacia el este y el nordeste bordeando las estribaciones de las montañas, Ciro envió el contingente de Menón a través de un paso poco conocido y desprotegido hasta el sur de la moderna Ayranci. El ejército principal, con todos sus carromatos y pertrechos, no estaba en condiciones de atravesar aquel paso inexplorado, pero una fuerza ligera podía hacerlo. La segunda parte del plan de Ciro para entrar a salvo en Cilicia afectaba a Epiaxa. Menón debía escoltar también a la reina de vuelta a la capital de Cilicia, la gran ciudad de Tarso. Ahora bien, es indudable que Ciro deseaba que Epiaxa regresase a su patria a toda prisa a fin de conseguir la lealtad de su marido; la reina, por tanto, marchó probablemente por voluntad propia, a pesar de los riesgos que implicaba seguir una ruta más peligrosa —sin embargo, aunque creyese que participaba voluntariamente en una conjura contra su marido, era en realidad un rehén, una palanca más para mover la lealtad de Siénesis si fracasaba la diplomacia —. Ciro estaba dispuesto a sacrificar los brazos abiertos de Epiaxa a cambio de los de su esposo.



La formidable cordillera del Tauro hacia la parte central del paso atravesado por el grueso del ejército de Ciro.

Mientras el destacamento de Menón cruzaba las montañas hacia el oeste, el ejército principal tomó la ruta fácil a través de las llanuras hasta Dana (posiblemente Ereğli), en el ángulo sudoccidental de Capadocia. Allí se dirigió hacia el sudeste. Aunque se hallaban ya a 1.000 metros sobre el nivel del mar, el imponente macizo de la cordillera del Tauro, cuyos picos más altos superan los 3.500 metros de altitud, aparecía poco a poco entre el polvo y la neblina de la planicie. El viaje fue bastante fácil, al menos hasta que alcanzaron los resaltes de las estribaciones de la cordillera principal, pero, según se acercaban a las montañas, la llanura se volvía cada vez más estéril. Fue una etapa desalentadora, pues aquellas lejanas montañas no parecían apenas acercarse y los soldados no tenían ni idea de si el paso había sido tomado o no para atacarlos.

Al llegar a la quebrada vieron con claridad que Siénesis había planeado, ciertamente, cerrarles el camino —pero también que la aparición de los hombres de Menón en Cilicia había producido el efecto deseado—. Siénesis se había retirado, decisión a la que habían contribuido las noticias sobre la fortuita aproximación de un convoy de barcos de guerra, algunos de los cuales habían sido retirados temporalmente del servicio en Asia Menor contra Tisafernes, mientras que otros pertenecían a Esparta. Ciro sabía, por supuesto, que se hallaban de camino, pero los peligros del mar en la Antigüedad hacían que no pudiera predecir el momento de su llegada.

La combinación de amenazas que suponía la presencia de Ciro frente a él y la de Menón y la flota a sus espaldas fue suficiente para que Siénesis retirase sus tropas del paso, pero aún estaba asustado —cosa muy natural, pues había intentado oponerse al pretendiente al trono—, e incluso después de la llegada de Ciro a Tarso fueron necesarios unos días de negociaciones y generosas muestras de amistad para que Siénesis accediera a descender de su fuerte en las montañas y negociar cara a cara con el príncipe. No obstante, la neutralidad o la amistad de Siénesis eran importantes para Ciro, quien no podía permitirse dividir su ejército para hacer frente a una amenaza en la retaguardia. Siénesis siguió practicando, sin embargo, un doble juego: mientras parecía ser amigo de Ciro y aceptaba sus regalos, envió un informe a Artajerjes sobre las fuerzas del ejército del pretendiente. Fuera cual fuese la cara sobre la que los dados cayeran finalmente, él podría afirmar con verosimilitud que siempre había favorecido el interés del vencedor. Pero la jugada no le salió bien: una vez superada la amenaza de Ciro, Artajerjes sustituyó al rey de Cilicia por otro Siénesis.

Ciro y el ejército principal llegaron a Tarso para encontrar la ciudad en condiciones bastante malas. Los hombres de Menón no habían cruzado las montañas ilesos: los griegos habían sufrido sus primeras bajas.

En el paso de las montañas hasta la llanura, dos compañías del ejército de Menón perecieron. Unos decían que, mientras efectuaban un saqueo, fueron machacados por los cilicios; otros, que habían quedado rezagados y no conseguían encontrar ni al resto del ejército ni los caminos y, en consecuencia, perecieron después de andar errantes; eran en total cien hoplitas. Los demás, cuando llegaron, saquearon la ciudad de Tarso indignados por la pérdida de sus compañeros, incluso el palacio.[63]

En el momento de la llegada de Ciro sólo quedaban en la ciudad los civiles que tenían comida o sexo que vender.

Tarso, rodeada por un territorio exuberante y casi subtropical, ofrecía un fuerte contraste con la otra vertiente de las montañas. Por aquel entonces era ya una ciudad próspera (aunque no tan grandiosa como en el momento del nacimiento de san Pablo, cuando rivalizaba con Atenas, Alejandría y Antioquía como centro cultural), y los soldados de Ciro se quedaron allí veinte días. Sin embargo, no se limitaron a descansar y reponer sus suministros: el ruidoso descontento de los griegos estalló en un motín. Sus órdenes eran marchar hacia el este, adentrándose en el calor del desierto de Siria, pero consideraron que no se les pagaba —o no se les ofrecía— lo suficiente para compensar una expedición tan extenuante. En cualquier caso, ése fue el pretexto para amotinarse, aunque en realidad les impulsaba la codicia; cuanto más seguros estaban de que el objetivo de Ciro era el trono, mayor era su insistencia en que podía permitirse pagarles bien. Todos los oficiales griegos de alto rango instaron a sus soldados a continuar, pero éstos, sencillamente, se negaron. Los hombres de Clearco lo apedrearon cuando repitió la orden. Al día siguiente, Clearco convocó a su contingente a otra asamblea. Con lágrimas en los ojos y presentándose como un soldado corriente igual a sus hombres, les dijo que, en última instancia, si tenía que elegir entre ellos y Ciro, elegiría siempre a los griegos; si lo que querían era regresar a casa, así sería.

Mientras los demás oficiales griegos seguían insistiendo en que sus hombres continuaran adelante, la aparente marcha atrás de Clearco hizo que su contingente creciera con la afluencia de numerosos griegos de otras unidades, especialmente de las de Jenias y Pasión. Ciro, comprensiblemente inquieto ante la perspectiva de perder a miles de sus mejores soldados, envió un mensaje airado por el que exigía la presencia de Clearco en una reunión urgente, pero éste se negó en público, cosa que encantó a sus hombres. El juego continuó durante casi toda la jornada —pues se trataba de un juego—. Clearco había dicho a Ciro en secreto que tuviera paciencia y siguiese enviándole mensajeros para que él los rechazara públicamente, y le había asegurado que conseguiría imponerse a los griegos. La situación era totalmente crítica —y, sin embargo, fue el momento en que, a instancias de Clearco, los dos comandantes practicaron fríamente un extraño y audaz juego de manipulación—. Clearco había infiltrado ya a varios cómplices en la asamblea de los hombres que se hallaban a su mando; su misión era inculcar en los soldados reunidos la idea de que provocar la hostilidad de Ciro en semejante coyuntura constituía una insensatez. Aquella cínica manipulación de una institución democrática representaba un aspecto del mismo carácter tiránico que había llevado

a Clearco a intentar apoderarse de Bizancio para sí. Al final, Ciro prometió aumentar la paga (aunque siguió aparentando que su único objetivo era Abrócomas), y los griegos se unieron tras Clearco y accedieron a seguir marchando hacia el este. La rivalidad entre algunos generales griegos para ocupar el puesto de favorito de Ciro se había desarrollado según lo previsto por Clearco.

APROXIMACIÓN A CUNAXA

A

los cinco días de recorrer sin dificultades un territorio ondulado y fértil mientras la cordillera del Tauro retrocedía a sus espaldas, cruzaron el río Píramo (Ceyhan) en Mopsuestia (Misis), antes de girar en dirección este-sudeste a través del paso de Kara Kapu, entre la llanura de Adana y la Plana de Isos. Luego, llegaron al río Isos (en la moderna Dörtyol o en sus cercanías), una de las grandes encrucijadas del mundo antiguo y lugar, posteriormente, de una de las batallas más decisivas de la campaña de Alejandro Magno para conquistar el Imperio persa. Allí se encontraron con el convoy de barcos que transportaba los oportunos suministros y a setecientos nuevos hoplitas al mando del espartano Quirísofo.

El hecho de que el convoy se hallara a las órdenes del almirante espartano de la flota durante aquel año —Pitágoras, apodado «el Samio»— demuestra que se trataba de una respuesta oficial a las demandas de ayuda de Ciro; era evidente que a los espartanos no les interesaba ya ofender a su aliado oriental. Los cuerpos del ejército griego de Ciro se engrosaron también en Isos con cuatrocientos mercenarios desertores del ejército de Abrócomas. En ese momento habían alcanzado su fuerza total: 10.400 hoplitas (descontando los perdidos en la montañas del Tauro) y 2.300 peltastas. Además de llevar provisiones a las tropas, la flota tuvo que realizar otra tarea antes de partir. No lejos de Isos, en dirección sur, se encontraban las Puertas de Cilicia y Siria, el único camino transitable hacia el interior del territorio sirio. Sin embargo, en aquella parte del mundo, algunos ramales de las montañas de Nur Dağlari, cubiertas de espesos bosques, llegaban a menudo hasta las proximidades de la costa, y la combinación de defensas naturales y humanas en las Puertas constituía un obstáculo grave y amenazador:

Eran éstas dos murallas: la de la parte interior, delante de Cilicia, la ocupaban Siénesis y una guarnición de cilicios; la exterior, la que se hallaba delante de Siria, se decía que la guardaba una guarnición del Rey. Entre una y

otra fluye el río denominado Carso, de un pletro de ancho [unos 30 metros]. Todo el espacio intermedio entre las murallas abarcaba tres estadios [unos 540 metros|. No era posible forzar el paso, pues la entrada era estrecha, las murallas llegaban hasta el mar y había encima rocas inaccesibles. A causa de este acceso, Ciro había mandado venir a las naves, para que los hoplitas desembarcasen dentro y fuera de las puertas y se abrieran camino por la fuerza, si los enemigos vigilaban en las puertas sirias.[64]

A pesar de esta precisa descripción, la costa ha sufrido tales estragos con el paso del tiempo y por la construcción de carreteras en aquel lugar (en la actualidad hay una llanura litoral donde en tiempos de Jenofonte no existía), que no es posible decir con precisión dónde se hallaban las Puertas.

Abrócomas, leal al rey, había reclutado un ejército en Fenicia para atacar a los egipcios sublevados. Pero en aquel momento fue enviado al norte para defender las Puertas de Cilicia y Siria, según había temido Ciro; sin embargo, aquellas fuerzas se habían retirado, y Ciro encontró el paso desprotegido. Artajerjes había ordenado a Abrócomas regresar a Babilonia y unirse al resto de su ejército como preparación para la batalla decisiva. Cruzadas las Puertas, Ciro despachó los barcos y marchó al sur siguiendo la costa en dirección a Miriando (la actual Iskenderun, una ciudad fea y contaminada donde resulta difícil discernir los encantos de su antigua encarnación como Alejandreta, la ciudad colonial francesa). La canícula había llegado ya para entonces; los cirianos debían de estar deseando esconderse del sol y sepultarse en las entrañas de la tierra, como hacen los cangrejos en las playas arenosas de la región, que salen luego a centenares con el frescor de la noche. Después de Miriando enfilarían hacia el interior. Ese fue, por tanto, el lugar donde, tras haber perdido la mayor parte de sus soldados, que se habían pasado a Clearco, Jenias y Pasión decidieron desertar: contrataron un barco y pusieron rumbo a Grecia. A pesar de los rumores que sostenían lo contrario, Ciro no se molestó en perseguirlos.

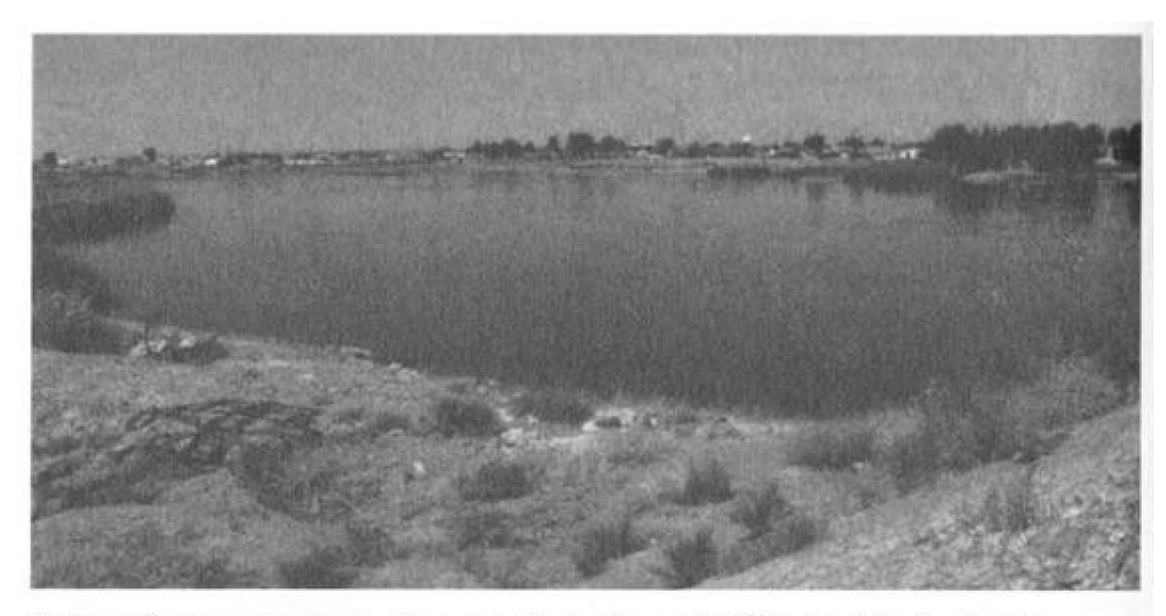


El semidesierto de Siria, un terreno inhóspito y apenas ondulado, aparece cortado de vez en cuando por *uadis* como el de la fotografía. Para facilitar el paso y evitar las crecidas repentinas, los *uadis* estaban atravesados por puentes a lo largo de la Vía Real, seguida por los soldados de Ciro.

Desde Miriando, el ejército giró al este, siguiendo la ruta de Abrócomas, atravesó al paso de montaña de Belen, a 750 metros sobre el nivel del mar, cruzando la cordillera de Nur Dağlari, y entró en la actual Siria. Según atestigua el numeroso tráfico pesado de su carretera, este paso sigue siendo, a pesar de su altitud, la mejor ruta a través de la montaña, pues ahorra un largo trayecto por el sur siguiendo la costa hasta donde los montes se desvanecen junto con sus infranqueables barrancos. Al otro lado, las montañas descienden hasta una llanura ondulante y fértil con colinas bajas y yermas que dan paso gradualmente a un desierto pedregoso más o menos monótono y plano —o, más bien, no tanto un desierto cuanto lo que en árabe se denomina baddiya, un semidesierto donde las crestas de roca caliza son áridas a pesar de hallarse a sólo unos pocos metros por

encima de la tierra arable de las cotas más bajas, con sus cursos de agua y sistemas de riego—. En medio de un calor abrasador, los soldados cruzaron varios ríos, o uadis, ninguno de los cuales constituyó un gran impedimento. La fauna silvestre abundaba en tiempos de Jenofonte —y también en fechas recientes, a pesar de que las anécdotas que hablan de cómo los clientes del famoso Barón Hotel de Alepo solían matar animales de caza desde el porche se remontan a un siglo atrás y el hotel, con su gloria marchita, se encuentra ahora cerca del centro de la ajetreada ciudad.

La marcha era en esos momentos más penosa, y el calor intenso; el ejército tardó casi dos semanas en recorrer los 350 kilómetros, aproximadamente, hasta Tápsaco, una próspera ciudad comercial a orillas del Éufrates. La localidad, conocida también en tiempos antiguos con el nombre de Zeugma («Pontón»), era uno de los lugares de cruce de mayor importancia y más utilizado del Éufrates, pero su ubicación exacta nos es desconocida. Podía hallarse al norte, en un punto tan alejado como Balkis, 12 kilómetros aguas arriba de la moderna Birecik, en el sur de Turquía; o, probablemente, en un lugar tan meridional como Ar Raqqah, ciudad siria que ha quedado en la memoria histórica como un baldón por haber sido el punto final donde se concentraron miles de armenios, expulsados por los turcos de su patria en 1915 y masacrados a continuación. El primer atisbo que tuvieron los cirianos del gran río a medida que se acercaban a Tápsaco les llenó de pasmo. Aquella extensión de agua, que en sus trechos menos profundos parece tan amplia como un lago, refleja a la perfección el azul del cielo y ofrece uno de los contrastes geográficos más intensos que uno pueda imaginar con su entorno de desierto marrón infinito e implacable. No es difícil entender el carácter sagrado del agua entre los pueblos antiguos del Creciente Fértil y Egipto.



Fotografía tomada desde el puente de Ar Raqqah. Si la localidad coincide con el emplazamiento de la antigua Tápsaco, éste es el lugar donde los soldados de Ciro atravesaron el río para su aciaga incursión en el corazón del territorio persa. Ciro se vio obligado a sobornarlos para que lo cruzaran y siguieran marchando desde este punto contra su hermano.

En Tápsaco, Ciro reveló por fin íntegramente sus planes a los comandantes griegos. En realidad no le quedaba más remedio, pues cualquier paso ulterior demostraría su intención de enfrentarse a su hermano. El cruce del río sería una medida significativa, pues a partir de entonces se dirigirían claramente hacia el corazón de Persia. Menón aprovechó la oportunidad para congraciarse con Ciro cruzando el Éufrates antes de que los demás generales se hubieran hecho a la idea. Ciro tenía que ganarse también el respaldo de los griegos para una arriesgada decisión. La ruta habitual a Babilonia desde Tápsaco suponía viajar hacia el este siguiendo una de las Vías Reales y, luego, enfilar hacia el sur a lo largo del curso del Tigris. Pero ésa era la ruta que habían tomado Abrócomas y su ejército sólo unos días antes. Era fundamental que Ciro impidiera a los dos ejércitos, el de Abrócomas y el de Artajerjes, unir sus fuerzas. También es posible que hubiese recibido información de que otro ejército se hallaba de camino procedente de Susa y Ecbatana, pero la amenaza del de Abrócomas, suficientemente numeroso como para haber encabezado una invasión del rebelde Egipto, bastaba por sí sola para

justificar la decisión de Ciro de viajar hacia el sur siguiendo la orilla oriental del Éufrates, a pesar de que esta ruta más directa hacia Babilonia llevaría al ejército a través de un duro desierto —y de que tendría que marchar a un ritmo más rápido.

Las protestas fueron aplacadas rápidamente con la promesa de un aumento en la paga diaria y de inmensas recompensas una vez obtenida la victoria. Abrócomas había destruido los puentes durante su marcha, pero Ciro y sus tropas hallaron el río vadeable. Para halagar a Ciro, los habitantes locales afirmaron que se había tratado de un milagro, aunque en la actualidad la corriente se puede vadear a menudo en esa época del año. De ese modo comenzaron la última y larga fase de su viaje bajando a lo largo del Éufrates hacia su destino en Babilonia.

Al principio, marcharon con facilidad siguiendo el lecho del valle fluvial. Al cabo de unos días, aquel terreno dio paso a una comarca totalmente llana —tan plana como el mar, dice Jenofonte[65]en un intento de que su público griego lo entienda—, donde había poca vegetación pero mucha caza, y donde unos pocos griegos afortunados, principalmente quienes disponían de caballos para cazar, complementaban su escasa dieta habitual con animales exóticos, como avestruces y avutardas, gacelas y onagros. También se detuvieron en Corsote, ciudad situada en la confluencia del Éufrates y el Mascas (el moderno Jabur). Pero las dificultades comenzaron al sur de Corsote, a medida que el tortuoso curso del Éufrates los llevó a través de un auténtico desierto hacia la moderna frontera entre Siria y el Irak noroccidental, donde pastores beduinos siguen conduciendo sus rebaños en largos recorridos en busca de matojos. El río les proporcionaba agua en abundancia, pero aquella llanura de color marrón amarillento, polvorienta y tachonada de rocas de piedra caliza y cuarzo y crestas distantes de colinas bajas, no ofrecía pasto a los animales, muchos de los cuales murieron. Como contrapartida, eso significaba que, aunque las reservas de grano fueran escasas, los hombres disponían de comida abundante. Les costó dos semanas cruzar el desierto y llegar a una tierra donde los sedimentos aluviales del Éufrates garantizaban fertilidad y prosperidad y donde podían saquear el grano almacenado de la cosecha de junio.

Los ánimos se iban caldeando a consecuencia del calor y el esfuerzo. No era raro que los generales griegos de la Antigüedad intentaran superarse unos a otros buscando la gloria personal, y la rivalidad ente Clearco y Menón, que deseaba recuperar su puesto como favorito de Ciro, era una realidad presente constante y perturbadora. Finalmente, en Carmande (la moderna Hit), la situación se volvió explosiva. Un soldado de Clearco y otro de Menón se pelearon, y Clearco, rebasando los límites de su jurisdicción, consideró que el hombre de Menón había

actuado mal y lo castigó. Al día siguiente, mientras atravesaba, ingenuo o provocador, el campamento de Menón, un hacha pasó silbando junto a su oreja, seguida por una lluvia de piedras. Clearco se puso a salvo en su campamento, dio a sus hoplitas la orden de prepararse y, mientras tomaban las armas, condujo a sus peltastas tracios y sus jinetes contra el campamento de Menón. Próxeno intentó calmar a los dos generales pero fue apartado de un empujón. Fue necesario un llamamiento personal de Ciro para detener la desintegración del ejército. Y así, en medio de un calor casi insoportable y en una atmósfera en la que se unían la decisión de triunfar y unas tensiones no resueltas, se acercaron al pueblo de Cunaxa.

LOGÍSTICA

En su relato del viaje al este desde Sardes, Jenofonte detalla 178 jornadas: 90 de descanso y 88 de marcha. Si tomamos Celenas como el auténtico punto de partida de la expedición, el balance se modifica con el resultado de 58 días de reposo y 81 de movimiento. Pero las jornadas de marcha suponen siempre un desplazamiento sin interrupciones; Jenofonte no nos dice cuán to tardaba el ejército en cruzar ríos y cordilleras: el relato suele concluir en un punto y comenzar en otro, sin más detalles. Sin embargo, vadear ríos difíciles o cruzarlos sobre pontones desvencijados son actividades que pueden ocupar durante varios días a un ejército y su comitiva. Esto significa que no nos es posible delimitar la duración del viaje con total precisión. Suponiendo que Ciro partió de Sardes en primavera (pongamos que a primeros de marzo), llegó a Cunaxa al comenzar el otoño (quizá a mediados de septiembre). Él y el ejército habían recorrido unos 2.750 kilómetros. Aunque su paso era cómodo si se compara con un avance a marchas forzadas, el ritmo medio de unos 30 kilómetros diarios a pie se consideraba más rápido que el alcanzado por los ejércitos de ciudadanos en el abrupto terreno de Grecia. Fue, con ventaja, la marcha más impresionante hasta la época de Alejandro Magno y sus Sucesores.

Algunos de los periodos de descanso de los cirianos se prolongaron debido al descontento de las tropas griegas, por las actividades diplomáticas de Ciro con los gobernantes locales o por las revistas del ejército, práctica que encantaba a los soberanos persas, pues el tamaño y diversidad de sus fuerzas armadas servía como exhibición concreta de su poder e intimidaba a los posibles aliados; pero las causas de muchas jornadas de descanso fueron, simplemente, la logística requerida por un enorme ejército en movimiento en el mundo antiguo y, sobre todo, la constante y

urgente necesidad de provisiones. En las páginas siguientes daré por supuesto, con el fin de simplificar y por falta de pruebas firmes (es muy raro que los autores de la Antigüedad traten temas de logística), que lo que regía para las tropas griegas era también válido para los soldados no griegos de Ciro.

El ejército estaba formado, según mis moderados cálculos, por 30.000 hombres, de los que casi 13.000 eran hoplitas griegos (y peltastas, además de unos pocos jinetes de los márgenes del mundo helénico). Los no combatientes duplicaban estas cifras ya considerables; en un momento crítico, durante la retirada que siguió a la batalla de Cunaxa, los generales decidieron deshacerse del mayor número posible de personas no combatientes y animales, debido, entre otras razones, a que «había que suministrar doble cantidad de víveres y transportarlos, al ser muchos los hombres».[66] Los hoplitas más adinerados tenían a su servicio, como Jenofonte, uno o más esclavos personales que cuidaban de su impedimenta, se ocupaban de ellos y los retiraban del campo de batalla si eran heridos —o recuperaban sus cadáveres—. El convoy estaba integrado además por mujeres destinadas a satisfacer las necesidades sexuales de manera personal o compartida. Muchos de esos compañeros sexuales eran prisioneros capturados a lo largo del viaje, entre ellos algunos adolescentes, que, además de constituir un valioso botín, satisfacían necesidades más inmediatas. El propio Ciro llevaba consigo dos concubinas, ambas griegas de la costa de Asia Menor. En un aparte muy elocuente, Jenofonte se defiende en cierto momento de la acusación de haber agredido a un soldado descartando diversos motivos verosímiles para una agresión semejante: «¿Te pedía yo algo y, como no me lo dabas, te golpeaba? ¿Te reclamaba algo? ¿Competía por un joven? ¿Borracho, me comporté mal en tal estado?».[67]Los compañeros sexuales escaseaban, y las disputas para decidir a quién le tocaba la vez eran una característica conocida de la vida del ejército.



Estatuilla de terracota de un esclavo porteador de bagajes, fechada a finales del siglo IV. El físico y los rasgos toscos han sido exagerados para producir un efecto cómico, de manera muy similar a como los dueños de esclavos de otras épocas caricaturizaban a los suyos.

En la caravana había también numerosos comerciantes y mercachifles: su principal labor consistía en proporcionar a los soldados un mercado donde comprar objetos y vituallas. Como el componente más valioso del botín eran siempre los cautivos civiles y militares, cuyo destino más probable era ser vendidos como esclavos, los ejércitos de la Antigüedad iban acompañados siempre por personas dedicadas a la trata, como los chacales siguen a los rebaños de animales vulnerables. Un ejército en marcha requería la presencia de artesanos, como, por ejemplo, carpinteros, panaderos y demás personal de cocina, costureras, herreros, armeros y guarnicioneros; la mayoría tenían la condición de esclavos, aunque algunos eran hombres libres pobres. El esclavo personal desempeñaba para su dueño algunas de esas funciones y es indudable que los soldados cuidaban a menudo de sí mismos lo mejor que podían, pero también había otros cientos de personas que servían a unidades mayores del ejército. Ese mismo principio de hombre orquesta significaba que los médicos (si éste es el término correcto) se

reclutaban, sencillamente, entre los esclavos existentes cuando surgía la necesidad, pero otros trabajos especializados incrementaban la cifra del personal no combatiente: había adivinos (para consultas tanto privadas como públicas), banqueros, escribas, músicos y demás gente dedicada al entretenimiento, a labores de ingeniería y a la construcción de pontones. Finalmente, cientos de esclavos conducían los carros y los animales y cuidaban de ellos; y a medida que progresaba el viaje, centenares de prisioneros de guerra se iban uniendo a aquella chusma.

El ejército de Ciro llevaba tras de sí un séquito de miles de carros de entre dos y seis ruedas. Los ricos tenían sus propios vehículos, en los que se apilaban todos o la mayoría de los artículos siguientes: cereal sin moler (pues no se estropeaba con tanta facilidad), vino, aceite de oliva, otros productos alimenticios, utensilios de cocina, un molino manual para el grano, dinero, ropa de cama, vestido y calzado, un botiquín de primeros auxilios, la panoplia del hoplita y armas de repuesto, una hoz para segar los sembrados del enemigo, un azadón para dañar sus árboles y realizar trabajos de ingeniería de menor importancia y una hacha para cortar leña, una pala, una escofina y una lima para reparar las armas, piedras de amolar y afilar para el armamento y las herramientas, un cúmulo de valiosas bandas de cuero, madera de reserva y útiles de carpintería para reparar el carro, piezas de repuesto, leña para el fuego, pieles de animales utilizables como tienda o hamaca en caso de necesidad, el botín y otras pertenencias personales. Un aspecto notablemente tedioso de la campaña para quienes no tenían esclavos que realizaran la tarea era el trabajo de empacar y desempacar el carro cada día, y uno de los soldados de tropa[68]que tiene voz en la *Anábasis* la sitúa en primer lugar en la lista de sus quejas.

Tener carro propio era menos habitual que compartirlo. El tamaño del escudo del hoplita y el peso de la armadura significaban que, excepto en casos de peligro inmediato, todos aquellos miles de panoplias se almacenaban en carros especiales a los que se ordenaba colocarse en primera línea sólo en situaciones de emergencia. Los escudos se envolvían durante el transporte en fundas protectoras para evitar que perdieran brillo, pues se suponía que un despliegue de escudos refulgentes atemorizaría con mayor probabilidad al enemigo. Otros cientos de carros transportaban las provisiones, a los enfermos y heridos y el resto de los pertrechos. Las tiendas (confeccionadas con pieles de animales) eran especialmente engorrosas: diseñadas para dar cobijo durante el sueño hasta a una docena de soldados, cada una de ellas pesaba unos veinte kilos, e, incluso plegadas, eran voluminosas y difíciles de transportar.

Si un carro bien cargado podía transportar, según un cálculo aproximativo, las armas, armadura, pertrechos y tiendas de veinte hombres, el ejército de Ciro requería 1.500 carros. Pero, en realidad, además de las carretas tiradas por bueyes, se utilizaban para el transporte animales de carga y esclavos, y muchos soldados se amarraban una mochila a la espalda. Dada la cantidad de grano que consumen los animales y la necesidad de encontrar lugares de acampada con forraje suficiente, los porteadores humanos individuales eran de hecho un método sumamente eficiente que permitía a los ejércitos antiguos transportar al menos una parte de los pertrechos.

Aparte de la necesidad de alimentar a los animales de la reata, las principales desventajas de los carros eran que se desplazaban pesadamente a un paso muy lento (menos de tres kilómetros por hora, frente a un ritmo medio de cuatro kilómetros en el caso de la infantería), que las pezuñas de los bueyes se adaptan mal a viajes largos (por lo cual, habría en todo momento un gran número de bueyes cojos), que los arreos utilizados en tiempos de Jenofonte eran ineficientes (cuanto mayor fuese la fuerza con que tiraba un animal, más lo ahogaba el arnés), y que los grandes carros requerían rutas bien apisonadas. Su principal ventaja consistía, sencillamente, en que podían llevar mucho mas peso que los animales de carga o los porteadores. Una de las principales innovaciones introducidas por Filipo II de Macedonia y su hijo Alejandro Magno fue el abandono casi total de los carros a fin de aumentar la movilidad. Sin embargo, el ejército de Ciro combinaba los carros para los pertrechos pesados con animales de carga y porteadores humanos.

El ejército partió con unos tres mil caballos, la mayoría de ellos monturas de guerra, y miles de animales de carga (sobre todo muías y burros) y de reata (principalmente bueyes). Como los sacrificios cruentos eran un componente habitual no sólo de la vida del ejército sino también del culto privado de las personas individuales, los soldados llevaban además consigo cientos de animales, pequeños y grandes, como futuras víctimas. A lo largo del recorrido robaban rebaños cuantiosos de ovejas y cabras que en ocasiones sumaban varios miles de cabezas. En aquel viaje tuvieron que alimentarse a menudo de carne, un plato raro para los griegos, pues en su patria sólo se consumía después de un sacrificio, pero en las demás ocasiones aquellos animales capturados se destinaron a la venta como botín.

Un varón que desarrolle una actividad extrema necesita alrededor de 3.800 calorías diarias; si esa actividad es muy considerable, las calorías serán 3.300; y si es

moderada, 2.800. En el viaje a Babilonia no oímos nunca que los hombres de Ciro sufrieran problemas graves de escasez de provisiones; debemos suponer, por tanto, que cada hombre obtenía en torno a 3.500 calorías diarias (frente a las 6.000 o 7.000 consumidas actualmente cada día con regularidad por los varones del próspero hemisferio septentrional, incluidos los inactivos). Las raciones normales para los militares eran de 1 kilo de trigo diario por persona o 2 de cebada (que aporta un número de calorías notablemente menor, sobre todo si se muele para producir harina basta con cascarilla). Un kilo de trigo proporcionaba 2.800 calorías si se consumía como pan y no en forma de gachas o puré. La dieta griega era sencilla, pero no tan aburrida como lo sería si sólo constase de cereales; las demás necesidades calóricas se cubrían con otros alimentos disponibles: aceite, vino, queso, pescado fresco o desecado, frutas, legumbres, verduras y hortalizas —y, en las excepcionales circunstancias de aquella marcha, carne o, incluso, algún producto más exótico, como las «calabazas» de palmera—. Esta dieta proporcionaba también suficientes proteínas. Digamos que, para mantenerse sano, un hombre necesitaba en torno a 1,25 kilos diarios de alimento.

En cuanto al agua, un varón activo adulto requiere un mínimo de 2 litros diarios, cantidad que en condiciones extremas puede ascender a 9 litros. Los griegos solían tomarla muy a menudo diluyendo vino en ella: el vino era otro producto del que se proporcionaba a cada soldado una ración mensual de unos 40 litros en una campaña normal financiada por el Estado. En cuanto a los animales, muías, caballos y bueyes requieren un mínimo de 4,5 kilos de paja o forraje diarios, además de la misma cantidad de grano y más de 20 litros de agua; los burros necesitan algo menos. Estas cantidades aumentan si se les exige realizar trabajos especialmente duros. Pero, en general, se esperaba que los animales vivieran del campo: el forraje no se transportaba, y su disponibilidad era uno de los principales factores que definían un buen lugar de acampada.

La mayor parte de las tierras atravesadas por los cirianos de camino a Babilonia eran muy fértiles y estaban recorridas por numerosos ríos. Es de suponer que nunca tuvieron que transportar más que una pequeña porción del agua que necesitaban cada día y que su atención se centró en la comida. La inmensa mayoría de las personas del campamento eran varones adultos, por lo que podemos considerar sus necesidades como una especie de promedio, redondeándolo a la baja para incluir a mujeres y muchachos. En cifras redondas y sencillas (y según un criterio moderado, por así decirlo), el número de personas en la fase de ida de la expedición fue de 50.000, entre combatientes y no combatientes. Si cada persona recibía su ración diaria de 1,25 kilos de comida, las necesidades diarias eran de

62.500 kilos (aunque la cantidad de productos no elaborados era algo mayor, pues el pan pesa un poco menos que el grano sin moler con el que se elabora). Una carreta antigua de seis ruedas podía transportar hasta 650 kilos, por lo cual, si el ejército necesitó en algún momento cargar con todas sus vituallas, le habrían hecho falta unos cien carros grandes sólo para ese fin, doscientos para transportar los comestibles de dos días, y así sucesivamente. Por comparación, un caballo puede llevar unos 150 kilos de carga, una muía unos 90, un burro alrededor de 65 y un hombre en torno a 30.

«Podemos formular un principio general —dice el historiador Donald Engels[69]tras haber realizado un estudio exhaustivo de la logística del ejército de Alejandro Magno válido por igual para expediciones grandes y pequeñas: un ejército cuyos suministros sean transportados por animales y hombres no puede avanzar durante más de cuatro días por un desierto donde no se dispone de grano, forraje o agua. Si el ejército recibe raciones completas, no podrá marchar más de dos jornadas enteras sin sufrir graves bajas». Aunque Engels estudió la logística de un tipo de ejército algo diferente, el principio es válido para los cirianos, con la única salvedad, relativamente secundaria, de que los soldados de Ciro fueron más eficientes —en cuanto a la relación entre peso transportado y alimento consumido por animales de tiro—, pues utilizaron más carros y animales de reata. El principio es también aplicable a los falsos desiertos —es decir, regiones donde la hostilidad de los habitantes impide a un ejército volver a avituallarse—. Si suponemos que los nativos no podían impedir a los cirianos aprovisionarse de agua, más fácil de obtener en ríos y lagos, podemos doblar el número de días y replantear el principio de la manera siguiente: en regiones donde el clima o la hostilidad significan que el agua es el único suministro a su alcance, el ejército podrá transportar vituallas para un periodo no superior a cuatro días. De la misma manera, un ejército no puede permitirse permanecer mucho tiempo en un mismo lugar, pues no tardará en agotar las provisiones disponibles. Es fácil imaginar el apremio que estas consideraciones imponían a los generales.

No tenemos manera de saber con más detalle cómo resolvieron los hombres de Ciro sus necesidades de transporte —cuánto se cargaba en los carros, cuánto a lomos de animales y cuánto sobre las espaldas de los soldados o sus esclavos—, pero las estadísticas mencionadas más arriba bastan para mostrar que el movimiento de un ejército tan grande constituía un enorme ejercicio de logística cuyo máximo problema era siempre el avituallamiento. Se esperaba que los mercenarios se proveyeran de comida por sí mismos; o, más bien, los mercenarios esperaban que sus comandantes les garantizaran su disponibilidad. Si los soldados

atravesaban territorio hostil, las provisiones y el forraje podían obtenerse mediante saqueo, practicado por esclavos o por soldados con armas ligeras protegidos por jinetes, lo cual permitía al ejército principal mantener la formación. Los comestibles saqueados se entregaban en vez de la soldada, se aportaban a un fondo común o se vendían en el ejército, y el dinero obtenido se reciclaba en forma de paga para los soldados.

El pillaje se consideraba aceptable en regiones hostiles, pero, en otras circunstancias, al disponer de poco tiempo para cazar, las tropas tenían que comprar comida a los comerciantes que acompañaban al ejército o en pueblos y ciudades locales amigas —en realidad, lo que definía, más o menos, el carácter amistoso de una localidad era que estuviese dispuesta a ofrecer un mercado al ejército, aunque lo hiciera por miedo más que por un sentimiento de auténtica amistad—. Los comerciantes instalaban sus tenderetes extramuros de las ciudades, como es natural, por razones de seguridad, para que las tropas no se sintieran tentadas a provocar disturbios en su interior. La compra de alimentos constituía el destino esencial de la paga, y ésa era la razón de que los mercenarios consideraran aceptable que se les abonara en especie, del todo o en parte, en vez de en efectivo; los términos «paga» y «ración» eran a menudo intercambiables. Las tropas de Ciro podían calcular que deberían destinar unos 10 dracmas —cantidad cercana a la paga de dos semanas de un soldado ordinario— a la compra de una oveja, 35 litros de vino o 100 kilos de grano.

Una fuente adicional de alimentación mientras marcharon por las principales vías militares del Imperio persa fueron los almacenes esporádicos abastecidos con provisiones de emergencia para el uso de las fuerzas persas que se hallaban de paso. Hasta llegar a Tápsaco, momento en que Ciro tomó la audaz decisión de abandonar las carreteras y continuar por pistas trazadas en el desierto, sendas naturales que seguían la disposición del terreno, podían haber saqueado aquellos depósitos, pero, en cualquier caso, las vías militares persas no constituían necesariamente líneas rectas entre un lugar y otro sino que se tendían deliberadamente a través de zonas con suficientes recursos agrícolas y de agua como para sostener grandes cantidades de hombres y animales.

DE MARCHA

A

demás de representar un enorme ejercicio de logística, el movimiento del

ejército constituía una actividad confusa. Los ejércitos antiguos no marchaban nunca al paso, práctica que hubo de esperar a la creación de carreteras con buen firme. Podemos imaginar las nubes de polvo que llenaban el aire, los orificios nasales y los ojos de los hombres a medida que marchaban, mientras que, en caso de humedad, los que caminaban delante removían el suelo para quienes iban detrás. Durante la marcha, las tropas móviles —la caballería y los peltastas griegos — precedían a los hoplitas; a continuación iban Ciro y sus tropas domésticas, el convoy de bagajes y los seguidores del campamento, la infantería asiática y, finalmente, más soldados de caballería en la retaguardia.

A los jinetes y peltastas les estaba permitido romper la formación para actuar como exploradores y rastreadores. El ejército no marchaba en filas ordenadas durante las etapas del viaje en que no estaba amenazado, sino que iba dejando rezagados por todos sus costados, en parte para buscar comida y leña, y en parte para evitar lo peor del polvo y el barro. Sólo se solía reagrupar debidamente en sus unidades al comienzo y final de cada día. El ejército en marcha ocupaba unos treinta kilómetros. Si tenía que avanzar en una sola fila, como cuando rodeó la gran trinchera excavada por Artajerjes al lado del Éufrates, la retaguardia perdía aún más el contacto con la vanguardia.

Antes de que las bajas comenzaran a cobrarse su tributo, el cuerpo del ejército griego estaba estructurado esencialmente en compañías de cien hombres. Esto significaba que, aunque marcharan por territorio amigo, no constituían una muchedumbre caótica: en territorio amigo formaban una extensa columna de compañías que avanzaban una tras otra; en territorio hostil, varias compañías marchaban en paralelo si el terreno lo permitía, mientras las demás mantenían la misma formación en retaguardia. Por la noche se alojaban también por compañías (la palabra «compañía» traduce el término griego *lóchos*, cuyo significado original es el de grupo de hombres que descansan juntos). Al ser el *lóchos* la unidad táctica básica del ejército, existía una cadena clara a través de la cual era posible transmitir órdenes. Los generales conocían por su nombre a los comandantes de las compañías, y éstos a su vez estaban familiarizados personalmente con los hombres que formaban la suya. Las órdenes del general se comunicaban en primera instancia a una asamblea de comandantes de compañía, que luego se dispersaban y las transmitían a sus unidades.

El ejército levantaba el campamento con la primera luz del día y se ponía en marcha sin que los soldados hubieran comido nada más que una corteza de pan empapada en vino aguado o en aceite de oliva. El objetivo era llegar a la siguiente

etapa al mediodía, momento en que buscaban agua, preparaban y tomaban la comida, se organizaban y se acomodaban para descansar en medio del calor de la tarde, mientras aguardaban el regreso de los forrajeadores y esperaban a que el resto de la columna los alcanzara y se instalase. Si se sentían seguros, algunos jinetes, como Jenofonte, podían cazar durante la jornada y reunirse todavía a mediodía con el cuerpo principal del ejército. Al final de la tarde se tomaba una comida y, quizá, un bocado a la noche, antes de retirarse. No había instrucción ni ejercicios, fuera de alguna que otra revista, aunque muchos griegos proseguían su entrenamiento atlético siempre que podían. Las tardes o las noches eran también momentos de reunión para la oficialidad.

Los campamentos no eran construcciones defendidas por empalizadas, a menos que los generales supieran por adelantado que iban a detenerse durante algún tiempo. Normalmente se trataba de simples puntos de etapa, donde las unidades podían protegerse, hallar agua, forraje o comida, además de leña, depositar sus armas, encender un fuego y montar una tienda o colgar una hamaca. El ejército en reposo cubría una extensión enorme. No había un centro común: griegos y no griegos ocupaban zonas distintas, y las diferentes unidades de cada cuerpo de ejército tomaban posesión de su propio territorio. No había letrinas: la gente se apartaba, sin más, un poco del campamento, práctica que, en cualquier caso, servía para dar carácter temporal a los lugares de acampada. Durante las guardias nocturnas se apostaban y reemplazaban centinelas en los márgenes a fin de proteger el campamento de enemigos externos, mientras otros guardias vigilaban las armas depositadas y almacenadas en el interior del campamento. Según opinaba razonadamente Jenofonte sin pizca de ironía, los guardias y piquetes debían elegirse entre los más inexpertos y medrosos, pues era más probable que se mantuviesen alerta.[70] El ejército de Ciro marchó así lentamente al encuentro de su destino en Cunaxa. El viaje hasta aquel punto se había emprendido con espíritu optimista y relativamente despreocupado, con tiempo para cazar y realizar revistas y una competición atlética. En algunas ocasiones, cuando daba rienda suelta a su caballo en medio de algún paisaje exótico o grandioso y volvía con algo para el puchero comunal del fuego de campamento, Jenofonte debió de considerar espléndido ese tipo de vida. Aquel estado de ánimo sólo se veía empañado por la tensión entre grupos rivales de griegos, pero ello podía atribuirse al nerviosismo ante lo que les aguardaba. Sólo una vez escasearon las provisiones, y en este caso los únicos que sufrieron penalidades fueron los animales. Más tarde, cuando sufrieron el azote de tormentas tanto físicas como metafóricas, los hombres aprendieron a contemplar retrospectivamente esta fase de su marcha como un mar en calma.

JENOFONTE TOMA EL MANDO

A

l amanecer del día siguiente del combate, los mercenarios griegos se enteraron de la noticia: Ciro había muerto, se había perdido la batalla y las tropas asiáticas del pretendiente habían huido o desertado. Los griegos estaban aislados, eran extranjeros en una tierra extraña, se encontraban a unos tres mil kilómetros de su patria rodeados por miles de aquellos mismos hombres a quienes acababan de intentar aniquilar. Como su caravana de bagajes había sido saqueada, se hallaban escasos de suministros y tendrían que competir en condiciones desfavorables con los propios persas por unos recursos exiguos; no tenían prácticamente ningún jinete para luchar contra la caballería persa; en aquellos días sin mapas ni brújulas se hacían poca idea de cómo llegar a casa o a cualquier otro lugar seguro. Eran como una gallina recién decapitada abocada a tambalearse dando traspiés durante un tiempo; antes de caer muertos, perderían a sus hombres como en una sangría.

La derrota propició un cambio en las motivaciones de los mercenarios. El único deseo de muchos de ellos había sido enriquecerse y regresar al hogar, al lado de sus familias; pero otros muchos —aquellos que ya habían sido desarraigados por su dedicación a la vida mercenaria o por un destierro voluntario o forzoso de sus ciudades natales— se habían sentido atraídos por la perspectiva de quedarse en Oriente y continuar al servicio de Ciro una vez que hubiese ocupado el trono de Persia, o fundar, incluso, una colonia en algún lugar. El propio Ciro les había tentado con esas posibilidades. Cuando, antes de iniciar la campaña, apeló a los espartanos pidiéndoles ayuda (demanda que tuvo como efecto el envío de Quirísofo y sus setecientos hoplitas), prometió que «daría caballos a todos los hombres que acudieran como soldados de a pie, carros a quienes se presentaran como jinetes, pueblos a quienes fueran dueños de fincas y ciudades a quienes poseyeran pueblos».[71]Luego, en la arenga anterior a la batalla pronunciada ante los oficiales griegos, el príncipe reconoció de nuevo los dos motivos que habían llevado a los mercenarios al este. Y terminó diciendo: «Si vosotros os comportáis como hombres y mis asuntos consiguen éxito, yo haré que aquel de vosotros que desee regresar a su patria, regrese envidiado por sus compatriotas; aunque creo que muchos escogerán hacer su fortuna junto a mí antes que buscarla en su patria».[72] Ahora carecían por completo de esa red de seguridad económica, y la realidad de la derrota había disipado los sueños de un espléndido futuro. Las fuerzas mercenarias dependían enteramente de sus pagadores, pero, de pronto, aquellos griegos se encontraban desposeídos de cualquier situación legal; se habían convertido en un ejército vagabundo de irregulares que no eran ni siquiera

mercenarios y cuyo único objetivo se limitaba a mantenerse a salvo. La muerte de Ciro dio vida a sus peores temores y redujo a la insignificancia cualquier propósito que no fuera el de mera supervivencia, desplazándolo a la periferia de su interés. Los temas de las conversaciones en torno a los fuegos de campamento eran cada vez más el hogar y sus comodidades o, por lo menos, su seguridad.

Sin embargo, su primer pensamiento fue el de seguir siendo creadores de reyes. Si no podían colocar a Ciro en el trono de Persia, lo harían con su tío, Arieo. Pero Arieo, que había huido hasta alejarse unos veinte kilómetros del campo de batalla, aludió sensatamente al escaso apoyo que recibiría de la nobleza persa; había muchos con mejores derechos al trono que él; y aunque lograran derrotar a Artajerjes y sus sátrapas, era difícil que pudiese contar con una lealtad que le garantizase su seguridad.

Entretanto llegaron mensajeros enviados por Artajerjes para exigir la rendición de los griegos. El único rayo de luz fue que el rey parecía seguir considerándolos una fuerza con la que había que contar, por lo cual se negaron a deponer las armas. Cleanor de Orcómeno se hizo eco en tono desafiante de la famosa réplica de Leónidas a Jerjes antes de la batalla de las Termópilas, en el 480. Cuando el rey persa exigió a los espartanos que entregaran sus armas, Leónidas le dijo: «Ven y tómalas». Pero en el caso de Cleanor se trataba sólo de una bravata. Esperaban un ataque en cualquier momento; los nervios de los soldados estaban tensos, y el campamento lleno de rumores y falsas alarmas. Muchos cirianos se sentían lo bastante desesperados como para pensar en desertar, aunque al final, tras aquella horrible jornada, sólo se escabulleron durante la noche cuarenta jinetes tracios y unos trescientos peltastas.

En aquellas circunstancias, la opción más prudente era la unidad, y los griegos marcharon al lugar donde Arieo, herido, había instalado su campamento. Los caudillos de los dos cuerpos se prometieron lealtad mutua con los juramentos más solemnes y vinculantes, incluido el sacrificio de un loro, un jabalí, un carnero y un lobo. La unidad futura era posible y deseable al mismo tiempo, y los griegos confiaron menos en los comandantes particulares que les habían guiado hasta entonces en contingentes separados y más en Clearco, quien, para disgusto de Menón, apareció como el único general con experiencia suficiente para ganarse la confianza de los hombres y obtener el puesto no oficial de comandante en jefe. Dada su condición de soldados profesionales, tras haber rechazado la idea de rendirse, su siguiente pensamiento fue ofrecerse a Artajerjes para servir como mercenarios en el Egipto sublevado. Pero, aunque en un momento posterior de su

reinado contrató a griegos para realizar precisamente esa tarea, era difícil que Artajerjes pudiese emplear a los mismos soldados que acababan de poner en peligro su trono, por lo cual los rechazó con firmeza.

Por más que Clearco se esforzara por presentar un cuadro favorable de su situación, la realidad era desalentadora. Arieo y Artajerjes habían desdeñado sus ofertas y su única opción era emprender una retirada difícil y peligrosa. No podían regresar por la ruta directa que habían tomado, pues habían agotado las limitadas provisiones disponibles en ella, pero confiaron en que Arieo les mostrara un trayecto alternativo hacia su hogar. Así pues, partieron hacia el norte en formación de combate y a sabiendas de que, aunque Tisafernes y Artajerjes se habían retirado al otro lado del Tigris, un considerable número de enemigos se hallaba a corta distancia.

Sin embargo, la reputación de ser un ejército formidable seguía actuando a su favor. A la mañana siguiente los abordó una delegación persa con poderes para negociar una tregua. Clearco aceptó un cese de las hostilidades con tal de que se les condujera a algún lugar donde pudiesen satisfacer su urgente necesidad de avituallamiento. Los persas accedieron y les llevaron hasta un puñado de pueblos de adobe con almacenes y productos alimenticios suficientes para una estancia prolongada, incluso en el caso de un ejército tan enorme. Tres días más tarde apareció otra delegación con poderes todavía mayores encabezada por el propio Tisafernes. El futuro de los cirianos dependía absolutamente de la habilidad que sus oficiales al mando pudieran demostrar en la mesa de negociación.

Tisafernes dio a entender a los griegos que había dedicado el tiempo pasado con Artajerjes a aplacar la hostilidad del rey hacia los griegos. Les produjo la impresión de ser su única esperanza de salvación y de que sólo él podía contener al soberano y a los demás persas de alto rango, cuyo deseo era, sencillamente, aniquilarlos. Los griegos alegaron que no habían sabido que Ciro pretendía atacar al rey hasta que fue demasiado tarde para volverse, y recurrieron a la justificación habitual en tiempo de guerra de que se limitaban a cumplir órdenes. Aquellas débiles excusas habrían dejado frío al rey si éste y Tisafernes no hubiesen trazado ya sus planes para el futuro inmediato, y al cabo de un par de días Tisafernes regresó afirmando que tenía permiso para conducir a los griegos de vuelta a casa. ¿Era aquél el antiguo archienemigo de Ciro? Los griegos deberían haber sido más precavidos.

Los griegos y Tisafernes llegaron a un acuerdo por el que los persas

prometían guiarlos de regreso a Grecia sin traiciones, y que o bien les venderían provisiones, o, cuando no hubiera mercados disponibles, les permitirían realizar alguna incursión. Los griegos por su parte hicieron la promesa de atenerse estrictamente a aquellas condiciones —es decir, prometieron no tratar como territorio hostil las comarcas por donde pasaran—. A la inmensa mayoría de los soldados de tropa no les quedaba apenas nada del dinero que les había dado Ciro unas semanas antes en los Llanos del Caístro para poder comprar comida, pero sus oficiales tenían pocas opciones. Cualquier posibilidad que no fuera la de acceder a aquellas condiciones resultaba inconcebible.

Tisafernes y Artajerjes marcharon en ese momento a Babilonia para realizar consultas y distribuir recompensas y castigos después de la batalla. Tisafernes recibió como esposa a una de las hijas del rey y fue elevado al rango de comandante supremo de Asia Menor —el puesto dejado vacante por la muerte de Ciro—. Aunque había dado a entender que estaba de parte de los griegos, Tisafernes se había dedicado a planear su total aniquilación. En los pueblos donde se estaba ofreciendo sustento a los cirianos, sus agentes procuraron sobornar a Arieo y sus oficiales prometiéndoles el perdón si se volvían contra los griegos. Arieo tendría que conculcar su juramento de lealtad a los griegos, pero se hallaba en una posición insostenible. ¿Qué sería de él si seguía siendo su aliado? Por lo que todos sabían, los griegos planeaban regresar a su patria y dispersarse, tras lo cual Arieo quedaría aislado en territorio hostil. Dado que le habían ofrecido el trono de Persia, es posible que acariciara la idea más modesta de instalarse en algún lado con su ayuda. Pero el rey atajó cualquier plan de esas características y le recompensó por su traición con la rica satrapía de Frigia Mayor, a pesar de que anteriormente sólo había sido gobernador de la Frigia Helespóntica.

Si hemos de creer a Ctesias,[73]a pesar de su evidente tendencia a narrar historias truculentas y melodramáticas, Parisátide lloró la muerte de Ciro, su favorito. Retó al rey a una partida de dados, y su recompensa por haber ganado consistió en el derecho a hacer lo que quisiera con el hombre que había cercenado los miembros de su hijo. La reina ordenó desollarlo vivo y, luego, crucificarlo, con la piel colgando de otra estaca clavada a su lado —pero sólo se trataba de un esclavo, un eunuco—. Los persas eran expertos en torturas salvajes, especialmente por crímenes contra el rey o algún miembro de la familia real. Como castigo por haber mentido sobre su cometido en la batalla, Artajerjes hizo que uno de sus nobles fuera tendido y amarrado al banco de una barca, desnudo pero envuelto en unos trapos sueltos; se le alimentó a la fuerza y se le untó el rostro con miel. Las moscas, atraídas por la miel y, en su debido momento, por las heces del

condenado, pusieron en él sus huevos. Las larvas tardaron diecisiete días en matarlo.

EL APRESAMIENTO DE LOS GENERALES

P

asaban los días y las semanas y los griegos se inquietaban, pero Clearco se negó a permitirles moverse para evitar que su movimiento se interpretara como una actividad hostil. Al igual que a los demás griegos, le preocupaba el flujo de visitantes persas que acudían al campamento de Arieo, pero Tisafernes le había dado su palabra y se había ligado mediante juramentos. Una de las cosas que todo griego sabía acerca de los persas, de oídas o por haber leído a Herodoto,[74]era que, en su infancia, los nobles persas aprendían sobre todo tres cosas: a disparar con arco, a montar a caballo y a ser honrados. La religión zoroástrica (basada en la fe más que en las actividades rituales, lo cual constituía una rareza en aquella época) situaba en polos diametralmente opuestos la Justicia y la Falsedad. Las promesas, los juramentos y los pactos se respetaban de manera especial: la palabra dada por una persona era sagrada; y los castigos reservados a quienes quebrantaban un juramento, terribles. Aunque esto debería haber tenido como efecto un comportamiento recto, los reyes y hasta los sátrapas consideraban que habían sido elegidos en particular por Ahuramazda, lo cual solía significar que entendían por Justicia todo cuanto hacían, e interpretaban como contraria a ella cualquier cosa que hiciesen sus enemigos. El mundo, el universo entero, era un campo de batalla donde se desarrollaba la lucha entre el bien y el mal, y las familias reales, por su calidad de instrumentos elegidos de Ahuramazda, sólo podían obrar bien.

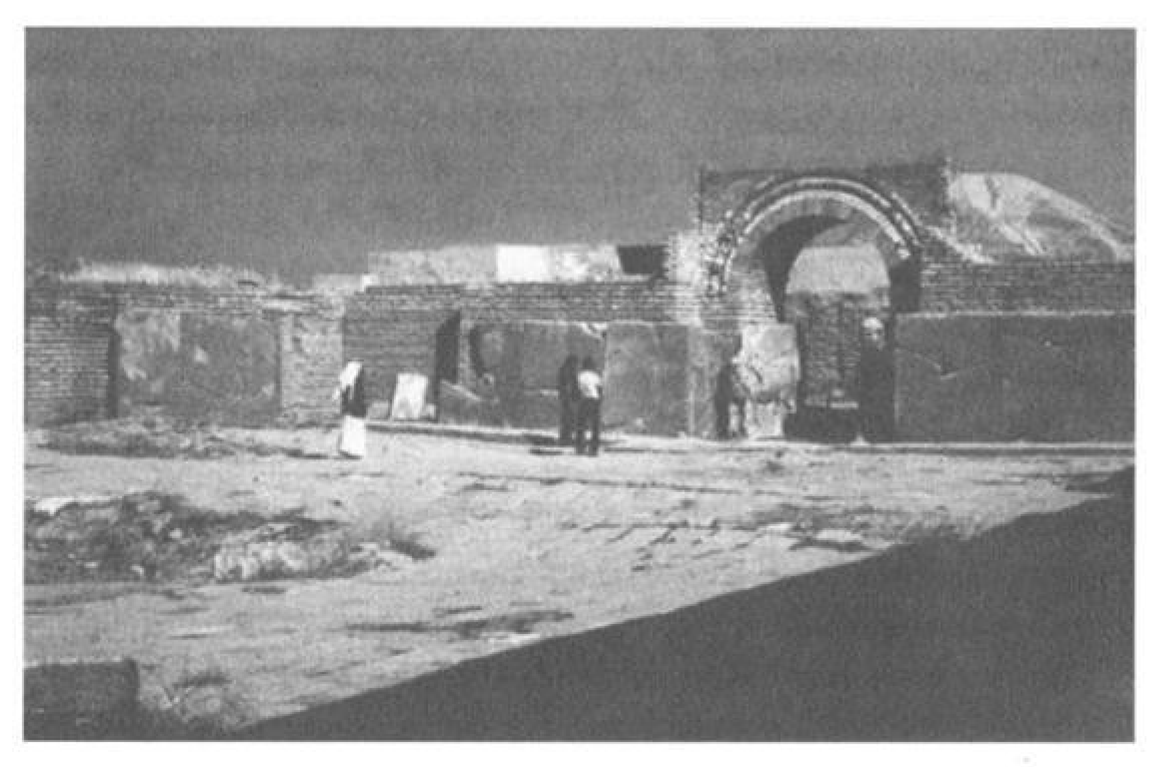
Durante su larga espera a que Tisafernes volviese de Babilonia, los griegos se mantuvieron bien sobre el terreno. Aquella región aluvial era una de las comarcas más fértiles de la llanura mesopotámica, que se extiende sin interrupción desde el golfo Pérsico hasta las estribaciones de las montañas kurdas, y su fertilidad natural estaba y sigue estando acrecentada por un sistema de canales que aprovechan la diferencia de altitud entre el Éufrates y el Tigris, situado en una cota más baja. Los griegos comían bien y reponían sus reservas con cebada, dátiles y ajos, vino, aceite de sésamo y queso agrio. Quienes disponían de dinero pudieron haber comprado ropa de lino para sustituir sus prendas gastadas, y los previsores encontraron, quizá, pieles de oveja y calzado fuerte para mantenerse calientes durante el invierno. Pero la larga demora suponía una presión mayor para quienes

tenían poco o ningún dinero: Tisafernes les estaba apretando las tuercas.

Tisafernes regresó pasadas tres semanas. Él y Orontas, el sátrapa de Armenia, iban a escoltar a los griegos de vuelta a Asia Menor, mientras conducían sus propias tropas hasta sus respectivas satrapías. Así pues, emprendieron rumbo al norte. Arieo no mantenía ya ni siquiera la apariencia de estar de su lado, sino que marchaba y acampaba con Tisafernes y Orontas. En un primer momento, Tisafernes les hizo cruzar el Tigris hasta la orilla oriental. El pretexto fue, sin duda, la existencia de un camino más fácil en la planicie regular que se extendía al este o de pueblos bien surtidos, pero lo cierto es que, si decidían volver hacia el oeste y tomar la ruta más directa de regreso a Asia Menor, aquel camino les obligaría a cruzar dos grandes ríos. Pero en esa fase temprana de la marcha hacia el norte a través de Babilonia y Media, los griegos pensaban que no tenían más opción que aceptar la guía de Tisafernes.

La tensión fue en aumento mientras los dos ejércitos avanzaron durante muchos días con extrema cautela, cubriendo 400 kilómetros en una horrible farsa en la cual se comportaron como el gato y el ratón. De vez en cuando, la competencia por ciertos recursos como la leña para hacer fuego provocaba enfrentamientos a golpes entre los hombres de los campamentos contrarios, pero aquellos incidentes no llegaron a provocar nunca un descontrol. Entretanto, Clearco aprovechaba cualquier oportunidad para disuadir a los persas de atacar desplegando el ejército griego en formaciones formidables, pero durante un tiempo no fue consciente de que el mayor peligro se hallaba más cerca. Menón había sido seducido por Arieo, quien fue recompensado en ese momento para que traicionara a los griegos.

A medida que marchaban hacia el norte siguiendo el curso del Tigris y atravesando sus afluentes, Menón comenzó a pasar cada vez más tiempo con Arieo. El sexo era el aspecto menos significativo de su relación. Arieo, siguiendo órdenes de Tisafernes, se afanaba en avivar los celos de Menón hacia Clearco. El sátrapa frigio organizó incluso un encuentro entre Menón y Tisafernes: al margen de lo que hubieran hablado, Menón salió del encuentro con la clara impresión de que, si podía socavar la posición de Clearco, Tisafernes lo elevaría al mando supremo de los mercenarios griegos y le encontraría un empleo.



Ruinas de Nimrud. Jenofonte pasó al lado de las ruinas no mucho después de haber tomado el mando de una división del ejército, pero no tuvo tiempo de explorarlas, pues un ejército persa le pisaba los talones, e identificó erróneamente el emplazamiento asirio como medo.

El siguiente paso de Menón consistió en atraer a Próxeno a su causa con la oferta de nombrarlo comandante principal bajo su liderazgo. Próxeno era una de esas personas cuyas ambiciones superan su capacidad y resultó fácil convencerlo. A partir de ese momento, Menón actuó de manera menos subrepticia y se ganó la lealtad de otros contingentes del ejército con el argumento de que le apoyaban Arieo y Tisafernes, mientras que Clearco seguía siendo hostil a los persas. Si tenían como jefe a Clearco, argumentaba Menón, la guerra con Tisafernes sería inevitable antes o después; sin embargo, si lo aceptaban a él como líder, podrían conjurar el peligro y conseguir un empleo bien remunerado. Para entonces, Clearco era consciente, por supuesto, de los manejos de Menón, y aunque sus hombres seguían siéndole leales, tomó medidas para contrarrestar la creciente influencia de éste y su declarada rivalidad.

Cuando los ejércitos se detuvieron en la confluencia del Tigris con el Zab Mayor (el antiguo Zapatas, no muy al sur de la ciudad asiria de Nimrud, entonces en ruinas), Clearco concertó una reunión con Tisafernes. El pretexto fue un intento de rebajar la tensión potencialmente explosiva existente entre ambos ejércitos, pero Clearco aprovechó la oportunidad para intentar frustrar los planes de Menón: insistió ante Tisafernes diciéndole que sólo él podía controlar a los griegos, y al mismo tiempo volvió a ofrecérselos como mercenarios para un posible empleo. También que los griegos estaría a su disposición para ayudarle si el propio Tisafernes abrigaba ambiciones de ser rey. Tisafernes hizo creer a Clearco que aquella idea le agradaba aludiendo a un aspecto arcano del protocolo de la corte persa: «Sólo al rey —dijo— le es lícito llevar la tiara derecha en la cabeza, pero en el corazón, con vuestra presencia, posiblemente también otro podría llevarla fácilmente».[75] Clearco marchó por la resbaladiza senda de las palabras de Tisafernes. Los espartanos eran famosos por su temor a dios y su carácter supersticioso, y Tisafernes había afirmado elocuentemente su adhesión a los juramentos que se habían prestado mutuamente. Clearco quedó convencido, y Tisafernes fue capaz de avanzar con rapidez hasta rematar la jugada. Propuso otra reunión, a la que, además de Clearco, asistirían todos los principales oficiales griegos. En aquella reunión, dijo Tisafernes a Clearco, le informaría de quiénes eran los agitadores (es decir, confirmaría sus sospechas acerca de Menón y Próxeno), y Clearco le correspondió prometiendo contarle qué oficiales griegos seguían negándose a confiar en los persas. Tisafernes sabía que, con el fin de demostrar que era él quien estaba al mando, Clearco se esforzaría lo más posible por convencer incluso a los oficiales griegos reticentes para que asistieran; también sabía que podía contar con que Clearco tendría el apoyo entusiasta de Menón y Próxeno, quienes esperaban que Tisafernes utilizase la asamblea para elevarlos al mando supremo de los mercenarios.

Al final acudieron a la reunión cinco de los ocho generales acompañados por veinte comandantes de compañía de un total de 120. Mientras los comandantes de compañía esperaban fuera, Clearco, Menón, Próxeno, Agias y Sócrates entraron en el espacioso pabellón de Tisafernes. Antes de que la reunión llegara muy lejos, Menón y Clearco se dieron cuenta de su necedad: la rivalidad personal les había cegado no dejándoles ver las artimañas de Tisafernes.

No mucho después, a la misma señal, los del interior fueron hechos prisioneros y los de fuera abatidos a golpes. Después de esto, algunos jinetes

bárbaros hicieron incursiones por la llanura y dieron muerte a todo griego que encontraban, esclavo o libre. Los griegos al ver la carrera de caballos desde el campamento estaban perplejos y no acertaban a entender qué hacían, hasta que llegó Nicarco de Arcadia huyendo, herido en el vientre y sosteniendo los intestinos con las manos. Explicó lo que había ocurrido. Seguidamente los griegos corrieron todos en busca de las armas, llenos de confusión y creyendo que de inmediato llegarían al campamento.[76]

Los generales griegos no sufrieron una muerte inmediata. Los llevaron encadenados a Babilonia, donde fueron expuestos a la curiosidad de cortesanos y ciudadanos. Parisátide intentó convencer al rey para que, al menos, perdonara la vida a Clearco, pero Estatira exigió su muerte y ganó. Al cabo de pocos días Clearco fue ejecutado junto con Sócrates, Agias y Próxeno. Según se dijo, mientras las aves y los perros desgarraban los cuerpos de los demás generales, un milagroso golpe de viento cubrió el cadáver de Clearco de polvo y tierra, y en años posteriores florecieron unos datileros sobre su tumba improvisada por la naturaleza. Entretanto, el traidor Menón fue perdonado por un tiempo y aceptado como consejero del rey, hasta que dejó de serle útil; al cabo de un año había muerto también él. Su supuesto amante, Arieo, no hizo el menor esfuerzo por salvarlo.

¿Fue todo ello una simple traición de Tisafernes o hubo motivos legalistas que podrían exculparlo a los ojos de los dioses, ante quienes había jurado no causar daño a los griegos a menos que iniciaran las hostilidades? Los griegos habían jurado comprar la comida en los mercados puestos a su disposición por los persas, pero no todos disponían del dinero que les podía permitir mantener su promesa. Quirísofo y sus setecientos hoplitas, por ejemplo, se habían unido al ejército después del pago realizado en los Llanos del Caístro, por lo que sólo tenían el capital que habían traído consigo de Esparta. En el momento del fatal encuentro en la tienda de Tisafernes, Quirísofo y sus hombres se encontraban, de hecho, fuera practicando el pillaje, al igual que varios griegos más. Pero Tisafernes seguía proporcionándoles productos a la venta, y otros doscientos soldados habían acompañado a los generales y los comandantes de compañía al campamento persa para visitar el mercado, situado allí. En otras palabras, se suponía que Quirísofo y los demás no se hallaban fuera realizando una incursión. Según las condiciones de la tregua, sólo se les permitiría hacerlo cuando Tisafernes les diese permiso y no pudiera proporcionarles un mercado —como unos días antes, en que les había dejado saquear algunos pueblos medos pertenecientes a Parisátide, que había amado a Ciro y odiaba a Tisafernes.

Se trataba de una violación puramente técnica de la tregua, aunque suficiente para la conciencia de Tisafernes, quien había tenido siempre, por supuesto, la intención de dar muerte a los generales, o, en cualquier caso, hallar la manera de destruir a los Diez Mil (abandonándolos quizá al frío implacable y a los salvajes miembros de las tribus de las montañas del norte), pero que ahora podía justificar también su acción contra ellos acusando de perjurio a los generales apresados por él, un delito terrible tanto para los griegos como para los persas. Tisafernes se había comportado en todo momento con una astucia consumada. Había manipulado la situación de manera que los griegos no tuvieran otra opción que aceptar una tregua desfavorable, había sembrado la discordia entre los generales y había atraído a una trampa a la mayoría de los oficiales de alto rango. El único error cometido por él fue el de suponer que, sin liderazgo, el ejército se desintegraría. No había contado con Jenofonte.

JENOFONTE ACUDE AL RESCATE

La traicionera detención de los generales —los griegos al menos la consideraron una traición— y la matanza de sus camaradas fueron para Jenofonte el momento decisivo, y cuando se dispuso a escribir su relato de la expedición lo indicó así al introducirse por primera vez en la narración. Tras recapitular sus motivos para unirse al ejército, volvió al presente y aludió a un sueño significativo. La noche posterior a la detención, cuando se sumió por fin en un sueño intranquilo, soñó que la casa de su padre había sido golpeada por un rayo y ardía en llamas. Debido a su carácter siempre optimista, Jenofonte se sentía inclinado a interpretar el sueño como una señal esperanzadora —un signo de que Zeus iluminaría su hogar—. En cualquier caso se despertó, convocó al grupo de comandantes del contingente liderado hasta entonces por su amigo Próxeno y pronunció un discurso en el que se fundían las palabras de ánimo con una apuesta por asumir el generalato. Los comandantes de las compañías aceptaron encantados el ofrecimiento de Jenofonte de ocupar el cargo de general. La decisión fue unánime, una vez declarado chivo expiatorio y excluido de entre ellos el único disidente, un beocio llamado Apolónides, quien había vivido en el extranjero el tiempo suficiente como para ganarse las burlas de sus conservadores camaradas por la costumbre adquirida en Lidia de llevar pendientes.

¿Por qué habrían de elegir a Jenofonte como general, si según su propia información no se había unido a la expedición como soldado? Aquella elección no

se debió sólo a que les había impresionado con sus buenas ideas. Aunque existía una tendencia hacia una profesionalización creciente, en muchas ciudades griegas, incluida Atenas, el generalato seguía siendo un cargo tanto político como militar, y el primer requisito era la pertenencia a la clase social adecuada. Aquella misma noche, mientras se dirigía algo más tarde a todos los comandantes de compañía y generales supervivientes, Jenofonte[77]expuso un argumento que, según se esperaba, debía considerarse irrefutable: «Cuando había paz —les dijo—, vosotros erais superiores en dinero y en honores. Cuando hay guerra, es preciso que consideréis un mérito ser más valientes que la masa». Como ocurría en Europa hasta fechas recientes, el rango social y el militar eran inseparables. Se suponía que la educación de un caballero lo preparaba para el mando, sobre todo porque despertaba en él la presunción congénita de que debía ejercerlo. En cualquier caso, es también probable que Jenofonte hubiera adquirido experiencia de combate y, tal vez, cierta práctica de mando en la última década de la Guerra del Peloponeso. El primer día de su nuevo destino, expuso a algunos de sus hombres a un riesgo innecesario, pero aprendió de su error, y uno de los temas del resto de su relato es su brillantez personal en la función de comandante y cómo todos, desde los soldados rasos hasta los de rango más alto, acabaron dependiendo de su consejo.

Era aún medianoche, pero, en su desesperación, Jenofonte y sus mandos de compañía no dudaron en reunir a los oficiales supervivientes de otros contingentes. También ellos eligieron generales en sustitución de los que habían perdido. En el momento en que un amanecer espléndido surgía sobre la llanura plana como una mesa y hacía centellear el agua del Zab con una nueva esperanza, convocaron a todos los soldados a una asamblea general a fin de ganárselos para su punto de vista de que la negociación había perdido ya cualquier interés, sobre todo porque no podían adherirse con sentido realista a las condiciones de ningún tratado. La guerra, en cambio, tendría al menos la ventaja de permitirles saquear el territorio con la conciencia limpia. De todos modos, esperaban ser atacados por los persas en cualquier momento, y Jenofonte se presentó, incluso, en la asamblea portando su armadura más ornamentada y costosa, pues deseaba dar a la muerte una bienvenida gloriosa.

La decisión de declarar abiertamente la guerra a los persas en vez de intentar negociar con ellos o esperar su protección durante la retirada fue uno de los momentos críticos de la expedición por lo que respecta al efecto de soldar el ejército en una unidad. Los griegos operaban todavía en contingentes separados a las órdenes de distintos comandantes, pero las deserciones de las que se nos habla son sorprendentemente pocas, y nada se nos dice sobre una fragmentación del

ejército hasta su llegada a la relativa seguridad del mar Negro. El único propósito era la supervivencia, y los hombres trabajaron bien en conjunción para lograrla. Aunque parezca raro, Tisafernes les había hecho un favor al sajar el absceso de la animosidad personal entre Clearco y Menón.

En la asamblea, Jenofonte les recordó cómo sus abuelos habían derrotado a los persas y señaló que podían esperar razonablemente que los dioses abandonaran a aquellos traidores. Como para confirmarlo, en el momento mismo en que mencionó la posibilidad de salvarse, uno de los hombres estornudó. Al ser incontrolado, el estornudo repentino se consideraba inducido por los dioses, y todos los griegos estuvieron de acuerdo en que se trataba de un buen augurio enviado por Zeus Salvador.

Ante la insistencia de Jenofonte, los hombres tomaron medidas drásticas como preparación para el viaje. Quemaron los carros, para que el ritmo de su marcha no estuviera dictado por la lentitud de movimiento de las reatas de bueyes, desecharon sus engorrosas tiendas y se deshicieron de todo el bagaje no esencial. La táctica de purgar al ejército de pertrechos inútiles era increíblemente arriesgada, pues no sabían a qué situaciones se iban a enfrentar en el futuro y qué equipo podrían llegar a necesitar. Pero, además del evidente objetivo práctico, el hecho de aligerar una carga comporta a menudo recompensas emocionales en lo referente al compromiso con un nuevo futuro, como les ocurre a quienes se mudan de casa. Hay, según se dice, una tribu amazónica[78]cuyos miembros practican un rito por el que cada noche destruyen una parte de sus propiedades (que, en principio, son ya escasas), hasta que no les queda nada. Según ellos, deben desembarazarse de sus cargas para poder regresar a su lugar de nacimiento, a sus inicios. Los hombres de Jenofonte ponían también rumbo a casa, de vuelta a las tierras donde habían nacido.

En los primeros momentos, los griegos fueron hostigados constantemente por merodeadores persas, pero Jenofonte, nuevamente optimista, vio el lado bueno de las cosas y sostuvo que habían aprendido una lección a un precio módico. Organizó defensas efectivas contra aquel acoso reclutando una pequeña tropa de cincuenta jinetes (algunos de los caballos se estaban utilizando como animales de carga), que actuaron a las órdenes de su amigo Licio, quien demostró una eficacia sorprendente incluso al enfrentarse a contingentes muy superiores de la caballería persa. Al mismo tiempo aprovechó la pericia como honderos de los rodios presentes en el ejército. Los rodios buscaron plomo para confeccionar proyectiles de mayor alcance que las piedras utilizadas por los persas; de hecho, podían llegar

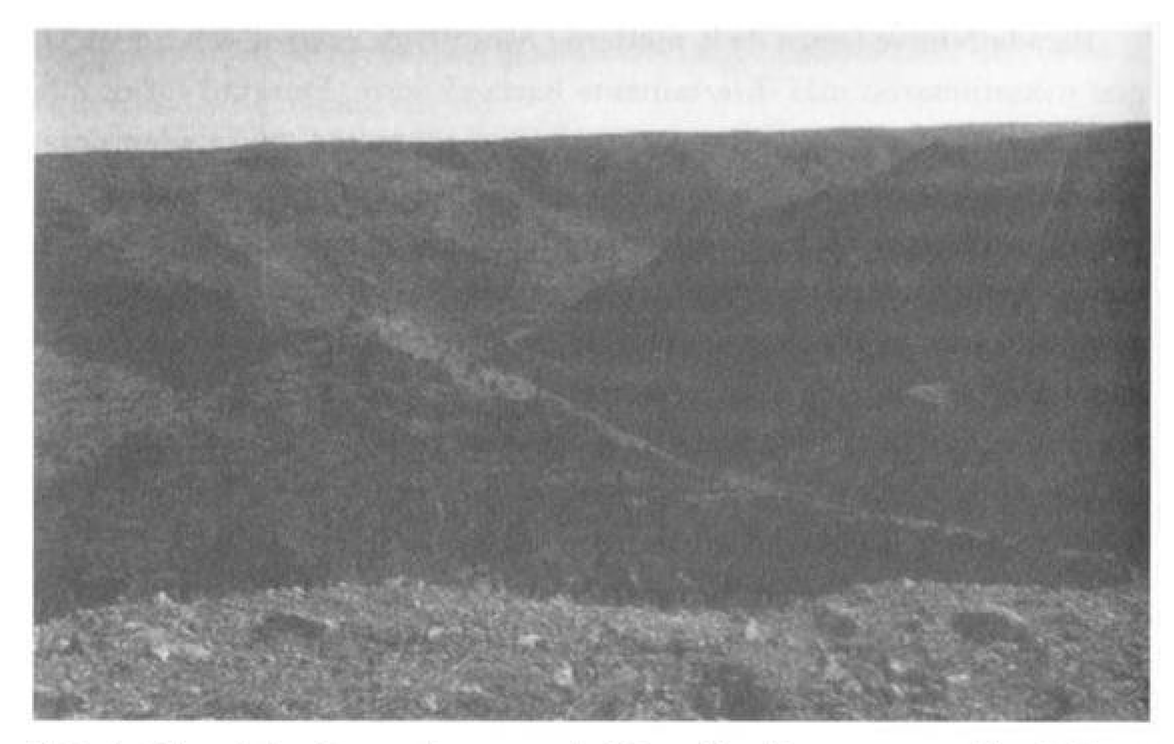
más lejos que las jabalinas (que alcanzaban un máximo de 75 metros con carrerilla previa, y menos si se lanzaban desde un caballo) y las flechas (en torno a 150 metros). Las hondas consistían en dos bandas de cuero, lino o crines de caballo trenzadas de un metro de longitud, aproximadamente, con una bolsa para alojar los proyectiles, vaciados en sartas en moldes de arcilla, de los que se extraían luego para ser utilizados. La honda se hacía girar en torno a la cabeza; a continuación se soltaba uno de sus extremos para que el proyectil saliera disparado. Con un peso medio de entre 30 y 40 gramos, aquellos proyectiles podían ser mortales o causar un daño fatal. El descubrimiento casual de un proyectil de plomo en Lidia con el nombre de Tisafernes inscrito en él demuestra que el persa había aprendido de su experiencia con los griegos de Ciro: a su regreso a Asia Menor, Tisafernes hizo que sus tropas comenzaran a elaborar sus propios proyectiles de plomo y los marcó con su nombre.

Los griegos consiguieron marchar sin problemas, pero con lentitud, durante un par de días, en el curso de los cuales pasaron por las ruinas de las ciudades asirías de Nimrud y Nínive (destruidas por los medos hacia finales del siglo VII). En Nimrud, los aterrados habitantes de las aldeas de la comarca se habían refugiado en los flancos escalonados del elevado zigurat. No sentían gran afecto por los persas, que habían llevado a la ruina a muchos de ellos obligándoles a contratarse como trabajadores en vez de dejarles trabajar sus pequeñas fincas; pero todavía les gustaba menos un ejército de merodeadores dedicados al saqueo.

Pasada Nínive (cerca de la moderna Mosul), los griegos dejaron el Tigris y continuaron más directamente hacia el norte. Durante varios días avanzaron despacio, menos preocupados por progresar con rapidez y más por encontrar pueblos donde poder hacer un alto, curar a los heridos y reponer provisiones. Descansaban, cuando podían, en pueblos seguros de las colinas, donde a la caballería persa le resultaba difícil alcanzarlos, pero, en caso contrario, marchaban adoptando la formación defensiva que se adecuara a un terreno que pasaba de las llanuras planas a los roquedos abruptos atravesados por valles. Quirísofo, como espartano experimentado, estaba al mando de la vanguardia, mientras que Jenofonte y Timasión (que había adoptado la vida de comandante de mercenarios al exiliarse de Dárdano, su ciudad natal de la Tróade) se encargaban de la retaguardia. En un par de ocasiones, los griegos participaron en una carrera a vida o muerte por ocupar una altura crucial antes que sus enemigos; Tisafernes o sus subordinados hacían casi a diario todo lo posible para frenar su marcha mediante amenazas de ataques o asaltos reales; y, casi todos los días, los griegos perdían algunos hombres más. Cualquier descuido momentáneo, como dejar indefensos a

los soldados dedicados al pillaje, les costaba caro. Aunque Tisafernes empleó contra los griegos fuerzas cada vez más numerosas, se contentaba con escaramuzar: no tenía necesidad de arriesgarse a librar una batalla decisiva, pues su primer objetivo era la destrucción del ejército griego; y el segundo, verlo fuera del territorio persa.

La imposibilidad de atravesar los montes Zagros del nordeste de Irak les obligó a girar hacia el noroeste, manteniéndose en las estribaciones para disuadir a la caballería persa de atacarles. Cerca de la moderna Zakhü (no lejos de la confluencia entre las fronteras actuales de Irak, Siria y Turquía), vadearon el último gran afluente del Tigris. Unas pocas jornadas más de marcha en medio de un paisaje tan abrupto que las fuerzas persas llegaban a desaparecer durante todo un día, para reaparecer de manera desconcertante en alguna cresta por encima de ellos, les llevaron de nuevo hasta el Tigris cerca de la moderna ciudad turca de Cizre.



Paisaje típico de las tierras altas cerca de Cizre. Para hacernos una idea de la escala podemos fijarnos en la torre de tendido eléctrico del ángulo inferior derecho. Los griegos de Ciro tuvieron que cruzar por estas colinas altas y valles profundos para llegar a las montañas de los carducos.

Cizre se halla en una importante encrucijada, y los griegos tuvieron que tomar allí una decisión. El Tigris seguía siendo demasiado profundo para vadearlo, y el ejército se encontraba constreñido entre el río y unas formidables montañas. Los prisioneros que utilizaban como guías les explicaron aproximadamente qué había al norte, al sur, al este y al oeste, pero los generales habían tomado ya una decisión. Habían llegado desde el sur; los persas dominaban con firmeza el este y el oeste (en la orilla occidental del río se podía ver incluso una tropa de jinetes persas que echó por tierra un plan desesperado para trasladar el ejército a la otra ribera sobre odres hinchados de aire); tenían que ir al norte, a la región montañosa de los carducos, tribus salvajes que no habían sido domeñadas ni siquiera por el poder de Persia.

EL MAR GRIEGO

L

a intención de Jenofonte era conducir a sus hombres a su «hogar», o a reunirse con «los griegos». La palabra «hogar» conlleva siempre una carga poderosa, pero en especial en una circunstancia como la suya. Sin embargo, el ejército estaba formado por hombres de todo el mundo griego: la mayoría procedía del Peloponeso; otros eran originarios de Grecia central y septentrional, de Creta y Sicilia y de las islas del Egeo, y también de Asia Menor. Muchos habían establecido lazos con lugares y personas del propio Oriente. ¿Dónde se hallaba, entonces, su «hogar»?

Hacia el año 2000 a. C., un pueblo de habla protogriega penetró en la península helénica. La pobreza de la tierra y la conciencia cada vez mayor de las oportunidades existentes en el extranjero provocaron una oleada migratoria entre los años 1050 y 950, aproximadamente, hasta que el mundo griego quedó constituido por numerosas comunidades independientes instaladas en la península, las islas y Asia Menor. Del 750 al 550, las presiones demográficas y la pobreza, siempre presente, provocaron otra oleada de colonización por la que unas ciudades florecientes enviaron grupos de personas a asentarse a lo largo de las costas del Mediterráneo occidental y, hacia el este, en torno al mar Negro.

Aquellos hombres se llevaban a unos cuantos fundadores y marchaban en busca de tierras más ricas, bien porque habían sido desterrados, o impulsados por un sentimiento de aventura o para garantizar un emplazamiento estratégico seguro en algún punto de una ruta comercial al servicio de su ciudad natal y de sus propios bolsillos. Los metales y la madera estaban muy solicitados, pero el trigo y otros productos alimenticios, como las salazones de pescado, ocupaban un tercer puesto muy cercano y servían para complementar lo que proporcionaban el suelo y el mar de Grecia. A veces, las nuevas colonias estaban unidas a su metrópoli por vínculos de lealtad; más a menudo eran fundaciones independientes, con derecho a apelar a la ciudad madre en años posteriores, si resultaba políticamente conveniente. Lo normal era que esas expediciones de colonización fueran emprendidas por sólo unos cien hombres físicamente capaces acompañados de sus esclavos; para perpetuar la nueva comunidad tomaban por esposas a mujeres del lugar. No se planteaban cuestiones sobre la pureza del linaje, pues, según la opinión común, la mujer era un mero recipiente de los hijos, que recibían todas sus características del padre.

En el momento en que esta corriente se redujo a un goteo, existían unas mil

quinientas comunidades griegas, y el mundo helénico se extendía por todo el Mediterráneo y el mar Negro; la expresión tradicional que definía aquel hecho era: «desde el río Fasis hasta las Columnas de Hércules»; el Fasis se hallaba en la actual Georgia, y las Columnas de Hércules son lo que conocemos con el nombre de estrecho de Gibraltar. Según la memorable imagen de Platón,[79]los griegos estaban diseminados por todo el litoral del mundo conocido «como ranas u hormigas en torno a una charca». El mundo griego no tenía un centro claro: el mar cumplía esa función.

Los griegos se habían apropiado de las costas mediante el comercio y la colonización: donde quiera que fuesen tenían la esperanza de poder comunicarse con otros griegos que hablaban como ellos, con sólo pequeñas variantes dialectales y de acento. Siempre tenían cuidado de no viajar demasiado al interior alejándose del mar. En la propia península griega, el interior montañoso separaba, más que unía, las distintas comunidades y obligaba a volver la mirada hacia el mar apartándola de la tierra. Quien visite Grecia reconocerá la límpida belleza y la fuerza emotiva del mar: el estremecimiento de placer ante la visión de bajíos de color turquesa y profundidades de púrpura, de rocas y campos de algas apenas vislumbrados. Cuando Jenofonte dijo a sus hombres que marchaban al «hogar», quería decir, por tanto, que iban al encuentro del mar. Allí es donde volverían a reincorporarse al mundo griego.

Sólo algunos, entre ellos Jenofonte, deseaban todavía asentarse en el este. Cuando aún no habían recorrido un gran trecho de su viaje hacia el norte acompañados de Tisafernes y vigilándose como el gato y el ratón, en vida todavía de la primera tanda de generales, se conjeturó en el campamento que los persas tenían miedo de que los griegos intentaran hacerse con una porción de tierra defendible y apropiársela. La idea no fue tenida en cuenta como una posibilidad seria: habría sido demasiado arriesgado asentarse en el corazón del territorio persa. Jenofonte,[80]no obstante, intentó resolver el inevitable decaimiento de la moral a raíz del asesinato de los generales mencionando la posibilidad de instalarse allí, como medio para animar a sus hombres al asegurarles que los persas temían más a los griegos de lo que éstos debían temer a los persas.

Con mayor realismo, les propuso regresar primero a su patria griega y enviar luego una expedición colonizadora. Esa colonia no llegó a ser una posibilidad más realista y polémica hasta después de que el ejército en retirada hubo alcanzado la costa del mar Negro. Aquel sueño hizo presa en la mente de Jenofonte en Cotiora:

Mientras tanto, Jenofonte, viendo los numerosos hoplitas griegos y los numerosos peltastas, arqueros, honderos y jinetes —ya muy competentes por el adiestramiento, y que se hallaban en el Ponto, donde efectivos tan numerosos no se habrían podido preparar con poco dinero—, consideraba excelente aumentar el territorio y el poderío de Grecia fundando una ciudad. Pensaba además que sería una gran ciudad, contando con la multitud de los suyos y con los que habitaban alrededor del Ponto.[81]

En aquel momento, la idea sólo trajo problemas a Jenofonte; quienes deseaban volver a casa propagaron el rumor de que estaba trazando planes sin consultar a las tropas con el fin de obtener poder y fama para sí, mientras dos oficiales carentes de escrúpulos aprovechaban la oportunidad para chantajear a las ciudades griegas más cercanas. Si no nos enviáis barcos y dinero, les dijeron, no podremos impedir que Jenofonte funde un asentamiento, que servirá de base para realizar incursiones de saqueo en vuestros territorios. Jenofonte halló un medio inteligente para salvar la cara, mantener unido el ejército y permitir al mismo tiempo a las ciudades griegas el envío de los barcos que ya habían prometido, sin sucumbir a un chantaje sin escrúpulos. Pero el plan quedó aparcado de momento, aunque sólo durante un tiempo. Más adelante, en su marcha a lo largo de la costa, Jenofonte soñó con fundar una colonia en el Puerto de Calpe, que le pareció el emplazamiento perfecto: en aquel lugar había un buen puerto natural, agua dulce, un cabo defendible, mucha madera y buena tierra de cultivo. Al cabo de poco tiempo, tanto los griegos como los naturales del país residentes en las proximidades estaban tan convencidos de que los mercenarios iban a quedarse que comenzaron a enviar delegaciones a Jenofonte por considerarlo el principal promotor del asentamiento. Pero, nuevamente, el proyecto no resultó popular: eran más los hombres cuyo único deseo consistía en tomar el dinero acumulado hasta entonces y regresar a casa. La batalla arrojaba una larga sombra sobre las motivaciones que prevalecían en el ejército.

A pesar de la retórica de Jenofonte sobre el regreso al «hogar» para reunirse con sus esposas y sus hijos (o con sus «hijos y sus esposas», por utilizar el habitual y elocuente orden griego) y del deseo expreso de todos los hombres de hacer así, resulta una ironía que, al final, fueran sumamente pocos los que volvieron a casa. En primer lugar, resultó que las ciudades griegas que encontraron en la costa del mar Negro se habían mezclado demasiado con las poblaciones locales para ser consideradas griegas —en cualquier caso, Jenofonte[82]describe Bizancio como la

primera ciudad auténticamente helénica a la que llegaron—, y es indudable que no fueron tan bien recibidos como se supondría que iban a serlo en su hogar (aunque esto se debió en gran parte a los propios cirianos). En segundo lugar, en el momento de llegar a Bizancio, el ejército no llegaba a 7.000 soldados: se había reducido casi a la mitad. Luego, la inmensa mayoría de los hombres restantes se volvió a alistar, primero a las órdenes de Seutes, el señor de la guerra de Odrisia, y a continuación para ayudar a los espartanos en su guerra contra los persas. En el marco temporal cubierto por Jenofonte en la *Anábasis*, sólo unos pocos cientos de hombres partieron de Bizancio como en un goteo y regresaron a sus tierras de origen. Y ese pequeño grupo no incluía a ninguno de los protagonistas, que habían muerto o desaparecido o se habían alistado de nuevo en el este para volver a luchar contra Tisafernes, retornando al lugar donde habían iniciado su campaña. En definitiva, el sueño en que Jenofonte vio un incendio se refería a la pérdida y no a la glorificación de su hogar familiar.

¿Qué fue lo que se torció? ¿Fueron mera retórica todas aquellas declaraciones acerca del «hogar»? Al margen de lo que hubiese ocurrido en la propia expedición, en el momento en que Jenofonte escribió la *Anábasis*, se trataba, sin duda, de una sutil retórica. Al hacer del «hogar» la Estrella Polar de la retirada de Cunaxa, Jenofonte fija nuestra atención en el hecho de que no podemos dar una respuesta precisa a la cuestión del paradero de ese hogar: podría haber sido el mar, pero las comunidades del mar Negro se desentendieron de ellos; podría haber sido el lugar de origen de los hombres, pero provenían de todo el Mediterráneo. Esta cuestión sin resolver hacía del relato escrito por Jenofonte una búsqueda arquetípica: como la *Odisea* de Homero, se trata de la historia de un viaje al «hogar» enfrentándose a obstáculos terribles; en él, al igual que en la Odisea,escuchamos los ecos de cualquier viaje de retorno a casa y del profundo deseo de seguridad de todos los lectores. Y en ese sentido ha servido de base para tratamientos tanto de ficción como de no ficción, desde la película Los amos de la noche,dirigida en 1979 por Walter Hill, hasta otros relatos de itinerarios similares[83]durante la Segunda Guerra Mundial y la invasión de Irak, en 2003.

El hecho de centrarse en el hogar, cuando no lograron crear uno nuevo para sí en el este y cuando ni los buenos ni los malos consiguieron llegar a casa, sirve también para resaltar la atroz incertidumbre a la que se enfrentaron los griegos de Ciro. El hogar era un ideal, pero irrealizable; la única cosa que les llevaba a proseguir su marcha no podía hacerse realidad. El deseo de volver a casa frustró su capacidad de llegar a cualquier tipo de hogar, pues debían mantenerse en movimiento, en estado fluido, sin identidad fija, como la que habría forjado una

colonia. Estaban perdidos, a menudo en territorios asombrosamente dificultosos, en una geografía de obstáculos y luchas, de montañas inaccesibles y ríos invadeables, canales inundados y lugares tan salvajes que todo un ejército persa podía esfumarse sin dejar rastro, como se rumoreaba que le había ocurrido en las montañas de los carducos.

Eso fue lo que llevó a Clearco a depositar su confianza en Tisafernes: «Creo —dijo al sátrapa persa— que en el momento presente tú eres para nosotros el mayor bien. Porque contigo todo camino está expedito, todo río es franqueable y no tenemos escasez de víveres. Sin ti, en cambio, todo camino discurre a través de tinieblas, porque lo desconocemos. Todo río es difícil de cruzar, toda multitud nos infunde miedo y más temible es aún la soledad, pues está llena de numerosas inseguridades».[84]Las inseguridades eran tan abrumadoras que Clearco se sintió obligado a confiar en un enemigo —que le dio muerte—. E incluso cuando llegaron al mar, se enfrentaron a nuevos obstáculos; y a los obstáculos geográficos se sumaron, una vez más, la desconfianza y las dificultades para tratar incluso con otros griegos como ellos y que culminaron en el comportamiento de los espartanos asentados en Bizancio, quienes resultaron tan arteros e incomprensibles como lo habían sido antes los persas. El comportamiento egoísta provocaba desconfianza dentro del ejército, como la había provocado antes e inmediatamente después de Cunaxa, y generó las incertidumbres surgidas de un debilitamiento de la disciplina. Ni siquiera los dioses estaban siempre de su lado, y se comunicaban con ambigüedad.

Los cirianos no poseían una identidad clara: no eran un ejército regular y tampoco un ejército normal de mercenarios, pues no tenían un pagador; no eran una comunidad de estilo ateniense ni de estilo espartano; en realidad, tampoco eran ningún tipo de entidad política, pues se hallaban en movimiento y no lograron asentarse en ningún lado, a pesar de que, demográficamente, como grupo de hombres físicamente capaces, se parecían a una expedición colonizadora de tamaño insólitamente grande. Pero intentaban reafirmar constantemente su identidad o descubrirla: haciendo de Apolónides un chivo expiatorio y expulsándolo como extranjero, como el Otro; jugando con la idea de formar una colonia; o comparándose con las tribus de bárbaros que encontraban de camino; con la retórica de los discursos de Jenofonte,[85]en los cuales les recordaba el pasado glorioso de sus ancestros, en un intento de forjar su grecidad en tierra extranjera y reforzar su decisión, para que, según decía, no fueran seducidos por las bellas mujeres y la lujosa vida de aquellos países. Pero, al intentar crear o mantener una identidad frente a la abrumadora incertidumbre, acabaron siendo el

Otro, aquel a quien tanto los extranjeros como los griegos rechazaban continuamente y mantenían sin hogar y que siempre se encontraba con dificultades para comunicarse dondequiera que fuese.

Así, cuando el ejército llegó a la encrucijada del Tigris, su decisión de poner rumbo al norte, hacia el interior de las montañas, no fue ninguna sorpresa. Un giro al este o al sur les habría llevado de vuelta al corazón del Imperio persa; la ruta directa a casa se hallaba al oeste, al otro lado del Tigris y, luego, del Éufrates, pero allí la llanura era un terreno perfecto para la caballería persa, y en cualquier caso Tisafernes les obligó a decidir destruyendo los pueblos de la llanura y todos los depósitos de provisiones existentes en ellos y que su propio ejército no necesitaba. En el oeste, el sur y el este se hallaban, pues, las certezas de la civilización simbolizadas por unas carreteras adecuadas —pero en aquellas direcciones se encontraba también la certeza de la muerte—. Los griegos eligieron la incertidumbre; decidieron introducirse en el abismo de las montañas. Ya estaban más o menos perdidos, pero aún iban a perderse más para tener una posibilidad de hallarse a salvo.

PERSPECTIVAS PAVOROSAS

En el momento de llegar a las estribaciones de las montañas de los carducos, los griegos tenían razones para sentirse orgullosos y cautamente optimistas. Es verdad que en aquellos parajes les esperaban necesariamente peligros y terrores desconocidos, pero, con la ayuda de una táctica flexible y la cooperación entre las distintas unidades del ejército, habían escapado de las garras de Tisafernes. El sátrapa persa dejó de perseguirlos no sólo porque tenía prisa por regresar a Asia Menor, tomar allí el mando y mantener las ciudades griegas en el redil del imperio, no sólo porque había logrado su objetivo de ver a los griegos fuera de la seguridad del territorio persa, sino porque podía esperar razonablemente que pocos de ellos escaparían de las montañas en invierno. Pensaba haber visto a los últimos de aquel grupo de griegos.

Los motivos de éstos para sentirse optimistas eran aún más endebles. Como los persas no habían sometido nunca a los carducos, la posibilidad de una tregua con las tribus montañesas sustituiría a la certeza de la hostilidad de Tisafernes, según el principio de que «el enemigo de mi enemigo es mi amigo». Además, aunque las montañas se hallaban ya cubiertas de nieve y cuanto más alto ascendían más inclemente se volvía el tiempo, podían esperar encontrarse con ríos más fáciles de vadear a medida que se acercaban a sus fuentes en aquellas inmensas cordilleras. El enorme tamaño y aspereza de las tierras altas del este de Turquía se refleja con fidelidad en el hecho de que son el lugar de nacimiento de dos de los mayores ríos del mundo, el Éufrates y el Tigris, cuyas longitudes suman un total de 4.500 kilómetros y cuyo volumen conjunto sobrepasa los 100.000 millones de metros cúbicos de agua, de los que casi tres cuartas partes provienen de esta región de las montañas turcas, conocida en otros tiempos con la sencilla expresión de los «Mil Lagos». Se trata de uno de los terrenos más dificultosos del mundo.

Una vez que el consejo de sus oficiales eligió la ruta del norte, los griegos partieron al amanecer del día siguiente armados y cautelosos. Cruzaron sucesivas ondulaciones de colinas, cada una más elevada que la anterior, con fértiles valles altos intercalados entre ellas, y en cuanto se introdujeron en las montañas, los miembros de las tribus abandonaron sus aldeas y buscaron la seguridad de las cotas altas llevándose consigo no sólo a sus familias sino también las esperanzas de los griegos de ser objeto de una recepción neutral o, incluso, amistosa. No tenían manera de comunicarse con los carducos, y el hambre no les dejaba más opción que saquear los pueblos en busca de provisiones, lo cual los exponía

irremediablemente a su hostilidad. Así, al acabar el primer día se vieron hostigados por experimentados combatientes montañeses armados de hondas, piedras y arcos. Sus flechas eran tan largas que los griegos las volvían a usar a modo de jabalinas, y sus arcos los bastante poderosos como para atravesar una armadura griega. Los montañeses eliminaban a los griegos de uno en uno y de noche acampaban en lugares altos de las montañas; sus fuegos de campamento aparecían a la vista de los griegos, y sus gritos ininteligibles descendían en ecos por los heladores desfiladeros.

A la mañana siguiente, los generales ordenaron realizar otra purga: estaban a punto de introducirse en unas montañas cubiertas de nieve donde el forraje sería escaso, por lo cual había que abandonar todos los animales de carga renqueantes. Fue una decisión penosa, pues siempre hasta entonces habían podido dejar descansando algunos de ellos mientras los demás trabajaban. A partir de allí, no tendrían recursos de emergencia: cada muía que muriera o cojeara demasiado para llevar una carga supondría el abandono de más bagaje o su distribución entre hombres y animales ya sobrecargados.

El conocimiento de que las condiciones iban a empeorar obligó a los oficiales a ordenar así mismo que se abandonase a todos los hombres, mujeres y niños capturados para una venta posterior. Había, sencillamente, demasiadas bocas que alimentar y el ejército no debía verse frenado por su inevitable renuencia. También aquélla fue una decisión dura, no sólo para los mercenarios, que hubieron de desprenderse de una fuente cómoda de buenos beneficios, sino para los prisioneros, que suplicaban lastimeramente que no los abandonaran en las gélidas montañas sin medios para defenderse de los carducos.

Al tomar aquella decisión, los oficiales se limitaron a poner en la balanza su sensatez táctica frente al probable efecto sobre la moral de sus hombres. En el mundo antiguo no había nada parecido a la Convención de Ginebra, y el abandono de prisioneros no deseados para que se valieran por sí solos o murieran al borde del camino no constituía ninguna rareza. La palabra que significa prisionero de guerra en griego clásico era de género neutro: aquellas personas se consideraban objetos, eran en sentido literal «criaturas con pies de hombre» (*andrápoda*), no seres humanos, y los prisioneros de guerra estaban expuestos a abusos físicos y sexuales incluso durante su cautiverio. Por tanto, no era nada antinatural que tendiesen a mostrarse serviles con sus apresadores, y que, si se les presentaba la oportunidad, procurasen resultar útiles como criados o compañeros sexuales o proporcionando información militar. El tipo de información más importante para los cirianos era la

referente al itinerario.

Al estar familiarizados con los mapas, nos resulta difícil retrotraer nuestra mente hasta una época en que el conocimiento local era la única fuente fiable —cuando, a falta de él, podían perderse ejércitos enteros, pasar de largo sin saberlo al lado de recursos alimenticios o sufrir el terror de la incertidumbre que socava la moral—. Cada día de la retirada, los griegos enviaban exploradores que se enfrentaban al peligro de evaluar cómo era el terreno, dónde podían detenerse para pernoctar y si había signos de actividad hostil. Esta información era tan importante, según creía Jenofonte,[86]que el propio oficial al mando debía salir en misión de reconocimiento siempre que fuera factible, y él mismo reservó algunos de sus máximos elogios para un buen explorador. Pero también necesitaban guías locales, preferiblemente más de uno al mismo tiempo a fin de cotejar sus informaciones, por más que se les hubiesen exigido juramentos sagrados de honradez y, a veces, también rehenes. La importancia fundamental de una información exacta ayuda a explicar el acto más horripilante de crueldad registrado por Jenofonte —una acción bárbara ejecutada no por bárbaros sino por los propios griegos.

Después de tres días de avanzar con cautela a través de las tierras altas de los carducos, amenazados y hostigados a cada momento por el enemigo y en medio de un clima que empeoraba con rapidez, los griegos estuvieron a punto de dividirse. La retaguardia, mandada por Jenofonte y Timasión, sufría de manera especial los ataques de los carducos. Cada vez que Jenofonte los veía reuniéndose en las crestas que dominaban los pasos, enviaba un mensaje a la vanguardia para que Quirísofo se detuviera y sus soldados pudiesen mantener el contacto, incluso mientras se defendían. En cierta ocasión, Quirísofo siguió adelante y Jenofonte perdió a algunos buenos hombres en su caótico intento de alcanzarlo. Cuando los dos generales se reunieron al final del día, Jenofonte se dirigió furioso a Quirísofo y le preguntó qué había ocurrido. Quirísofo le explicó que se había apresurado para intentar impedir que los carducos ocuparan el único camino visible que tenían por delante, una pista —más parecida a una empinada senda de montaña— que atravesaba una estrecha garganta. Pero los carducos habían llegado antes y los guías del contingente de Quirísofo no conocían otra ruta. Daba la impresión de que los griegos se hallaban en un callejón sin salida o que se exponían a lanzar un ataque costoso contra una posición fácil de defender.

Jenofonte, sin embargo, había tomado dos prisioneros durante las incursiones más recientes lanzadas por los carducos contra la retaguardia. Al ser

del lugar, se podía suponer que conocían la región.

Enseguida trajeron a los dos hombres y les preguntaron por separado si conocían otro camino distinto del que se veía. Uno de ellos dijo que no conocía otro, a pesar de las muchas amenazas para amedrentarlo. Y, como nada útil decía, fue degollado en presencia del otro. El que quedaba dijo que su compañero no había dicho nada porque tenía una hija casada con un hombre de allí; sin embargo, él dijo que los guiaría por un camino accesible incluso para las acémilas.[87]

El estilo desapasionado de Jenofonte, que no permite comentarios al margen, deja a sus lectores la doble tarea de imaginar los detalles y constatar la brecha existente demasiado a menudo entre la necesidad militar y la virtud moral.

Los griegos salieron de aquella situación apurada enviando a unos cuatrocientos hoplitas y peltastas, cuatro compañías ofrecidas voluntariamente por sus capitanes, por la ruta alternativa revelada por el prisionero. Su objetivo era expulsar a todos los carducos que pudieran descubrir y encontrar a la mañana siguiente un puerto de montaña para llegar desde un flanco hasta donde estaba el enemigo que ocupaba el paso, mientras el resto del ejército lanzaba un ataque directo. Con el fin de llamar la atención mientras los voluntarios emprendían la marcha, Jenofonte dirigió un asalto contra el paso bajo una lluvia heladora, pero sin conseguir siquiera acercarse, pues los carducos adoptaron la sencilla táctica de echar a rodar contra ellos grandes piedras que bajaban rebotando por las empinadas laderas y salían lanzadas en direcciones impredecibles. He visto en la región pendientes montañosas cubiertas con una asombrosa profusión de rocas, como si alguna divinidad enloquecida hubiese arrojado desde el cielo guijarros de tamaño descomunal. A los carducos no les faltó en ningún momento aquella munición y siguieron lanzando peñascos al desfiladero incluso de noche para disuadir a los griegos de cualquier intento insensato de pasar a escondidas por la senda al resguardo de la oscuridad.

El movimiento en pinza de los griegos consiguió despejar el paso entre las nieblas de la mañana siguiente. Quirísofo condujo a la mayoría de los hombres a través del cañón, mientras Jenofonte y sus hombres escoltaban el convoy de bagajes por la ruta que daba un rodeo, pues era más adecuada para los animales, según les había explicado el prisionero. El camino, sin embargo, no había sido despejado por

los voluntarios, y Jenofonte tuvo que desalojar a algunos combatientes carducos de varias colinas y ocuparlas luego para impedir que el enemigo se reagrupara en ellas y cayera sobre el convoy. Fue una operación sumamente difícil y peligrosa y costó a Jenofonte docenas de hombres. Una vez reunido, el ejército soportó dos días más de combates feroces con los guerrilleros carducos, que les aguardaban tendiéndoles emboscadas a la menor oportunidad, hasta que, por fin, llegaron al otro extremo de aquellas montañas, el Kayaönü Daği, y vieron a sus pies la llanura del río Centrites, el moderno Botan Çay, no lejos de la ciudad de Siirt. En los cinco días transcurridos entre los carducos habían perdido tantos hombres como en los tres meses en territorio persa, y la perspectiva de dejar tras de sí las montañas de los carducos les llenó de una falsa esperanza —falsa, porque más allá del río se extendían Armenia, una satrapía persa bien guardada, y más cadenas montañosas.

Unas mentes más avisadas no se habrían sorprendido apenas al ver que, cuando los hombres se despertaron a la mañana siguiente, el río había sido tomado por Orontas, sátrapa de Armenia con intenciones hostiles. Orontas no había tenido tiempo de reunir su ejército principal, pero mandaba una fuerza suficientemente numerosa que, junto con el lecho resbaladizo del río y una corriente rápida de aguas gélidas que llegaban a la altura del pecho, pudo desbaratar el primer intento de los griegos de cruzar el río en un lugar donde el camino que corría por la otra orilla parecía indicar la existencia de un vado transitable. Cuando ya se habían retirado y acampado en la ribera meridional, pudieron ver con consternación una horda de carducos armados a sus espaldas, en las estribaciones donde habían pasado la noche anterior. Estaban atrapados.

Los dioses, sin embargo, no los habían abandonado y otorgaron a Jenofonte un sueño optimista, que dio a entender que lograrían atravesar el río, y, tras el sueño, un sacrificio favorable. Aquellos augurios comenzaron a hacerse realidad cuando dos soldados dijeron a Jenofonte[88](quien nos informa ufano de que siempre estaba dispuesto a recibir información militar, en cualquier momento del día o de la noche) que habían descubierto un tramo menos profundo del río en un punto no lejano aguas arriba, donde la orilla opuesta no era apropiada para los jinetes de Orontas. Merece la pena citar por extenso los párrafos siguientes, no sólo por lo emocionante del enfrentamiento, sino también como modelo de los progresos realizados por los griegos en un corto espacio de tiempo al no confiar exclusivamente en las tácticas de combate tradicionales de los hoplitas, y como ejemplo de cooperación modélica entre las diversas unidades del ejército.

En cuanto todo estuvo bien dispuesto, se pusieron en marcha, conducidos por los dos muchachos y con el río a la izquierda. Unos cuatro estadios de camino había hasta el vado.[89] Mientras ellos avanzaban, la caballería enemiga lo hacía por el lado opuesto. Una vez que estuvieron en el vado y en los ribazos, pusieron las armas en tierra y Quirísofo, él, en primer lugar, después de ponerse una corona y desvestirse, cogió las armas y transmitió la orden a todos los demás, ordenando a los capitanes conducir las compañías en línea recta, unas a su izquierda y las otras a su derecha. Mientras tanto, los adivinos inmolaban víctimas en el río y, al mismo tiempo, los enemigos disparaban con sus arcos y hondas, pero todavía no los alcanzaban. Dado que los sacrificios eran favorables, todos los soldados entonaban el pean y daban gritos de guerra. Las mujeres se unieron todas también a sus gritos, pues había muchas cortesanas en el ejército.Quirísofo y los que iban con él se adentraron en el río, mientras Jenofonte, con los más ligeros de la retaguardia, regresó corriendo con todas sus fuerzas hacia el paso situado frente al camino que conducía a las montañas de Armenia, fingiendo que, después de cruzar por allí, cerraría el paso a los jinetes situados a lo largo del río. Los enemigos, al ver que Quirísofo y los suyos cruzaban fácilmente el río y al ver que Jenofonte y los suyos corrían hacia atrás, temiendo ser cercados, huyeron con toda su fuerza hacia el camino que dominaba el río. Cuando estuvieron cerca del camino, se desplegaron montañas arriba. Licio, que llevaba el destacamento de jinetes, y Esquines, que estaba al frente del destacamento de los peltastas situados alrededor de Quirísofo, cuando vieron que los enemigos huían con todas sus fuerzas, emprendieron su persecución. Los soldados les gritaban que no los dejaran atrás, que querían subir con ellos a la montaña. Quirísofo, por su parte, cuando hubo cruzado, no persiguió a los jinetes, sino que, de inmediato, siguiendo los ribazos que llevaban hasta el río subió a hacer frente a los enemigos, situados en la parte superior. Y éstos, al ver que huían sus jinetes y que los hoplitas los atacaban, abandonaron las cimas que dominaban el río.Cuando Jenofonte vio que las cosas salían bien al otro lado del río, retrocedió muy rápido en dirección al ejército que todavía atravesaba el río. Pues era evidente que los carducos bajaban a la llanura para atacar a los últimos. Quirísofo ocupó las alturas y Licio, con unos pocos, se empeñó en perseguir a los enemigos y cogió los bagajes abandonados, entre los que había hermosos vestidos y vasos. Todavía seguían cruzando los bagajes de los griegos y la muchedumbre, cuando Jenofonte dio media vuelta, alineó las tropas frente a los carducos y transmitió a los capitanes la orden de que cada uno formara su compañía por secciones, desenvolviendo la sección por la izquierda sobre un frente de falange, de tal forma que los capitanes y jefes de sección avanzaran del lado de los carducos y que los jefes de

la retaguardia, en cambio, se alinearan del lado del río.Los carducos, cuando vieron que la retaguardia estaba desprovista del grueso de las tropas y que parecía ya con pocos efectivos, a toda prisa atacaron, entonando ciertos cantos. Quirísofo, cuando se sintió en lugar seguro, envía a Jenofonte los peltastas, honderos y arqueros, con la orden de que cumplan lo que les ordene Jenofonte. Al verlos cruzar, Jenofonte envió un mensajero con la orden de que permanecieran allí en el río sin pasar. Y que, cuando los suyos empezaran a atravesar, penetraran en el agua a su encuentro como si se propusieran pasar llevando los dardos cogidos por la correa y los arqueros con la flecha en la cuerda, pero que no se adentraran en el río.Y a los suyos les dio la orden de que, cuando la honda les alcanzara y el escudo resonara, entonaran el peán y corrieran contra los enemigos, y cuando los enemigos diesen media vuelta y el trompeta diera la señal de guerra desde el río, diesen media vuelta a la derecha y que los jefes de retaguardia fueran al frente, que todos corrieran y cruzaran lo más rápidamente posible por el sitio que cada uno tenía asignado, para no estorbarse unos a otros. Pues el más valeroso sería el que alcanzara en primer lugar la orilla opuesta.Los carducos, al ver que ya les quedaban pocos hombres —pues muchos, incluso, de los que habían recibido la orden de permanecer en la retaguardia se habían ido, unos por ocuparse de las acémilas, otros de los bagajes, otros de las cortesanas—, atacaron entonces con ardor y empezaron a disparar con las hondas y los arcos. Los griegos entonaron el peán y se lanzaron a la carrera contra ellos. Pero éstos no ofrecieron resistencia. Pues, aunque estaban armados suficientemente, en las montañas, para hacer rápidas incursiones y darse a la fuga, para la lucha cuerpo a cuerpo, sin embargo, no les bastaba este armamento. En este momento el trompeta dio la señal, los enemigos huyeron todavía mas deprisa y los griegos dieron la vuelta en sentido contrario y huyeron a través del río a toda velocidad. Entre los enemigos, unos se dieron cuenta, corrieron de nuevo hacia el río y, disparando flechas, hirieron a unos pocos, mientras a la mayoría, incluso estando los griegos en la otra orilla, se les veía todavía huir. Los que salieron al encuentro del enemigo, por demostrar su valentía y por avanzar más lejos de lo que era oportuno, cruzaron de nuevo el río detrás de las tropas de Jenofonte. Algunos de estos fueron también heridos.

Fue una táctica admirable, y admirablemente ejecutada —aunque los griegos tuvieron la suerte de que la larga enemistad entre armenios y carducos les impedía coordinar sus ataques.



La llanura al oeste del lago Van. Los Diez Mil marcharon a través de la planicie en medio de un frío helador (la altitud ronda los 1.700 metros) y giraron donde acaban las colinas. Los exploradores de Tiribazo les siguieron de cerca todo el tiempo.

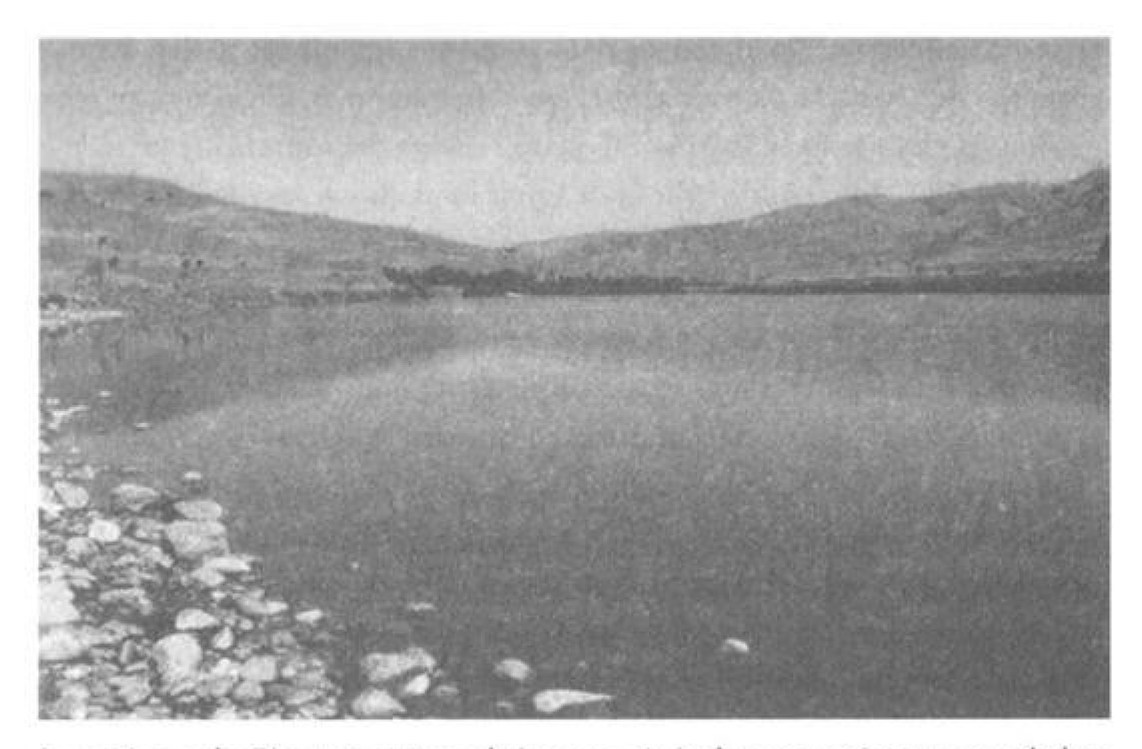
Seis días de viaje, primero hacia el norte y, luego, hacia el nordeste en dirección al lago Van, les dieron un respiro sumamente necesario en las hostilidades, además de la oportunidad de reponer provisiones. Pasada la llanura del Centrites cruzaron unas tierras altas, problemáticas sólo en contadas ocasiones, hasta llegar a la elevada planicie que comienza no lejos del lago Van, al oeste, y se extiende más allá de Muş. El viento atravesaba sus ropas, poco apropiadas, pero ya habían pasado las montañas y entrado en lo que era entones Armenia occidental. Luego, se dirigieron hacia el noroeste a través de la fértil llanura donde actualmente crecen frutales, cereal, remolacha azucarera y tabaco, mientras que en las montañas de los alrededores una profusión de torrentes y jugosos pastos sustentan no sólo al inevitable ganado ovino, sino también a vacas y caballos en un paisaje que recuerda las laderas herbosas de los Alpes europeos. Resulta raro que Jenofonte no mencione el espectacular lago de unos 3.750 kilómetros cuadrados,

uno de los de mayor altitud del mundo al estar situado a 1.700 metros sobre el nivel del mar. Aunque su ruta no los llevó directamente a bordear sus orillas, algunos exploradores debieron de haberlo visto, pero ninguna información llegó a oídos de Jenofonte —o, al menos, ninguna que hubiese podido recordar más tarde, en el momento de poner por escrito sus experiencias.

Allí, en la llanura, junto al río Teleboas (el Murat o uno de sus afluentes), se encontraron con Tiribazo, el vicesátrapa de Armenia occidental, y a petición suya llegaron a un acuerdo por el cual, si los griegos prometían no destruir ninguna vivienda, tendrían paso libre y podrían tomar de su territorio las provisiones que necesitaran. Aunque ambas partes se separaron en paz, el ejército de Tiribazo acompañó como una sombra a los griegos mientras seguían avanzando a través de la llanura y se dirigían hacia el noroeste antes de girar de nuevo al norte (para evitar los peores parajes de la cordillera de Nemrut, de origen volcánico, que se extiende desde el extremo noroccidental del lago Van), y luego al este y nordeste, en paralelo, aproximadamente, a la orilla septentrional del lago, siguiendo el curso serpenteante del Murat. El rodeo que dieron en aquel lugar resulta un tanto extraño: deberían haberse encaminado más o menos directamente al norte, hacia la antigua localidad fortificada de Erzerum, continuando luego hasta el mar Negro. Los ríos les habrían proporcionado agua, y las montañas, aun siendo elevadas, no son infranqueables. Probablemente había demasiada nieve, o la ruta de menor altitud estaba mejor aprovisionada —pero también es posible que sus guías tuvieran otros motivos para conducirlos por un itinerario más tortuoso.

En efecto, según pudieron comprobar, Tiribazo planeaba atacarlos una vez que hubiesen girado de nuevo hacia el norte, junto a la moderna ciudad de Malazgirt. La ruta seguida por los griegos subiendo por el valle del Murat hacia las localidades modernas de Tukat y Ağri (señalada en algunos mapas como Karaköse —no nos queda más remedio que orientarnos por hitos modernos, pues se trataba de un territorio estéril sin asentamientos antiguos lo bastante grandes como para haber dejado huella—) los condujo, probablemente, a través de un valle estrecho entre dos picos, un lugar perfecto para una emboscada. Tiribazo, como Tisafernes antes de él, tenía motivos legalistas para aquella «traición»: los indisciplinados griegos habían vuelto a violar un tratado. A pesar de su promesa específica de no dañar ninguna vivienda, algunos soldados habían incendiado casas en los pueblos donde habían vivaqueado. Quizá intentaban calentarse —al fin al cabo, se enfrentaban a un frío glacial y a unas nevadas extraordinarias—, pero aquel comportamiento contravenía directamente las condiciones de la tregua. Los griegos, sin embargo, se enteraron de los planes de Tiribazo por un persa que

habían capturado, y ateniéndose al principio de que la mejor defensa es un buen ataque, la mayor parte del ejército marchó contra el campamento de montaña de Tiribazo. Los persas se dispersaron ante ellos, y los griegos atravesaron el valle sanos y salvos.



Los griegos de Ciro soportaron el tiempo más inclemente mientras marchaban por la orilla del Murat, un poco al norte de este hermoso tramo del río.

En la llanura que se abría más allá de las colinas quedaron expuestas a un viento norte implacable, feroz y extenuante. Su desesperación era tal que, en cierto momento, ofrecieron un sacrificio al viento aullador y se convencieron de que había comenzado a soplar con menos crudeza. La marcha hacia el norte siguiendo el curso del Murat hasta la seguridad relativa de unos pueblos más allá de Agri les costó cuatro jornadas, durante las cuales murieron de frío en torno a un centenar de soldados y seguidores del campamento; su debilidad se había agravado por la falta de víveres, casi imposibles de encontrar en aquellas condiciones, y por la

dificultad de avanzar sobre la nieve, que en algunos lugares cubría el suelo con un espesor de hasta 170 centímetros. Otros constataban cómo sus miembros se llenaban de ampollas, se hinchaban, se ennegrecían y descomponían por congelación, o perdían la vista de forma temporal o permanente debido a la ceguera de la nieve, aunque algunos aprendieron a agitar los dedos de las manos y los pies incluso cuando descansaban, y a cubrirse los ojos con algo oscuro. También aprendieron a descalzarse de noche, pues de lo contrario «se les incrustaban en los pies las correas y las sandalias se les quedaban pegadas».[90] A pesar de aquel tiempo atroz, pequeñas bandas de enemigos seguían pisándoles los talones y hacían presa en quienes se retrasaban, matando a los hombres y robándoles los animales. En aquellas condiciones, el ejército no mantenía la formación, y los hombres se iban rezagando en pequeños grupos; la retaguardia caminaba a casi medio día de marcha por detrás de la vanguardia y sufría más las incursiones del enemigo. La situación nos recuerda inevitablemente la retirada de los británicos hasta La Coruña a través de los montes de Galicia en el invierno de 1808-1809, o a la de Washington desde Nueva York en los meses invernales de 1776: en los tres casos, los hombres estaban inadecuadamente equipados para un clima riguroso, y las tropas británicas de sir John Moore sufrieron tanto como las de Jenofonte por falta de comida. Las diferencias son igualmente instructivas: el ejército griego no padeció la amotinada indisciplina de los británicos ni las deserciones que acosaron a Washington. Los hombres de Jenofonte debían mantenerse unidos, pues no había a dónde escapar.

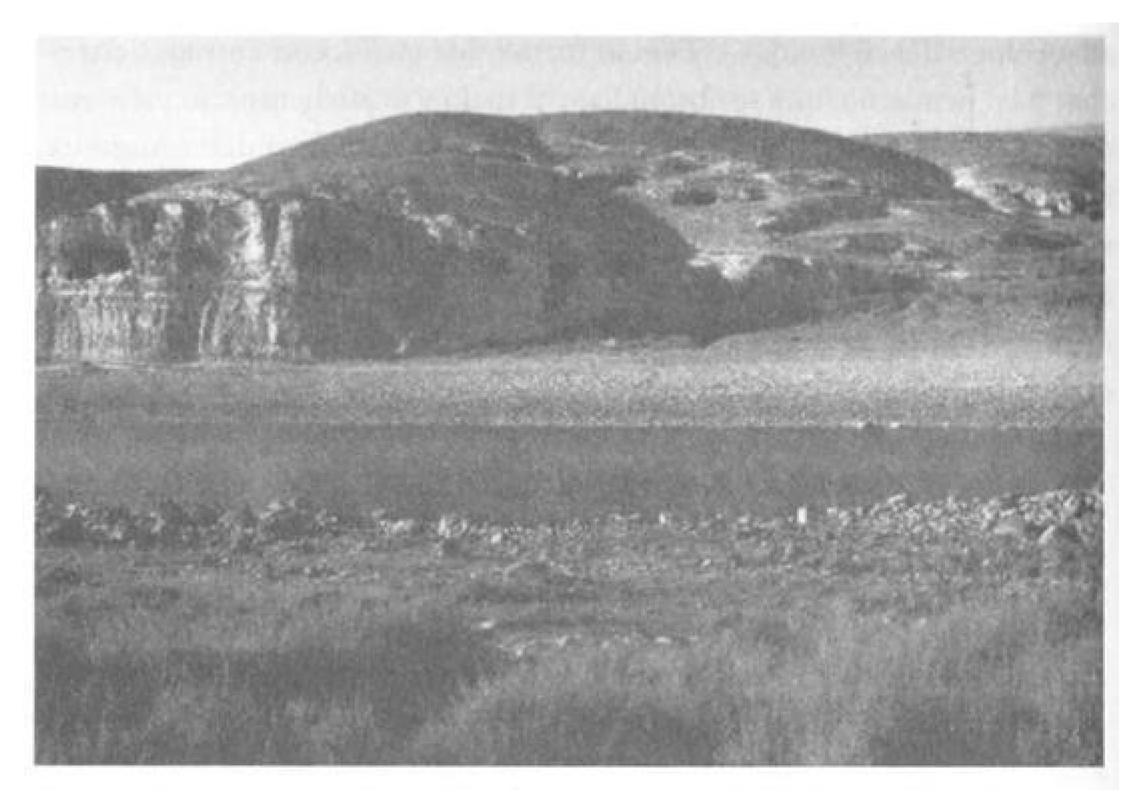
Una vez llegados a la seguridad de los pueblos, dedicaron nueve días a descansar y recuperarse. No les molestaron los soldados de Orontas, disuadidos finalmente por las terribles condiciones climáticas. Los soldados cuidaron de sí mismos, mientras ellos o sus esclavos limpiaban y reparaban armas y armaduras. Comieron bien, disfrutaron del abundante vino de cebada y fueron tratados con amabilidad por los lugareños, con quienes se comunicaron sobre todo por gestos, aunque el jefe del poblado hablaba algo de persa. La ubicación de estos pueblos y la ruta tomada por el ejército durante las cinco semanas siguientes sigue siendo incierta; el terreno es increíblemente tortuoso y monótono (sobre todo bajo la nieve), y se entiende que las descripciones de Jenofonte sean imprecisas.

Las viviendas de aquellas aldeas eran subterráneas —«tugurios bajos, meras oquedades en la ladera», según la descripción de Austen Layard,[91] arqueólogo del siglo XIX. Tenían forma de botella, con entradas estrechas y en pendiente que se abrían bajo el suelo y dejaban espacio suficiente para dar cabida a animales y personas. En todas partes del mundo ha habido campesinos que han vivido en esas

condiciones para eludir la extremosidad del clima —el calor abrasador de Beluchistán, o el frío de Armenia y Rumanía—. John Macdonald Kinneir nos ha transmitido una impresión gráfica de un pueblo de esas características y del territorio circundante a comienzos del siglo XIX:

El clima es allí tan duro que la gente se ve obligada a vivir bajo tierra; los frutos no llegan a madurar, y las míseras cosechas de cebada sembrada en las laderas de las montañas apenas recompensan el esfuerzo del hombre de la casa [...] Lo único que se ve son montañas peladas y yermas punteadas de nieve, atravesadas por cañadas profundas y precipicios aterradores. Los pueblos se escondían de las miradas; los tejados de las casuchas se hallaban a nivel del suelo y estaban cubiertos de tierra, por lo que no era raro que los senderos pasaran por encima de las viviendas.[92]

Los griegos dejaron con cierta desgana la calidez de las aldeas trogloditas y sus abundantes provisiones de vino y comida, pero se llevaron al jefe como guía y a su hijo como rehén mientras seguían hacia el norte a través de Armenia. La marcha no era más fácil y los ánimos se encrespaban a medida que el agotamiento minaba la contención. Nueve días y unos 225 kilómetros después alcanzaron una cadena montañosa con un paso ocupado contra ellos por una fuerza conjunta de cálibes, fasianos y taocos. En vez de arriesgarse a combatir en la estrecha garganta, siguieron la propuesta de Jenofonte y enviaron una fuerza durante la noche para ocupar otra parte de la montaña. Al amanecer del día siguiente, atacaron al enemigo de frente y desde un flanco al mismo tiempo y no tardaron en derrotarlo. Como habían hecho con los carducos, aprovecharon para su propia ventaja las condiciones del terreno.



Estas viviendas subterráneas abandonadas sobre el Tigris en Hasankayef, al sudoeste del lago Van, dan una idea de los tugurios donde los hombres de Jenofonte se acomodaron algo más al norte.

Cinco días después fueron detenidos de nuevo, en este caso por un fortín de los taocos situado, probablemente, en algún punto de las montañas Kargapazari, al nordeste de Erzerum. A Jenofonte se le ocurrió una inteligente estratagema para agotar los proyectiles de los enemigos —simples piedras y peñascos arrojados desde lo alto de una tosca muralla que colgaba sobre un desfiladero— tentándoles con blancos aparentemente fáciles. A continuación, los griegos penetraron en el fortín sin grandes esfuerzos. Los taocos estaban protegiendo a sus mujeres y sus niños, apiñados en un extremo de la muralla defensiva. A medida que se acercaban, los griegos vieron con espanto cómo las mujeres comenzaban a arrojar a sus hijos al desfiladero. Una vez muertos todos los niños, las mujeres saltaron seguidas por los hombres. ¿Qué pánico o qué presentimiento indujo a los taocos a lanzarse al vacío? ¿Eran los griegos tan terribles? Un oficial griego intentó impedir que un hombre especialmente bien vestido se arrojara al abismo, no tanto por razones humanitarias cuanto por la perspectiva de conseguir unos ropajes y unas

joyas valiosas, pero cayó y perdió la vida junto con su prevista víctima. Los griegos, desesperados, superaron pronto su consternación y repusieron sus provisiones en la fortaleza ya sin defensores.

El viaje de invierno al norte de la encrucijada de Cizre fue, con mucho, la etapa más ardua de la retirada de Jenofonte. Los giros y vueltas de la ruta de los cirianos estuvieron dictados no sólo por las exigencias que imponía aquel terreno formidable, sino también porque, a veces, se encontraban más o menos perdidos, eran desencaminados por alguno de sus guías o descubrían que el itinerario preferido estaba bloqueado por la nieve o por tribus hostiles. Los griegos perdieron un gran número de combatientes no sólo por los proyectiles enemigos, contra los cuales podían, al menos, tomar medidas defensivas, sino por el clima despiadado, que debió de haberse cobrado aún más vidas entre los no combatientes, que eran siempre las primeras víctimas de aquellas condiciones. Unos trescientos cincuenta años más tarde, en el 36 a. C., mientras un ejército romano mucho mejor pertrechado moría de hambre y era hostigado por los partos casi en la misma región del mundo, su general, Marco Antonio,[93]rindió homenaje a la resistencia de los Diez Mil. He recorrido una gran parte de esa ruta en la comodidad de un Land Rover moderno en otoño, y no en invierno, e incluso en esa época del año el avance resultaba penoso en cuanto dejaba las carreteras asfaltadas. Los hombres de Jenofonte fueron unos tipos duros.

Por mera casualidad, el ejército mercenario tenía el tamaño exactamente adecuado: una fuerza menor podría haber sido vencida por uno de los muchos adversarios a los que se enfrentó; otra mayor habría tenido menos movilidad y mayores dificultades para encontrar provisiones suficientes. Pero Jenofonte, más que reconocer la capacidad de resistencia o la buena suerte, atribuye el éxito de los griegos a un buen liderazgo y a la consiguiente capacidad de colaboración. Uno de los diversos matices que caracterizan su relato —que es algo más, o quizá menos, que una descripción histórica franca y objetiva— es la importancia que concede a su propia destreza como líder, por contraposición, habitualmente implícita, con la del resto de los generales. Estas insinuaciones encajan a la perfección en algunas observaciones más teóricas acerca del liderazgo expuestas en otros pasajes de su extensa obra escrita, lo cual nos permite comenzar a ver que la *Anábasis* es un texto sutilmente estratificado —«pretenciosamente sencillo», por emplear la paradoja perspicazmente acuñada por Lawrence de Arabia.[94] Desde el momento de la detención de los generales, Jenofonte aparece siempre en primer plano, animando a los soldados individualmente o en conjunto, tomando la iniciativa en los consejos de oficiales y demostrando que era, en general, un dirigente capaz. El liderazgo es

un tema recurrente en las obras de Jenofonte y fue una cuestión vivamente debatida en el siglo IV, por las fechas en que escribía nuestro autor. Jenofonte expuso en varios libros una de sus intuiciones más importantes: la existencia de paralelismos entre las distintas formas de organización social —un Estado, un ejército, un grupo de trabajadores, un hogar—, y de semejanzas en las cualidades requeridas para dirigirlas. En la *Anábasis* intercala digresiones para ofrecernos esbozos de caracteres de líderes como Ciro o Clearco, especialmente en forma de notas necrológicas. En conjunto, esos esbozos revelan las reflexiones de Jenofonte sobre el liderazgo: todos los líderes, incluido él mismo, son objeto de un retrato o, al menos, de una aparición fugaz que nos ayudan supuestamente a trazar las cualidades del líder ideal o reconocer las de los malos dirigentes.

Jenofonte consideraba que el ingrediente esencial de un mando acertado era el conocimiento:

Sócrates decía [con la aprobación de Jenofonte] que no son reyes y gobernantes los que llevan el cetro ni los que han sido elegidos por quienquiera que fuese, ni los que han alcanzado el poder a suertes, por la violencia o el engaño, sino los que saben gobernar.[95]

El conocimiento requerido consistía en reconocer el bien común y trabajar para él. El gobernante de éxito sabe, en opinión de Jenofonte, cómo cuidar de los intereses de sus súbditos mejor que ellos mismos; lidera con su ejemplo —en este punto, la seguridad del aristócrata constituye una enorme ventaja— y demuestra ser lo bastante flexible e imaginativo, y hasta inspirado, como para idear los diversos medios que permiten lograr el bien común y la salvaguarda de sus súbditos, y lo bastante fuerte como para resistir agresiones y desmanes. Un líder así resulta inmediatamente atractivo para sus subordinados, que, en consecuencia, lo respetan y honran y le obedecen de buen grado. La mejor obediencia es la voluntaria, pero en casos excepcionales puede obtenerse también por coacción o emulación o por cierto sentimiento de vergüenza o deber. Cualquiera que sea su causa, la virtud vertical de la obediencia a un superior es sobre todo un medio para inculcar disciplina en sus subordinados, es decir, la virtud horizontal consistente en la capacidad para cooperar con los demás. Esta, a su vez, incrementa la moral, cuyo valor —en especial para la consecución del éxito militar— fue reconocido por Jenofonte con excepcional claridad.

Un buen líder necesita, no obstante, otras características específicas: valentía, inteligencia, destreza táctica y estratégica, autodisciplina y piedad, capacidad para actuar con astucia, accesibilidad para sus hombres y conocimiento de sus virtudes y flaquezas, junto con la facultad de negociar con gente ajena. La más decisiva de estas cualidades es la autodisciplina, pues, tal como la veía un Jenofonte socrático, es el fundamento de todas las virtudes morales, incluida la capacidad de hacer el bien a los demás o inculcarles esa misma autodisciplina. Los líderes imperfectos carecen, en cambio, de la resolución y la fuerza de la certeza moral. No consiguen encontrar el equilibrio correcto entre coaccionar e inculcar una lealtad voluntaria, están demasiado influidos por motivaciones personales, no reprenden a sus hombres cuando cometen errores sino que los sobornan con promesas precipitadas, provocan divisiones en el ejército e ignoran los augurios enviados por los dioses.

Un signo del desencanto del siglo IV fue la existencia de argumentos más numerosos y potentes en favor de líderes singulares que de adalides de la democracia. La teoría política fue en gran parte una creación de ese siglo y nació del intento de denigrar la democracia ateniense. Las reflexiones de Jenofonte sobre el liderazgo surgieron de sus experiencias durante la retirada, y una de las principales sutilezas de su relato es que la retirada de Babilonia representa al mismo tiempo un alejamiento de los elevados ideales del siglo V, cuando los problemas políticos se presentaban en blanco y negro, para reconocer —no sin cierto toque de nostalgia— la vulnerabilidad e inconvenientes de cualquier forma de constitución y la necesidad de un liderazgo fuerte pero flexible como medio para compensar dichas debilidades. Y así, de manera muy notable, vemos cómo Jenofonte reflexiona en la *Anábasis* sobre las principales formas de constitución reconocidas por sus contemporáneos y llega incluso a proponer que, si bien un sistema político puede responder mejor a la administración normal y cotidiana, otros podrían adaptarse mejor a situaciones de emergencia.

Desde el momento en que los griegos comenzaron a teorizar sobre sistemas políticos reconocieron una división fundamental de las constituciones en tres tipos: monarquía, oligarquía y democracia. Desde una perspectiva lineal, esa división no se contemplaba como un mero reflejo de la proporción de ciudadanos que ostentaban el poder político —uno, unos pocos o la mayoría—, sino que solía considerarse como la expresión de dos extremos radicales, monarquía y democracia, más una situación central de compromiso o contrapeso. Por eso, algunas formas de oligarquía se veían como una constitución «mixta» ideal, o al menos ésta era la opinión de algunos teóricos pertenecientes a las clases

adineradas, cuyos escritos son los únicos que se han conservado.

Esta división tripartita tenía una larga historia[96]Su origen se pierde en las nieblas de la tradición folclórica, hacia el final del siglo VI a. C., pero sigue reflejándose cuatrocientos años más tarde, por ejemplo, en las obras del historiador Polibio o de los politólogos estoicos de la misma época. La hallamos implícita en algunos versos escritos por Píndaro a finales de la década del 470: «El hombre de sincero decir progresa en cualquier régimen —dice el poeta——, tanto en tiranía, como bajo el pueblo desenfrenado o cuando son los sabios quienes tutelan la ciudad». El gobierno de los sabios, sugiere Píndaro, encuentra el equilibrio entre la tiranía y la impetuosidad irresponsable.

Ha llegado también hasta nosotros el extraordinario debate constitucional expuesto en la *Historia* de Heródoto, escrita a comienzos de la década del 430. Heródoto presenta a tres persas del siglo VI en un debate anacrónico e inverosímil sobre las tres formas de gobierno en el que cada cual defiende una de ellas. Ótanes, el adalid de la democracia, critica la monarquía porque da el poder a un solo hombre —aduciendo que sucumbirá necesariamente a la corrupción— y elogia la democracia por su equidad y porque sus autoridades son responsables ante el pueblo. Megabizo alaba la oligarquía como el gobierno de los mejores y condena los dos extremos por considerarlos brutales y difíciles de controlar. Darío, el futuro Darío I, Rey de Reyes, piensa que un monarca ilustrado es, obviamente, el mejor tipo de gobernante, mientras que tanto la democracia como la oligarquía desembocan en querellas entre facciones; además, según afirma Darío, la historia ha demostrado la necesidad de un buen monarca para arreglar el desorden dejado por los enfrentamientos entre oligarcas o demócratas.

El reconocimiento por parte de Heródoto de la existencia de argumentos a favor y en contra de cada una de las formas constitucionales llevó en el siglo IV, la época de Jenofonte, a que filósofos como Platón y Aristóteles subdividieran las tres constituciones en seis, con una versión buena y otra mala de cada una de ellas. Así, Platón dividió el gobierno de un solo hombre en monarquía y dictadura; el de unos pocos, en aristocracia (literalmente: «el gobierno de los mejores») y oligarquía; y el gobierno del pueblo, en democracia y oclocracia (gobierno de la plebe). Pero ese reconocimiento desembocó también en un relativismo hastiado con el mundo: pudiera ser que ninguna constitución fuese mejor que otra. Jenofonte es sólo un grado menos escéptico, o más flexible, al señalar que las distintas constituciones pueden ser útiles en circunstancias diferentes.

Se ha observado a menudo que los cirianos se comportaban como una polis,un cuerpo de ciudadanos, en movimiento. Se celebraban asambleas en las que todo soldado, por modesto que fuera, podía tener voz, y había un consejo asesor de generales y comandantes de compañía. Los griegos de Ciro eran una corporación soberana y autónoma del tamaño aproximado de un Estado griego medio, y las estructuras que adoptaban para deliberar, legislar y decidir reflejaban las estructuras políticas típicas de un Estado griego. Pero afirmar que los cirianos se comportaban como una *polis* en movimiento no significa gran cosa, y podremos decir más si prestamos atención a las sutilezas del texto de Jenofonte. En su narración, el ejército actuó en distintas ocasiones con comportamientos que reflejaron las tres formas políticas de constitución.

Los antiguos griegos no se habrían sorprendido al ver que Jenofonte utilizaba con ligereza y a su antojo el relato de una expedición militar para exponer un poco de teoría política: la vida militar y la política estuvieron siempre íntimamente relacionadas en las mentes griegas. El cumplimiento de las obligaciones como ciudadano incluía, sobre todo, la posibilidad de ser llamado a filas en cualquier momento entre los dieciocho y los sesenta años para servir en el arma apropiada a la condición social de cada cual. En la oda de Píndaro citada más arriba, el término empleado para las masas es *stratós*, que significa «hueste armada»; los enemigos de la democracia ateniense solían referirse a ella como el gobierno de los remeros de la flota; y Aristóteles describe su organización política ideal, equilibrada y moderada, como la «constituida por quienes sirven como hoplitas». Desde una perspectiva política, los ciudadanos podían ser vistos como mera tropa, por lo que no es de extrañar que Jenofonte trate a sus tropas como una especie de ciudadanos.

El sistema esperable es el oligárquico. La oligarquía es normal en un ejército: los pocos —los oficiales— dictan órdenes; y los muchos les obedecen. Así, los generales se organizaban de forma natural en una especie de consejo de administración, con el poder de mandar por derecho propio, recibir a los embajadores de las ciudades o de otros ejércitos, formular el orden del día para las asambleas generales y convocarlas. Esa clase de consejo era especialmente inevitable ya que, de entrada, el cuerpo de mercenarios estaba constituido por unidades distintas, cada una de las cuales debía lealtad a un general diferente. A veces, los ocho o diez generales se reunían por su cuenta; en ocasiones incorporaban a unos ciento veinte comandantes de compañía. En cualquiera de ambos casos seguían siendo una oligarquía, con más o menos hombres en el poder. Esta junta de oficiales era la norma en el ejército y se reunía a diario. Sólo se sentían

forzados a convocar una asamblea para lograr la aprobación de los soldados cuando había peligro de que aquellos métodos prepotentes se enfrentaran a cierto grado de auténtico rechazo por parte de la tropa. En los demás casos, el sistema oligárquico funcionaba bien.

Por lo que respecta a la democracia, oímos hablar de asambleas generales celebradas de vez en cuando en las primeras fases del viaje, y más tarde de manera habitual, una vez que el ejército hubo llegado al mar Negro; en ellas, los oficiales consultaban a la totalidad del ejército. En unas pocas ocasiones, los hombres se reunieron, incluso, por propia iniciativa y se arrogaron la facultad de decir a sus oficiales lo que había que hacer y multarlos por antiguos errores. Se trataba, por supuesto, de una situación notable, cercana al motín desde un punto de vista militar normal: los soldados sólo suelen reunirse para escuchar un discurso o una arenga de sus oficiales. En la *Anábasis*, los soldados de tropa teníán, de hecho, algo que decir de vez en cuando sobre lo que estaba sucediendo, a pesar, incluso, de que Jenofonte era consciente de la facilidad con que se manipulaban aquellas reuniones masivas, como lo hizo Clearco en Tarso, y aunque, en la realidad práctica, quienes más tomaban la palabra eran los comandantes de compañía, que hablaban en representación de sus hombres. Pero todas esas asambleas fueron reuniones de crisis. Tuvieron lugar cuando los soldados amenazaron con amotinarse, escindirse en facciones, cometer algún delito o perder la confianza. También se celebraron cuando los oficiales preparaban alguna acción tan arriesgada que tenía su lógica intentar ganarse el asentimiento de los soldados antes de llevarla a cabo. (Como en muchas ciudades Estado, el derecho a declarar la guerra era competencia del pueblo en asamblea.) Y también, cuando los hombres necesitaron el consuelo de que se les recordaran estructuras políticas que les eran familiares. En cambio, no se celebraron cuando la disciplina del ejército y su coherencia eran tales que los oficiales podían gestionar los asuntos por sí mismos y sin inconvenientes.

Jenofonte expone puntos de vista acerca de la monarquía incluso tras la muerte del autocrático Ciro. En Sínope, por ejemplo, a orillas del mar Negro, los hombres volvieron a sentirse inquietos, en este caso porque se estaban acercando a casa pero consideraban que no habían acopiado suficiente botín y beneficios, por lo que decidieron elegir un único comandante en jefe, al margen del consejo de generales que los había gobernado en gran parte hasta ese momento. Su primer candidato fue Jenofonte, pero la geopolítica hizo que un espartano representara una opción mejor, por lo que fue Quirísofo quien obtuvo el encargo. No obstante, dio la casualidad de que el ejército se escindió sólo unos días después, momento en que murió Quirísofo; pero estos sucesos no vienen al caso. Lo importante del pasaje

es que Jenofonte nos dice por qué los hombres querían un único líder; la razón es que los miembros de un consejo o comité pueden disentir unos de otros, lo cual retrasa la toma de decisiones y su aplicación. Se supone, según lo entendemos, que el líder singular trabaja sabiamente por el bien de sus subordinados —en este caso, para enriquecerlos—; y en otro lugar de la *Anábasis*, Jenofonte explica que las diferencias entre una autocracia buena y otra mala radican precisamente en que los objetivos de un mal autócrata, de un tirano, son puramente egoístas.

Jenofonte expone, pues, su visión funcional de las tres constituciones básicas. Su relato trata, en primer lugar, de los Diez Mil, pero sus conclusiones pretenden tener una aplicación más amplia y ser una aportación secundaria a la teoría política del momento. Una característica típica de Jenofonte es no pregonar un mensaje sino dejar un rastro de claves. Y la primera es el número de términos directamente políticos esparcidos por el texto —como cuando el comandante de una compañía escindida aparece descrito como tirano, o cuando al propio Jenofonte se le califica de demagogo por su primordial preocupación por el bien común.[97] Para Jenofonte, el bien del ejército dicta la forma del sistema político. La monarquía es buena para las reacciones rápidas en situaciones de emergencia; la oligarquía, para la administración normal cotidiana; la democracia, para aplacar y conjurar levantamientos populares. Es evidente que, para él, la constitución más útil es la oligarquía, pero frente a una situación de emergencia, tanto si es producto de factores internos como externos, uno de los dos regímenes extremos podría llegar a ser el mejor medio para mantener la disciplina y hacer realidad los intereses de la gente. No obstante, se trata de un compromiso. Por decirlo con palabras modernas, no se puede votar al mismo tiempo por el colectivismo y por el individualismo, por la izquierda y por la derecha. Quizá parezca de puro sentido común alegar que ambos bandos tienen posiciones aceptables, pero, en realidad, la incapacidad para comprometerse es siempre signo de desencanto. Jenofonte no abandonó nunca sus inclinaciones oligárquicas, pero la retirada de Babilonia le enseñó que en política no hay remedios infalibles y que la seguridad radicaba en sustituir la indecisión por la certeza y dependía casi por entero de las cualidades de los líderes, que, tanto si eran demócratas como oligárquicos o monárquicos, debían ser capaces de aunar un sólido cimiento moral y una flexibilidad inteligente. Y pensaba que él mismo se había acercado a ese ideal.

El principal problema de un ideal basado en un liderazgo fuerte es que está expuesto al abuso. Todos los dictadores comienzan suponiendo que saben mejor que el resto de la gente qué es bueno para ella. Épocas como la de Jenofonte (y la nuestra), caracterizadas por la incertidumbre moral, resultan fáciles de explotar. El

liderazgo fuerte que llegó a Grecia no fue una guía moral sino el imperialismo de los conquistadores macedonios. Nuestro mundo sigue demostrando también la existencia de una estrecha línea divisoria entre la afirmación de unos valores morales y la mera imposición del poder.

«¡EL MAR, EL MAR!»

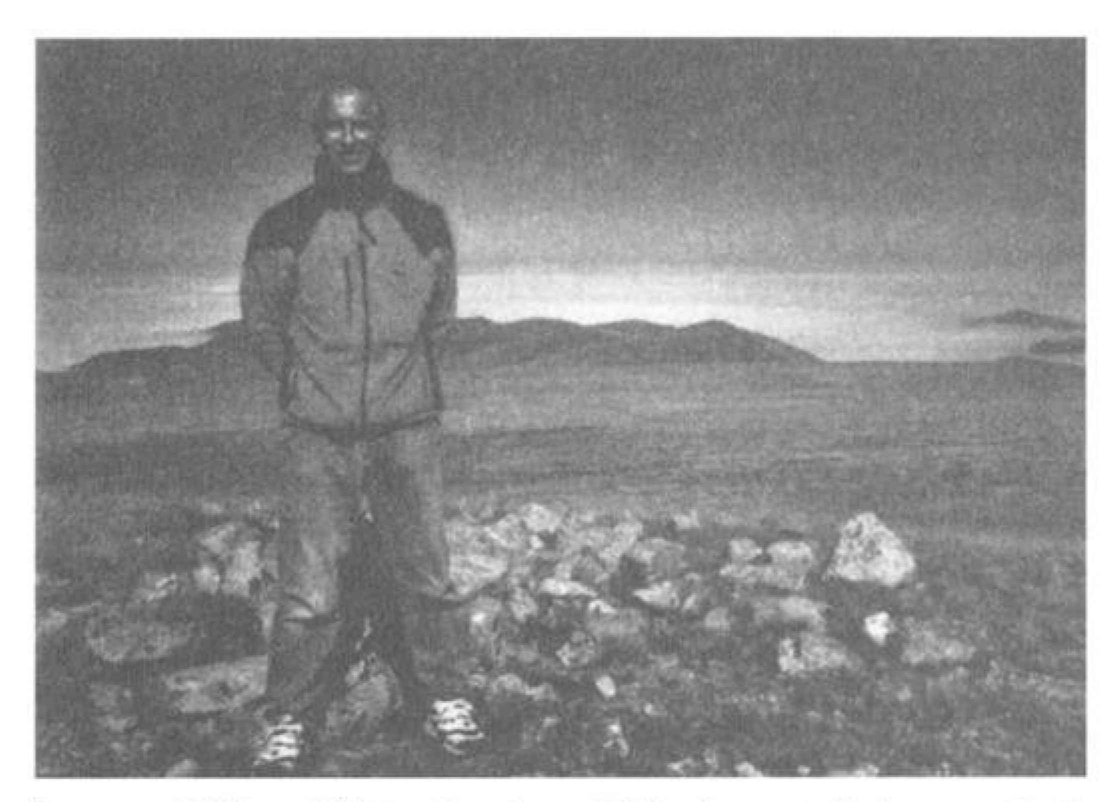
La pesadilla prosiguió durante los siete días siguientes de marcha a través de las tierras altas de los cálibes. El peligro estaba siempre presente, y los rezagados por cansancio podían acabar degollados. Los cálibes tenían la truculenta costumbre de cortar las cabezas de quienes mataban y provocar a sus enemigos agitando ante ellos aquellas reliquias de sus antiguos camaradas. Pero los griegos habían tomado suficientes víveres de los taocos como para no tener que romper la formación y dedicarse al pillaje, y atravesaron el río Harpaso (probablemente el Kara Su, denominación del curso alto del Éufrates) para llegar al país relativamente seguro de los escitenos, donde pudieron reponer sus provisiones. Cuatro días y 100 kilómetros más tarde, después de haber atravesado una última llanura situada a 1.800 metros sobre el nivel del mar y entrecruzada por ríos, llegaron a la ciudad de Gimnias (la moderna Bayburt), en las estribaciones de la cordillera verdaderamente descomunal de Doğu Karadeniz, que bordea la costa sudeste del mar Negro.

Para entonces, el avance de los griegos se había vuelto vacilante, pues el frío y el hambre habían consumido todas sus energías. También les pasaban factura aquellas jornadas que se habían acumulado hasta sumar semanas inexorables de marcha siempre en guardia con los nervios en tensión. Pero, en Gimnias, el gobernante local les prometió un guía que les llevaría en cinco días hasta un lugar desde donde podrían divisar el mar. Con un sobresalto de expectación, los griegos vieron ante ellos el final de sus padecimientos. La idea de su valor como mercenarios se amoldaba a las circunstancias, y para asegurarse algo tan importante como un buen guía accedieron a las condiciones del jefe del clan: asolarían las tierras de algunos de sus enemigos, aunque ello transformara una jornada de marcha hacia el norte, en cinco días de viaje el este para volver, luego, al oeste. No nos es posible saber qué disputa local ayudaron a resolver los Diez Mil. Pero a continuación, según uno de los pasajes más famosos de la literatura occidental,

llegan a la montaña al quinto día. El nombre de la montaña era Teques. Cuando los primeros alcanzaron la cima, se produjo un gran griterío. Al oírlo Jenofonte y los de retaguardia, imaginaron que otros enemigos los atacaban de frente, pues les seguían por detrás gente procedente del territorio incendiado [...] dado que el griterío se hacía más grande y más cercano, que los que avanzaban

ininterrumpidamente se dirigían a la carrera al encuentro de los que gritaban sin parar y que el griterío se hacía mayor a medida que aumentaba el número de gente, pareció a Jenofonte que se trataba de algo más importante. Montó a caballo y, escoltado por Licio y sus jinetes, acudió en su ayuda. Y pronto oyen a los soldados que gritan: «¡El mar, el mar!», y que lo transmiten de boca en boca. Entonces todos corrieron, incluso los de la retaguardia. Las acémilas y los caballos eran azuzados también. Cuando todos llegaron a la cima, entonces se abrazaban unos a los otros, generales y capitanes, llorando. Y de repente, sin importar quién transmitió la orden, los soldados trajeron piedras y levantaron un gran túmulo.[98]

Las montañas de aquel paraje son tan agrestes y remotas —ocupadas, si acaso, por sólo unos pocos pastores trashumantes— que los estudiosos no han identificado el emplazamiento hasta fechas recientes: Teques es el moderno Deveboynu Tepe, y la identificación ha ayudado a encontrar en las cercanías los vestigios del propio túmulo levantado por Jenofonte y sus hombres. Las praderas que lo rodean se hallan aún sorprendentemente libres de las piedras que aparecen diseminadas por estas montañas: los hombres de Jenofonte emplearon todas las disponibles. Una larga pasión por la historia antigua me ha llevado a visitar un sinnúmero de yacimientos arqueológicos, pero la experiencia de hallar los restos del túmulo y colocarme, luego, sobre ellos me causó la máxima emoción histórica de mi vida. Un quebrantahuesos trazaba inmensas espirales sobre mi cabeza como para confirmar que aquél era realmente el sitio.



Los restos del hito erigido por los griegos de Ciro forman todavía un montículo más o menos circular. La alfombra de nubes a lo lejos ocultaba el mar, por lo que no pude gritar: «*Thálatta, thálatta!*». La cumbre se eleva a más de 2.500 metros sobre el nivel del mar.

¡Thalatta, thalatta!El grito lanzado por los hombres de Jenofonte al ver el mar no fue el mismo cuyo eco ha resonado a menudo en la literatura de los siglos XIX y XX, en el cual el mar aparecía afectadamente saturado de erotismo, religión, patriotismo o nostalgia o de algún deseo subliminal de redención o pérdida. De la misma manera que, después de una tormenta, los marineros gritan: «¡Tierra!», así también el grito de los Diez Mil fue una exclamación de puro gozo —un gozo multiplicado miles de veces por los peligros a los que habían sobrevivido, la distancia que habían recorrido y la incertidumbre que habían superado, y sazonado por la perspectiva de encontrar pronto asentamientos griegos—. El poeta Louis MacNeice[99]decía de Jenofonte que estaba «recubierto por un caparazón de parasangas» (la parasanga era la antigua unidad persa de longitud utilizada por Jenofonte en su libro, equivalente a algo más de cinco kilómetros), pero no lo lastraban imágenes freudianas o románticas del mar. La fuerza de la escena deriva

de algo tan poco complicado como nuestra añoranza innata y humana del hogar. No es el único pasaje de la *Anábasis* en que Jenofonte alude a algo con carácter de arquetipo.

NIEVE Y MIEL LOCA

C

ualquiera que haya visitado este lugar no puede dudar ni lo más mínimo de que los cirianos se sintieron conmovidos no sólo por la visión del mar, sino también por la propia belleza natural del lugar, donde uno siente la magnificencia de hallarse en la cima del mundo. Estas montañas reciben la denominación popular de Alpes Pónticos, y aunque son geológicamente más antiguos, más redondeados, que los advenedizos Alpes europeos, la comparación se ajusta a la belleza del paisaje y a su combinación de praderas altas, muy por encima de la cota superior del arbolado, y picos montañosos. Los griegos se hallaban en una buena plataforma herbosa a unos 2.500 metros de altitud. La plataforma es lo bastante amplia como para permitir que un gran número de hombres contemple desde ella el mar al mismo tiempo. Habían tenido suerte: el día en que yo estuve allí, todo cuanto pude ver fue un banco de niebla, característico de la región, a cientos de metros por debajo y que se extendía a lo lejos sobre el mar. Los días del año en que el mar es visible desde ese punto son pocos.

Mientras me encontraba allí, supe con absoluta claridad que la datación habitual del viaje de Jenofonte es errónea. Los estudiosos han fechado a principios de marzo, como muy tarde, el momento en que Jenofonte divisó el mar Negro. Yo estuve allí a mediados de octubre y, al seguir deliberadamente una de las rutas «panorámicas» de alta montaña que atraviesan la cordillera de Bayburt a Trabzon y recorrer pistas sin asfaltar, coincidí con la primera nevada invernal. Al regresar al día siguiente con un guía de habla turca para intentar localizar el túmulo, tuve la suerte de que las nubes del día anterior se habían retirado y, en aquella altitud, habían dado paso a un tiempo deslumbrante con algún que otro jirón de nieblas ligeras. El suelo estaba salpicado con la nieve del día anterior. La nieve iría en aumento seguidamente a lo largo de varios meses (hay una estación de esquí justo un par de picos más allá) y no desaparecería hasta junio, cuando también los barrancos se limpian de ella. Jenofonte no menciona la nieve; además, sus hombres levantaron un túmulo. Aceptando, incluso, cierto margen, la fecha más temprana en que estuvo allí se ha de situar a mediados o finales de mayo.

Otro factor apunta con seguridad a esa misma conclusión. Pocos días más tarde, mientras bajaban de la montaña a la costa con cautela y combatiendo, vivieron un suceso sorprendente narrado por Jenofonte:

Había allí muchas colmenas, y cuantos soldados comían miel perdían, todos ellos, la razón, vomitaban, les atacaba la diarrea y ninguno podía mantenerse en pie. Los que habían comido un poco parecían estar muy borrachos, los que habían comido mucho parecían enloquecidos, y algunos, incluso, parecían moribundos. Muchos yacían tendidos, como si se hubiese producido una derrota, y grande era el desaliento. Al día siguiente no murió ninguno, y, a la misma hora, aproximadamente, recobraron la razón. Al tercer y al cuarto día se levantaron como si hubiesen tomado un fármaco.[100]

La historia resulta increíble para quienes tenemos, en general, la idea de que la miel viene en tarros que se encuentran en los estantes de los supermercados; se parece a los cuentos de los viajeros medievales que hablaban de esciápodos y del reino inalcanzable del preste Juan. Pero es absolutamente cierta: la miel elaborada por abejas que se alimentan de unas pocas especies de rododendros de algunas partes del mundo es tóxica; su ingrediente activo es el acetilandromedol, una droga potente que provoca, entre otros efectos, mareo, alucinaciones, perturbaciones en el habla, dificultades respiratorias y un pulso muy bajo. Trescientos cincuenta años después, las tribus locales[101]de estas montañas dejaron, según se dice, ciertas cantidades de esa miel a modo de trampa para las tropas de Pompeyo. Pero el punto significativo es el siguiente: las flores amarillas y fragantes del *Rhododendrum luteum*, la especie endémica de esta zona con la que las abejas producen la «miel loca», sólo florecen de mediados de mayo a mediados de junio. Los hombres de Jenofonte hallaron miel reciente y, por tanto, estuvieron allí hacia finales de mayo. Por la misma razón, unas semanas después de este episodio encontraron grano recién cosechado entre los mosinecos, en un lugar más alejado de la costa del mar Negro: estaban allí en junio, al comenzar la cosecha.

Pero, entonces, nos enfrentamos a un enigma. Durante todo el viaje hasta la llegada de los cirianos a la costa del mar Negro, Jenofonte se ha esforzado por parecer muy preciso, con sólo un pequeño margen de error, al hablar de las distancias recorridas y el tiempo empleado. Cada etapa del viaje va precedida de frases como «la siguiente etapa, una marcha de dos días y siete parasangas, les llevó a tal o cual lugar»; además, lo que nos cuenta Jenofonte nos ofrece claves

sobre el clima y vegetación de los lugares por donde pasaban. Como es natural, los estudiosos han utilizado esas indicaciones como el mejor medio para fechar la expedición de los griegos de Ciro. Suponiendo (como lo hacen todos) que el ejército partió de Sardes al comenzar la primavera del 401, las claves dadas por Jenofonte lo sitúan en Trapezunte en febrero, o a más tardar en marzo, del 400. Pero esta fecha es totalmente imposible: si fuese cierta, no habrían encontrado la miel, y la nieve habría cubierto el suelo con una capa de un espesor que habría constituido un extraordinario impedimento. El texto presenta, al parecer, una laguna de unos tres meses.

Podemos entretenernos conjeturando qué ocurrió durante esos tres meses. ¿Qué fue lo que Jenofonte decidió omitir por completo en su relato? ¿Le incomodaba haberse perdido y haber perdido, quizá, a un gran número de hombres por la dureza del invierno? ¿Hizo el ejército algo tan deshonroso y horrible que a Jenofonte le convino silenciarlo? ¿Por qué no se mencionan las famosas minas (de oro, plata y cobre) localizadas habitualmente cerca de la moderna ciudad de Ispir? Los cirianos pasaron, sin duda, junto a ellas. La verdad es, con toda probabilidad, más trivial. Aunque Jenofonte se muestra muy preciso al referirse al tiempo empleado en condiciones normales, su exactitud se reduce considerablemente cuando habla de lo que tardaba el ejército en cruzar ríos y atravesar cordilleras. Sólo tenemos frases como: «Una vez cruzado el río...»; o: «Al otro lado de las montañas...». Los altos en la marcha tampoco se miden con precisión. «Cuando llegó el guía», dice Jenofonte, partieron de Gimnias —pero ¿cuánto tiempo le habían esperado allí?—. El conjunto de estas imprecisiones a lo largo de todo un viaje es, probablemente, suficiente para explicar la «laguna de la nieve».[102] A continuación descendieron hasta Trapezunte atravesando el territorio de los macronios y los coicos. Los problemas con los macronios se evitaron por la afortunada coincidencia de que uno de los peltastas del ejército, antiguo esclavo en Atenas, era originario de la región y pudo negociar un tránsito pacífico. ¡Cuántas veces debió de haber deseado Jenofonte tener entre los seguidores del campamento o en el ejército a otros políglotas tan útiles como aquél! En casi todos los lugares a donde llegaban eran recibidos con hostilidad —reacción inevitable ante la súbita aparición de un enorme ejército de vagabundos formado por unos extranjeros endurecidos—. Y así, como de costumbre, para cruzar el territorio de los coicos tuvieron que abrirse paso combatiendo. Una vez que dejaron atrás los prados altos de las laderas montañosas siguieron la ruta de torrentes de montaña que habían excavado las pendientes abriendo gargantas cubiertas de nieblas. Hermosos bosques de árboles de hoja perenne y caducifolios, con una profusión de flores polícromas, hacen ahora de esta comarca una región

famosa para los paseantes que la visitan en primavera y verano.

Trapezunte (la moderna Trabzon, la Trebisonda de los bizantinos) estaba construida sobre resaltes entre profundas quebradas que corrían hacia el mar. La ciudad fue durante doscientos cincuenta años capital de un Imperio bizantino desgajado fundado por exiliados tras el saqueo de Constantinopla de 1204, y que en un momento de máxima expansión se extendió a lo largo de la costa desde el oeste de Sínope hasta Georgia y bastante hacia el interior, y que llegó a ser enormemente rico gracias al comercio y la minería. Debido a su situación en el litoral y sobre una de las principales rutas de la seda por el este, Trabzon siguió siendo un importante centro comercial hasta la apertura del canal de Suez, en 1869. La presencia griega se mantuvo durante mucho tiempo: todavía en la década de 1920, antes del intercambio demográfico entre Grecia y Turquía, tres cuartas partes de los residentes en la zona de Trabzon hablaban griego.



Los grandiosos Alpes Pónticos recorridos por Jenofonte y sus hombres para llegar al monte Teques, desde donde pudieron ver el mar.

En tiempos de Jenofonte, sin embargo, la costa meridional del mar Negro estaba formada por unos pocos asentamientos helénicos, algunos de ellos de antigüedad respetable, separados por extensas franjas de tierras ignotas y peligrosas. Los primeros colonos griegos de la zona se habían sentido atraídos por la asombrosa profusión de peces en el mar. Hasta hace poco, sus pesquerías, en especial de anchoas, eran tan ricas que los peces se podían coger a mano o con una cesta. Así, el principal negocio de los pobladores griegos era su secado, empaquetado y exportación, y fueron los principales proveedores de pescado barato para sus primos occidentales que vivían a orillas del Mediterráneo, pobre en peces. Aunque también se practicaron otras actividades mercantiles (por ejemplo, el comercio de avellanas, hierro y madera), debemos imaginar que, al llegar a Trapezunte, Jenofonte fue recibido por el hedor de las factorías de ahumado y del pescado, y por una mezcla de culturas griegas y nativas.

Las colonias griegas del mar Negro habían llegado, por supuesto, a un *modus vivendi* con muchas tribus indígenas, pero aún había grandes extensiones del litoral donde un ejército griego podía encontrar hostilidad en vez de ayuda. Lo mejor que podían esperar los cirianos era ir saltando por mar de asentamiento en asentamiento para evitar los peligros de una marcha por tierra. Este era su plan cuando llegaron a Trapezunte: según dijo uno de los soldados refiriéndose a la legendaria llegada de Ulises a su patria a bordo de un barco y envuelto en un milagroso sueño profundo: «Ya estoy cansado de recoger los bagajes, de caminar, de correr, de llevar las armas, de ir en formación, de montar guardias y de combatir... Deseo recorrer embarcado el resto del camino y, tendido como Ulises, llegar a Grecia».[103] Los habitantes de aquella ciudad de provincias debieron de haberse quedado estupefactos y aterrados al ver aparecer desde el interior aquella banda de hombres temibles, curtidos y sucios por el viaje y las penalidades. Los cirianos celebraron su llegada a la costa de manera típicamente griega, con un certamen atlético improvisado en el que muchos de los participantes hicieron el ridículo al competir en terreno inadecuado, provocando el regocijo de sus colegas, que se sentían ahora lo bastante a salvo como para reír de nuevo. Mientras esperaban la llegada de los barcos, se instalaron en los pueblos vecinos y en sus alrededores y repusieron sus provisiones saqueando las aldeas más lejanas habitadas por tribus que nunca se habían acomodado a la presencia de los colonizadores griegos.

Su principal esperanza de encontrar barcos para salir del mar Negro estaba puesta en Quirísofo, el único general cuya procedencia lo haría aceptable a los oficiales espartanos que controlaban el paso de entrada y salida del mar. Quirísofo marchó a Bizancio, cuartel general del mando regional espartano, para hablar con su amigo Anaxibio, almirante aquel año de la flota de Esparta. La tarea de Quirísifo no era fácil: antes de intentar persuadir a las autoridades espartanas para que les prestaran algún barco, debía convencerlas de que el ejército no constituía una amenaza para la estabilidad de la región. Esto significaba prometer, sin haber conseguido todavía el consentimiento de los hombres, que quienes no se dispersasen camino del hogar se hallarían disponibles para ser empleados por los espartanos. Anaxibio y su colega Cleandro, el «*harmosta*», o gobernador, de Bizancio, no querían que un ejército incontrolado vagara por su territorio.

Jenofonte, a su vez, no creía que Quirísofo fuera a impresionar lo más mínimo a los espartanos, y al marcharse éste urdió un plan alternativo. Requisó la única nave de guerra de los trapezuntios con la intención de emplearla para secuestrar todos los barcos de paso hasta tener los suficientes para embarcar al ejército en pleno y hacerse a la mar (o despedirlos con agradecimientos y recompensas, si Quirísofo tenía éxito en su misión); como algunos de los barcos de paso serían buques de transporte de grano, la acción serviría también para dar de comer al ejército sin demasiados problemas. El plan pirata de Jenofonte se frustró, sin embargo, cuando el hombre a quien puso al mando del buque de guerra, un comandante mercenario lacedemonio llamado Dexipo, se largó, sin más, con la nave buscando la seguridad.

Cuanto más tiempo permanecían los griegos en las proximidades de Trapezunte, más difícil se volvía su situación, pues tenían que recorrer parajes lejanos para robar vituallas; y cuanto más se alejaban de la zona de influencia de la ciudad, más hostiles eran las tribus contra las que marchaban. Finalmente, una incursión de saqueo que estuvo a punto de concluir en un completo desastre les hizo darse cuenta de que debían marcharse. Pero, al cabo de treinta días, sólo habían logrado reunir barcos suficientes para los enfermos y los heridos, las mujeres y los niños, los mayores de edad y parte del bagaje; sin embargo, no podían seguir aguardando a Quirísofo y enviaron los barcos por delante hasta Cerasunte, su siguiente etapa. El resto partió por tierra y pronto perdió de vista Trapezunte, escondida tras una serie de escarpaduras.

LOS PELIGROS DE LA CODICIA

Tardaron tres días en llegar a Cerasunte marchando junto a la costa. El actual volumen de tráfico certifica que sigue siendo la única ruta factible, pues unos montes densamente arbolados se hunden casi directamente en el mar. Cruzaron ríos medianos y pequeños, pero ninguno demasiado profundo en el punto de su desembocadura, pasaron por delante de calas y promontorios y algún que otro islote. La antigua Cerasunte coincidía con el emplazamiento de la insignificante localidad actual de Kireşon Dere, Valle de las Cerezas (las cerezas, el «fruto de Cerasunte», se exportaron por primera vez de allí a Europa en época romana). En Cerasunte, los griegos vendieron a sus prisioneros y parte del botín —por ejemplo, los divanes con palas de plata y las copas arrebatadas a Tiribazo en Armenia Occidental—. Jenofonte obtuvo tales ganancias que pudo cumplir con esplendidez sus promesas de agradecimiento a Artemis y Apolo enviando un exvoto a Delfos y realizando el extravagante gesto de construir un templo a la diosa en una finca rural comprada especialmente para el caso. También censaron a los supervivientes y descubrieron que eran 8.600. «Estos fueron los que se salvaron. Los demás perecieron a manos de los enemigos, por causa de la nieve, y otros por enfermedad».[104]A aquellos muertos habría que sumar así mismo algunos miles de esclavos y porteadores, aunque, como es característico entre los historiadores de la Antigüedad, Jenofonte nos deja qué adivinemos cuál pudo ser su destino.

Los cirianos se quedaron diez días en Cerasunte y acabaron cayendo en el descrédito. El día antes de partir (dividiéndose como lo habían hecho antes entre quienes viajaban por mar y por tierra), un comandante de compañía llamado Cleareto se dispuso a saquear un pueblo desguarnecido que ya había demostrado su disposición amistosa enviando provisiones a los griegos. Su intención era atacar el pueblo al amparo de la oscuridad, pero no calculó bien y llegó al amanecer. Los habitantes del lugar pudieron defenderse y mataron al propio Cleareto y a muchos de los hombres a quienes había convencido para que le acompañaran. Los supervivientes regresaron a Cerasunte con la esperanza de mantener su acción en secreto, pero los lugareños enviaron allí una delegación con el fin de exponer sus quejas. Cuando llegaron los delegados, el grueso del ejército griego había partido, pero quedaban algunos hombres, entre ellos los integrantes de la fallida expedición de Cleareto. Aplacados por la explicación de los cerasuntios de que la acción no contaba con la aprobación oficial, los lugareños se dispusieron a alcanzar el ejército griego utilizando una barca e invitarle a cumplir la obligación sagrada de sepultar a sus camaradas caídos. Sin embargo, el resto de la banda de Cleareto tendió una emboscada a los delegados y los lapidó hasta matarlos.

El crimen fue cuádruple y constituyó una grave ofensa a los dioses. Para empezar, habían quebrantado el sagrado vínculo de la amistad atacando al pueblo; además, no sólo habían privado a sus compañeros griegos de una sepultura apropiada, sino que habían dado muerte a los delegados, cuyas personas se consideraban más o menos sacrosantas. Finalmente, habían perjudicado al ejército, que, como cualquier comunidad griega, necesitaba saber cuándo tenía que realizar una expiación ante los dioses para conservar su favor. Poco después, tras haber recorrido un trecho de la costa, el caos se agravó cuando otro grupo de griegos echó mano de unas piedras y se dispuso a lapidar a un empleado del mercado, un encargado de los pesos, cuyas normas no les gustaron. Para escapar de la turba encolerizada, el empleado y varias personas más subieron a sus barcas o se lanzaron al mar, donde algunos murieron ahogados. Por una fatal coincidencia, el suceso fue presenciado por unos mensajeros de Cerasunte que habían llegado para hablar a los generales del episodio de Cleareto. Los trapezuntios consideraban que los griegos les habían robado su único barco de guerra; y los cerasuntios rompieron en ese momento sus relaciones con los griegos de Ciro. Los hombres de Jenofonte no habían demostrado ninguna habilidad como diplomáticos.

Estas anécdotas constituyen la introducción a uno de los temas más importantes tratados en el libro de Jenofonte. Forma parte de un repertorio de diversos asuntos narrados por él sobre el viaje de los griegos a lo largo del mar Negro que nos hacen ver cómo se desintegra una comunidad y subrayan el desencanto personal del propio autor a medida que sus sueños iban fracasando uno tras otro. Los griegos pensaban que su llegada al mar introduciría un cambio en los intereses del ejército. Los peores peligros parecían haber pasado; los hombres no sentían ya la constante presión psicológica del temor a una muerte inminente. Esperaban estar a salvo y, por tanto, la unidad no parecía ya tan esencial como antes. Se suponía que su llegada al mar constituía un final, no una continuación de las incertidumbres de la retirada; creían que habían llegado a casa y no eran ya unos forasteros.

Poco más allá de Cerasunte, unos soldados griegos codiciosos de botín se separaron del contingente principal del ejército para atacar un asentamiento de los mosinecos y sufrieron un duro revés; algo más adelante, continuando por la costa, nuevos motivos egoístas provocaron una escisión en la junta de generales; poco después, el deseo de botín rompió el ejército en tres partes con el resultado directo de que, en Bitinia, sufrieron las peores bajas de toda la expedición. Como al comienzo de la marcha, los hombres eran ahora más leales a sus comandantes particulares y a su grupo étnico que al conjunto, y estaban más expuestos a las

influencias de ciertas ovejas negras como Dexipo y Cleareto, o como Boisco, un rufián, boxeador profesional en la vida civil y salteador también profesional de civiles en su vida militar. Finalmente, el ejército se desintegró casi por completo en Bizancio y se convirtió en poco más que una cuadrilla de bandoleros. Es inevitable recordar que las tropas irregulares suelen estar formadas por hombres y mujeres con planes diferentes, como en el caso de la resistencia griega ante las fuerzas de ocupación durante la Segunda Guerra Mundial. Para forjar la unidad entre ellas se requiere una mano fuerte y, a veces, carente de escrúpulos.

Los primeros principios de una organización, por lo que concernía a Jenofonte, eran que el soldado de tropa debía ser obediente y tener un buen liderazgo. Mientras la mayoría funcionó de acuerdo con su cometido, mientras fue posible lograr conjuntamente los objetivos del ejército, se pudieron consentir aberraciones de poca monta. Pero, en ese momento, ni los oficiales ni la tropa estaban cumpliendo su función. Aquel ejército no era ya el que se había ganado los elogios de Jenofonte por su colaboración flexible ante el peligro. El hecho de conseguir que se aprobara una propuesta suya para purificar el ejército mediante un ritual que sólo se practicaba, normalmente, tras un motín es señal de la desesperación de Jenofonte. Al final, sus discursos comenzaron a estar teñidos de alusiones no —como había ocurrido hasta entonces— a las Guerras Médicas, cuando, según su arbitraria versión de los hechos, los griegos se habían unido contra los bárbaros, sino al baño de sangre de las Guerras del Peloponeso, cuando los griegos lucharon unos contra otros —y cuando aquellos hombres de quienes se suponía que combatían, votaban y dormían juntos en el ejército de Jenofonte habían sido, con toda probabilidad, enemigos acérrimos.[105] Al principio, el ejército estaba formado por unidades más o menos separadas, a las órdenes de sus propios comandantes. A pesar de algunas deserciones mínimas y ciertas muestras de descontento, fueron capaces de mantener una unidad funcional (por ejemplo, en la batalla de Cunaxa o en el desfile organizado ante Epiaxa), pero no se trataba de una verdadera homogeneidad. Los hombres esperaban una victoria fácil y los beneficios que obtendrían a continuación, tanto si se quedaban en el este con Ciro como si regresaban a casa. Sin embargo, tras la detención de los generales, la supervivencia sustituyó a la obtención de beneficios como motivación, y todos vieron claramente que, para volver al hogar sanos y salvos, era esencial la unidad. Gracias en gran parte a un prudente liderazgo, los hombres formaron un conjunto que fue capaz de actuar con flexibilidad y eficiencia; Jenofonte describe el ejército como un grupo de guerreros heroicos y obvia cualquier desacuerdo que pudiese haber surgido. La escena del monte Teques, en la que soldados de todos los rangos se abrazaron unos a otros al divisar el mar, constituye el momento culminante de la

unidad del ejército y es, además, el clímax del libro. Una vez que el ejército llegó al mar Negro, comenzó a desintegrarse bajo la influencia de la codicia. Es fácil ver por qué la mente de Jenofonte acariciaba sueños de colonización: era necesario aunar mediante un objetivo común a quienes decidiesen quedarse.

Jenofonte actuó siempre como un historiador cuya selección de los acontecimientos que quiere presentar y cuya manera de exponerlos aparecen matizadas por los temas subyacentes. Deseaba que sus lectores fueran conscientes no sólo de los sucesos externos vividos por el ejército, sino también de la vida interna de éste. En su relato, el ejército se representa como un organismo vivo y estructurado que reacciona con ira o consternación ante las circunstancias, que cae como plaga de langostas sobre pueblos y ciudades indefensos a lo largo de su camino, expulsa cadáveres y partes indeseadas del bagaje, se adapta a las condiciones externas, y pierde muchos de sus miembros, pero sigue luchando hasta que está tan mutilado por la codicia que apenas es capaz de actuar con eficacia.

MÁS PROBLEMAS A ORILLAS DEL MAR NEGRO

C

on sus extensas zonas de lugares salvajes infestados de bárbaros interrumpidas por bolsas de civilización casi helénica, el mar Negro era el equivalente del salvaje Oeste para los antiguos griegos, que situaban muchos de sus monstruos míticos y legendarios en las partes más agrestes y remotas de su costa. Allí es donde vivían los «otros» en forma de amazonas (mujeres guerreras que representaban la antítesis exacta del ideal femenino de la Grecia antigua), de donde era originaria Medea, la bruja bárbara (Jenofonte habla de un lugar llamado «Promontorio de Jasón», donde se suponía que el héroe había desembarcado cuando navegaba rumbo a la Cólquide de Medea en busca del Vellocino de Oro); donde se suponía que Heracles había descendido al Hades para capturar a Cerbero, el animal de tres cabezas, mitad serpiente y mitad perro, guardián del mundo subterráneo (Jenofonte[106]visitó el lugar: «Todavía ahora enseñan como prueba del descenso una profundidad superior a los dos estadios [unos trescientos cincuenta metros]»); donde Prometeo fue encadenado a una roca por sus delitos contra los dioses, mientras un buitre se daba todos los días un festín con su hígado, que volvía a crecer milagrosamente cada noche; donde Ifigenia sacrificaba a Artemis, su diosa, a algunos desafortunados viajeros.

En general, Jenofonte es una persona notablemente libre de prejuicios: escribe como un viajero curioso y como un testigo objetivo. Pero en su descripción de los mosinecos, la siguiente tribu que encontró el ejército en su marcha hacia el oeste a lo largo de la costa, contemporiza en cierta medida con las expectativas de los griegos, quienes pensaban que aquella región debía producir gente extraña. Los mosinecos más orientales (la palabra que los designa es un término griego que significa «los que habitan en torres de madera») constituían para los griegos una amenaza suficientemente considerable como para decidirles a establecer cierta forma de alianza temporal con otro grupo de mosinecos. La descripción que hace Jenofonte de la llegada de los amistosos mosinecos occidentales contiene algo más que un toque de humor despectivo: se nos previene sobre su ineficacia en combate. Luego, se nos cuenta que también este pueblo practicaba la desagradable costumbre de decapitar a sus enemigos vencidos y utilizar sus cabezas a modo de insulto visual, que empleaba una hedionda grasa de delfín en todos los casos en que los griegos utilizaban aceite de oliva (incluso como ungüento corporal), y que podían llamarse hasta a 14 kilómetros de distancia (el escritor de relatos de viaje John Freely[107]se encontró en esta región con un fenómeno similar a finales del siglo XX). El clímax aparece en las observaciones finales de Jenofonte tras haber derrotado a los mosinecos hostiles y quemado vivo a su soberano en una de las torres de madera:

Tan pronto como en su marcha se encontraban con amigos, les mostraban niños de gente rica alimentados y criados con nueces hervidas, tiernos y muy blancos, y no les faltaba mucho para igualar el grosor con la altura, y tenían las espaldas pintadas de muchos colores y, por delante, unos tatuajes en forma de flores. Buscaban, además, unirse, a la vista de todos, con las heteras que los griegos llevaban, pues tenían ellos esa costumbre. Todos los hombres y mujeres eran blancos. Los que tomaron parte en la expedición decían que ésos eran los más bárbaros que habían encontrado en su recorrido y los más diferentes de las costumbres griegas. Pues hacían en medio de la gente lo que los hombres deben hacer en secreto y, a solas, se comportaban como si estuvieran acompañados. Hablaban consigo mismos, reían solos y, deteniéndose en cualquier lugar que se encontraran, se ponían a bailar, como si alguien pudiese verlos.[108]

Después de haber atravesado con dificultades mucho menores el territorio de los tibarenos, los cirianos llegaron a otro reducto griego, Cotiora (la moderna Oru). Al precederles la fama de ser una banda de matones peligrosos, el primer

problema al que se enfrentaron durante su estancia de cuarenta y cinco días fue la clara hostilidad de los habitantes, que no les vendían ni daban provisiones y hasta se negaban a alojar a sus enfermos y heridos en dependencias cómodas de la localidad. Luego, llegó una delegación de Sínope (la moderna Sinop), situada algo más lejos en la misma costa, pues Cotiora, al igual que Cerasunte, era colonia de Sínope. Los enviados les amenazaron con aliarse con el rey de Paflagonia y atacarles si causaban daños en el territorio de Cotiora. En respuesta, Jenofonte les aseguró que los cotioritas no sufrirían daño alguno mientras se comportaran amistosamente, en vez de cerrarles sus puertas, y dio al traste con la amenaza de los sinopenses, haciéndoles ver que el rey de Paflagonia estaría más dispuesto a aceptar una propuesta de los cirianos, pues, en ese caso, podría expulsar a los de Sínope de su territorio, donde se habían hecho un hueco para vivir como griegos. La bravata de los sinopenses se vino abajo.

Como si no fuera suficientemente malo que unos compatriotas griegos no confiaran en los griegos de Jenofonte, la traición provocó seguidamente una escisión en la junta de generales. Los sinopenses les advirtieron de las enormes dificultades a las que se enfrentarían si continuaban por tierra: estarían expuestos a emboscadas en las montañas de Paflagonia, donde debían cruzar ríos profundos. La única opción sensata consistía en ir en barco de Cotiora a Sínope, y a continuación de Sínope a Heraclea; así pues, se dispusieron una vez más a solicitar barcos a todos los asentamientos griegos de la costa y a requisar otros. Esta operación llevaba tiempo, y, mientras esperaban, Jenofonte comenzó a soñar en convertir a los miembros del ejército en colonos y fundar una ciudad en algún lugar de la costa meridional del mar Negro. El sueño de Jenofonte no estaba condenado automáticamente al fracaso: la perspectiva de una propiedad en el extranjero podría parecer atrayente a cualquiera, en especial a los miembros más pobres del ejército, y había hombres suficientes para constituir el núcleo de un cuerpo de ciudadanos con derecho a voto en una comunidad de buen tamaño. En cuanto a las mujeres..., bueno, en cualquier caso, una esposa era poco más que un animal de cría, y en los pueblos cercanos tenían abundantes mujeres a su disposición.

A partir de aquí, el relato adquiere tintes sórdidos. El plan de Jenofonte se frustró porque entre los oficiales de mayor rango o entre sus allegados había algunos que se habían beneficiado de la expedición y estaban ansiosos por regresar a casa sanos y salvos lo antes posible. El principal antagonista de Jenofonte era Silano, el adivino más importante del ejército, el que había recibido de Ciro una enorme recompensa: quería volver a la patria con sus 3.000 dáricos. Silano y otros

difundieron el rumor de que Jenofonte planeaba fundar una colonia sólo para su medro personal y aprovecharon la oportunidad de atemorizar a la población de Sínope y Heraclea con la amenaza de que aquel ejército de bandoleros sin control podía quedarse en la región. Los sinopenses y los heracliotas dijeron preocupados a algunos colegas de Jenofonte que abonarían la paga diaria de los hombres todo el tiempo que les costase salir de la región, y endulzaron la oferta con sobornos personales.

Para conservar la unidad, Jenofonte se echó atrás —pero, entonces, los sinopenses y los heracliotas retiraron su palabra y sólo les proporcionaron barcos, y no las soldadas—. Quienes habían confiado en la oferta original y habían prometido la paga a los soldados se sintieron aterrados ante lo que podía suceder cuando los hombres se enteraran de que no iban a conseguir nada. Acudieron a Jenofonte y le propusieron apoyarle si quería conducir de nuevo el ejército hacia el este, más allá de Trapezunte, y apoderarse de algunas tierras en torno al río Fasis, en la actual Georgia. Cuando los hombres oyeron hablar del plan estuvieron más cerca que nunca de amotinarse, y Neón, que había sustituido a Quirísifo, todavía ausente, como comandante del contingente peloponesio, siguió agitándolos contra Jenofonte, quien con un discurso largo y apasionado logró aplacarlos y restablecer una apariencia de unidad. Fue el momento en que el ejército necesitó una purificación ritual, y también los generales fueron convocados por la tropa para que dieran cuenta de algunas de sus acciones anteriores. Se impusieron fuertes multas a tres de ellos, pero Jenofonte fue absuelto de una acusación de malos tratos.

Así, los atribulados griegos navegaron bajo el sol estival a lo largo de la costa paflagonia hasta Sínope, donde fueron recibidos con ofrendas de cebada y vino. Quirísofo, retenido en Bizancio por una enfermedad y por haberse alargado las negociaciones, regresó por fin a su lado, pero llegó con las manos vacías, aparte de las garantías que le había dado Anaxibio de procurarles un empleo beneficioso —una vez que hubiesen dejado el mar Negro— y de las noticias de que Oleandro acudiría en persona para hacerse una idea de la situación. No es de extrañar que nadie confiara en los Diez Mil. Los espartanos, atareados en ese momento en la construcción de su propio imperio, habían prometido seguridad a las comunidades del mar Negro tras varios años de guerra e incertidumbre, y para poder cumplir aquella promesa era esencial retirar de escena a los cirianos habida cuenta de lo que había demostrado su comportamiento. Los sueños de colonización de Jenofonte le hacían automáticamente sospechoso ante los espartanos. Y el hecho de que Dexipo, su antigua bestia negra, hubiese aparecido en Bizancio y llenado los

oídos dispuestos a escucharle de versiones tendenciosas sobre sus intenciones no ayudaba nada a la causa de Jenofonte.

Los hombres seguían aún inquietos, y ése fue el momento en que quisieron elegir a Jenofonte como único comandante. Jenofonte resistió la tentación: dada la importancia de no ofender a los espartanos, recomendó que su elección recayera, en cambio en Quirísofo. Luego, tras haber pasado sólo unos pocos días en Sínope, los cirianos se hicieron a la vela rumbo al oeste al mando de Quirísofo. En el cabo que lleva actualmente el nombre de Baba Burbu, giraron al sur siguiendo la costa hasta Fleraclea, la moderna Ereli (Karadeniz Ereğli, la Ereğli del «Mar Muerto», para distinguirla de otras ciudades con idéntico nombre), una pesadilla de contaminación por azufre. Los habitantes de Heraclea se preocuparon tanto como sus amigos de Sínope por contentar a los cirianos y les proporcionaron igualmente comida y bebida suficientes para tres días. Pero la mayoría de los griegos de Ciro siguieron comportándose como piratas y recurrieron a las amenazas para intentar arrebatar además a los heracliotas grandes cantidades de dinero. Los heracliotas respondieron, como es natural, cerrando sus puertas a aquellos huéspedes cada vez más impredecibles.

Los cirianos habían provocado el enfado y la animosidad de todas las comunidades griegas a donde habían llegado hasta entonces. Sin embargo, algunos alborotadores del ejército acusaban a los generales de no hacer lo suficiente para garantizarles las provisiones diarias, por no hablar de la posibilidad de enriquecerse, y todos los intentos de Jenofonte de mantener la unidad se quedaron en nada cuando el ejército se fragmentó en tres bloques. Los arcadios y los aqueos, unos 4.500 hoplitas, formaron un grupo y eligieron su propia junta de generales. Consiguieron sacar a los heracliotas algunos barcos y navegaron hasta el Puerto de Calpe, una bahía resguardada a medio camino entre Heraclea y Bizancio, con la intención de utilizar aquella localidad como base desde la cual poder realizar incursiones en el interior de Bitinia y enriquecerse.

Quirísofo, que se hallaba entonces muy enfermo y tendía a confiar cada vez más en el consejo de Neón, conservó únicamente el mando sobre 1.400 hoplitas y 700 peltastas tracios y partió hacia el Puerto de Calpe por la ruta serpenteante de la costa, donde los barrancos abrían tajos profundos en unos grandiosos acantilados. Finalmente, Jenofonte, acompañado por 1.700 hoplitas, 300 peltastas y 40 jinetes, convenció a los heracliotas para que llevaran en barco a su contingente al menos un trecho. Él y los suyos desembarcaron en la frontera entre los territorios de Tracia y Heraclea, y a continuación siguieron por tierra hacia el Puerto de Calpe. Parecía el

final del ejército, convertido para entonces en tres grupos distintos de merodeadores. Jenofonte estaba tan descorazonado que su único deseo era marcharse y hacer por su cuenta el camino hasta Atenas, su patria, pero los dioses le habían indicado que debía quedarse y guiar a sus hombres.

Como de costumbre, los dioses tenían razón: Jenofonte debía realizar aún un importante trabajo. Mientras marchaba hacia el Puerto de Calpe recibió información de que los arcadios habían perdido a varios cientos de hombres frente a los belicosos tracios de Bitinia y que los demás estaban asediados en una colina. Convencido todavía de que su mejor esperanza de liberación era la unidad, persuadió a sus hombres y se convenció a sí mismo de que la reconciliación se impondría al rencor y de que debían acudir en ayuda de sus camaradas. Los bitinios huyeron nada más oír que se acercaban; los arcadios aprovecharon la oportunidad para escapar y encaminarse al Puerto de Calpe y Jenofonte marchó tras ellos. Para cuando llegaron, Quirísofo y sus hombres estaban ya allí, y, en una muestra de unidad, los tres contingentes se saludaron como hermanos. Sin embargo, la muerte de Quirísofo al cabo de uno o dos días dejó al mando de su contingente a Neón, que siempre se había mostrado hostil a Jenofonte. Los problemas internos del ejército no habían terminado.

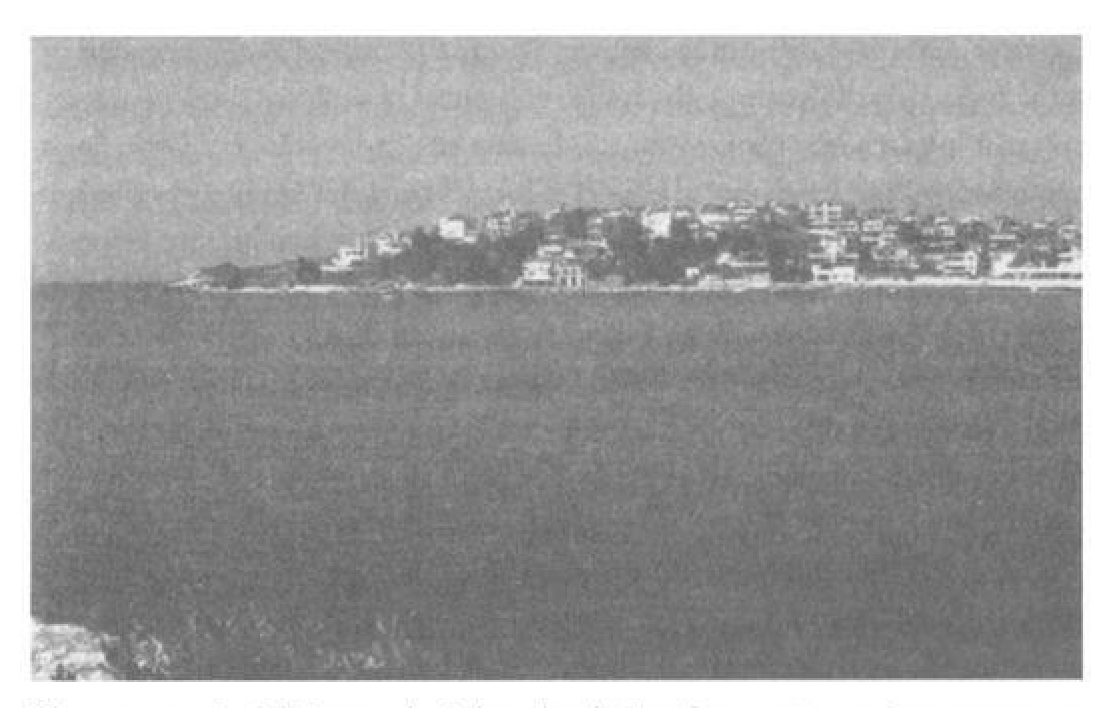
No mucho después de Ereğli, bajando por la costa hacia el sudoeste, los acantilados dan paso a unas exuberantes colinas bajas, y los bosques agrestes son sustituidos por plantaciones de avellanos. (La llanura arenosa y considerablemente amplia, salpicada hoy día de apartamentos de veraneo, es en gran parte el resultado de un proceso geológico más reciente.) La fertilidad del territorio y la reunificación del ejército reavivaron los sueños colonizadores de Jenofonte, y cuando años más tarde se dispuso a poner por escrito sus recuerdos sobre el Puerto de Calpe, adoptó un tono nostálgico y procuró que su descripción resaltara todas las características que sus lectores coetáneos podían soñar para una colonia. Era defendible y autosuficiente (la zona rural del interior inmediato es, sin duda, un paraíso agrícola en pequeño), y tenía posibilidades de prosperar proporcionando madera a las flotas:

El Puerto de Calpe está a mitad de camino para los que navegan desde Heraclea a Bizancio. Hay un promontorio que se adentra en el mar. La parte que desciende hasta el mar es una roca escarpada, su altura en la parte más pequeña no es inferior a veinte brazas. El istmo que une el promontorio con la tierra firme

tiene unos cuatro pletros [90 metros] de anchura y el espacio que abarca el istmo tiene capacidad para albergar a diez mil hombres. El puerto está a pie de la roca, con la playa mirando a poniente. Hay una fuente de agua dulce y que mana abundantemente al lado mismo del mar, dominada por el promontorio. En el mismo litoral hay muchos árboles de todas clases, muy abundantes y hermosos, adecuados para construir naves. La montaña se extiende tierra adentro hasta unos veinte estadios, es terrosa y no tiene piedras. La parte que está junto al mar, en una extensión superior a veinte estadios, está cubierta de espesos bosques con grandes árboles de toda especie. El resto del país es hermoso y amplio, y hay en él muchas aldeas habitadas, pues la tierra produce cebada, trigo, legumbres de todas clases, zahina, sésamo, higos suficientes, muchas viñas, vino agradable y todo lo demás, excepto olivos.[109]

En la actualidad, Kerpe Limani es un centro de vacaciones urbanizado recientemente, más tranquilo y de mejor gusto que muchos de la región. Resulta raro que esta urbanización haya tenido que esperar tantos siglos, cuando Jenofonte vio claramente el lugar como un emplazamiento perfecto para fundar una colonia. Pero en el relato de Jenofonte, su sueño aparece teñido de una tristeza particular. Calpe iba a ser un refugio no sólo contra las tribus de merodeadores bitinios, sino contra el tiempo y el cambio. Calpe fue el lugar donde el ejército se había reunificado, y Jenofonte soñó que su ejército podría evitar allí no sólo la desintegración física sino también la de los valores, la acometida de una amoralidad inspirada por la codicia personal tipificada por Dexipo, Cleareto y Boisco. En aquel enfrentamiento chocaban los valores colectivos, por los que el individuo apoya a la comunidad gobernando u obedeciendo de la mejor manera posible, y los egoístas, por los que va sencillamente en busca de todo cuanto puede conseguir para sí mismo. En el sueño de Jenofonte, Calpe iba a ser un puerto de virtud.

Las carreteras que llevan a lo largo de la costa desde Kerpe Limani hasta Bizancio (Estambul), y de esta ciudad hasta mi casa en Grecia son muy pocas, por lo que mi seguimiento de Jenofonte finalizó en el punto donde a él le habría gustado concluir su viaje con la fundación de una ciudad perdurable. Aunque sólo pasé allí una tarde al cálido sol del otoño, también yo me sentí afectado por la fascinación del lugar. Dejarlo fue como regresar a la realidad cotidiana.



El promontorio del Puerto de Calpe, donde Jenofonte soñó en cierto momento con la posibilidad de fundar una colonia con los griegos de Ciro. El lugar ha alcanzado su máximo desarrollo urbanístico como centro de vacaciones.

CHOQUES ENTRE ESPARTANOS Y TRACIOS

E

ntre el ejército se difundió el rumor de que Cleandro llegaría con barcos suficientes para llevarlos a Bizancio. Así pues, tras haber salido para sepultar a los arcadios muertos antes de que sus cadáveres se deteriorasen demasiado al descomponerse bajo el calor del final del verano, decidieron esperar en vez de intentar una marcha por tierra potencialmente peligrosa. Durante un tiempo, Calpe no fue tan claramente el refugio que Jenofonte había deseado ver allí en forma de fortaleza. Los guerrilleros enemigos acechaban en la espesura de los bosques próximos, y hasta los propios dioses parecían haberse vuelto contra ellos. Los griegos les ofrecían sacrificios una y otra vez pensando en realizar una salida y hacer acopio de provisiones, y una y otra vez los presagios les eran desfavorables.

Cuando Neón, presionado por los soldados hambrientos, ignoró los

augurios y salió con un contingente numeroso, perdió una cuarta parte de la fuerza, un total de quinientos hombres. A los tracios de Bitinia se había unido la caballería de Farnabazo, que segó las vidas de los hombres de Neón en aquellas colinas de suaves pendientes mientras los bitinios los masacraban en los bosques. El resto cayó en una trampa y Jenofonte tuvo que acudir de nuevo a rescatarlos. Apenas habían regresado al campamento, cuando los bitinios cayeron sobre sus centinelas, pero no penetraron más adentro del fortín del cabo de Calpe. Los griegos habían perdido cerca de mil hombres en una sola semana, y aquellas pérdidas habían sido causadas por la codicia y por su decisión de hacer oídos sordos a los consejos de los dioses. Pero los augurios resultaron finalmente favorables y los griegos efectuaron una salida. Antes tuvieron que enterrar, una vez más, a sus muertos o a cuantos pudieron encontrar. Mientras acopiaban provisiones, una fuerza persa se acercó y entabló combate, pero, tras una batalla cuerpo a cuerpo, los griegos los derrotaron de manera tan completa que durante los días siguientes pudieron saquear con escasos temores las ricas tierras de cultivo.

Cleandro llegó acompañado de Dexipo, y los griegos siguieron demostrando una extraordinaria capacidad para perjudicar sus propios intereses. Cleandro se había presentado para ver si se podía confiar en los cirianos e, incluso, si podían resultar útiles a los propios espartanos. Pero se produjo un nuevo disturbio provocado una vez más por la codicia: según sus propias normas, el botín obtenido en una salida conjunta debía ponerse en un fondo común, pero algunos soldados intentaron quedarse con algunas ovejas y cabras capturadas por ellos en esas circunstancias y recurrieron a Dexipo para que les ayudara. Otros protestaron clamorosamente y hasta maltrataron a los transgresores; el disturbio estuvo a punto de propagarse, y Cleandro y los marinos que le habían llevado hasta allí huyeron a sus barcos.

Algunos hombres de Jenofonte se significaron en sus protestas contra la ilegalidad de los actos de los ladrones, y Dexipo aprovechó la oportunidad para denigrar aún más a Jenofonte y a Cleandro. El gobernador espartano se dispuso a navegar de vuelta a Bizancio y, además de cerrar la ciudad a los cirianos, ordenar a los gobernadores de las demás ciudades de la región que los declararan fuera de la ley. Jenofonte y el resto de los generales tuvieron que recurrir a todas sus habilidades diplomáticas para convencerle de la verdad del caso. En unos pocos días, Jenofonte y Cleandro se llevaron tan bien que se prestaron el juramento de amistad entre huéspedes, Cleandro demostró, incluso, deseos de contratar a los cirianos y devolverlos él mismo a Grecia, pero los augurios de sucesivos sacrificios

resultaron des favorables y regresó con sus barcos a Bizancio. Los dioses no iban a liberarlos todavía de su condición de combatientes irregulares.

Todo lo demás parecía marchar bien, y los griegos de Ciro partieron por fin del Puerto de Calpe por tierra, abandonando a sus muertos en una fosa común sin marcas. Al cabo de cinco días llegaron a Crisópolis, justo enfrente de Bizancio, en la orilla asiática del Bósforo, donde vendieron el ganado que habían capturado durante las dos semanas anteriores. (En la actualidad, el emplazamiento de la antigua Cirsópolis no es más un pequeño sector de la moderna ciudad de Estambul, que se extiende a ambos lados del Bósforo.) Todos se beneficiaron de la venta y aguardaron con ilusión ser contratados por los espartanos. Pero éste era un objetivo que no iban a alcanzar por un camino sencillo ni recto.

Los espartanos y los persas se aferraban a la idea de que su alianza, que se remontaba al final de la Guerra del Peloponeso, tenía todavía algún significado, a pesar de que en el plazo de un año iban a hallarse en guerra. Farnabazo, el sátrapa de Frigia, prometió a Anaxibio una gran cantidad de dinero si lograba sacar de Asia a los cirianos, por lo que éste dio palabra a Jenofonte y a sus hombres de que les proporcionaría soldadas y empleo, y todos fueron transportados al otro lado del Bósforo. Jenofonte seguía deseando marchar directamente a casa por su cuenta, pero Anaxibio le pidió que no lo hiciera hasta que el ejército hubiese llegado a Bizancio. Sin embargo, una vez allí, Anaxibio reunió a los oficiales y les ordenó que sacaran a sus hombres de la ciudad; les informó de que se iba a limitar a pasar lista y, luego, despacharlos sin empleo ni paga. Jenofonte se desentendió de todo aquel asunto cargado de perfidia e hizo planes para dejar el ejército en cuanto se hallara extramuros de la ciudad. Una de las ironías sutiles introducidas en la *Anábasis* es que Jenofonte y sus hombres fueron más traicionados por los espartanos y por quienes formaban parte de sus propias filas que por cualquier adversario persa, pues tanto Tisafernes como Tiribazo tuvieron, al menos, motivos legalistas para atacar a los griegos.

Los hombres no dispusieron de bastante dinero como para considerar atrayente la perspectiva del regreso al hogar ni siquiera después de haber vendido su botín en Crisópolis. Mientras seguían saliendo por las puertas de la ciudad se difundió el rumor de que iban a despacharlos con las manos vacías y su malestar no tardó en estallar de forma violenta. Dieron media vuelta e irrumpieron en la ciudad, la única auténticamente griega que habían encontrad», y el comandante en jefe espartano huyó dejando en sus manos el control efectivo de Bizancio. En un acto de perversión de los sueños de Jenofonte, le sugirieron que podía erigirse en

tirano de Bizancio y fundar allí su «colonia». Entre los ciudadanos poderosos de Bizancio había ya cierto número de disidentes deseosos de expulsar a los espartanos de su ciudad; además, tendría el apoyo de los encolerizados cirianos. Pero Jenofonte reunió a sus hombres y les hizo notar lo desesperado de su situación: los espartanos eran quienes dominaban el mundo griego y, por tanto, todo ese mundo les sería hostil. Se les declararía una guerra sin cuartel en Bizancio, y a ninguno de ellos se le permitiría regresar nunca al hogar. Serían unos forajidos, estigmatizados como asesinos de otros griegos iguales a ellos.

Los soldados se calmaron y se envió una delegación a Anaxibio para tranquilizarlo y convencerle de que debía tratarlos mejor. El año de mando de Anaxibio y Cleandro estaba tocando a su fin, y el primero dijo que informaría a las autoridades espartanas a su vuelta y dejaría en sus manos la decisión del futuro de los griegos de Ciro. Las tropas salieron de la ciudad, y Anaxibio les cerró las puertas a toda prisa diciendo que cualquier ciriano que fuera sorprendido en el interior de Bizancio sería vendido como esclavo: no podía permitir el menor apoyo a la facción antiespartana existente en la ciudad.

La situación seguía siendo tensa, pero se había restablecido la paz. Jenofonte renunció al mando y se reservó un pasaje en el barco que iba a llevar a Anaxibio de vuelta a Gitión, el puerto de Esparta. Hubo que hacer intervenir a Cleandro para que reconciliara a los dos enemigos. Entretanto, el ejército no sabía con certeza qué hacer a continuación y los oficiales de mayor rango se hallaban divididos. Su mejor esperanza era aceptar una oferta de empleo presentada por Seutes, un señor de la guerra odrisio que intentaba ampliar la base de su poder en el sur de Tracia, o trabajar para los espartanos en su campaña contra otras tribus tracias del Quersoneso. A medida que pasaban los días, unos quinientos hombres, la mayoría peltastas, vendieron sus armas y se fueron marchando poco a poco a su patria o emprendieron una nueva vida por su cuenta en algún punto de la región. La fragmentación del ejército era creciente y sus motivaciones habían cambiado de nuevo. Ahora, cuando los que deseaban marchar a casa ya lo habían hecho, el resto buscó un empleo. Muchos de ellos eran mercenarios desde hacía tiempo o se habían dedicado a servir como soldados a sueldo durante los dos últimos años; otros esperaban aún enriquecerse antes de regresar a sus hogares.

Anaxibio y Jenofonte se hicieron por fin a la vela, pero no habían llegado muy lejos cuando se encontraron con el sustituto de Cleandro, un hombre llamado Aristarco, y con la noticia de que el sucesor de Anaxibio, Polo, se hallaba aproximadamente a sólo una jornada de distancia. Nada más llegar a Bizancio,

Aristarco vendió a cuatrocientos cirianos como esclavos en aplicación de la medida de emergencia dictada por Anaxibio. En ausencia de éste, Cleandro había accedido a que algunos griegos de Ciro regresaran a la ciudad para buscar mejor alojamiento. Quienes habían esperado fuera recordaron la advertencia de Jenofonte sobre las consecuencias de contrariar a los espartanos y evitaron protestar seriamente.

La llegada inminente de Polo hizo comprender a Farnabazo que ya no tenía motivos para tratar con Anaxibio y, por tanto, no le entregó el soborno prometido. Anaxibio, furioso, convenció a Jenofonte para regresar a Bizancio, recuperar el mando de sus tropas y llevarlas de vuelta a Asia, donde podían actuar como irregulares contra los persas. Quizá le prometió apelar para que se les proporcionara un empleo oficial tras su vuelta a Esparta. A su regreso, Jenofonte fue bien recibido por sus hombres y los condujo a un nuevo campamento en Perinto, desde donde planeaban embarcarse rumbo a Asia. Pero los espartanos y los persas seguían siendo aliados y Aristarco anuló las órdenes de Anaxibio y amenazó con hundir cualquier barco que trasladara a los griegos de Ciro al otro lado de la Propóntide (el mar de Mármara). Neón, ansioso por no desagradar a sus señores persas, tomó a ochocientos soldados de las tropas peoloponesias, leales en su mayoría a Esparta, y estableció un campamento aparte a un par de kilómetros del de Jenofonte. El grueso del ejército, comandado por éste, se componía ahora de unos seis mil hombres.

Seutes, el tracio de Odrisia, seguía solicitando la ayuda de los cirianos, y sus condiciones de empleo se ajustaban todavía a la soldada normal del mercenario. Los hombres necesitaban algún empleo regular y facilidades para conseguir provisiones para el invierno. Aristarco reiteró a los ciria nos la contraoferta de marchar al Quersoneso y trabajar allí para los espartanos, pero dada la anterior traición de Anaxibio nadie estaba seguro de si debía confiar en la promesa de una futura paga formulada por Aristarco, y los hombres decidieron por unanimidad trabajar para Seutes. Además, se rumoreaba que Aristarco quería hacer asesinar a Jenofonte. Así, actuando de nuevo como mercenarios por primera vez después de la muerte de Ciro, pasaron el invierno del 400 al 399 combatiendo con dureza y éxito en Tracia. Los odrisios dominaban ya una gran parte de la moderna Bulgaria, pero Seutes deseaba controlar Tracia meridional y se alzó como rival del principal gobernante odrisio, Médoco, instalado en el norte.

La campaña de invierno concluyó con acusaciones de soborno y malversación, y sin que los griegos hubieran recibido toda la paga prometida por

Seutes, pero se encontraban en mejores condiciones de las que habrían disfrutado en otra situación. En el momento de concluir la campaña, a comienzos del 399, espartanos y persas se hallaban en guerra. Hacía tiempo que el conflicto era inevitable y estalló cuando Tisafernes regresó a Asia Menor y recuperó su perdida satrapía. Todavía estaba resentido con los griegos asiáticos por haber tomado partido a favor de Ciro y comenzó a exigirles con torpeza y amenazas que volvieran a pagarle. Las ciudades apelaron a los espartanos, mientras Tamos, lugarteniente leal de Ciro, huía a Egipto, su patria, para ayudar a la rebelión surgida allí llevándose consigo lo mejor de la flota persa del Egeo.

Tisafernes ignoró las advertencias de Esparta y atacó Cime. Los espartanos lo consideraron un acto de guerra y enviaron a Tibrón a Asia con sólo 4.000 hombres, pero sabiendo que encontrarían reclutas dispuestos entre los griegos de Asia Menor y podrían contratar al menos a algunos de los cirianos restantes, con Jenofonte como su general. ¿A quién iba a acudir Tibrón sino a quienes ya habían demostrado su lealtad a la causa de Ciro? Al principio, el enemigo no era Persia en general, sino Tisafernes en particular, y los griegos de Ciro habían sufrido una amarga experiencia con él. El tiempo había concedido a los espartanos la oportunidad de lamentar el mal trato que habían dado a Jenofonte en Bizancio y prepararon el terreno para la llegada de Tibrón enviando agentes con una oferta de empleo-oferta que fue gustosamente aceptada, sobre todo porque compensaba la reducción en la paga recibida de Seutes El libro de Jenofonte concluye aquí, en el momento en que él y sus hombres marchan al sur a través de Lidia para unirse a Tibrón. Jenofonte y el resto de los griegos de Ciro seguirían durante varios años al servicio de Esparta, mientras una serie de comandantes intentaba, en primer lugar, mantener las ciudades de Asia Menor fuera del control de Tisafernes y, luego, recrudecer la guerra hasta convertirla en una invasión a gran escala, pero mal planeada, de las satrapías occidentales.

LA RETIRADA DE JENOFONTE

Al final de la *Anábasis* encontramos a Jenofonte y sus hombres marchando hacia el sur a través del Asia Menor occidental para unirse con el general espartano Tibrón y ayudarle a proteger las ciudades griegas asiáticas. El enemigo era Tisafernes, reinstaurado en ese momento en su satrapía, pero encargado además del mando general de las fuerzas terrestres persas en Asia Menor. De camino, Jenofonte se detuvo para realizar una incursión más relacionada con la especulación que con la hostilidad entre griegos y persas. Asidates era un magnate persa dueño de una extensa hacienda cerca de Pérgamo, uno de aquellos colonos enviados a la zona —él o sus antepasados— con un contingente considerable de tropas, una especie de ejército señorial, para mantener la paz. Al principio, los planes de Jenofonte se limitaban a enriquecerse y enriquecer a los hombres de las compañías cuyos comandantes habían trabado amistad con él, pero aquella información se filtró y, al final, una fuerza de mil griegos se largó con todo el ganado ovino y vacuno de Asidates, además de sus esclavos. Al día siguiente consiguieron apresar, incluso, al propio magnate, junto con su mujer y sus hijos, para pedir una recompensa.

A Jenofonte se le concedió la parte del león en el botín por su condición de comandante; aquella asignación era suficiente para permitirle establecerse magníficamente durante un futuro previsible. Todavía en el siglo XIX, los oficiales navales británicos podían retirarse de manera similar con su parte de lo obtenido de los barcos enemigos capturados. Además de resolver su situación económica, Jenofonte se sintió también más convencido de que su futuro inmediato se hallaba vinculado a los griegos de Ciro y a los espartanos. No estaba nada mal tener la seguridad de contar con la protección del Estado más poderoso de Grecia.

El año de mando de Tibrón en Asia Menor no fue prorrogado. No había demostrado una especial eficiencia y, sobre todo, no había sido capaz de controlar a los cirianos. Tibrón decidió neciamente invernar en territorio amigo sin disponer al mismo tiempo de fondos para pagar a los hombres de Jenofonte a fin de que pudieran comprar provisiones, y éstos no tardaron en dar muestras de la inconsistencia de su lealtad a la causa espartana saqueando y ganándose la enemistad de los aliados de Esparta. Jenofonte no desaprobó su conducta: tras las heridas de Bizancio y Tracia, no sentía ningún afecto por los pagadores que no abonaban la paga a sus hombres, y estaba, sin duda, dispuesto a enfrentarse a los espartanos. En el año 397, las autoridades espartanas perdonaron oficialmente a los

cirianos su conducta bajo el mando de Tibrón, y con la altiva independencia de quien sabe que cuenta con la lealtad de sus hombres, «el jefe de los soldados de Ciro»,[110]según la descripción que da Jenofonte de sí mismo en la única ocasión en que aparece en su obra Helénicas, respondió que, si los mercenarios se habían vuelto más levantiscos, se debía a la sustitución del comandante espartano, y no a un posible cambio en su comportamiento. La amenaza consistía en que, a menos que los espartanos siguieran enviando a hombres como Dercílidas, que había sustituido a Tibrón en el 398, Jenofonte haría que sus tropas disfrutaran de un grado de libertad mayor de lo que resultaría cómodo para los espartanos.

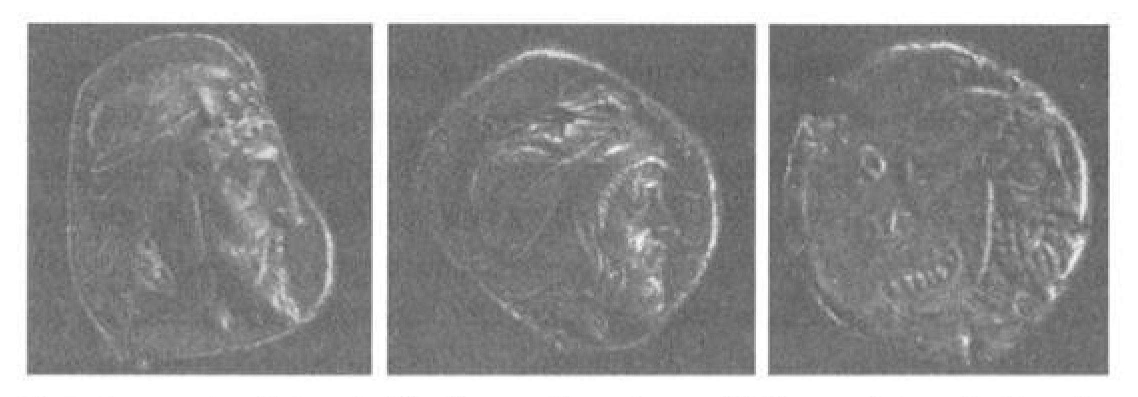
Dercílidas había llegado no sólo con el dinero y la cortesía requeridos para calmar a los hombres de Jenofonte, sino también con un mandato de extender la guerra. Dercílidas comenzó bien. Estableció una tregua con Tisafernes, tomó como objetivo a Farnabazo y se aseguró con éxito la Tróade; al año siguiente, tras prorrogarse su mandato, firmó también una tregua con Farnabazo, dejó a los cirianos al cuidado de Asia y, finalmente, dio remate al proyecto prometido desde hacía largo tiempo de fortificar el Quersoneso contra las incursiones de los tracios. Al regresar a Asia, las autoridades espartanas le ordenaron hacer la guerra a Tisafernes, a quien los griegos asiáticos seguían considerando una amenaza para su plena independencia: no les preocupaba de manera especial a quién debían pagar tributo, pero insistían en el derecho a escoger sus propios gobiernos. El hecho de que los comandantes de ambos bandos prefirieran la conciliación al enfrentamiento consiguió evitar una batalla importante, aunque sólo en el último minuto. Ambos se reunieron e intercambiaron condiciones: Tisafernes, a quien se había unido Farnabazo, exigió la retirada de las fuerzas griegas de Asia; y Dercílidas, la independencia de los griegos asiáticos.

Fue la misma situación de tablas de otros tiempos, pero los dos cumplieron las formalidades. Acordaron un armisticio con el fin de tener tiempo para consultar a sus respectivos gobiernos —y en el caso de los persas, acelerar su plan de construcción naval—. El año anterior, los persas habían contratado, por recomendación de Farnabazo, a Conón, un magnífico almirante ateniense desterrado en Chipre desde hacía tiempo, quien en ese momento se hallaba supervisando la reconstrucción y modernización de la flota persa. Las noticias sobre el rápido incremento de su flota reanimaron a los vacilantes persas. El rey Agesilao fue enviado por fin en el 396 con una fuerza de 8.000 hombres, más adecuada a la realidad, y con órdenes de emular los logros de los cirianos: la idea no era ya limitarse a defender las ciudades griegas asiáticas, sino invadir el Imperio persa. Agesilao unió sus fuerzas a las tropas de Dercílidas (incluidos los cirianos,

cuya lealtad llegó a tanto que, durante un breve tiempo, fueron conocidos como «dercilidianos»),[111]y reiteró su exigencia de una garantía de independencia para las ciudades griegas. Tisafernes, cuyo sentimiento de seguridad había aumentado con la llegada de refuerzos, replicó con un ultimátum: o dejáis Asia ahora mismo u os expulsamos de ella.

A lo largo del año siguiente, Agesilao realizó una doble campaña: contra Farnabazo en el norte y contra Tisafernes en Lidia. Su estrategia, en especial la utilización de estratagemas de gran alcance, resultó brillante, y uno de sus éxitos fue la victoria en una importante batalla contra Tisafernes a las afueras de Sardes. Tisafernes cayó en desgracia: su trato torpe y duro a las ciudades griegas asiáticas había contribuido al estallido de una guerra poco fundada y costosa que, luego, no consiguió llevar adelante con total determinación. Titraustes, el primer ministro del rey de Persia, fue enviado no sólo para sustituirle sino para darle muerte. Los enemigos de Tisafernes en la corte habían aprovechado la oportunidad para convencer al monarca de que planeaba sublevarse e instaurar un reino independiente, quizá con la ayuda de los griegos.

La ejecución de Tisafernes se llevó a cabo de forma especialmente solapada. Titraustes se presentó con dos cartas del rey. Una confirmaba a Tisafernes en el mando supremo de Asia Menor; la otra daba instrucciones a Arieo, instalado entonces en Frigia Mayor. Arieo invitó a Tisafernes a Colosos para celebrar una reunión urgente. Al llegar, ajeno a cualquier sospecha, se desnudó para tomar un baño, y en ese momento los hombres de Arieo se abalanzaron sobre él. Hasta los grandes sátrapas son vulnerables cuando se hallan desnudos. Atado y amordazado, Tisafernes fue introducido en un carro y llevado a Celenas. Allí, Titraustes le hizo decapitar y envió al rey de Persia su cabeza, un fardo truculento y hediondo para quienes se encargaron de realizar la tarea. Parisátide se mostró exultante ante el destino de su antiguo enemigo; Jenofonte y los cirianos sintieron, sin duda, un acerbo placer.



Retratos numismáticos de Tisafernes, Farnabazo y Tiribazo, de izquierda a derecha. Los sátrapas acuñaban moneda sobre todo para sobornar a políticos griegos o pagar a mercenarios también griegos.

Titraustes ofreció un compromiso a Agesilao: los griegos de Asia volverían a ser tributarios de los persas, pero se les retirarían las guarniciones y podrían conservar además su autonomía. Aunque la propuesta era muy parecida a la postura original de Dercílidas, los espartanos respondieron rechazándola rotundamente por varios motivos: su deseo seguía siendo que las ciudades griegas de Asia formaran parte de su imperio; se sentían presionados por elementos hostiles de la propia Grecia que les instaban a cumplir su promesa de ser los nuevos adalides de todos los helenos contra la agresión de los bárbaros, y pensaban que tenían una buena oportunidad de debilitar aún más a los persas y reducir su amenaza en el futuro. Así pues, otorgaron a Agesilao un doble mando unificado: sobre la flota y sobre el ejército de tierra, y le dijeron que prosiguiera la guerra. Su primera tarea fue neutralizar a Conón.

Titraustes fue enviado a Egipto para intentar reprimir la sublevación desencadenada allí, y Farnabazo se quedó al mando de Asia Menor. Actuando como un persa nepotista, Agesilao puso a su cuñado Pisandro al cargo de la

armada y entabló en Frigia una guerra sin una conclusión clara, pero sus esperanzas de obtener un éxito importante en Asia habían sido frustradas por la acertada distribución de dinero realizada por Titraustes en la Grecia continental, donde el malestar de los espartanos se estaba exacerbando. Se sobornó a políticos, se pagaron levas, y una coalición de Estados griegos encabezada por Argos, Atenas, Beocia y Corinto declaró la guerra a Esparta. El éxito de la conjura se compendia en un inverosímil y bello relato del Agesilao de Jenofonte. Al oír las noticias de una victoria espartana contra las fuerzas conjuntas de las demás ciudades griegas —batalla en la que cayeron mil griegos—, Agesilao pronunció, según se dice, las siguientes palabras: «¡Ay de ti, oh Grecia!,[112]porque los que ahora están muertos, si estuviesen vivos serían suficientes para vencer en combate a todos los persas». Entretanto, la flota espartana, a las órdenes del poco competente Pisandro, sufrió una grave derrota a manos de Farnabazo y Conón frente a la costa de Cnido. La situación espartana en Asia Menor era ahora insostenible, y en el año 394, Agesilao y sus hombres fueron retirados de Asia para hacer frente a la amenaza más apremiante en casa.

La invasión espartana del territorio persa había dado a Jenofonte la oportunidad de transferir a la persona de Agesilao su culto al héroe dirigido hasta entonces al difunto Ciro —los líderes fuertes tuvieron un papel importante tanto en su vida como en sus teorías—, y nuestro autor acompañó al rey espartano de vuelta a la Grecia continental para proseguir lo que acabó denominándose la Guerra de Corinto. Algunos cirianos marcharon con él; otros habían echado para entonces hondas raíces en Asia Menor. Siete años de guerrear en el este habían concluido con escasos beneficios, fuera de una formidable reputación y la muerte de su antiguo enemigo, Tisafernes. Agesilao se había visto obligado a abandonar Asia Menor y dejar a los griegos asiáticos en un limbo cargado de tensión; la supremacía espartana en Grecia estaba amenazada; y Farnabazo consiguió incluso dar el golpe simbólico de ocupar temporalmente la estratégica isla de Citera, justo enfrente de la costa de Laconia, corazón del territorio espartano.

Aquél fue el mejor momento de Farnabazo, quien al poco tiempo fue llamado a la corte de Artajerjes para ser uno de sus consejeros principales, además de yerno. El mando general de las fuerzas de tierra en Asia Menor se transfirió a Tiribazo, el antiguo gobernador de Armenia Occidental. Tiribazo fue abordado de inmediato por un embajador espartano llamado Antálcidas, quien le hizo una oferta de paz en condiciones muy similares a las del 412: los persas podrían retener las ciudades griegas asiáticas, pero las islas serían libres. Una vuelta atrás tan considerable merecía ser tomada en serio, y Tiribazo marchó al este para consultar

con Artajerjes, mientras los espartanos intentaban defender sin éxito aquellas condiciones en una reunión de las principales potencias griegas.

Tras varios años de una guerra nada concluyente en la periferia del imperio y de paciente negociación, Antálcidas convenció a los persas de la sensatez de establecer una alianza. La amenaza conjunta de Esparta y Persia intimidó de inmediato a los enemigos de aquélla en el continente haciéndoles aceptar las condiciones de lo que acabó conociéndose como Paz de Antálcidas o Paz del Rey, que entró en vigor en el año 386. Se trataba de una «paz común», pues los juramentos se prestaron en nombre de todos los griegos de cualquier región (aunque, en realidad, sólo fueron consultados unos pocos), y en función de esas endebles razones se consideró universalmente vinculante. Si los griegos se declaraban la guerra unos a otros, se exponían a iniciar hostilidades con Persia, que había forjado la paz en Grecia.

Más que conseguir acallar a los griegos, siempre beligerantes, la principal repercusión de la paz consistió en dejar a los espartanos el control absoluto de la Grecia continental. El tratado asignó a Persia las ciudades griegas de Asia, además de Chipre, sin que los Estados griegos pudieran inmiscuirse, unidos o por separado. Más tarde hubo momentos de tensión (por ejemplo, cuando Persia protestó por la ayuda ateniense al Egipto rebelde, o cuando Esparta y Atenas apoyaron a los sátrapas sublevados que estuvieron a punto de fragmentar el imperio en la década del 560); pero la guerra se evitó en todas las ocasiones. Persia había conseguido lo que varios Grandes Reyes habían deseado durante los cien últimos años: la triunfadora era ella.

JENOFONTE EN ESCILUNTE

En la Grecia continental, los Estados en guerra se habían maltratado unos a otros hasta la extenuación y la bancarrota y se sintieron aliviados al ver que se ponía fin a la Guerra de Corinto. En el año 394, Jenofonte había combatido reconocidamente en el bando espartano contra sus compatriotas atenienses en la batalla de Coronea. Su experiencia personal y el conocimiento de que se trataba de su última batalla tuvieron como resultado no sólo la vivida descripción que incluyó en dos de sus obras, sino también un toque de entusiasmo exagerado: la describió como «la batalla más notable de la época actual»,[113]aunque fue igualada o eclipsada por otras libradas mientras vivió, tanto en lo que respecta al

número de combatientes como a sus efectos. Coronea no resolvió nada.

Su regreso a Grecia había vuelto a despertar en Jenofonte el deseo de llevar una vida más normal, y en ese momento, con más de treinta y cinco años de edad, quiso casarse e instalarse. En agradecimiento a sus años de servicio leal, los espartanos le concedieron las libertades de la ciudad de Esparta y lo establecieron en una gran finca a las afueras de la ciudad de Escilunte, algo al sur de Olimpia, en el Peloponeso occidental (en la región limitada por las actuales Kréstena, Makrissia y Skillountía —un pueblo rebautizado, sin restos antiguos—). El río Selinunte es hoy poco más que una mansa acequia de riego, pero el campo circundante sigue siendo tan bello como lo era en tiempos de Jenofonte, con una vegetación exuberante y bien irrigada, colinas boscosas moteadas de sol, y ríos cuyas orillas están orladas de bambúes, juncos y ranas toro. Jenofonte pasaría allí los siguientes veinte años de su vida.

Las autoridades espartanas le vendieron la tierra por un precio módico y hasta le proporcionaron los esclavos que iba a necesitar. Sería un exceso comparar su aceptación de aquel favor con las treinta monedas de plata de Judas[114]—al fin y al cabo, era Atenas la que le había fallado, y no al revés—, pero sí es cierto que siguió trabajando para los espartanos. Escilunte formaba parte de una nueva federación de ciudades y pueblos del litoral y la llanura al sur de Olimpia, creada por Esparta en el año 400 tras una breve guerra en la que el ejército espartano aplastó a la Elide. La casa de Jenofonte se hallaba en un territorio políticamente delicado, próximo a la frontera entre aquella federación de Trifilia y la Élide. Agesilao, además de recompensar a sus amigos, acostumbraba a desplazar a los residentes eleos y recordar a la Élide el poder de Esparta, algo parecido a lo que hacen los colonos israelíes en territorio disputado de Palestina.

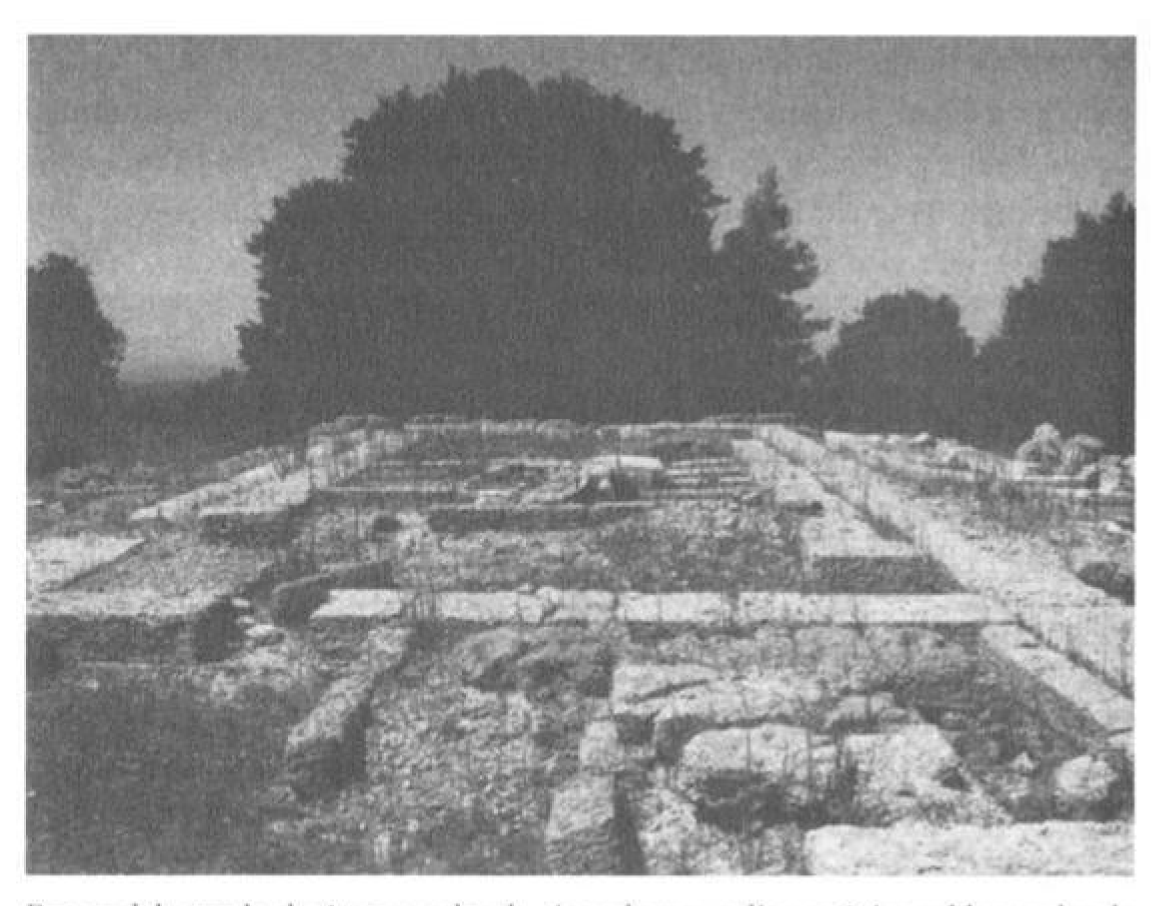
Algún tiempo después de haberse trasladado a Escilunte, Jenofonte recuperó el dinero obtenido por la venta del botín en Cerasunte; los templos solían servir para poner a buen recaudo objetos valiosos y él había confiado el dinero al templo de Ártemis en Éfeso, cuyo banco estaba administrado por un hombre conocido únicamente por su título cultual: Megabizo (distorsión griega de una palabra persa que significaba «servidor de la divinidad»), En su libro, Jenofonte da un salto de unos diez años desde la expedición del 400 a. C. para contarnos qué hizo con una parte del dinero y ofrecernos al mismo tiempo una deliciosa semblanza de un fragmento de vida rural pintado con los colores otoñales de la nostalgia:

Una vez que Jenofonte estaba ya en el destierro, viviendo en Escilunte, merced a la hospitalidad de los lacedemonios [cerca de Olimpia], llega Megabizo a Olimpia para contemplar los juegos y le devuelve el depósito. Jenofonte lo coge y compra un terreno para la diosa donde le indicó Apolo. Corría por la región el río Selinunte. En Éfeso también, junto al templo de Ártemis, pasa un río llamado Selinunte. En los dos hay peces y conchas. En los campos de Escilunte se encuentra toda la variedad de animales salvajes que quieran cazarse. Construyó, además, un altar y un templo con el dinero sagrado y, en lo sucesivo, siempre, con el diezmo de los frutos del campo, ofrecía sacrificio a la diosa, y todos los ciudadanos y los vecinos, hombres y mujeres, participaban en la fiesta. Proporcionaba la diosa a los concurrentes harina de cebada, panes, vinos, golosinas y parte de las víctimas cebadas con el pasto sagrado y otros productos de la caza. Pues los hijos de Jenofonte y de los demás ciudadanos organizaban una cacería para la fiesta. Los hombres que querían se sumaban también a la cacería. Se capturaban piezas procedentes, unas, del mismo terreno sagrado y, otras, de la Fóloe: jabalíes, gacelas y ciervos.El terreno, que desde Lacedemonia conduce a Olimpia, está a unos veinte estadios [3,5 kilómetros] del templo de Zeus en Olimpia. Hay, además, en el recinto sagrado una pradera y montañas llenas de árboles, aptas para criar cerdos, cabras, bueyes y caballos, de manera que incluso las acémilas de los que iban a la fiesta pastaban en abundancia. Alrededor del templo mismo plantaron un jardín de árboles frutales que producen frutos comestibles propios de la estación. El templo se parece, en pequeño, al grande de Éfeso y la imagen se parece, en madera de ciprés, a la de Éfeso, que es de oro. También se levanta junto al templo una columna con esta inscripción: «ESTE TERRENO SAGRADO PERTENECE A ÁRTEMIS. EL QUE LO POSEA Y DISFRUTE, OFREZCA EL DIEZMO EN SACRIFICIO CADA AÑO. Y CON LO SOBRANTE, RESTAURE EL TEMPLO. SI NO LO HACE, LA DIOSA SE VENGARÁ».[115]

El ejército había elegido a la Ártemis efesia y a Apolo como destinatarios de sus diezmos de gratitud por ser ella la divinidad griega más favorecida por los persas, por lo cual necesitaban tenerla de su parte, y porque era, además, un emblema de la cultura griega. Al mismo tiempo, la importancia de que ambos fueran las divinidades gemelas de la caza no carecía de significado para aquellos hombres que vivían de combatir y saquear. Durante su prolongada estancia en Asia Menor, Jenofonte había visitado Éfeso en varias ocasiones y se había sentido impresionado por el culto casi oriental que recibía Ártemis en aquel lugar, donde

se la asimilaba a Anahíta, la diosa persa del agua, en cuanto madre de todas las especies. A Jenofonte le encantó ser el introductor del culto en la Grecia continental. Su intención era hacer de Ártemis la protectora de la comunidad, aunque en fechas recientes se había construido un templo de buen tamaño para Atenea en la cima de una colina cercana. Lo que queda de este templo de Atenea es poca cosa, fuera de los cimientos y basamentos y una extraordinaria vista del mar y de la tranquila campiña, con las montañas de Arcadia a lo lejos.

Del templo de Jenofonte no se ha descubierto todavía ningún resto. En la actualidad es imposible calcular el coste de aquel enorme proyecto: hay demasiadas variables desconocidas, como la cantidad y calidad del botín vendido, el precio que pudieron haber alcanzado en Cerasunte esclavos y otros bienes, o el de la tierra en los alrededores de Escilunte. No obstante, los proyectos de ese tipo no resultaban baratos y solían ser financiados por comunidades enteras más que por individuos particulares. También resulta imposible decir con exactitud cuándo lo acometió Jenofonte. Megabizo acudió a uno de los festivales olímpicos, pero no tenemos forma de saber cuál: entonces, como ahora, se celebraban a intervalos de cuatro años. Quizá acudiera poco después del traslado de Jenofonte a Escilunte, para los juegos del 392.



Restos del templo de Atenea sobre la cima de una colina próxima al lugar donde vivió Jenofonte durante veinte años.

Con su templo de piedra, Jenofonte mató más de un pájaro de un solo tiro. En primer lugar, a Agesilao le gustaba Éfeso de manera especial; en segundo lugar, y sobre todo, planeaba colocar a Escilunte en el mapa construyendo un templo un tanto pretencioso e instituyendo un festejo anual que recordara a Ártemis como diosa de la tierra, señora de los animales y patrona de la caza y como educadora de los varones jóvenes. Para una comunidad nueva, como Trifilia, la introducción de una divinidad novedosa resultaba un acto apropiado y transmitía al mundo exterior una señal de permanencia. También era significativo que contribuyese a confirmar a Jenofonte como un ciudadano destacado.

El carácter de Jenofonte tenía una faceta un tanto pretenciosa; él fue, al fin y al cabo, quien decidió pronunciar su primer gran discurso ante un ejército de

rufianes mercenarios tras la detención de los generales revestido de su armadura más espléndida, una pieza de metal repujada en oro, con su casco coronado por un gran penacho de plumas y el escudo bellamente cincelado. Ello hace que resulte menos sorprendente su decisión de copiar el Artemisio de Éfeso, representativo y universalmente famoso, una de las siete maravillas del mundo antiguo. Con una superficie de 6o metros por 103 y un peristilo formado por no menos de 106 columnas, el templo de Éfeso era enorme; también estaba profusamente decorado, y hasta los fustes presentaban esculturas en relieve de tamaño natural. Habría sido una necedad que Jenofonte hubiese construido una copia exacta a escala menor, así que, seguramente, modificó el diseño: en su edificio debió de haber, por ejemplo, un número menor de columnas y menos ornamentación, aunque la estatua cultual pudo haber sido muy bien una copia exacta a tamaño reducido. Aun así, fue un proyecto importante.

Aquella nueva finca, que quizá lindaba exactamente con la residencia de Jenofonte en Escilunte, era propiedad de Ártemis, y nuestro autor se presenta como una especie de arrendatario. Pero también obtenía algún dinero de ella: el 10% del producto de la tierra se destinaba al festejo anual, y había que gastar algo más en los empleados del templo, en la celebración de ritos ocasionales aparte del festival y en el mantenimiento; pero Jenofonte se quedaba con el resto. Con sus ahorros y sus ingresos de las dos fincas, Jenofonte llevó una vida confortable.

LA VIDA DEL HOGAR

En el pasaje traducido más arriba, Jenofonte menciona a sus hijos. Los gemelos Grilo (que, como era característico de los griegos, llevaba el nombre de su abuelo paterno) y Diodoro (llamado así por su abuelo materno) debieron de haber nacido hacia el 390, pues su padre los envió a incorporarse, al menos en parte, a la famosa *agōgē* espartana, la aculturación y adiestramiento que recibían los jóvenes espartiatas de pura cepa y a los que se admitió también a los hijos de Jenofonte por agradecimiento al pasado de su padre y a su continuo apoyo. Quizá fue entonces cuando se les aplicó el apodo de «los Dióscuros», los Gemelos Celestiales, por los dos gemelos legendarios espartanos Cástor y Polideuces (Pólux). Los tebanos quebrantaron definitivamente el poder espartano en el 371, y una de las muchas consecuencias fue la pérdida de Trifilia; una parte fue tomada por Arcadia, y otra, incluida Escilunte, fue recuperada por la Élide. Para entonces, sin embargo, Jenofonte y su familia habían hecho las maletas y se habían marchado. La estancia

de los gemelos en Esparta debió de haber tenido lugar, por tanto, antes del 371, cuando los espartanos eran todavía protectores de Jenofonte.

Si situamos su nacimiento en torno al 392, daremos a los muchachos el tiempo suficiente para haber pasado unos años practicando el tipo de caza mencionado con tanto placer por Jenofonte en el pasaje extractado. De ello se deduce también que Jenofonte debió de haber llegado a Escilunte acompañado ya de Filesia, su joven esposa ateniense, aunque no tenemos manera de saber cómo o dónde se conocieron. Quizá fuera enviada a su lado mientras se hallaba aún combatiendo en Asia Menor —antes de su destierro, decretado en el 394, cuando todavía era lo bastante respetado en Atenas como para que un padre o un tutor de aquella ciudad diera su consentimiento al matrimonio.

En el *Económico*, Iscómaco aparece de manera tan transparente como la voz del autor que nos permite esbozar algunos aspectos más de la vida y el carácter de Jenofonte. Le gustaba un hogar sencillo y funcional, donde hubiera un lugar para todo y donde cada cosa estuviese en su sitio. Pensaba que el mármol debía reservarse para los edificios públicos y desdeñaba los frescos pintados con escenas mitológicas, puestos de moda en un primer momento por Alcibíades. Así mismo esperaba que su esposa fuera tan recatada y respetable como se suponía o imaginaba que habían sido las antiguas mujeres griegas: debería ocuparse de sus asuntos (consistentes casi por entero en las tareas domésticas, con unas pocas funciones religiosas a las que asistir fuera de la casa), mantendría la separación entre sexos y no atraería la atención de los demás acicalándose o hablando en público. Jenofonte reconocía el valor de la aportación de la mujer al hogar pero compensaba este vacilante paso hacia la igualdad exponiendo claramente su opinión de que los hombres son fundamentalmente superiores a las mujeres en todo, y que éstas deben ser, por tanto, gobernadas por ellos. Aunque esperaba que su esposa gestionara el hogar, era su delegada, y Jenofonte le había explicado, en términos generales, qué se esperaba de ella.

La «hacienda» de un hombre no consistía únicamente en sus tierras y sus productos, la casa y los animales, sino también en su familia —la esposa, los hijos y los esclavos—. Jenofonte creía que la mejor manera de manejarlos a todos ellos consistía en aplicarles la misma teoría del liderazgo formulada por él durante la retirada de Babilonia: recurriendo a la sensatez y la moralidad, el hacendado estimulaba a todos sus subordinados a respetarle y trabajar por él. Jenofonte trataba a sus esclavos mejores y más responsables como seres humanos inteligentes y receptivos, pero, sobre todo, los veía como instrumentos ambulantes que

ayudaban a su mujer en las tareas domésticas, trabajaban la tierra, preparaban y servían la comida, cuidaban de los animales, educaban a los hijos y estaban disponibles para satisfacer tanto sus necesidades sexuales como las de sus amigos.

Así pues, Jenofonte gestionó su hacienda, participó en los primeros años en una o dos expediciones breves con Agesilao, recibió visitas (en especial durante las Olimpíadas, a las que asistían decenas de miles de personas de todo el mundo griego) y crió a su familia —pero, sobre todo, escribió—. La protección de los espartanos no pudo cambiar la naturaleza ateniense de Jenofonte; los espartanos habían renunciado hacía tiempo a las actividades literarias en favor de una cultura extraordinariamente militarista, pero Jenofonte se sentía obligado a hacer correr la pluma. Y su pluma estaba impulsada por una mente creativa: la producción de Jenofonte fue impresionante, y su inteligencia siempre inquieta le permitió inventar una amplia variedad de géneros distintos o hacer aportaciones a ellos.

JENOFONTE COMO ESCRITOR Y FILÓSOFO

En sus mejores momentos, Jenofonte es un autor excelente y un gran narrador —elegante, lúcido, urbano e ingenioso—. Habla de las cosas con sencillez y aplomo, si bien con destellos de humor, y deja que cuenten sus propias historias. Pero no carece de artificio: quienes lo consideran tosco no han leído con mente abierta la *Anábasis* o el *Banquete* (el mejor de los seis libros que se presentan como recuerdos de Sócrates). La *Anábasis* es una obra matizada y temática, posee un bello ritmo y está teatralmente entreverada de anécdotas, discursos, semblanzas, contrastes y digresiones. Su lectura es siempre agradable, mantiene la atención y posee la inimitable calidad presencial del relato de un testigo. Jenofonte no necesitaba exagerar, y los acontecimientos más terribles se narran sin recurrir a una prosa grandilocuente. Sobre todo, el libro posee la cualidad de la viveza, tan apreciada por los antiguos griegos, del hallazgo de las palabras justas para poner los acontecimientos delante de los ojos de la mente. Esto es lo que llevó a Italo Calvino, el fabulador italiano posmoderno, a comparar la experiencia de la lectura de este libro con la contemplación de un antiguo documental de guerra en televisión.[116] Aunque en la actualidad resulta imposible datar las obras de Jenofonte con gran seguridad, absoluta o relativa, muchas de ellas (aunque no, precisamente, la *Anábasis*) fueron escritas durante sus veinte años de vida confortable en Escilunte. Los temas de la docena de libros compuestos por él abarcan desde la historia (no sólo la *Anábasis*, sino, en especial, las Helénicas, que

completan el relato inacabado de Tucídides sobre la Guerra del Peloponeso y llegan al año 362 siguiendo los pasos de los asuntos griegos) hasta algunos tratados especializados (sobre la economía ateniense, la sociedad espartana, la equitación, la caza y el mando de la caballería), una biografía encomiástica de Agesilao, un relato de ficción de la vida y liderazgo de Ciro el Grande, un diálogo breve sobre la tiranía, seis volúmenes de historias morales, en gran parte, que nos presentan a Sócrates (los Recuerdos de Sócrates,en cuatro volúmenes, el *Banquete* y el *Económico*) y una versión de los discursos en defensa propia pronunciados por éste en su juicio.

Los periodos y generaciones sospechosos de fervor moral no consideran plato de gusto las obras de Jenofonte, y la formación recibida por muchos de mis lectores les ha llevado a pensar que los escritos de nuestro autor reflejan las preocupaciones de un terrateniente acomodado que era un conservador en asuntos de moralidad y, de vez en cuando, incluso un necio pomposo. Los detractores de Jenofonte lo pintan como un general retirado reaccionario que dicta sus memorias desde un cómodo sillón en su espléndida finca. Todo esto tiene mucho de exageración. Varios de sus libros iniciaron algunos subgéneros literarios. ¿Es éste el distintivo de un pelmazo, o el de un autor y pensador versátil y original, a quien muchos otros quisieron imitar? El principal de esos libros es la *Anábasis*, el primer relato de una campaña escrito por un testigo ocular, emulado más tarde, entre otros, por varios generales de Alejandro Magno, por Julio César y por el duque de Wellington. Su tratado sobre la gestión de una hacienda, presentado en forma de diálogo entre un terrateniente ateniense y Sócrates, dio origen a varias imitaciones pedestres y fue traducido por el orador y filósofo romano Cicerón. Su biografía moralizante de Agesilao y su pseudobiografía de Ciro el Grande le han valido la definición de «experimentador pionero de formas biográficas».[117]La *Ciropedia* (o Educación de Ciro el Grande) fue especialmente influyente: entre otros muchos autores que podríamos mencionar, Maquiavelo entró en ella a saco, y la obra sirvió de modelo, como primera novela didáctica, para el *Cándido* de Voltaire y el *Agatón* de Christoph Martin Wieland.

En su tiempo, la biografía no tenía por objeto revelar la «verdad» sobre la persona tratada, y los lectores de los libros de Jenofonte que presentan a Sócrates como protagonista no deberían imaginar que están escuchando la auténtica voz del filósofo. Tras la muerte de Sócrates, varios de sus seguidores comenzaron a escribir diálogos o discursos en los que aparece éste; aparte de los salidos de la pluma de Jenofonte, tenemos también el conjunto completo de los escritos por su contemporáneo Platón —pero, por desgracia, sólo unos fragmentos de otros

autores socráticos—. El propósito de todas esas obras no era reproducir las palabras exactas de Sócrates, sino dar una idea de lo que podría haber dicho si hubiese abordado los temas filosóficos que preocupaban a Platón o los intereses más prosaicos de Jenofonte. Así es como descubrimos al Sócrates de Jenofonte conversando sobre asuntos como la labranza, la equitación y el arte de gobernar, más que sobre metafísica y matemáticas puras.

El distintivo de Jenofonte es la reflexión meditada acerca de asuntos morales haciendo hincapié en lo práctico y lo prudente. La autodisciplina es importante no sólo por sí misma, sino porque permite que los apetitos de una persona no la distraigan del cumplimiento de su deber. La educación es deseable con tal de que no se entregue a estudios teóricos inútiles y a especulaciones vanas. Hay que hacer el bien a los amigos para que se mantengan a nuestro lado, nos defiendan de nuestros enemigos y nos re compensen de otras maneras. Los fines de la gestión de una hacienda son crear riqueza y adiestrar a la persona para la administración de su país. También la caza es ideal para los futuros defensores del Estado.

Pero estos objetivos externos y prudentes no deberían distraernos de las prioridades internas que los sustentan. La autodisciplina es el fundamento de la auténtica bondad: sin ella es imposible alcanzar ninguna otra virtud moral. Nadie puede gestionar la hacienda propia, por no hablar de su propio país, si no es capaz de manejarse a sí mismo; no podemos hacer el bien a nuestros amigos a menos que contengamos nuestros apetitos; no podemos ser unos verdaderos dirigentes que controlan a otros si no nos controlamos a nosotros mismos. La autosuficiencia es también el cimiento de la felicidad: me será más probable ser feliz si adapto mis necesidades de modo que resulten más fáciles de satisfacer. Se trata de una concepción auténticamente socrática de la manera de lograr la felicidad.

Una de las dificultades que tenemos para apreciar la profundidad de esta concepción es que, una vez expuesta, resulta de una obviedad sorprendente. Todos seríamos felices, por supuesto, si no sucumbiéramos a deseos ilusorios y no quisiéramos más de lo que podemos tener. Esta obviedad disimula el hecho de que la aplicación de la teoría es increíblemente difícil; en realidad, ese hecho ocupa un lugar central en prácticas que se ejercitan durante toda una vida, como el budismo. Fijémonos, pues, en el tipo de persona que es Sócrates (y, en menor medida, sus demás héroes) según el retrato de Jenofonte. Sócrates es alguien que puede *vivir sistemáticamente* de esa manera adaptativa, libre de tentaciones y con control pleno de sus deseos, apetencias y expectativas. No es de extrañar que el Sócrates que acabó siendo el modelo del sabio para los estoicos fuera el de Jenofonte.

Es posible que Jenofonte propugnase valores tradicionales, pero no lo hizo de forma irreflexiva. Había llegado a la conclusión de que la actividad externa, para ser una moralidad genuina más que una acción meramente imitativa, requiere ciertas condiciones internas. Una persona buena de verdad, alguien que merezca el epíteto honorífico de Jenofonte de ser «bello y bueno» (noción expresada en griego por una sola palabra compuesta), posee cualidades identificables en el fondo de las cuales se halla la capacidad de ser autosuficiente —de ser libre, en vez de depender de los demás como un esclavo en lo relativo a los medios de vida, la autoestima, las acciones, los sentimientos y las opiniones—. Si Jenofonte se hubiese limitado a apoyar superficialmente con su autoridad las virtudes tradicionales griegas, como le acusa de hacerlo un sinnúmero de estudiosos, no habría necesitado recalcar hasta ese punto la autosuficiencia, pues no ocupaba un lugar tan esencial en la vida de un caballero ateniense tradicional, quien, en el caso de que alguien le hubiese preguntado si era libre, habría dado por supuesto que tal pregunta se refería a su condición social más que a una situación interna. Jenofonte aprendió de Sócrates, meditó las cosas por sí mismo y reajustó la concepción tradicional de la bondad.

Los intereses morales de Jenofonte inspiraron incluso, en cierta medida, sus obras históricas: escribió un tipo de historia que se ha calificado de «paradigmática» o «ejemplar», centrada en especial en los actos de líderes del pasado, que se presentaban como modelos para dirigentes actuales y futuros. Jenofonte estructuró su exposición de los acontecimientos y las personas (y de vez en cuando eliminó, incluso, algunos sucesos o escogió una versión entre varias) con el fin de comunicar diversos mensajes subyacentes al texto, como la inevitable caída de los líderes arrogantes urdida por los dioses. Para Jenofonte, como para muchos de sus contemporáneos, la filosofía no era un ejercicio académico sino un medio práctico, aunque esforzado, de intentar alcanzar la virtud moral como situación estable. Como los ejemplos de personas virtuosas pueden ayudar al aspirante a filósofo, la propia historiografía podría hallarse al servicio de un propósito moral. Escribiera lo que escribiese, Jenofonte tenía siempre un plan moral y educativo; los autores de la Antigüedad estuvieron en lo cierto al clasificarlo más como filósofo que como historiador.

UN TEXTO MATIZADO

No debería sorprender, por tanto, que la *Anábasis* sea un texto más matizado de lo que revela una lectura superficial —a pesar de que las distintas generaciones

de estudiantes que, desde la época romana en adelante, aprendieron griego antiguo adentrándose a trancas y barrancas en algunos pasajes de su texto, se dieron poca cuenta de ello—. La fecha más temprana de redacción o, por lo menos, de conclusión de la obra son los años finales de la década del 370, pues, para entonces, los *hijos* de Jenofonte serían lo bastante mayores como para aparecer mencionados como cazadores. Lo más probable que fuera escrito en la del 360, después de que Jenofonte se hubiese marchado de Escilunte, a juzgar por los tiempos verbales de pretérito y por el tono nostálgico empleado en su esbozo biográfico. En cualquier caso, el libro no fue escrito con prisas. Jenofonte tuvo tiempo de reflexionar e insertar temas subyacentes al texto, y uno de mis propósitos ha sido dar a entender cuánta inteligencia contiene. Mis últimos capítulos están salpicados de ejemplos de temas y sutilezas, pero uno de esos ejemplos merece ser mencionado aquí de manera especial pues, aunque resulte obvio a estas alturas, revela un aspecto del carácter de Jenofonte.

Un libro que se centra tanto en episodios en los que brilla el autor contiene algo más que un atisbo de encomio personal y autodefensa. Ctesias había publicado ya para entonces su propio relato de la batalla, pero fue, sobre todo, Jenofonte quien respondió a rumores y panfletos. Los Diez Mil se hicieron célebres de inmediato, de manera muy similar a los comunistas supervivientes de la Larga Marcha china de 1934, y las historias que circularon acerca de la expedición fueron numerosas. Jenofonte deseaba asegurarse de que todo el mundo conociera el papel tan importante que había desempeñado él mismo, y hacer, quizá, que sus lectores atenienses lamentaran haberlo desterrado. Por tanto, no sólo nos informa sobre la importancia de sus actos para la salvaguarda del ejército, sino también sobre lo cerca que estuvo del líder modélico de su imaginación. Por citar la imagen de Italo Calvino,[118]podríamos decir que Jenofonte se nos muestra a veces como un superhéroe de cómic. Pero aunque exagerase su cometido, resulta difícil abrigar hacia él un sentimiento crítico que vaya más allá de una amable burla. Su carácter se forjó durante la marcha, más que en cualquier otra circunstancia, y, al contemplar sus logros, pudo volver la vista atrás con orgullo.

La defensa de Jenofonte mejoró gracias a uno de los aspectos más enigmáticos de la *Anábasis*. En la obra aparece siempre en tercera persona (no dice: «Hice tal y cual cosa», sino: «Jenofonte hizo tal y cual cosa»); pero eso no es todo: cuando en otro escrito se vio precisado a referirse a su libro, lo atribuyó a una persona distinta llamada Temistógenes de Siracusa.[119]¿Quién fue el tal Temistógenes? ¿Se trata del primer escritor por encargo conocido en Occidente? No, era sencillamente un pseudónimo literario de Jenofonte o uno de sus amigos —

quizá, la primera persona que le sugirió poner por escrito sus recuerdos de la expedición de Ciro—. Veinticinco años más tarde, Jenofonte encontró, según mi caprichosa conjetura, este medio de expresar su agradecimiento a su amigo, además de una manera elegante de presentar su informe como un documento sincero —más, quizá, de lo que era en realidad— sin parecer presuntuoso.

Al escribir el libro, Jenofonte complementó sus recuerdos con notas personales redactadas en su momento y a lo largo de los años, notas oficiales del ejército, conversaciones con otros supervivientes que le visitaron y lecturas de relatos ajenos sobre sucesos y regiones pertinentes. Estos relatos, como las *Anécdotas de Persia* de Ctesias de Cnido y el libro etnográfico y geográfico de Hecateo de Mileto sobre Asia, le proporcionaron algunos detalles, como el trazado general de las ciudades asirias de Nimrud y Nínive[120]entonces en ruinas, que Jenofonte no tuvo, sin duda, tiempo de examinar por sí mismo, pues en aquel momento las tropas persas iban pisando los talones al ejército. Viejos camaradas de la campaña le describieron también episodios en los cuales no estuvo presente.

Pero, sobre todo, Jenofonte confió en su memoria. Hoy nos resulta difícil ponernos en el lugar de unas personas que disponían de pocos libros (y que, en cualquier caso, al tener forma de rollos, eran difíciles de utilizar como instrumentos de investigación) y ningún acceso a bibliotecas o a Internet. Su memoria era, como es natural, mejor que la nuestra, y estaba también mejor entrenada. Además, Jenofonte era en aquel momento un hombre joven, y la *Anábasis* abarca los dos años más intensos de su vida: era inevitable que los acontecimientos vividos se hubiesen grabado en su mente. Esto no significa que su recuerdo y sus notas fueran perfectos: es famoso, por ejemplo, el hecho de que omitiera dos afluentes del Tigris en Irak que el ejército tuvo que haber cruzado, entre ellos el Pequeño Zab, que en la época del año en que Jenofonte se encontraba allí tenía suficiente caudal como para merecer una mención. No obstante, la memoria fue su principal instrumento —y el hecho de fiarse de ella da a un autor la posibilidad de estructurar sus recuerdos de una manera determinada—. No es de extrañar que la *Anábasis* demuestre una gran destreza.

El lado oscuro de la *Anábasis* -su sutil insistencia en el engaño, la dificultad de comunicación, el desengaño y la desintegración del ejército por influencia de la codicia— contribuye a darle hondura; la obra no es una simple historieta de hazañas heroicas para muchachos. En el momento de escribir el libro, Jenofonte estaba profundamente desilusionado con los asuntos del mundo y era pesimista respecto al futuro. Al concluir la *Ciropedia*,[121] y tras describir con una prolijidad a

veces tediosa una sociedad modélica, una versión de una Persia ficticia de hacía casi dos siglos, pintó un cuadro desolador de la realidad bajo el monarca reinante en su tiempo. Todas las antiguas virtudes se habían desvanecido o estaban desapareciendo con rapidez; la sociedad era inmoral de los pies a la cabeza; los persas no eran ya honrados y temerosos de dios, sino afeminados, excesivamente consentidos y cobardes. El final de *La república de los lacedemonios*[122] contiene un relato similar del deterioro sufrido por Esparta desde los tiempos de Licurgo, su legendario fundador.

El hundimiento de las antiguas virtudes espartanas debió de haber afectado con especial crudeza a Jenofonte, pues había sido (con cierta ingenuidad) admirador y aliado de Esparta a lo largo de toda su vida adulta (aunque en las *Helénicas* emplea palabras duras[123]para referirse a algunos comportamientos espartanos durante su hegemonía sobre Grecia). Pero el desencanto había comenzado a aparecer no mucho después de la Guerra del Peloponeso. Esparta había sido la ciudad dirigente de Grecia y afirmaba ser su liberadora y la protectora de la mayoría de los valores más apreciados por los griegos, pero había demostrado la vaciedad de aquella pretensión con una rapidez alarmante. Los espartanos ignoraron las demandas justificadas de los persas y se dispusieron a expulsar de Asia Menor a sus antiguos aliados e incorporar a su propio imperio las ciudades griegas de aquel territorio. Lejos de garantizar su autonomía a los Estados de Jonia y el Egeo sometidos anteriormente a Atenas los trataron con una dureza aún mayor. Les impusieron oligarquías favorables a Esparta o gobernadores espartanos e intentaron extender su imperio, o al menos su esfera de influencia, hasta Grecia septentrional, Sicilia e, incluso, Egipto. El dinero afluía a Esparta por primera vez en la historia y la corrupción se propagó de manera inevitable.

Pero lo que alimentó el desaliento de Jenofonte no fueron sólo Esparta y Persia. Jenofonte podía dirigir su mirada hacia un pasado de casi medio siglo en el que el deseo de dominación había desgarrado los principales Estados griegos, en el que las relaciones interestatales se habían deteriorado no sólo por la guerra sino también por el cinismo, la traición y el interés egoísta, y en el que el dinero persa seguía desempeñando una función importante. En resumen, los mismos temas que aportan su hondura a la *Anábasis* aparecían escritos con letras mayúsculas en el mundo que le rodeaba. No se trata de algo casual: lo que hizo Jenofonte fue proyectar sobre la pasada expedición los problemas de su mundo presente. El desarrollo de la expedición compendia o refleja en la obra la historia reciente de Grecia. El ejército en conjunto, y Jenofonte en particular, partieron con unas «expectativas llenas de ambición»,[124]pero el optimismo se desvaneció hasta el

desencanto en el crisol de las penalidades y la traición.

Se trataba de una simple proyección, pero eso es lo que hacen los escritores: dan a su material la forma arquitectónica de una concepción propia. No deberíamos leer la *Anábasis* como una historia franca y objetiva; si dispusiéramos de otra versión independiente de la expedición, nos sería más fácil identificar los aspectos sesgados del relato de Jenofonte. Si la retirada contiene ecos de la transición, del paso de una edad dorada de optimismo a una época de desencanto realista, se debe a que su autor, el propio Jenofonte, era un personaje de transición condicionado por los valores y normas del mundo griego anterior a la Guerra del Peloponeso pero impulsado por las incertidumbres del periodo de posguerra que fue el siglo IV.

El legado heredado de Sócrates por Jenofonte, consistente en confirmar las normas morales por medio de la reflexión y la experiencia, confirió a sus obras cierto grado de nostalgia conmovedora. También esto era un reflejo del estado de ánimo imperante en el momento de escribir, más que del tiempo sobre el que escribía. El siglo V había sido una época de certeza moral; las duras realidades de la Guerra del Peloponeso, unidas a las teorías subversivas de los intelectuales conocidos con el nombre de sofistas, minaron esos cimientos, y el siglo IV se caracterizó por la búsqueda de sentido y estabilidad y, a menudo, por ciertos intentos de retrasar el reloj.

Los sofistas no encontraban ya un público rico y bien dispuesto para sus enseñanzas, pues los padres reclamaban su derecho a formar a sus hijos en las normas tradicionales de la sociedad. Muchos estados griegos se dedicaron a intentar estabilizar sus constituciones poniéndolas por escrito por vez primera; en algunos casos, esta actividad se formuló con palabras grandiosas que la calificaban de búsqueda de «nuestra constitución ancestral». Los escritores accedieron a adular demagógicamente el pasado con una avalancha de historias locales, mientras Jenofonte y sus colegas socráticos intentaban definir a Sócrates, el hombre para quien la filosofía era interacción y palabra viva. El arte, la literatura y la retórica se caracterizaron por un arcaísmo deliberado, mientras otros daban la espalda al presente de manera tan drástica que se dedicaron a escribir utopías imaginarias, como la *Ciropedia* de Jenofonte o la *República de Platón*, en las cuales prevalece el bien bajo el imperio de la razón y la ley, y la concordia está garantizada porque todos conocen su puesto en la sociedad y se atienen a él. La nostalgia aparece en la *Anábasis* de una manera característicamente matizada: es, literalmente, el dolor provocado por el deseo del hogar, que era el lugar a donde los hombres de

Jenofonte deseaban marchar, según afirmaban, aunque al final fueron muy pocos los que lo hicieron. La mayoría murieron o siguieron viviendo como mercenarios sin hogar, por lo que Jenofonte deja en sus lectores la impresión de la imposibilidad de regresar a casa, de retrasar el reloj.

La codicia, el vicio que según el relato de Jenofonte destruyó el ejército, se impuso más a medida que cierto grado inevitable de inestabilidad económica suscitaba, tras la Guerra del Peloponeso, la creencia ilusoria de que la seguridad dependía de la riqueza. En Atenas había existido siempre la costumbre de esperar que los ricos, en lugar de pagar impuestos, hicieran su aportación a la sociedad financiando en particular celebraciones religiosas, como los festivales de teatro, y armando buques de guerra. Esta «liturgia», según se llamaba, había sido en otros tiempos motivo de orgullo para quienes la practicaban, una manera de realzar su propio prestigio y el de su familia; pero ahora la gente procuraba eludir sus obligaciones.

Las prácticas mercantiles en general comenzaron a cambiar. Antes de la Guerra del Peloponeso, las relaciones comerciales se hallaban insertas en la estructura social, como era habitual en las sociedades anteriores al sistema de mercado; en el siglo IV comenzaron a independizarse de ella, y el precio o el valor de los productos pasó a ser dictado por las fuerzas del mercado y no por factores sociales, como la reciprocidad, el trueque ritualizado y las relaciones de vecindad. A su vez, el destino de la producción empezó a dejar de ser el uso (con el ideal hogareño de la autosuficiencia) y pasó a ser el beneficio. El comercio, y no la industria o la agricultura, comenzaba a ser la base de la vida económica. Una urbanización creciente desarraigó a los campesinos de sus tierras y los llevó a comprar bienes en el mercado en vez de producirlos ellos mismos.

La desvinculación de las relaciones comerciales respecto del hogar formó parte de un fenómeno más general del siglo IV por el que un gran número de personas abandonó la lealtad a la ciudad donde vivían. Tras el ejemplo dado por los Treinta Tiranos de Atenas, el destierro en masa de disidentes pasó a ser lo bastante común como para que en un momento determinado, en torno a los años centrales del siglo, la cifra de exiliados llegara a 20.000 en el mundo griego. Había, además, otros vagabundos, como los piratas, los vendedores ambulantes y los mercenarios a sueldo, que o bien no tenían residencia permanente en una ciudad, y por tanto no eran registrados como ciudadanos en ninguna parte, o, si eran hombres de negocios más respetables y de mayor éxito, se hallaban en el limbo de la condición de extranjeros residentes, que distaba mucho de la de ciudadanos de

pleno derecho. Este fenómeno suscitaba, una vez más, emociones intensas: los oradores del siglo IV solían clasificar, con buenos motivos, a todos los viajeros y personas que vivían fuera de sus ciudades natales como gente turbia; y Aristóteles, tras definir a los seres humanos como criaturas que vivían esencialmente en colectividad, calificó a quienes llevaban una vida ajena al sistema de la ciudad Estado como delincuentes o, en una hipótesis imposible, como dioses.[125] La *Anábasis* refleja, una vez más, el estado de las cosas en el momento de su composición: el propio Jenofonte y todos los griegos de Ciro que continuaron a su lado a pesar de su intención original de «regresar a casa» se hallaban en un limbo similar. Aunque su destierro no coincidió con el periodo de tiempo cubierto por el libro, Jenofonte[126]intercaló dos referencias a él. El recurso de atribuir el libro a Temistógenes fue, hasta cierto punto, un reconocimiento inconsciente por parte de Jenofonte de que la expedición lo había desarraigado, de que ya no era quien había sido. Jenofonte decidió poner fin al libro en el momento preciso en que sus incertidumbres personales se habían resuelto, pues no lo había escrito con la intención de hacer hincapié en la seguridad y la estabilidad.

VIDA POSTERIOR

L

a información que poseemos sobre las últimas décadas de la vida de Jenofonte se reduce a unas briznas, pero hay en ella dos momentos significativos. En primer lugar, el decreto de destierro de Atenas fue revocado, con suma probabilidad, en algún momento de la década del 360; lo demuestra el hecho de que sus hijos sirvieron en la caballería ateniense, para lo cual debían ser ciudadanos. Varias de sus obras escritas se centran en asuntos atenienses, y resulta tentador ver este hecho como una expresión de agradecimiento. En cualquier caso, todavía sentía algo por su tierra natal. Sobre todo, es probable que lo último que escribió —a mediados de la década del 350— fuera la obra Los ingresos públicos,en la cual recomendaba la adopción de medidas audaces para estabilizar la situación económica de Atenas.

Es posible que, al escribir El jefe de la caballería,destinada también a un público ateniense, soñara con que uno de sus hijos, o los dos, pudieran ser elegidos algún día para el mando sobre la caballería de Atenas. Este sueño no llegaría a cumplirse: no sabemos nada sobre la vida de Diodoro, y todo lo que conocemos acerca de la de Grilo es su muerte. Perdió la vida luchando por Atenas en una escaramuza realizada antes de la batalla de Mantinea, en el 362. El biógrafo

Diógenes Laercio,[127]que escribía seiscientos años más tarde, aprovechó la oportunidad para ofrecer un apunte característico: «Se cuenta que Jenofonte, coronado con una guirnalda, se hallaba ofreciendo un sacrificio cuando le informaron de la muerte de su hijo. Al escuchar la noticia, se quitó la guirnalda, pero al oír que su hijo había muerto con nobleza, volvió a ponérsela».

Grilo falleció intentando proteger a unos campesinos desarmados frente a un ejército tebano y, además de ser elogiado en algunos poemas conmemorativos y en una necrológica salida de la pluma del eminente orador Isócrates, figuró de forma destacada en un cuadro de la batalla pintado por Eufranor de Corinto, considerado el mejor artista de su tiempo, en un pórtico público del ágora de Atenas. En la actualidad, en la comarca donde se hallaba la antigua Escilunte, hay incluso una aldea llamada «Gryllos» en su honor. Pero la amargura de la pérdida personal sufrida por Jenofonte se agravó por el conocimiento de que la batalla poco concluyente que siguió a aquella escaramuza no contribuyó en nada a resolver las luchas que continuaron despedazando Grecia. Se pensaba que la batalla iba a representar el final de una era, a marcar el paso de la inestabilidad a la paz, pero no satisfizo las expectativas.

El segundo cambio importante se produjo cuando las circunstancias políticas y un nuevo trazado de fronteras le obligaron a abandonar Escilunte. A pesar de la revocación de su destierro, Jenofonte decidió no regresar nunca a Atenas, fuera de alguna que otra visita circunstancial: sus fincas familiares habían sido confiscadas al comienzo de su exilio y llevaban mucho tiempo en poder de unos nuevos propietarios; en aquel momento tenía pocos amigos en la ciudad. Pero no está en absoluto claro dónde acabó sus días, en el 354 a. C. o en torno a esa fecha. Pausanias, el escritor de viajes del siglo II d. C., nos dice que los guías de Escilunte[128]solían mostrar a los visitantes una tumba que, según ellos, era la de Jenofonte; pero Pausanias estuvo muy ocupado con Olimpia como para visitar personalmente Escilunte y sólo informó de oídas. Los rumores más persistentes mencionan Corinto como el lugar donde Jenofonte vivió durante su ancianidad, y ésta es la historia que he decidido creer, pues le brinda otro nuevo hogar temporal. Jenofonte seguía teniendo algo de mercenario inquieto que no se sentía del todo en casa en ninguna parte. Y hasta en este sentido es un reflejo de las incertidumbres de su época.

EL LEGADO DE LA BATALLA

A

lgunas batallas cambian el mundo para siempre. Cunaxa no puede reivindicar un rango tan elevado, pero, considerada en conjunto, la expedición fue un afluente importante de un río que se llevó por delante una época y regó otra con sus aguas. Ese afluente, sin embargo, tenía que acumular energía, y para impulsarlo en su recorrido se requerían otros intermedios.

El punto de arranque fue la celebridad alcanzada por Jenofonte y sus hombres. El heroísmo de Jenofonte —el improbable heroísmo de un estudioso y filósofo— demostró que los persas eran vulnerables: a fin de cuentas, tal como lo veían los griegos, los soldados de Ciro habían recorrido unos 2.750 kilómetros adentrándose en el corazón del imperio más o menos sin oposición y habían derrotado en una batalla a un gran ejército persa, para acabar viendo cómo la absurda muerte de Ciro les arrebataba la verdadera victoria. Durante una gran parte del siglo V, los griegos se habían acostumbrado a considerar presa fácil a los persas. Sin embargo, al acabar ese mismo siglo, Grecia había quedado destrozada por veinticinco años de guerra, mientras que el Imperio persa se mantenía intacto y en ascenso. Por más ambiguo que fuera el éxito de la expedición desde el punto de vista de Jenofonte, muchos la vieron como la demostración convincente de la superioridad militar griega que habían estado esperando. La época necesitaba héroes, hombres de la estatura de quienes habían combatido contra Persia cien años antes, hombres como Milcíades y su hijo Cimón, como Temístocles y Leónidas; los griegos de Ciro cumplirían esa función.

En primer lugar, antes de que hubieran transcurrido cinco años, Agesilao de Esparta, inspirado por la expedición de los cirianos (así nos lo cuenta Jenofonte, [129]quien, al menos, tenía la ventaja de hallarse a su lado), se dispuso a invadir el Imperio persa; luego el generalísimo Jasón de Feras, que antes ser asesinado prematuramente en el 370 había dedicado una década a afirmarse como soberano de Tesalia y lanzado miradas codiciosas hacia el sur, apeló al ejemplo de los Diez Mil para sostener que los persas eran vulnerables; y finalmente, Filipo II de Macedonia emprendió su cruzada helénica, y en el 336, cuando se preparaba para invadir Persia, murió (otro asesinato), dejando la tarea en legado a su hijo Alejandro Magno.

A veces la pluma y la espada actúan en conjunción: estos hombres de acción se sintieron estimulados en sus ambiciones orientales por una serie de oradores,

panfletistas y políticos cuyas invectivas hegemónicas clasificaban a los persas como el polo opuesto de los vigorosos griegos. Desde su punto de vista, los logros de los Diez Mil constituían la prueba de la debilidad persa (aunque sólo demostraran en realidad la increíble dureza de los cirianos), y sostuvieron, en función de diferentes proyectos, que los griegos debían unirse contra su común enemigo. Fueron los afluentes intermedios que dieron impulso a Cunaxa y, en última instancia, le permitieron contribuir a los sucesos que cambiaron el mundo.

LA INVENCIÓN DE LOS BÁRBAROS

E

l elenco de temas de aquellos oradores del siglo IV había flotado en el ambiente a lo largo de cien años, desde el primer gran enfrentamiento entre Grecia y Persia a raíz de las invasiones de los primeros años del siglo V. Antes de las Guerras Médicas, los griegos habían expresado su vago sentimiento de parentesco mutuo mediante historias y genealogías rebuscadas. Sin embargo, tras las Guerras Médicas, comenzaron a definirse de manera más excluyente, y en especial por contraposición con sus antitipos bárbaros.

Los estudiosos emplean un término útil, «panhelenismo», en el que se incluye, entre otras cosas, la antigua opinión de que había ciertas cualidades que eran esenciales en los griegos, y otras, sus opuestas, esenciales también en quienes no eran griegos. A pesar de la historia secular de hostilidad y desconfianza entre los Estados griegos, los panhelenistas sostenían que todos los griegos eran similares y estaban relacionados de alguna manera, y que lo eran sobre todo al definir a los bárbaros como el «otro». Los griegos fueron los primeros en proponer la hipótesis de que los orientales tienen algo intrínsecamente ajeno —hipótesis que ha ejercido, y por desgracia sigue ejerciendo, una inmensa influencia tanto en los asuntos internacionales como en la literatura—, junto con la tendencia de los occidentales a definirse por oposición a los orientales. El orientalismo, según la definición de Edward Said,[130]es hijo del panhelenismo. La propaganda griega sobre los orientales conservó toda su fuerza a lo largo de los periodos helenístico y romano (aunque, por una encantadora ironía, los propios griegos fueron orientalizados por los romanos), y desde allí pasó a formar parte del acervo cultural general de Europa.

El prejuicio es fácil de definir. Se prejuzga a los demás subsumiéndolos en una generalización o un conjunto de generalizaciones, tratándolos como «ellos» y

no como individuos. El orientalismo actúa simultáneamente en los planos macroscópico y microscópico: en el nivel macroscópico echa por tierra las diferencias entre miembros de los distintos pueblos orientales; en el nivel microscópico se manifiesta como la tendencia igualmente monolítica a identificar a las personas por una sola faceta de su manera de ser, hoy en día especialmente por su religión (no por los trabajos que realizan, o por la poesía y la música que componen, ni por el tipo de gente con quien traban amistad o a quien aman u odian, ni por sus sentimientos, ni por las demás cosas que hacen a los seres humanos individuales y fascinantes). Los griegos acabaron contemplando a los orientales como personas arrogantes, decadentes, blandas, irracionales y serviles. Es fácil ver una continuidad entre este conjunto de términos y otros prominentes en el discurso occidental de la actualidad o del pasado reciente: perezosos, sucios, arteros, mentirosos, infantiles, crédulos, irracionales y vagos, fanáticos, crueles. Los griegos veían Oriente como un lugar de aventuras exóticas o eróticas. Pero las oposiciones diametrales basadas en concepciones esencialistas sobre los orientales y los occidentales son sólo instrumentos toscos y romos manejados por los políticos, y nunca cuentan la historia humana en su integridad.

La distinción entre griegos y «bárbaros» (todos los no griegos, en general y en particular, cuyos idiomas sonaban a los oídos griegos como un sin sentido, como un bar-bar-bar)acabó siendo fundamental no sólo para la política exterior de Grecia, pues Oriente y Occidente se polarizaron como enemigos naturales, sino también para su sentimiento de identidad, para su etnicidad. El choque primero y más famoso entre Oriente y Occidente fue el legendario ataque a Troya por una alianza griega tal como lo cantó Homero en su llíada.Aunque en los versos de Homero hay entre ambos bandos más semejanzas que diferencias, y aunque sus raros comentarios sobre los diferentes pueblos suenan más a curiosidad que a racismo, la Guerra de Troya fue para los griegos del siglo V y de siglos posteriores el choque arquetípico entre unos griegos valientes y bien disciplinados y unos orientales indisciplinados y afeminados.

A pesar de la falta de prejuicios de Homero (la contraposición primordial propuesta por *él* fue la existente entre hombres mortales, condenados a morir, y dioses inmortales), ambos bandos explotaron la leyenda en una serie de acciones simbólicas o mágicas. Cuando Jerjes se dispuso a invadir Grecia en el 480, una de las diversas iniciativas propagandísticas promovidas por sus asesores griegos presentó la invasión como la justificada venganza de los troyanos contra los griegos. Los griegos, sin embargo, practicaron mejor aquel juego: cuando Agesilao marchó contra Persia en el 396, partió en barco desde Áulide, en la costa oriental de

Beocia, pues, según la leyenda, fue allí donde los griegos se embarcaron para su viaje a Troya; y hasta se produjo un considerable revuelo en torno al sacrificio previo —aunque, al menos, no se debió a un intento de sacrificar a su hija, como Agamenón, sino a que había ignorado a los tebanos—. Y cuando Alejandro partió para el este, su consejeros le hicieron iniciar el viaje con unas acciones que invertían explícitamente las realizadas por Jerjes: había sonado la hora de la revancha.

Una cosa era jugar con las intenciones de Homero y otra el panhelenismo, que comenzó a madurar en el 472 con la puesta en escena en Atenas de la tragedia *Los persas* de Esquilo, «el primer expediente inconfundible en los archivos del orientalismo».[131]Los tragediógrafos griegos tomaban siempre un episodio mítico o legendario y lo desarrollaban para sus propios fines; esta obra de Esquilo tuvo carácter experimental —una entre las poquísimas tragedias de ese tipo conocidas por nosotros—, al estar ambientada en un acontecimiento histórico en el que, por cierto, había participado el propio autor exactamente ocho años antes. El tema de Esquilo fue el efecto producido en la familia real persa por la noticia de la desastrosa derrota de los suyos en la batalla de Salamina. Aunque el autor se muestra comprensivo con la angustia de sus personajes, les atribuyó muchos de los rasgos que autores y oradores más tardíos acabarían considerando peculiares de los persas.

La estructura profunda de la obra era consabida: la vieja ley no escrita de que el exceso lleva al hundimiento. El rey de Persia, enfangado en su arrogancia, es el señor divinizado de unos esclavos que viven en el terror y en una completa sumisión. Los griegos, en cambio, son plenamente conscientes de los límites fijados entre los dioses y los seres humanos, disfrutan de libertad de palabra, y participan voluntariamente y con igualdad de derechos en la vida política. Esquilo sugiere que este hecho tiene ventajas militares: los esclavos empujados a luchar por el miedo se comportarán peor que quienes combatan por la libertad. A la larga, los persas están condenados al fracaso, mientras que la forma de vida de los griegos prosperará. Grecia es tosca y viril, mientras que Persia es tan blanda, fértil y lujuriante que malcría a sus habitantes y hace que estén demasiado sometidos a sus emociones; los persas luchan con arcos cobardes, mientras que los griegos son «lanceros». Antes de las invasiones, los griegos consideraban a los persas invencibles; después, les parecieron endebles. Existen paralelismos para esta clase de cambios extraordinarios: antes de la emancipación de los esclavos de las colonias británicas, los negros solían describirse como personas afeminadas; luego, como individuos viriles.

Un torrente de obras teatrales de todos los colores, desde la comedia más ligera hasta la más oscura tragedia, además de poemas e historias, halló un público hambriento de relatos orientales, en especial si se encuadraban en el marco del ascenso y milagroso revés sufrido por el Imperio persa a manos de los griegos. Pero lo que fascinaba y divertía a los públicos griegos no eran sólo los persas sino también las docenas de razas y centenares de tribus incluidas en su imperio, pues los griegos no habían oído hablar de muchas de ellas hasta entonces. Sus nombres salían con dificultad de las bocas de los griegos, y algunos eran pronunciados de forma aproximada o recurriendo a neologismos: el territorio suguda se convirtió en Sogdia; ciertas tribus más ignotas eran, simplemente, «portadores de capas negras» o «los que habitan en torres de madera». A menudo, todos estos pueblos diversos se aglutinaban, con una falta de sensibilidad aterradora, bajo el nombre de «bárbaros», que servía para establecer un contraste con los griegos. Sólo de vez en cuando se reconocían algunas diferencias concretas pero toscas: los persas amaban el lujo y eran blandos y emotivos; los lidios eran adictos al sexo; los frigios, cobardes; los egipcios, embusteros, venales y supersticiosos; los tracios, poco de fiar, salvajes y polígamos; los escitas, incultos.

Pero hubo pensadores influyentes que evitaron los prejuicios superficiales y supremacistas. En sus Historias, publicadas (o leídas en voz alta por primera vez) en la década del 430, Heródoto se mostró de acuerdo con Esquilo en que los súbditos de los reyes son más endebles porque no luchan para sí, sino para enriquecer y engrandecer a sus dueños, y reconocía que los monarcas persas tienden a ser arrogantes. Pero Heródoto no era un supremacista, sino un relativista cultural, para quien las costumbres griegas no eran de por sí mejores que las demás. «La costumbre es la reina de todas las cosas»,[132]según la sentencia acuñada por Píndaro, el poeta lírico más famoso del mundo griego antiguo, casi contemporáneo de Heródoto y a quien éste cita con aprobación. En cualquier caso, la línea divisoria entre griegos y bárbaros era incierta para Heródoto: en su relato, los ancestros lejanos de muchos Estados de la Grecia continental, cuando no de la mayoría, eran también orientales. Jenofonte estaba muy familiarizado con la obra de Heródoto.

No obstante, Heródoto habría estado de acuerdo con Esquilo en que la vida bajo un monarca absoluto contribuye al servilismo, y esta opinión siguió condicionando la percepción griega de Oriente. Cien años más tarde, cuando Aristóteles definió, por ejemplo, a algunas personas con la expresión tristemente famosa de «esclavos naturales»,[133]pensaba sobre todo en los orientales. Los griegos volcaron todo su desprecio sobre dos rasgos de la sociedad persa. El

primero era que, en el campo de batalla, los soldados persas debían ser azotados para entrar en acción.[134]El segundo, la supuesta obligación de todos los hombres de postrarse en presencia del rey de Persia. Para muchos griegos, este gesto era el símbolo perfecto de la falta de independencia de los orientales. En ese sentido, según se cuenta en una anécdota famosa,[135]unos enviados espartanos se negaron, sin más, a doblegarse ante el rey; en otro relato, un embajador tebano pensó que podría preservar su sentimiento de la integridad dejando caer subrepticiamente su anillo y haciendo creer al rey que le rendía pleitesía, cuando se estaba limitando a recogerlo del suelo.

Pero, en realidad, ambos contienen un importante elemento de prejuicio por parte de los griegos. El uso del látigo para impedir la deserción en el campo de batalla y animar a los reticentes era sólo un poco más humillante que los métodos empleados por los propios griegos con la misma finalidad. Y el homenaje debido al rey requería prosternarse sólo en situaciones extremas de presentación de súplicas por individuos de procedencia humilde; en los demás casos, se le saludaba de forma respetuosa con una ligera inclinación (o, como mucho, doblando la rodilla e inclinando la cabeza) y un beso que se le enviaba desde la boca mediante un gesto de la mano. Los griegos doblaban la rodilla ante sus dioses y asimilaron el gesto de reverencia persa a la forma más sumisa que conocían por experiencia propia —en especial porque les gustaba imaginar que los persas trataban a sus reyes como dioses, en vez de considerarlos meros instrumentos escogidos por ellos—. El prejuicio de que los orientales eran serviles estaba alimentado por el hecho de que la mayoría de las personas del este con quienes tenían contacto eran sus propios esclavos, para quienes la obsequiosidad constituía un mecanismo de supervivencia.

El prejuicio puede afectar a la ciencia tanto como al rumor, y los griegos acabaron ideando una justificación «científica» para sus opiniones sobre su propia supremacía. El autor anónimo de Sobre los aires, aguas y lugares(un tratado médico del siglo V, fascinante aunque escrito con sencillez) formuló la idea de que la situación y el clima de un lugar son responsables en gran medida no sólo de los tipos de cuerpos, y por tanto de los tipos de enfermedades, que tendrán probablemente sus habitantes, sino también de su temperamento:

En cuanto a la falta de espíritu y virilidad de las personas, la principal razón de que el carácter asiático sea menos belicoso y más plácido es que las estaciones apenas cambian allí en lo que respecta al calor o al frío; la

temperatura se mantiene bastante constante. Esto significa que la gente no experimenta en esas regiones la clase de trastornos mentales, ni sus cuerpos la clase de cambios poderosos, que pueden endurecer el carácter y hacerlo temerario y apasionado, en vez de uniforme. En efecto, lo que agita el espíritu humano e impide su estancamiento son siempre los cambios. Esta es, en mi opinión, la razón más importante de que los asiáticos sean endebles.[136]

El determinismo medioambiental[137]acabó siendo, junto con la monarquía, la base principal de la denigración de los persas por los griegos.

A medida que avanzaba el siglo V, las actitudes panhelénicas y supremacistas se aceptaron de forma tan general que bastaba con insinuarlas con mayor o menor sutileza. La palabra «bárbaro» pasó a ser un término insultante que podía aplicarse a los griegos cuando cometían crímenes lo bastante horrendos. Hay una famosa vasija ateniense en la que aparece un griego con su pene erecto en la mano avanzando hacia un persa que se inclina —el mensaje es, por supuesto: «Hemos dado a los persas por el saco»—. La víctima aparece identificada en una inscripción de la vasija como «Eurimedonte», que era el nombre del río donde Cimón ganó su famosa batalla contra los persas. Los atenienses consideraban afeminado al sujeto pasivo de la penetración; por tanto, la imagen de los persas como personas afeminadas se había afianzado ya en torno al 460, fecha de elaboración de la vasija.



El mensaje es claro, pues el persa (inclinado y vestido con prendas característicamente exóticas) aparece identificado como «Eurymédōn»: los griegos, dominadores, humillaron a los persas en la batalla del río Eurimedonte, a comienzos de la década del 460. El vaso fue pintado en Atenas unos diez años después.

Los bárbaros aparecieron brevemente en muchas obras teatrales del siglo V. Eran emotivos (sobre todo en sus lamentos), estúpidos (o, por el contrario, astutos), crueles, serviles, cobardes (o falsamente jactanciosos al hablar de sus proezas), carecían de autocontrol, eran blandos, lujuriosos (en especial con las inocentes muchachas griegas), claramente aficionados a la pompa y, en general, exóticos. En las propias tragedias se solía recurrir a ellos para aliviarlas con un poco de ligereza. Ninguno de sus comportamientos en escena mostraba moderación. Podemos imaginar fácilmente las extravagantes gesticulaciones de los actores impuestas por las indicaciones del director y las danzas de los coros bárbaros en el teatro griego.

Cuando pintores y escultores escogían un tema popular como el de la Guerra de Troya o la batalla entre seres humanos y lapitas contra los semihumanos

centauros o el conflicto entre los griegos y las amazonas, los no griegos —el bando de los incivilizados— se presentaban siempre de tal modo que se identificaban con los tópicos relativos a los persas. El siguiente dicho griego se consideraba tan inteligente que se atribuyó a más de un sabio: «Agradezco a la Fortuna que me haya concedido tres favores: el primero, haber nacido humano, y no animal; el segundo, haber nacido hombre, y no mujer; y el tercero, haber nacido griego, y no bárbaro».[138]Era fácil que estas actitudes arraigaran: los griegos eran tradicionalmente xenófobos y sentían desde antiguo aversión a conceder la ciudadanía incluso a quienes procedían de otros Estados helenos; en cualquier caso, la gente condicionada por su propia cultura supone sin fundamento que su sociedad es la única sensata.

La situación estaba madura para ser explotada, y los políticos comenzaron a rendir tributo de boquilla al panhelenismo, habitualmente como fachada para fomentar sus propios intereses. La etnicidad no es un hecho, un dato esencial, sino una construcción mental —y todas las construcciones mentales se pueden manipular con fines políticos—. Cuando en algún momento de la década del 440, el gran estadista ateniense Pericles propuso, por ejemplo, la celebración de una conferencia panhelénica en la que los Estados griegos debatirían la estrategia contra Persia, lo que se ocultaba bajo su propuesta era la necesidad de Atenas de obtener permiso internacional para seguir recaudando tributos entre sus «aliados», y la necesidad del propio Pericles de triunfar sobre la oposición interna a su política exterior presentándose como promotor de la cooperación con Esparta.

Pero el panhelenismo tenía ramificaciones más amables. Una era el propósito de ver qué es lo que tenían en común todos los griegos donde quiera que se hallasen. Heródoto puso en boca de un ateniense la siguiente repuesta a los temores espartanos de que Atenas llegase a un acuerdo con los persas y abandonara la alianza griega:

No hay en la tierra oro suficiente, ni una comarca tan excepcional por su belleza y fertilidad, como para que estuviésemos dispuestos, a ese precio, a abrazar la causa de los medos y a esclavizar a la Hélade. De hecho, hay muchas y poderosas razones que nos impiden hacerlo aunque quisiéramos. La primera y principal la constituye el incendio y la destrucción de las imágenes y los templos de los dioses, que exigen de nosotros una implacable venganza, en vez de pactar con el autor de tales sacrilegios; por otro lado está el mundo griego, con su

identidad racial y lingüística, con su comunidad de santuarios y de sacrificios a los dioses, y con usos y costumbres similares, cosas que, de traicionarlas, supondrían un baldón para los atenienses.[139]

Aparte de las incisivas connotaciones de un pasaje escrito cuando entre Esparta y Atenas era inminente la guerra y no la cooperación, Heródoto decidió definir la etnicidad griega por su cultura —por una lengua y unas prácticas religiosas compartidas y, en sentido vago, por «unos usos y costumbres similares» (pensaba, quizá, en cosas como la guerra hoplítica, el gusto por la competición, una manera de vestir y unos hábitos domésticos semejantes)—. Podía haber añadido un nombre colectivo, pues todos eran «helenos», tanto si procedían de Trapezunte, como de Atenas o Massalia (Marsella), y también ciertos mitos sobre su origen común; pero no pudo ignorar, como lo hicieron otros fanáticos posteriores, la falta de una historia compartida. La Guerra de Troya era una leyenda, y sólo un minúsculo porcentaje de los Estados griegos habían hecho frente a las invasiones persas. La única historia compartida por los griegos era la de la mutua competencia, y la voz que describió la guerra entre griegos como una «guerra civil» fue una voz poco común.[140]Los griegos estaban también geográficamente dispersos, motivo por el cual tuvieron que esforzarse, antes que nada, para buscar unos hitos culturales que justificasen un vago sentimiento de parentesco.

Y ese esfuerzo fue más duro de lo que dan a entender las sencillas palabras de Heródoto. Según él, se podía reconocer a un griego sobre todo por su idioma y sus costumbre religiosas, pero ninguna de las dos afirmaciones es cierta sin matices. Antes de la invención de la *koinē* (el «idioma común»), un siglo después de los escritos de Heródoto, para servir como lengua franca del inmenso Imperio macedonio, los griegos hablaban dialectos diferentes de una lengua común existente sólo en teoría, basada en el hecho de que, en general, podían entenderse mutuamente. Esa misma idea imprecisa de unidad se podía aplicar a las prácticas religiosas. Había grandes fiestas panhelénicas, como los juegos olímpicos, había santuarios religiosos comunes, como los de Delos y Delfos, había semejanzas en lo que sacrificaban los griegos y en cómo lo hacían; además, representaban a sus divinidades de manera similar. Pero en todo el mundo griego existían diferencias acusadas en las prácticas cultuales, incluso en las que estaban destinadas a divinidades superficialmente semejantes. En todos los aspectos de su cultura, había tanto divisiones como motivos para la unidad. En el siglo V y a comienzos del IV, el panhelenismo tuvo que lograrse estrujando los hechos; era una figura retórica, no una realidad.

EL PANHELENISMO EN EL SIGLO IV

L

a utilización de la expedición de Ciro, o de las historias que circulaban acerca de ella, por parte de los panhelenistas del siglo IV estuvo precedida, por tanto, por un siglo, aproximadamente, de retórica. Una de las caras de la moneda recalcaba la unidad de todos los griegos, mientras que la otra hacía de los orientales su polo opuesto. Todas las generalizaciones y proyecciones habituales sobre los orientales siguieron repitiéndose en el siglo IV. Se habían grabado con firmeza en casi todas las mentes griegas y permitían a los oradores agitar con mayor facilidad las emociones por referencia a ellas.

Los políticos llamaban cada vez más a la unidad entre los griegos y se preguntaban qué se necesitaría para generarla o, al menos, para poner fin a los conflictos. Unos pocos filósofos[141]sostenían la existencia de un parentesco entre todos los seres humanos, pero era improbable que aquel concepto tan impreciso incitara a la acción o disuadiera a la gente de hacer la guerra. Eran más quienes esperaban que un enemigo común pusiera fin a las querellas entre griegos, y esas personas sabían con exactitud dónde buscar ese enemigo común. Gorgias de Leontinos, en Sicilia, uno de los oradores más populares del momento, el equivalente de un famoso de nuestros días, dijo al público panhelénico reunido en Olimpia en el 392: «Los trofeos erigidos sobre los bárbaros caídos en combate deben celebrarse con himnos de alabanza, pero los levantados sobre griegos como nosotros muertos en la lucha son motivo de lamento».[142]Lisias de Atenas (hijo de un inmigrante de la ciudad siciliana de Siracusa) habló en un tono similar en los juegos del 388. Los oradores comenzaron a desdeñar los recursos militares de los persas señalando que éstos echaban mano muy a menudo de mercenarios griegos —y citando también la expedición de los Diez Mil.

El más ruidoso de estos oradores nacionalistas fue Isócrates, quien intentó convencer a sus conciudadanos atenienses de que les correspondía por derecho y destino históricos conducir de nuevo a los griegos contra Persia. Despotricaba hablando de «venganza»[143]contra el enemigo común, cuando las Guerras Médicas se habían librado hacía ya un siglo. Sus peroratas recurrían una y otra vez a las habituales generalizaciones griegas sobre los persas en cuanto bárbaros, y a pesar de que desconfiaba profundamente de una chusma como la de los cirianos, apelaba a la expedición como una prueba de la debilidad de los persas. También propuso que la solución a la pobreza de los griegos debía buscarse en la conquista

de Oriente; deseaba reasentar a los pobres indeseables en tierras lejanas a fin de dejar una Grecia estable en manos de la vieja élite de terratenientes, de hombres como él. Desesperado después de varias décadas de intentar que Atenas condujera a los griegos contra Persia y de fracasar en sus intentos, apeló finalmente a Filipo de Macedonia para que se hiciera cargo de la causa. Pero lo cierto es que su propuesta representaba un abandono del panhelenismo: los macedonios se consideraban a sí mismos, en general, más bárbaros que griegos.

Así pues, los políticos del siglo IV que tenían planes panhelénicos se mostraron dispuestos a utilizar la expedición como una prueba de la debilidad persa. ¿Estaba Jenofonte de acuerdo con ellos? A primera vista, la *Anábasis* parece apoyarlo. Los griegos realizaron todo el trayecto hasta Babilonia sin encontrar oposición, vencieron en combate (al menos según Jenofonte), se negaron a entregar las armas y se abrieron paso hasta llegar al mar luchando: «Siendo tan pocos [...] nos retiramos después de habernos burlado del rey».[144]En cierto momento los griegos dijeron chanceándose a unos paflagones que visitaban su campamento que los persas podrían haber sido derrotados por las mujeres que acompañaban al ejército. En otro lugar, Jenofonte reflexiona así, probablemente de manera errónea: «Y era posible comprender, a quien prestara atención al poder del Rey, que era poderoso por la magnitud de su territorio y de sus hombres, pero por la cantidad de sus caminos y por la dispersión de sus fuerzas era débil si alguien le presentaba batalla de improviso». Utilizando un tono propio de Isócrates da a entender en uno de los discursos pronunciados por él a sus hombres que, si se apropiaban de un espacio dentro del Imperio persa, podrían resolver el eterno problema de Grecia por el que un número excesivo de bocas se alimentaba de una producción demasiado escasa: «Me parece natural, en primer término, intentar llegar a Grecia y junto a nuestras familias, y demostrar a los griegos que son pobres porque quieren, ya que les es posible traer aquí a los ciudadanos que ahora a duras penas viven allá y verles ricos».

Sin embargo, las facetas más sombrías y pesimistas del libro despojan a esta propaganda panhelénica de su carácter más incisivo. Los griegos pudieron invadir con éxito el Imperio persa, pero no estuvieron solos ni carecieron de ayuda; soportaron penalidades horrendas y perdieron casi la mitad de su contingente; se pelearon entre ellos y demostraron su matonismo y su codicia a todos los colonos griegos del sur del mar Negro; el propio Jenofonte acabó desilusionado y quiso marcharse. En un pasaje,[145]Jenofonte hace que Ciro, un persa, se lamente del servilismo de los suyos y elogie la libertad griega y el valor que proporcionaba a los mercenarios; pero estos sentimientos panhelénicos están lastrados por lo que

sigue a continuación cuando los oficiales griegos se presentan uno tras otro ante Ciro para que les diga con promesas cuánto les va a pagar. Su libertad aparece contaminada por la codicia; su valentía está en venta. Aunque la escena del monte Teques, en la que griegos de todos los rangos y condiciones sociales aparecen abrazándose, está concebida como un momento panhelénico, la impresión que nos produce acabará tiñéndose también con el sentimiento de la desintegración del ejército a lo largo de las siguientes semanas.

El propio Jenofonte enturbió, pues, las aguas superficialmente claras de su panhelenismo con una fuerte corriente profunda de pesimismo. Su relato fue una historia de desencanto y sufrimiento, y no de conquista gloriosa de un imperio pasado de sazón. Cualquier presunción patriotera heredada de su educación estuvo atenuada por el hecho de que sus hombres no se habían portado como representantes de una cultura superior y por la experiencia directa de su trato con algunos nobles persas como Ciro y Farnabazo.[146]Jenofonte no expresó únicamente admiración por muchas de sus costumbres y sus leyes,[147]sino que decidió exponer una visión utópica de la antigua sociedad aqueménida bajo Ciro el Grande. No obstante, los políticos economizan la verdad. Necesitaban un ejemplo concreto en el que asentar sus fantasías, y para conseguir que la expedición de Ciro cumpliera los requisitos bastaba con un ligero reajuste. A lo largo del siglo IV, el impulso retórico se reforzó hasta convertirse en un tópico. El resultado fue que, una vez que las ciudades Estado griegas hubieron alcanzado un grado considerable de unidad (aunque se lo hubiesen impuesto sus conquistadores macedonios), el Imperio persa fue su siguiente objetivo natural.

No disponemos de las obras de ningún historiador contemporáneo de las campañas de Alejandro en el este, pero es indudable que nos habrían contado lo mismo que los historiadores posteriores. En el siglo II a.C., el reflexivo historiador Polibio[148]reconoció como la causa más importante para que Alejandro Magno invadiera Asia «la retirada de los griegos al mando de Jenofonte desde las satrapías del interior, durante la cual ningún bárbaro se atrevió a plantarles cara, a pesar de que atravesaron toda Asia, un territorio hostil». Tres siglos más tarde, Arriano[149] (Flavio Arriano de Bitinia), que escribió varias obras en las que imitaba o corregía a su héroe y a quien le gustaba llamarse «el nuevo Jenofonte», compuso una historia de las campañas orientales de Alejandro que tituló *Anábasis*, en homenaje a nuestro autor; a lo largo del libro comparó en dos ocasiones las hazañas de Alejandro con las de Jenofonte. ¿Y quién podría negar que, hasta cierto punto, estos historiadores y los oradores que les precedieron tenían razón? El acceso al trono de Persia había estado rodeado en sucesivas ocasiones por incontables intrigas palaciegas, pero la

campaña de Ciro fue la primera invasión auténtica. La siguiente tuvo al frente a Alejandro, y tras ella se produjeron cambios indelebles en el mundo.

ALEJANDRO MAGNO

En la primera mitad del siglo IV, las energías del Imperio persa fueron absorbidas en gran parte por la práctica de una política de contención consistente en una lucha prolongada contra Egipto, que se hallaba en un estado de rebelión constante desde el 404 aproximadamente, y en varios intentos de estabilizar las posesiones persas en el oeste frente a cualquier repercusión de los levantamientos egipcios. En el año 386, los persas habían resuelto ya su conflicto secular con los griegos de manera perfectamente satisfactoria.

Tras la muerte de Artajerjes II por causas naturales en el 359, le sucedió en el trono su hijo con el nombre de Artajerjes III. Fue tan duro con todos aquellos a quienes consideraba una amenaza para su trono como lo habían sido los demás reyes persas, pero, tras unos comienzos vacilantes, estabilizó un imperio afectado por una serie de rebeliones de los sátrapas en la década del 360. Artajerjes III fue también un comandante de campo implacable y experimentado: aplastó con fiereza una sublevación fenicia en el año 345, y en el 344 recuperó Egipto en una guerra que enfrentó un contingente de mercenarios griegos contra otro de compatriotas alineados en el bando contrario. La historia pudo haber sido muy diferente si el rey no hubiese sido asesinado junto con el resto de su familia en el 338. Uno de los hijos se libró de la muerte para convertirse en el monarca marioneta que sería Artajerjes IV, hasta que, una vez cumplida su misión, fue eliminado y sustituido por un primo que ocupó el trono con el nombre de Darío III. Darío era un estratega competente, pero habría hecho falta algo más que la simple competencia para estar a la altura de Alejandro Magno, por lo cual pasó a la historia como el hombre que perdió el Imperio persa a manos de los macedonios. Filipo II accedió al trono de Macedonia en el 459. En el año 455 había conjurado las amenazas externas y unido el país bajo su gobierno autocrático mediante una combinación de diplomacia, asesinatos y fuerza militar. Filipo desarrolló el ejército y superó la táctica hoplítica hasta disponer de una espléndida fuerza de combate bajo su mando personal. Logró reunir un ejército de 2.000 jinetes y 30.000 infantes adiestrados con criterios sumamente profesionales, equipados con armas superiores (en especial unos escudos más ligeros y una pica enormemente larga y maciza, manejada con las dos manos, que impedía la aproximación de la línea enemiga), habituado a periodos de

campaña más largos que la breve temporada de guerra griega y acompañado por una comitiva menor de seguidores de campamento, lo cual le permitía mayor rapidez de movimiento. Para poder reclutar un ejército de tamaño comparable, y al margen, incluso, de su falta de profesionalidad, habría sido necesario aunar a muchos Estados griegos. Su incapacidad para unirse significó que Filipo pudo liquidarlos de uno en uno, o liga tras liga.

Atenas se convirtió en el eje de la escasa resistencia contra Macedonia, pero fue la última boqueada de la autonomía de las ciudades Estado griegas tradicionales. Atenas y sus aliados libraron contra Filipo una guerra desordenada financiada en parte por Persia, hasta que el monarca macedonio marchó hacia el sur en el 338. Los atenienses, junto con fuerzas beodas, se enfrentaron a los macedonios en Queronea, en la región de Beocia. Aunque los ejércitos eran numéricamente iguales, más o menos, y a pesar de que atenienses y beocios ocupaban una buena posición defensiva, la infantería y la caballería macedonias, adiestradas y experimentadas, hicieron trizas a los griegos. Atenas y el resto de Grecia meridional quedaron desprotegidos.

La formación de una liga con los Estados conquistados fue casi el primer acto de Filipo como soberano de la Grecia meridional. Algunas de las condiciones para la «paz común» que les impuso fueron que los Estados griegos respetaran sus respectivas libertades, autonomía e integridad territorial, que no se hicieran la guerra unos a otros, excepto en caso de violación de un tratado, que no obstaculizaran las actividades navales de los demás, y que no ayudaran a los disidentes políticos de otro Estado. En realidad, Filipo les obligó a aceptar los viejos ideales panhelénicos. El siguiente paso consistió en hacer que la liga le nombrara comandante supremo para la guerra «griega» contra Persia, prometida desde hacía tanto tiempo. Pero Filipo fue asesinado en una fiesta de bodas por un compatriota macedonio descontento en vísperas de su partida al este, y tanto el trono de Macedonia como la expedición oriental recayeron en su hijo Alejandro, que no tardaría en ser conocido como «Magno». Alejandro heredó el papel panhelénico de su padre, y en el 334 atravesó el Helesponto camino de Asia. En una serie de batallas asombrosas libradas en un plazo breve y que no fueron, ni de lejos, tan fáciles como habían prometido los oradores, aplastó a los persas y se adueñó del imperio.

La batalla del río Gránico, en el 334, acabó con los ejércitos persas de Asia Menor, y cuatro sátrapas, el comandante griego de los mercenarios contratados por los persas y tres miembros de la familia real cayeron en combate. Los restos del

ejército occidental del rey persa recibieron órdenes de retroceder hasta Babilonia, donde se estaba reclutando otro ejército. Mientras Alejandro marchaba hacia el sur, al interior de Fenicia, Darío avanzó hacia el norte adentrándose en Cilicia. Alejandro dio media vuelta y aniquiló a los persas cerca de Isos en el 333. Fue una victoria notable: los persas sufrieron graves pérdidas, pero, además, los ocho mil mercenarios que se hallaban aún a disposición del rey desertaron desesperados tras la batalla, y los fondos de Alejandro para la guerra aumentaron con la toma del tesoro real en Damasco.

Alejandro regresó a Fenicia y protegió su retaguardia conquistando Egipto en el año 332. Hasta su regreso de Egipto y su marcha a Tápsaco, Darío dispuso de casi dos años para reunir otro ejército. La batalla se libró junto el pueblo de Gaugamela, cerca del Tigris. La suerte y una estrategia superior favorecieron, como de costumbre, a Alejandro, y el ejército persa fue derrotado a pesar de su enorme superioridad numérica. Aquello fue el final del imperio: el rey huyó a Ecbatana y Alejandro se proclamó rey de Asia. Babilonia y Susa abrieron sus puertas sin luchar, y el resto del imperio quedó a disposición de la incontenible energía del macedonio. Las tribus de las montañas fueron derrotadas o perdonadas, en función del capricho de Alejandro —según hiciera falta para garantizar su seguridad—. Una derrota de poca importancia junto a Persépolis retrasó apenas la toma de la ciudad por Alejandro. En verano del 330 marchó contra Ecbatana. Darío huyó ante él practicando una estrategia de tierra quemada pero fue asesinado por algunos sátrapas orientales y cortesanos.

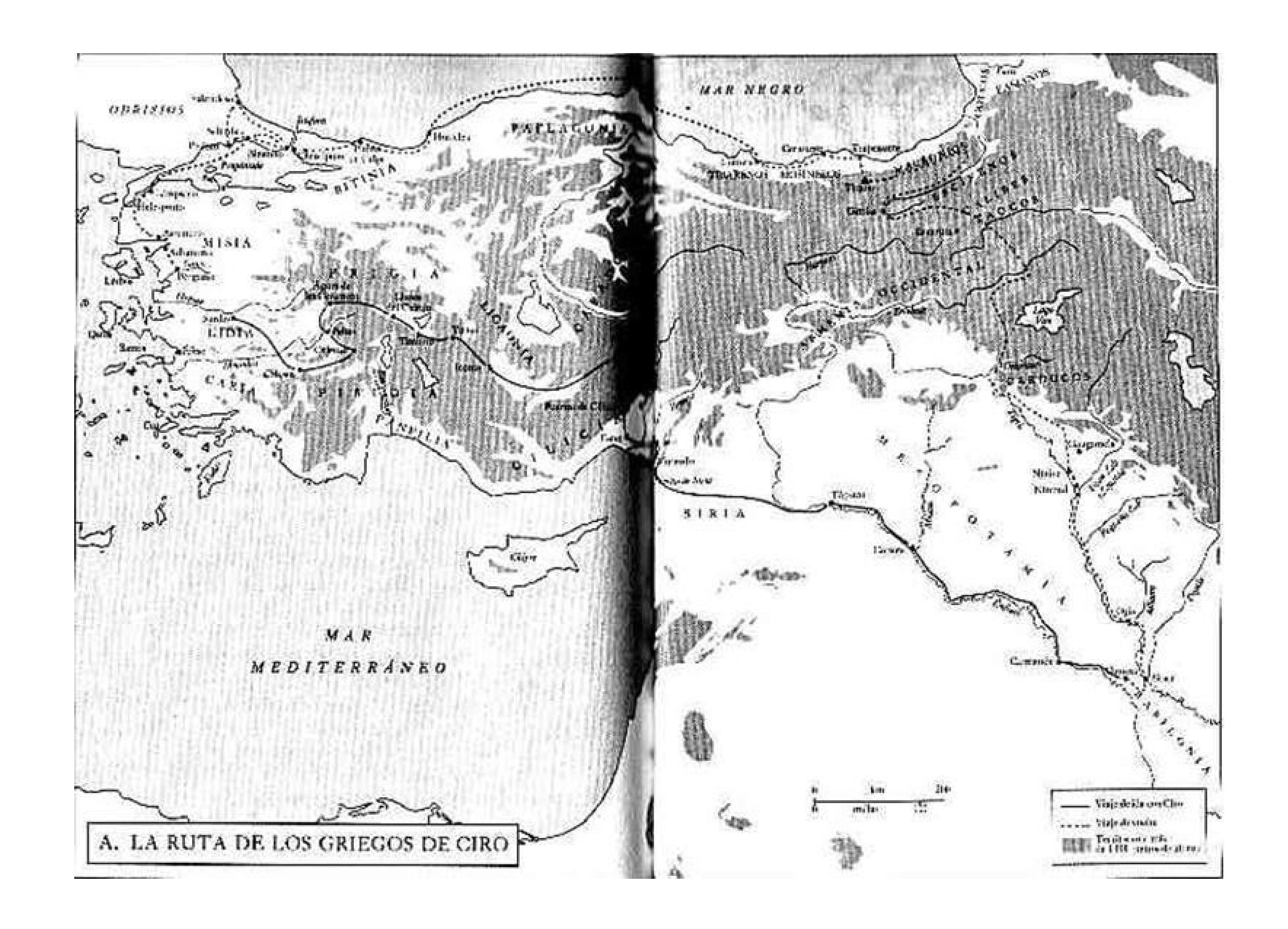
Es posible que, más que asesinarlo, le hubieran ayudado a suicidarse: el rey no tenía intención de caer vivo en manos de Alejandro y ser paseado en triunfo ante quienes habían sido sus súbditos. Nunca un rey de Persia había sido capturado vivo, y Darío tenía suficientes agallas y sentido de la historia como para asegurarse de no ser el primero. Los conspiradores siguieron librando una guerra sangrienta y, en definitiva, inútil. En el año 326, Alejandro había extendido el imperio por Pakistán y el norte de la India, pero sus tropas tenían ya bastante y se vio obligado a dar media vuelta. A continuación se implantó un reinado del terror en el que algunos sátrapas y oficiales de alto rango fueron depuestos o ejecutados en un intento de asegurar para el futuro el antiguo Imperio persa. En el momento de su muerte prematura, ocurrida el 10 de junio de 323 —a causa de una fiebre agravada por las heridas, el fuerte consumo de bebidas alcohólicas, las campañas aún más fuertes, y la pena por la pérdida de varios amigos y de, al menos, un amante—, el imperio de Alejandro se extendía desde el Danubio hasta el Nilo y el Indo.

Las victorias de Alejandro, que cambiaron el mundo, constituyen un auténtico legado de la expedición de Ciro y Jenofonte. Se dice que el propio Alejandro[150]recordó el «éxito» de los griegos de Ciro en la arenga a sus tropas antes de la batalla de Isos. Eunapio de Sardes, historiador del siglo IV d. C., no exageraba demasiado cuando acuñó la célebre sentencia de que «Alejandro Magno no habría llegado a ser nunca "Magno" sin Jenofonte».[151]Los macedonios y los persas se habrían vapuleado en cualquier caso, como deben hacerlo los imperialistas vecinos. Pero la expedición de Jenofonte y los panhelenistas que la promocionaron contribuyeron a posibilitar el conflicto al hacer creer a los griegos, o, en este caso, a los macedonios, que podían conquistar Oriente. Tras una lectura superficial, se podría considerar, incluso, que el propio Jenofonte hizo publicidad de la conquista. Además de detalles menores sobre la ruta y algunas tácticas del enemigo, proporcionó al ejército de Alejandro propaganda y confianza, dos factores esenciales para cualquier campaña.

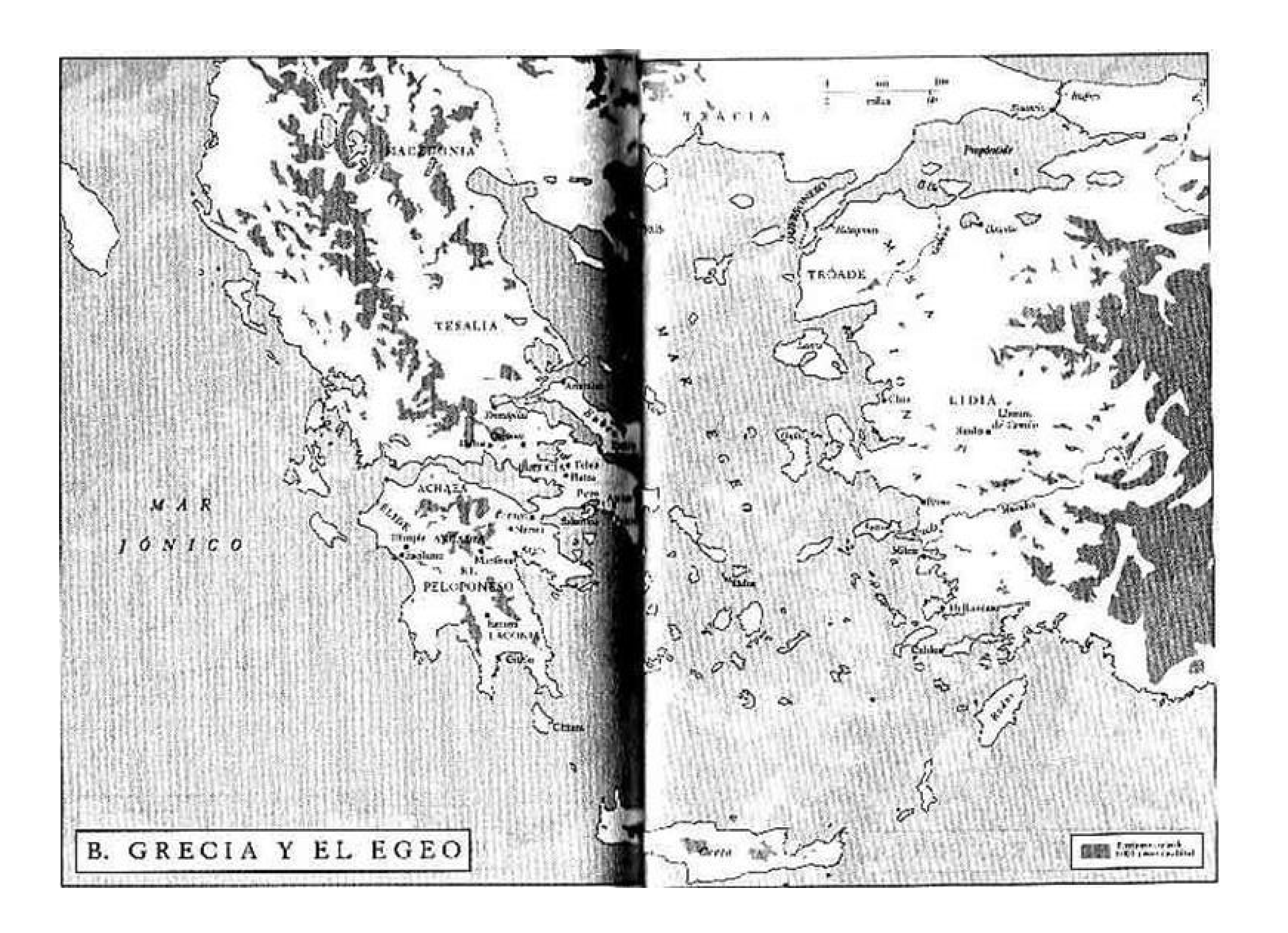
El conflicto documentado por Jenofonte contribuyó a provocar un enorme desplazamiento en la correlación de fuerzas en el mundo antiguo —un desplazamiento que, a corto plazo, marcó el inicio del helenismo, y que, a la larga, ha afectado al destino de civilizaciones enteras—. Esa realidad no se agota en el hecho de que una gran parte del mundo tal como lo conocemos hoy deriva de entidades territoriales forjadas con sangre por los Sucesores de Alejandro en sus interminables guerras mutuas; y tampoco en la constatación de que las repercusiones de la exportación de la cultura helenística, llevada por Alejandro y sus Sucesores hasta territorios orientales tan remotos como la India, no se han desvanecido todavía. No exageraríamos si creyésemos que el propio Alejandro soñó con unir Occidente y Oriente en una cultura común e híbrida, a pesar, incluso, de que esos sueños estaban condenados al fracaso, pues los macedonios se presentaron como conquistadores.

En cuanto conquistador, Alejandro perpetuó la división panhelénica entre Occidente y Oriente y contribuyó a establecer una dinámica geopolítica que ha fomentado siempre enfrentamientos importantes entre ambas zonas: partos y romanos (después de que estos últimos se apoderaron de los restos del imperio oriental de Alejandro), sasánidas y bizantinos, musulmanes y francos procedentes de Europa, otomanos y superpotencias europeas, y, ahora, musulmanes contra la Alianza de Estados Unidos. Así, el legado de Cunaxa ha demostrado que no se limita a la Persia antigua, ni siquiera a la antigua Grecia. Es posible que la expedición de Ciro y la *Anábasis* sean meros afluentes, pero sus aguas siguen presentes en el mar tormentoso al que hoy se ve arrojado el mundo.

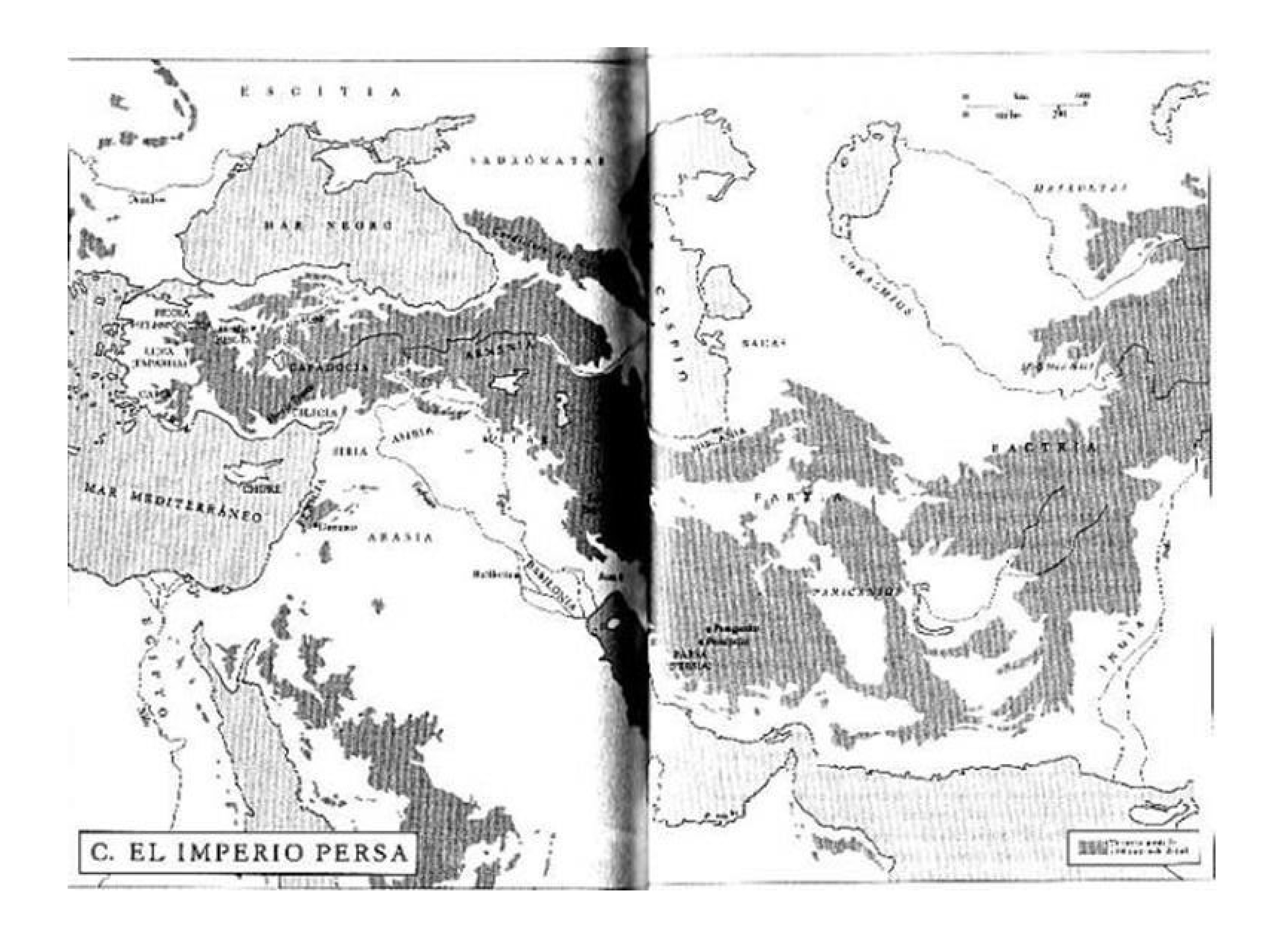
MAPAS



A. LA RUTA DE LOS GRIEGOS DE CIRO



B. GRECIA Y EL EGEO
TRACIA
MACEDONIA
TESALIA
ACHAIA
ELIDE
PELOPONESO
LACONIA
MAR JÓNICO
MAR EGEO
TRÓADE
LIDIA
Propóntide
Creta


ESCITIA
SARMATAS
MAR NEGRO
CAPADOCIA
ARMENIA
CILICIA
SIRIA
CHIPRE
MAR MEDITERRÁNEO
ARABIA
BABILONIA
EGIPTO
CASPIO
SACAS
CORASMIOS
BACTRIA
PARTIA
INDIA
C. EL IMPERIO PERSA

CRONOLOGÍA

FECHA (A.d C.) ACONTECIMIENTO C. 1200 Guerra de Troya. 1050-950 Primer periodo de colonización desde Grecia continental. 776 Fecha tradicional de los primeros juegos olímpicos. 750-550 Segundo periodo de colonización desde Grecia continental. c. 700 Homero y Hesíodo escriben sus poemas épicos. Difusión de la táctica y el armamento de los hoplitas en Grecia. 687 Fundación del reino de Lidia. 630 Esparta controla la totalidad del Peloponeso meridional. 585-550 Reinado de Astiages en Media. 560-546 Reinado de Creso en Lidia. 559-330 La dinastía aqueménida gobierna Persia. 559-530 Reinado de Ciro el Grande de Persia. c. 550 Sublevación persa y conquista de los medos. c. 550 Primer gran templo de Ártemis en Éfeso. 547-546 Ciro se anexiona Lidia. 546-510 Tiranía de los pisistrátidas en Atenas. 539 Ciro se apodera de Babilonia. 530-533 Reinado de Cambises II de Persia. 527-510 Tiranía de Hipias en Atenas. c. 525 Persia conquista Egipto. 522 Reinado de Esmerdis de Persia. 521-486 Reinado de Darío I de Persia. 520-490 Reinado de Cleomenes I de Esparta. 513-510 Campañas persas en Escitia y Tracia. 508 Clístenes introduce la democracia en Atenas. 499-494 Sublevación en Jonia. 492 La primera invasión persa de Grecia naufraga en las costas de Atos. 490 Segunda invasión persa; batalla de Maratón. 486-465 Reinado de Jerjes I de Persia. Tercera invasión persa de Grecia; batallas de las Termópilas, Artemisio y Salamina. 479 Las batallas de Platea y Mícala ponen fin a la invasión persa. 477 Formación de la Liga Delia, que se convertiría más tarde en el Imperio ateniense. 472 Los persas, de Esquilo. 469 Nacimiento de Sócrates. c. 468 Victoria de Cimón en el Eurimedonte. 465-424 Reinado de Artajerjes I de Persia. 459-446 Hostilidad manifiesta entre Atenas y Esparta. 450 s. Atenas apoya la sublevación de Egipto contra Persia. c. 448 La Paz de Calias pone fin a las hostilidades entre Atenas y Persia. c. 435 Heródoto publica su Historia. 431-404 Guerra del Peloponeso. 430-427, 410 Peste en Atenas. c. 428 Nacimiento de Jenofonte. 424 Reinado de Jerjes II de Persia. 424-404 Reinado de Darío II de Persia. 424 Renovación de la Paz de Calias entre Atenas y Persia. 423 Nacimiento de Ciro el Joven. 415-413 Expedición ateniense contra Sicilia. 415 Atenas apoya la rebelión de Pisutnes y Amorges de Esparda. 415 Tisafernes es designado sátrapa de Esparda. 414 Farnabazo II es designado sátrapa de Frigia. 412-404 Actividad de Alcibíades de Atenas en Asia Menor. 407-404 Actividad de Lisandro de Esparta en Asia Menor. 407 Ciro el Joven es designado virrey de Asia Menor. 404-359 Reinado de Artajerjes II de Persia. 404-371 Hegemonía espartana en el Egeo. 404-403 Gobierno de los Treinta Tiranos en Atenas. 404-343 Sublevación egipcia contra Persia. 401 Batalla de Cunaxa y muerte de Ciro el Joven. 401-400 Retirada de Jenofonte. Reinado de Agesilao de Esparta.

400-399 Jenofonte y los griegos de Ciro son empleados en Tracia. 399-394 Jenofonte sirve a las órdenes de los espartanos en Asia Menor 399 ó 394 Jenofonte es desterrado de Atenas. 395-386 Guerra de Corinto. 395-347 Actividad de Platón en Atenas. 395 Muerte de Tisafernes. c. 392-370 Jenofonte en Escilunte; principal periodo de dedicación a la escritura 387-338 Actividad de Isócrates en Atenas. 386 Paz de Antálcidas (Paz del Rey). 384-322 Aristóteles. 371-362 Hegemonía de Tebas en Grecia. c. 368 Revocación del destierro de Jenofonte. 362 Muerte de Grilo, hijo de Jenofonte. 359-338 Reinado de Artajerjes III de Persia. 359-336 Reinado de Filipo II de Macedonia. c. 354 Muerte de Jenofonte, quizá en Corinto. 338-336 Reinado de Artajerjes IV de Persia. 338 La batalla de Queronea otorga a Filipo el control de Grecia meridional 336-330 Reinado de Darío III de Persia. 336-323 Reinado de Alejandro III Magno de Macedonia. 334-330 Alejandro conquista el Imperio persa.

PESOS Y MEDIDAS Los valores variaban algo de un lugar a otro en el mundo de la Grecia antigua; los datos siguientes corresponden únicamente al sistema utilizado por Jenofonte.

MEDIDAS DE LONGITUD 12 dedos (de ancho) = 4 palmas = 1 pie

12dedos = 1/2 cubito = 1 palmo (distancia entre la punta del pulgar y la del meñique con la mano totalmente extendida)

1 ¼ de pie = 1 pigón (distancia del codo a la primera falange del meñique)

1 ½ de pie = 1 cubito (distancia del codo a la punta del dedo corazón) pies = una braza (distancia de las puntas de los dedos de la mano izquierda a las de la derecha con los brazos extendidos en horizontal)

100 pies = 1 pletro

600 pies = 1 estadio

30 estadios = 1 parasanga*

*** Los estudiosos han incurrido a veces en alguna confusión debido a que a) otros autores antiguos consideraban que una parasanga equivalía a 60 estadios, y a que b) la parasanga persa de fechas más tardías se utilizó no como unidad concreta sino como la medida de la distancia que se podía recorrer en una hora —de manera muy parecida a como se medía a veces un recorrido en la Grecia rural, hasta fechas recientes, en función de los cigarrillos que se podían fumar durante el trayecto. Pero es evidente que los antiguos griegos consideraban la parasanga como una unidad fija de longitud (aunque difirieran en cuanto a su magnitud), y, de hecho, es posible que hubiera hitos de parasangas colocados a lo largo de las principales vías del Imperio persa.**

1 pie en la escala ática mediría, según cálculos, 29,6 cm por tanto:

1 dedo = 1,85 cm

1 palma = 7,45 cm

1 palmo = 22,2 cm

1 pigón = 37 cm

1 cubito = 44,4 cm

1 braza = 1,776 m

1 pletro = 29,6 m

1 estadio = 177,6 m

1 parasanga = 5,328 km

MONEDAS, O MEDIDAS DE PESO Las monedas griegas no respondían del todo a un patrón fiduciario sino que valían su peso en metal. Por tanto, las medidas de peso son al mismo tiempo medidas monetarias.

1 talento = 60 minas = 6.000 dracmas = 36.000 óbolos

1 óbolo = 722 mg

1 dracma = 4,332 g

1 mina = 433,2 g

1 talento = 25,992 kg

MEDIDAS DE CAPACIDAD Para líquidos: 1 ánfora («cántaro») = 12 coes («jarras») = 144 cotilos («vasos») = 864 ciatos («cucharadas»). Dado que 1 ánfora = unos 39 litros, entonces: 1 coe = 3,25 litros, 1 cotilo = 270 ml, y 1 ciato = 45 ml.

Medidas de áridos: 1 medimno = 48 quénices = 192 cotilos. Dado que 1 cotilo = 270 ml, entonces 1 quénice = 1,08 litros, y 1 medimno = 51,84 litros.

BIBLIOGRAFÍA La reconstrucción de muchos acontecimientos antiguos es insegura, y nuestras ideas sobre las vidas y obras de autores de la Antigüedad no son uniformes; no obstante, para que las historias narradas en este libro resulten accesibles a un público lector lo más amplio posible, he omitido la mayoría de las salvedades que suelen formular los estudiosos. Sin embargo, a fin de contrarrestar cualquier impresión errónea derivada de esta estrategia, he incluido en la presente bibliografía muchas más obras eruditas de lo que es habitual en un libro de divulgación histórica, de manera que quien desee seguir las controversias comentadas por mí y ver cómo a veces es posible ofrecer reconstrucciones diferentes disponga de material suficiente con el que empezar. Aun así, la lista no es, ni mucho menos, completa —ni en cuanto al material disponible ni respecto a las obras que he leído durante la preparación del presente libro—, pero incluye todas aquellas obras que considero fiables y lo bastante entretenidas como para ser recomendadas a un público que podría ir desde los entusiastas de la historia hasta los historiadores profesionales, pasando por los estudiantes universitarios.

FUENTES GRIEGAS ANTIGUAS En mi libro hay pocas cosas que sean meras paráfrasis, pero sus cimientos están tomados de la *Anábasis* de Jenofonte, obra disponible en versiones inglesas de las que, por supuesto, recomiendo la mía, publicada por Oxford University Press en su colección World’s Classics con el título de *The Expedition of Cyrus*. Se trata de la traducción más reciente (apareció en 2005), y la introducción y notas de Tim Rood son más completas y de mayor alcance que las de otros libros comparables [en castellano se ha tomado la versión publicada por Credos en su colección Biblioteca Clásica Credos en el año 2000]. El relato de la campaña de Ciro contra su hermano y de los sucesos subsiguientes ofrecido por Jenofonte como testigo presencial es, con ventaja, la fuente más importante, pero puede complementarse de vez en cuando con la *Life of Artaxerxes* [*Vida de Artajerjes*] de Plutarco (disponible en la colección Loeb de textos y traducciones publicada por Harvard University Press), que, a pesar de haber sido escrita quinientos años después de los hechos, se apoya en fuentes más antiguas. Una de las más importantes fue Ctesias de Cnido, que vivió de hecho durante un tiempo en la corte de Artajerjes y estuvo presente en la batalla de Cunaxa, pero cuyas *Anécdotas de Persia* sólo existen hoy en fragmentos o en resúmenes; estos restos han sido espléndidamente editados por Dominique Lenfant (*Ctesias de Cnide: La Perse, L’lnde, Autres fragments* [París, Les Belles Lettres, 2004]). El relato de Diodoro de Sicilia sobre la expedición, incluido en el libro XIV de su *Biblioteca histórica* (capítulos XIX-XXXI), añade poca cosa, a pesar de inspirarse en fuentes ajenas a Jenofonte; y los pocos fragmentos pertinentes de otras obras, como las historias de Persia de Dinón de Colofón y Heraclides de Cime (escritas ambas en la segunda mitad del siglo IV a. C.), no me han ayudado apenas

en el presente libro.

Otras obras de Jenofonte disponibles en inglés son las siguientes: *Conversations of Sócrates* (Penguin, 1990, con traducción, introducción y notas de Robin Waterfield y Hugh Tredennick; el volumen incluye *Sócrates' Defence, Recollections of Sócrates, Symposiumy On the Management of an Estate*)[en castellano podemos encontrar estas obras: *Apología de Sócrates, Recuerdos de Sócrates, Banquete y Económico* reunidos en un volumen de la Biblioteca Clásica; Gredos]; *Hiero the Tyrant and Other Treatises* (Penguin, 1997; traducido por Robin Waterfield, con introducciones y notas de Paul Cartledge; el volumen contiene los siguientes escritos: Hiero, Agesilaus, On Cavalry Command, On Horsemanship, On Huntingy Ways and Means)[en castellano podemos encontrar el *Hierón* en la siguiente edición: Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 1971]; *Hellenica*, con el título *A History of My Times* (Penguin, 1979; traducido por Rex Warner, con introducción y notas de George Cawkwell) [hay trad. cast.: *Helénicas*, Madrid, Gredos, 2000]; *The Education of Cyrus the Great* (Londres, J. M. Dent, 1992; traducido por H. G. Dakyns, con introducción y notas de Richard Stoneman) [hay trad. cast.: *Ciropedia*, Madrid, Gredos, 2000]; *Spartan Society*, en *Plutarch on Sparta*, traducido por Richard Talbert (nueva ed., Londres, Penguin, 2005).

El único atlas recomendable del mundo antiguo es el de Richard Talbert (ed.), Barrington *Atlas of the Greek and Román World* (Princeton, Princeton University Press, 2000). *The Oxford Classical Dictionary* (3.ª ed., Oxford, Oxford University Press, 1996), editado por Simón Hornblower y Antony Spawforth, es una mina de información sobre cualquier aspecto del mundo antiguo. La lectura de Oliver Taplin (ed.), *Literature in the Greek World* (Oxford, Oxford University Press, 2000), sirve para situar a Jenofonte en el contexto literario de ese mundo, mientras que la de Christopher Taylor (ed.), *The Routledge History of Philosophy*, vol. 1: *From the Beginning to Plato* (Londres, Routledge, 1998), ayuda a situarlo en su contexto filosófico. La mejor introducción a la religión griega es la de Louise Bruit Zaidman y Pauline Schmitt Pantel, *Religión in the Ancient Greek City*, traducida al inglés por Paul Cartledge (Cambridge, Cambridge University Press, 1991; las ediciones posteriores han ampliado las bibliografías) [hay trad. cast.: *La religión griega: en la polis de la época clásica*, Madrid, Akal, 2002].

RECOPILACIONES DE ENSAYOS Hay que destacar tres recopilaciones de ensayos publicadas recientemente. Dos de ellas están dedicadas a la *Anábasis*, y aunque la tercera no se centra en esta obra de la misma manera, aborda muchos asuntos pertinentes. Las tres dan testimonio en conjunto de una

oportuna recuperación del interés académico por Jenofonte, y casi todas las colaboraciones que contienen son de un nivel tan elevado que, para ahorrar espacio y evitar repeticiones, no las he enumerado en particular en ninguna de las siguientes secciones. Dichas recopilaciones son: Pierre Briant (ed.), *Dans les Pas des Dix-Mille* (Toulouse, Presses Universitaires du Mirail, 1995), Robin Lane Fox (ed.), *The Long March: Xenophon and the Ten Thousand* (New Haven, Yale University Press, 2004), y Christopher Tuplin (ed.), *Xenophon and His World* (Stuttgart, Steiner, 2004; = HistoriaEinzelschriften 172). Para los estudiosos aludiré a una importante reseña del volumen dirigido por Briant: Christopher Tuplin, «On the Track of the Ten Thousand», en *Revue des études anciennes* 101 (1999), pp. 331-366.

El mejor estudio de lo poco que podemos saber sobre la vida de Jenofonte y sus actividades militares y literarias es el de J. K. Anderson, *Xenophon* (Londres, Duckworth, 1974). Dos exposiciones más detalladas y espléndidamente penetrantes sobre sus escritos, en especial sobre su obra historiográfica, son los de John Dillery, *Xenophon and the History of His Times* (Londres, Routledge, 1995), y Vivienne Gray, *The Character of Xenophon's Hellenica* (Londres, Duckworth, 1989). Otros estudios útiles: Vivienne Gray, «*Xenophon and Sócrates*», en Christopher Rowe y Malcolm Schofield (eds.), *The Cambridge History of Greek and Román Political Thought* (Cambridge, Cambridge University Press, 2000), pp. 142-154; Peter Green, «*Text and Context in the Matter of Xenophon's Exile*», en Ian Worthington (ed.), *Ventures into Greek History* (Oxford, Oxford University Press, 1994), pp. 215-227 (reimpr. en Peter Green, *From Icaria to the Stars: Classical Mythification, Ancient and Modern* (Austin, University of Texas Press, 2004), pp. 133-143); William Higgins, *Xenophon the Athenian* (Albany, State University of New York Press, 1977); Clifford Hindley, «*Eros and Military Command in Xenophon*», en *Classical Quarterly* 44 (1994), 347-366; Steven Hirsch, *The Friendship of the Barbarians: Xenophon and the Persian Empire* (Hanover, Tufts University Press/University Press of New England, 1985); Noreen Humble, «*Xenophon's Sons at Sparta? Perspectives on Xenoiin the Spartan Upbringing*», en Thomas Figueira (ed.), *Spartan Society* (Swansea, Classical Press of Wales, 2004), 231-250; Godfrey Fíutchinson, *Xenophon and the Art of Command* (Londres, Greenhill Books, 2000); Steven Johnstone, «*Virtuous Toil, Vicious Work: Xenophon on Aristocratic Style*», en *Classical Philology* 89 (1994), 219-240; John Kane, «*Greek Valúes in Xenophon's Hellenica*», en Andros Loizou y Flarry Lesser (eds.), *Polis and Politics: Essays in GreeMoral and Political Philosophy* (Aldershot, Avebury, 1990), 1-11; Rusudan Rzchiladze, «*L'Orient dans les oeuvres de Xenophon*», en *Klio* 62 (1980), 311-316; Robin Seager, «*Xenophon and Athenian Democratic Ideology*», en *Classical Quarterly* 51 (2001), 385-397; Christopher Tuplin, «*Xenophon's Exile Again*», en Michael Whitby et al.(eds.), *Homo Viator: Classical Essays for John Bramble* (Bristol,

Bristol Classical Press, 1987), 59-68, y «*Xenophon, Artemis and Scillus*», en Thomas Figueira (ed.), *Spartan Society* (Swansea, Classical Press of Wales, 2004), 251-281; Neal Wood, «*Xenophon's Theory of Leadership*», en *Classica et Mediaevalia* 25 (1964), 33-66.

LA EXPEDICIÓN DE CIRO La expedición ha sido tratada en un cúmulo de obras mencionadas en otras secciones. El mundo académico espera ansioso el comentario de Christopher Tuplin sobre la *Anábasis*, prometido desde hace tiempo; pero, entretanto, disponemos de un aceptable comentario en alemán de Otto Lendle, *Kommentar zu Xenophons Anabasis* (Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1995).

Mi exposición de la batalla de Cunaxa se inspira principalmente en la de Graham Wylie («*Cunaxa and Xenophon*», en *L'antiquité classique* 61 (1992), 119-134) y Sherylee Bassett («*The Death of Cyrus the Younger*», en *Classical Quarterly* 49 (1999) 473-483), pero también merece la pena leer J. M. Bigwood, «*The Ancient Accounts of the Battle of Cunaxa*», en *American Journal of Philology* 104 (1983), 340-357.

Aparte de la batalla propiamente dicha, hay mucho que espigar en obras como las siguientes: Sherylee Bassett, «*The Enigma of Clearchus the Spartan*», en *Ancient History Bulletin* 15 (2000), 1-13, e «*Innocent Victims or Perjurers Betrayed? The Arrest of the Generáis in Xenophon's Anabasis*»,en *Classical Quarterly* 52 (2002), 447-461; T. S. Brown, «*Menon of Thessaly*», en *Historia* 35 (1986), 387-404; Italo Calvino, «*Xenophon's Anabasis*», en: id., «*Why Read the Classics*», trad. inglesa de Martin McLaughlin (Londres, Jonathan Cape, 1999), 19-23 (el ensayo fue escrito en 1978) [hay trad. cast. de este libro: *Por qué leer los clásicos*, Barcelona, Tusquets Editores, 1992.]; Andrew Dalby, «*Greeks Abroad: Social Organization and Food among the Ten Thousand*», en *Journal of Hellenic Studie*s 112 (1992), 16-30; Krzysztof Giombiowski, «*The Campaign of Cyrus the Younger and the Retreat of the Ten Thousand: The Chronology*», en *Pomoerium* 1 (1994), 37-44; Gerald Nussbaum, *The Ten Thousand: A Study in Social Organisation and Action in Xenophon's Anabasis* (Leiden, Brill, 1967); Shalom Perlman, «*The Ten Thousand: A Chapter in the Military, Social and Economic History ot the Fourth Century*», en *Rivista storica dell'antichitá* 6-7 (1976-1977), 241-284; Joseph Rozsman, «*Klearchos in Xenophon's Anabasis*», en *Scripta Classica Israelica* 8-9 (1985-1988), 30-52, y «*Anaxibios and Xenophon's Anabasis*», en *Ancient History Bulletin* 2 (1988), 80-87; James Roy, «*The Mercenaries of Cyrus*», en *Historia* 16 , 287-323, «*Xenophon's Evidence for the Anabasis*», en *Athenaeum* 46 , 37-46, y «*Arcadian Nationality as Seen in Xenophons Anabasis*», en *Mnemosyne* 25 (1972), 129-136; Peter van Soesbergen, «*Colonisation as a Solution to Social-economic Problems: A*

Confrontation of Sócrates with Xenophon», en *Ancient Society* 13-14 (1982), 131-145; Jan Stronk, *The Ten Thousand in Thrace* (Ámsterdam, J. C. Gieben, 1995); Christopher Tuplin, «*Heroes in Xenophon's Anabasis*», en Alberto Barzanó et al.(eds.), Modelli eroici del'antichitá alla cultura europea (Roma, «*L'Erma*» di Bretschneider, 2003), 115-156; H.D. Westlake, «*Diodorus and the Expedition of Cyrus*», en *Phoenix* 41 (1987), 241-254 (reimpr. en id., *Studies in Thucydides and Greek Historiography* (Bristol, Bristol Classical Press, 1989, 260-273).

La pervivencia del libro de Jenofonte —o, al menos, de su episodio más famoso— ha sido examinada con ingenio y erudición por Tim Rood en *The Sea! The Sea! The Shout of the Ten Thousand in the Modern lmagination* (Londres, Duckworth Overlook, 2004).

EL VIAJE DE JENOFONTE Intentar seguir en detalle la ruta de Jenofonte puede volverle a uno loco. Su sentido de las distancias no es siempre exacto, y a veces resulta absolutamente esquemático; no proporciona detalles suficientes sobre los lugares, la topografía o la dirección como para hacer que nos sintamos seguros respecto a muchos tramos del recorrido; los ríos han cambiado su curso o se han secado, y las costas han retrocedido o avanzado; algunas ciudades, por no hablar de las aldeas, se han desvanecido sin dejar rastro. La perspectiva de Jenofonte era siempre militar, con la mira puesta en su expedición y, posiblemente, en otras expediciones futuras. Lo que se nos cuenta, por ejemplo, acerca de los ríos no es tanto su localización precisa cuanto su profundidad y su anchura, pues estos factores permitían a un ejército cruzarlos con mayor o menor facilidad; los pueblos se mencionan sobre todo cuando contribuían a aprovisionar al ejército. Estos «fallos» se explican, al menos en parte, por el hecho de que el marco geográfico de Jenofonte, como el de casi todas las personas que vivieron antes de la época de los mapas, era más «odológico» que «cartográfico». Es decir, que en vez de pensar espacialmente en zonas extensas de territorio, pensaba en sentido lineal, en caminos y en sus límites y obstáculos, como ríos, costas y cordilleras.

Varias de las obras enumeradas en otras secciones abordan aspectos de la ruta seguida por Jenofonte y sobre la identificación de lugares de la Antigüedad. La obra clásica, y de valor inestimable, es la de Valerio Manfredi, *La Strada dei Diecimila: Topografía e geografía dell'Oriente di Senofonte* (Milán, Jaca, 1986), pero todavía sigue resultando divertido leer los relatos de algunos viajeros del pasado, como el de John Macdonald Kinneir, *Journey through Asia Minor, Armenia and Koordistan in the Years 1813 and 1814* (Londres, John Murray, 1818; reimpr. Elibron Classics, 2003), o el de W. F. Ainsworth, *Travels in the Tracks of the Ten Thousand*

Creeks (Londres, John W. Parker, 1844). Otros libros de viaje, viejos y nuevos, por las regiones que vienen al caso darán cierta idea de la topografía y la posterior historia de los lugares visitados por los griegos de Ciro.

Los estudios de detalle suelen quedar sepultados en las revistas académicas: R. D. Barnett, «*Xenophon and the Wall of Media*», en *Journal of Hellenic Studies* 83 (1963), 1-26; Anthony Comfort y Rifat Ergeg, «*Following the Euphrates in Antiquity: North-South Routes around Zeugma*», en *Anatolian Studies* 83 (2001), 19-50; Fred Donner, «*Xenophon's Arabia*», en *Iraq* 48 (1986), 1 —14; W. J. Farrell, «*A Revised Itinerary of the Route Followed by Cyrus the Younger through Syria*», en *Journal of Hellenic Studies* 81 (1961), 153-155; David French, «*The Site of Barata and Routes in the Konya Plain*», en *Epigraphica Anatolica* 27 (1996), 93-114, y «*Pre and Early-Roman Roads of Asia Minor: The Persian Road*», en *Irán* 36 (1998), 15-43; Michal Gawilowski, «*Thapsacus and Zeugma: The Crossing of the Euphrates in Antiquity*», en *Iraq* 58 (1996), 123-133; David Graf, «*The Persian Royal Road System*», en *Achaemenid History* 8 (1994), 167-189; Nicholas Hammond, «*One or Two passes at the Cilicia-Syria Border?*», en *Ancient World* 25 (1994), 15-26; Robert Flewsen, «*Introduction to Armenian Historical Geography II: The Boundaries óf Achaemenid Armina*», en *Revue des études arméniennes* 17 (1983), 123-143; Tim Mitford, «*Thalatta, Thalatta: Xenophon's View of the Black Sea*», en *Anatolian Studies* 50 (2000), 127-131 (véase también Norman Hammond en *The Times* [Londres], 30 de noviembre de 1996); Jan Retso, «*Xenophon in Arabia*», en Sven-Tage Teodorsson (ed.), *Greek and Latín Studies in Memory of Caius Fabricius* (Góteborg: University of Goteborg Press, 1990), 122-131; David Thompson, «*The Passage of the Ten Thousand through Cilicia*», en *La Parola del Passato* 19 (1964), 22-25; Christopher Tuplin, «*Modern and Ancient Travellers in the Achaemenid Empire: Byron's Road to Oxianaand Xenophon's Anabasis*», en *Achaemenid History* 7 (1991), 37-57, «*Achaemenid Arithmetic*», en *Topoi* supl. vol. 1 (1997), 365-421, y «*Xenophon in Media*», en Giovanni Lanfranchi et al.(eds.), *Continuity of Empire (?): Assyria, Media, Persia* (Padua: Sargon, 2003), 351-448; Frank Williams, «*Xenophon's Dana and the Passage of Cyrus'Arrny over the Taurus Mountains*», en *Historia* 45 (1996), 284-314.

LA GUERRA EN LA GRECIA ANTIGUA La bibliografía es, comprensiblemente, enorme. La siguiente lista está muy recortada y se centra, como es habitual, en libros accesibles más que en artículos. En primer lugar, hay cinco obras extraordinariamente buenas que brindan una visión reveladora de la naturaleza de la guerra en la Grecia antigua (y disienten a menudo entre sí): Victor Davis Hanson, *The Western Way of War: Infantry Battle in Classical Greece* (2.ª ed., Berkeley, University of California Press, 2000); J. E. Lendon, *Soldiers and Ghosts: A History of Battle in Classical Antiquity* (New Haven, Yale University Press, 2005); W.

Kendrick Pritchett, *The Greek State at War*, 5 vols. (Berkeley, University of California Press, 1971-1991; el primer volumen apareció con el título *Ancient Greek Military Practices*, parte I (Berkeley, University of California Press, 1970); Harry Sidebottom, *Ancient Warfare: A Very Short Introduction* (Oxford, Oxford University Press, 2004); y Hans van Wees, *Greek Warfare: Myths and Realities* (Londres, Duckworth, 2004).

También se pueden consultar: J. K. Anderson, *Military Theory and Practice in the Age of Xenophon* (Berkeley, University of California Press, 1970); Donald Engels, *Alexander the Great and the Logistics of the Macedonian Army* (Berkeley, University of California Press, 1978); Victor Davis Hanson, *The Wars of the Ancient Creeks* (Londres, Cassell, 1999), y (ed.), *Hoplites: The Classical Greek Battle Experience* (Londres, Routledge, 1991); John Lazenby, «*Logistics in Classical Greek Warfare*», en *War in History* I (1994), 3-18; Alan Lloyd (ed.), *Battle in Antiquity* (Londres/Swansea, Duckworth/Classical Press of Wales, 1996); Josiah Ober, «*The Rules of War in Classical Greece*», en Michael Howard et al.(eds.), *The Laws of War: Constraints on Warfare in the Western World* (New Haven, Yale University Press, 1994), 12-26, 227-230 (reimpr. en Josiah Ober, *The Athenian Revolution* [Princeton, Princeton University Press, 1996], 53-71); John Rich y Graham Shipley (eds.), *War and Society in the Greek World* (Londres, Routledge, 1993); Frank Russell, *Information Gathering in Classical Greece* (Ann Arbor, University of Michigan Press, 1999); Michael Sage, *Warfare in Ancient Greece: A Sourcebook* (Londres, Routledge, 1996); Christine Salazar, *The Treatment of War Wounds in Graeco-Roman Antiquity* (Leiden, Brill, 2000); Anthony Snodgrass, *Arms and Armour of the Greeks* (Londres, Thames and Hudson, 1967); I. G. Spence, *The Cavalry of Classical Greece* (Oxford, Oxford University Press, 1993); Lawrence Tritle, *From Melos to My Lai: War and Survival* (Londres, Routledge, 2000); Hans van Wees (ed.), *War and Violence in Ancient Greece* (Londres, Duckworth, 2000).

Varias obras de la sección anterior tienen, por supuesto, cosas que decir sobre los griegos que servían como mercenarios, pero contamos también con varios estudios especializados útiles: G. T. Griffith, *The Mercenaries of the Hellenistic World* (Cambridge, Cambridge University Press, 1935; reimpr. Chicago, Ares Press, 1984); Jells Krasilnikoff, «*Aegean Mercenaries in the Fourth to Second Centuries BC. A Study in Payment, Plunder and Logistics of Ancient Greek Armies*», en *Classica et Mediaevalia* 43 (1992), 23-36, y «*The Regular Payment of Aegean Mercenaries in the Classical Period*», en *Classica et Mediaevalia* 44 (1991), 77-95; Ludmila Marinovich, *Le Mercenariat grec et la crise de la polis* (París, Les Belles Lettres, 1988); Paul McKechnie, «*Greek Mercenary Troops and Their Equipment*», *Historia* 43 (1994), 297-305; Harvey Miller, «*The Practical and Economic Background to the Greek Mercenary Explosion*», en *Greece and*

Rome 31 (1984), 153-160; H. W. Parke, *Greek Mercenary Soldiers from the Earliest Times to the Battle Ipsus* (Londres, Oxford University Press, 1933; reimpr. Chicago, Ares Press, 1981); Alexandre Tourraix, «*Les mercenaires grecs au service des Achéménides*», en Patrice Brun (ed.), *Guerres et sociétés dans les mondes grecs (490-322)* (París, Editions du Temps, 1999), 201-216; Matthew Trundle, *Greek Mercenaries from the Late Archaic Period to Alexander* (Londres, Routledge, 2004); David Whitehead, «*Who Equipped Mercenary Troops in Classical Greece?*», en *Historia* 40 (1991), 105-113.

GRIEGOS Y PERSAS Un buen análisis de las deudas culturales de los griegos con sus vecinos orientales en general es la obra de Walter Burkert, Babylon, Memphis, *Persepolis: Eastern Contexts of Greek Culture* (Cambridge, MA, Harvard University Press, 2004). Josef Hofstetrer, *Die Griechen in Persien* (Berlín, Reimer, 1978), contiene una prosopografía de griegos famosos de quienes se sabe que estuvieron en Persia, pero el mejor estudio sobre los contactos culturales entre Grecia y Persia es, con mucho, el de Margaret Miller, *Athens and Persia in the Fifth Century: A Study in Cultural Receptivity* (Cambridge, Cambridge University Press, 1997). Aunque la autora se centra en el siglo V, y en Atenas más que en el conjunto de Grecia, menciona abundantes contactos no atenienses, y, en cualquier caso, las pruebas de que disponemos tanto en este punto como en otros están centradas en gran parte en Atenas.

Para la historia militar, contamos con una breve exposición en Jolin Sharwood Smith, *Greece and the Persians* (Bristol, Bristol Classical Press, 1990), y otras más extensas en A. Robin Burn, *Persia and the Greeks* (2.ª ed., Londres, Duckworth, 1985), George Cawkwell, *The Greeks Wars: The Failure of Persia* (Oxford, Oxford University Press, 2005), y John Lazenby, *The Defence of Greece* (Warminster, Arts & Phillips, 1993).

Se puede ver también Jack Baker, «*The Greeks and the Persians: The Processes of Acculturation*», en *Historia* 32 (1983), 257-C7, y «*The East Greeks under Persian Rule: A Reassessment*», en *Achaemenid History* (1991), 57-65. J. M. Cook, *The Greeks in Persia and the Flast* (Londres, Thames and Hudson, 1962); Robert Drews, *The Greek, Accounts of Eastern History* (Washington, Center for Hellenic Studies, 1973); Samuel Eddy, «*The Cold War between Athens and Persia ca.448-412 B.C.*», en *Classical Philology* 68 (1973), 241-258; David Graf, «*Greek Tyrants and Achaemenid Politics*», en John Facie y Josiah Ober (eds.), *The Craft of the Ancient Historian: Essays in Honor of Chester G. Starr* (Lanham, MD, University Press of America, 1985), 79-123; David Lewis, *Sparta and Persia* (Leiden, Brill, 1977); Chester Starr, «*Greeks and Persians in the Fourth Century BC: A Study in Cultural Contacts before Alexander*», en *Iranica*

Antiqua II (1975), 39-99 y 12 (1977)y 12 (1977) 49-115.

HISTORIA AQUEMÉNIDA Jenofonte no es la única fuente griega importante para la historia de Persia bajo la dinastía aqueménida (aunque sí el único autor griego que tuvo contactos estrechos con los persas y cuya obra se ha conservado). También está Heródoto; vuelvo a preferir mi traducción de su *Historia* (Histories, Oxford, Oxford University Press, 1998), con un espléndido comentario de Carolyn Dewald. [Hay trad. cast.: *Historia* (5 vols.), Madrid, Gredos, 2000.] Nuestro conocimiento de la historia de Persia sigue aumentando año tras año, por lo que se trata, sobre todo, de hallar obras que sean recientes y fiables. El punto de partida es el monumental trabajo de Pierre Briant, *From Cyrus to Alexander: A History of the Persian Empire*, trad. al inglés por Peter Daniels (Winona Lake, Eisenbrauns, 2002). Podemos encontrar dos excelentes exposiciones breves en Amelie Kuhrt, *The Ancient Near East c.3000-330 BC*, 2 vols. (Londres, Routledge, 1995; el segundo volumen concluye con el Imperio persa) [hay trad. cast.: *El Oriente Próximo en la antigüedad*, Barcelona, Editorial Crítica, 2000-2001], y en Josef Wieschoter, *Ancient Persia from 550 BC to 650 AD Azizeh Azodi* (Londres, I. IV Tauris, 1996), más centrado en la historia cultural que en la política y en las hazañas militares. Otras buenas historias son: J. M. Cook, *The Persian Empire* (Nueva York, Dent, 1983); Ilya Gershevitch (ed.), *The Cambridge History of Irán*, vol. 2: The Median and Achaemenian Periods (Cambridge, Cambridge University Press, 1985). Entre los trabajos pertinentes y más especializados hay que incluir Jack Balcer, «*The Ancient Persian Satrapies and Satraps in Western Anatolia*», en *Archáologische Mitteilungen aus Irán* 26 (1993), 81-90; Mary Boyce, *A History of Zoroastrianism*, 3 vols. (Leiden, Brill, 1975-1991); Maria Brosius, *Women in Ancient Persia*, *559-331 BC* (Oxford, Oxford University Press, 1996); Elspeth Dusinberre, *Aspects of Empire in Achaemenid Sardis* (Cambridge, Cambridge University Press, 2003); Amélie Kuhrt, «*Earth and Water*», en *Achaemenid History* 3 (1988), 87-99; Donald Lateiner, «*Tissaphernes and the Phoenician Fleet*», en *Transactions of the American Philological Association* 106 (1976), 267-290; Alexander Nefiodkin, «*On the Origin of the Scythed Chariot*», en *Historia* 53 (2004), 369-378; Stephen Ruzicka, «*Cyrus and Tissaphernes, 407-401 BC*», en *Classical Journal* 80 (1984-5), 204-211; Heleen Sancisi-Weerdenburg, «*Gifts in the Persian Empire*», en Pierre Briant y Clarisse Herrenschmidt (eds.), *Tribut dans l'empire perse* (París, Peeters, 1989), 129-146; Nicholas Sekunda, *The Persian Army* (Oxford, Osprey, 1992); Christopher Tuplin, «*The Administration of the Achaemenid Empire*», en Ian Carradice (ed.), *Coinage and Administration in the Athenian and Persian Empires* (British Archaeological Reports 334, 1987), 109-166, «*Xenophon and the Garrisons of the Persian Empire*», en *Archáologische Mitteilungen aus Irán* 20 (1987), 167-245, y *Achaemenid Studies* (Stuttgart, Steiner, 1996; =

HistoriaEinzelschriften 99).

OTRAS EXPOSICIONES HISTÓRICAS SOBRE EL TEMA Esta sección se puede extender casi hasta el infinito, pero las obras siguientes son las más importantes: Antony Andrewes, «*Two Notes on Lysander*», en Phoenix 25 (1971), 206-226, y «*Spartan Imperialism?*», en Peter Garnsey y C. R. Whittaker (eds.), *Imperialism in the Ancient World* (Cambridge, Cambridge University Press, 1978), 91-102; Zofia Archibald, *The Odrysian Kingdom of Thrace: Orpheus Unmasked* (Oxford, Oxford University Press, 1998); John Boardman, *The Greeks Overseas: Their Early Colonies and Trade* (4.ª ed., Londres, Thames and Hudson, 1999) [hay trad. cast.: *Los griegos en ultramar: comercio y expansión colonial antes de la era clásica*, Madrid, Alianza Editorial, 1999]; John Boardman et al.(eds.), *The Cambridge Ancient History*, vol. 4: *Persia, Greece and the Western Mediterráneon c. 525-479 BC* (2.ª ed., Cambridge, Cambridge University Press, 1988); A. Brian Bosworth, *Conquest and Empire: The Reign of Alexander the Great* (Cambridge, Cambridge University Press, 1988) [hay trad. cast.: *Alejandro Magno*, Madrid, Akal, 2005]; John Buckler, *Aegean Greece in the Fourth Century BC* (Leiden, Brill, 2003); Paul Cartledge, *Agesilaos and the Crisis of Sparta* (Londres, Duckworth, 1987), «*The Effects of the Peloponnesian (Athenian) War on Athenian and Spartan Societies*», en David McCann and Barry Strauss (eds.), *War and Democracy: A Comparative Study of the Korean War and the Peloponnesian War* (Nueva York, Armonk, 2001), 104-123, y *Alexander the Great: The Hunt for a New Past* (Londres, Macmillan, 2004); John Davies, *Democracy and Classical Greece* (2.ª ed., Londres, Fontana, 1991); Nicholas Fisher, *Slavery in Classical Greece* (2.ª ed., Londres, Bristol Classical Press, 2001); Gabriel Flerman, *Ritualised Friendship and the Greek City* (Cambridge, Cambridge University Press, 1987); Simón Hornblower, *The GreekWorld 479-323 BC* (3.ª ed., Londres, Routledge, 2002); Sally Humphreys, «*Economy and Society in Classical Athens*», en *Annali* 39 (1970), 1-26 (reimpr. en id., *Anthropology and the Greeks* [Londres, Routledge & Kegan Paul, 1978], 136-158); A. H. M. Jones, «*The Athenian Democracy and Its Critics*», en *Cambridge Historical Journal* II (1953), 1-26 (reimpr. en id., *Athenian Democracy* [Oxford: Basil Blackwell, 1957], 41-72); Robin Lane Fox, *Alexander the Great* (Londres, Alien Lane, 1973) [hay trad. cast.: *Alejandro Magno: conquistador del mundo*, Barcelona, El Acantilado, 2008]; David Lewis et al.(eds.), *The Cambridge Ancient History*, vol. 5: *The Fifth Century BC* (2.ª ed., Cambridge, Cambridge University Press, 1992) y *The Cambridge Ancient History*, vol. 6: *The Fourth Century BC* (2.ª ed., Cambridge, Cambridge University Press, 1994); Paul McKechnie, *Outsiders in the Greek Cities in the Fourth Century BC* (Londres, Routledge, 1989); Robin Osborne (ed.), *Classical Greece, 500-323 BC* (Oxford, Oxford University Press, 2000) [hay trad. cast.: *La Grecia Clásica*, Barcelona, Crítica, 2002]; Paul Rahe, «*The Military Situation in Western Asia on the Eve of*

Cunaxa», en *American Journal of Philology* 101 (1980), 79-96; Barry Strauss, *Athens after the Peloponnesian War: Class, Faction and Policy 403-386 BC* (Londres, Croom Flelm, 1986); Christopher Tuplin, «*The Treaty of Boiotios*», en *Achaemenid History* 2 (1987), 133-153; Frank Walbank, *The Hellenistic World* (2.ª ed., Londres, Fontana, 1992); H. D. Westlake, «*Decline and Fall of Tissaphernes*», en *Historia* 30 (1981), 257-279.

El punto de partida debería ser aquí la obra de Paul Cartledge, *The Greeks: A Portrait of Self and Others* (2.ª ed., Oxford, Oxford University Press, 2002) [hay trad. cast.: *Los griegos*, Barcelona, Crítica, 2007], un estudio extraordinariamente informativo y entretenido sobre cómo se definían los griegos mediante una serie de contraposiciones entre «nosotros y ellos». Contamos además con una espléndida recopilación de ensayos centrados en los contrastes entre griegos y no griegos: Thomas Harrison (ed.), *Greeks and Barbarians* (Edimburgo, Edinburgh University Press, 2002). Además de estos dos libros, los siguientes son también buenos y significativos para este tema: John Coleman y Clark Wale (eds.), *Greeks and Barbarians: Essays on the Interactions between Greeks and Non-Greeks in Antiquity and the Consequences for Eurocentrism* (Bethesda, MD, CDL Press, 1997); Pericles Georges, *Barbarian Asia and the Greek Experience* (Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1994); Edith Hall, *Inventing the Barbarian: GreekSelf-definition through Tragedy* (Oxford, Oxford University Press, 1989); Jonathan Hall, *Hellenicity. Between Ethnicity and Culture* (Chicago, University of Chicago Press, 2002); François Hartog, *The Mirror of Herodotus: The Representation of the Other in the Writing of History*, trad. inglesa de Janet Lloyd (Berkeley, University of California Press, 1988) y *Memories of Odysseus: Frontier Tales from Ancient Greece*, trad. inglesa de Janet Lloyd (Edimburgo, Edinburgh University Press, 2001); Benjamin Isaac, *The Invention of Racism in Classical Antiquity* (Princeton, Princeton University Press, 2004); Ippokratis Kantzios, «*The Politics of Fear in Aeschylus'Persians*», en *Classical World* 98 (2004), 3-19; Timothy Long, *Barbarians in Greek Comedy* (Carbondale, Southern Illinois University Press, 1986); Irad Malkin (ed.), *Ancient Perceptions of Greek Ethnicity* (Washington, Center for Hellenic Studies, 2001); Shalom Perlman, «*Panhellenism, the Polis and Imperialism*», en *Historia* 25 (1976), 1-30; Edward Said, *Orientalism* (nueva ed., Londres, Penguin, 1995); Pierre Vidal-Naquet, «*The Place and Status of Foreigners in Greek Tragedy*», en Christopher Pelling (ed.), *Greek Tragedy and the Historian* (Oxford, Oxford University Press, 1997), 109-119.

Notas[1]Cuatrocientos mil en Ctesias de Cnido, fragmento 22 Jacoby; 900.000 según Jenofonte, *Anábasis* 1 7,12.

[2]Las referencias de las citas literales y paráfrasis de autores mencionados por su nombre (y de algunos no nombrados), tanto antiguos como modernos, se pueden encontrar en las pp. 287-292. En cuanto a los datos sobre la expedición presentados no atribuidos a nadie, lo más probable es que estén tomados de la Anábasis de Jenofonte o de las interpretaciones mías o ajenas de este texto; en los demás casos, provienen de diversas fuentes localizables mediante la bibliografía de las pp. 293-305.

[3]Tirteo 10-23-7 West.

[4]Platón, Laques 190c.

[5]Kurípides, *Heracles* 159-164.

[6]John Keegan, *The Face of Battle: A Study of Agincourt, Waterloo and the Somme* (Londres, Jonathan Cape, 1976), pp. 168-169 (ed. Penguin). [Hay trad. cast.: *El rostro de la batalla*, Madrid, Ejército de Tierra: Estado Mayor: Servicio de Publicaciones, 1990.]

[7]Jenofonte, *Agesilao* 11-14, sobre la batalla de Coronea.

[8]J. E. Lendon, *Soldiers and Ghosts*, p. 83.

[9]Plutarco, *Artajerjes* VII 2.

[10]Eliano, *Miscelánea histórica* XII I.

[11]Filipo de Opunte, *Epinomis* 987d; en el pasado, esta obra se atribuyó erróneamente a Platón.

[12]Heródoto, *Historia* 155.

[13]British Museum, ANE (Ancient Near East/Antiguo Oriente Próximo) 90920.

[14]Heródoto, *Historia* III 95.

[15]Jenofonte, *Ciropedia* VIII 2, 12.

[16]Heródoto, *Historia* VIII 98.

[17]Jenofonte, *Agesilao* IX I.

[18]Heródoto, *Historia* V 97.

[19]Heródoto, *Historia* V 105.

[20]*Discussions and Dissertations*, II (1859), p. 283.

[21]Jenofonte, *Económico* XI 15-18.

[22]Tucídides,*Historiadela guerra del Peloponeso* II 53.

[23]Jenofonte, *El jefe de la caballería* I I-2.

[24]Jenofonte, *Anábasis* VI 4,12-20. La detención de Jenofonte en aquel lugar durante tres días se puede comparar con la de cuatro días del espartano Dercílidas en *Helénicas* III I, 17-18, que también terminó mal para quienes ignoraron los augurios.

[25]Jenofonte, *Anábasis* III I, 11-14.

[26]DiógenesLaercio,*Vidasde filósofos ilustres* II, 48.

[27]Aristófanes, *Las aves* I.281.2.

[28]Esquines, *Contra Timarco* 173.

[29]Platón, *Gorgias* 521 e.

[30]Jenofonte,*Anábasis* III I,5-8.

[31]Jenofonte, *Anábasis* V 8, 19.

[32]PseudoJenofonte,*La constitución de los atenienses* I 5. El autor anónimo es conocido como «El Viejo Oligarca».

[33]Robin Lañe Fox, «*Introducción*», p. 12., en id. (ed.), *The Long March*.

[34]Jenofonte, *Anábasis* VII 7, 57.

[35]Jenofonte, *Helénicas* II 3, 56, donde aparece representado a lo largo de todo el libro como la voz de la razón.

[36]Jenofonte, *Anábasis* V 3, 5.

[37]Plutarco, *Agesilao* XIX.

[38]Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeso* VIII 18.

[39]Andócides, *Sobre la paz con Esparta* XXVIII, donde se hace eco de Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeso* VI 13, 2.

[40]Plutarco, *Artajerjes* III. La anécdota pudo haber tenido su origen en Ctesias. La anécdota sobre Parisátide como asesina de Estatira proviene de *Artajerjes* XIX, también, probablemente, a través de Ctesias.

[41]*Anábasis*, 1 4, 9; 11 4, 27.

[42]En especial Plutarco, *Alcibíades* XXXIX; Diodoro de Sicilia, *Biblioteca histórica* XIV 11.

[43]*Ciropedia* VIII 8, 12. Sobre la opinión personal de Jenofonte acerca de Ciro, véanse *Anábasis* I 9, y *Económico* IV 18-19.

[44]*Económico* IV20-5.

[45]Heródoto,*Historia* II152.

[46]*Fragmento* 350 Lobel-Page.

[47]Jenofonte, *Anábasis* 11 6, 1-15.

[48]Ensu libro *From Melos to My Lai*, y también en su colección de ensayos *Xenophon and His World*, editada por Christopher Tuplin.

[49]Jenofonte, *Anábasis* III 4,5.

[50]Jenofonte, *Anábasis* I 3,5.

[51]Jenofonte, *Anábasis* II 6, 21-29.

[52]Jenofonte, *Anábasis* II 2, 6.

[53]Jenofonte, *Anábasis* I 9.

[54]Isócrates, *Sobre la paz* 44-46; véase también Platón, *Leyes* 630b.

[55]Jenofonte, *El jefe de la caballería* IX 3-4.

[56]Poema 909 en D. L. Page, *Poetae Melici Graeci* (Oxford University Press, 1962), pp. 478-479.

[57]Jenofonte, *Anábasis* VI 6, 38.

[58]Heródoto,*Historia* VIII 105-106.

[59]Jenofonte, *Anábasis* III 1,4.

[60]Jenofonte,AnábasisVII23.

[61]William Shakespeare, *Enrique V* III 3, 116-24.

[62]Maquiavelo, *Discursos* 6.

[63]Jenofonte, *Anábasis* 1 2, 25. Los especialistas deberán saber que he tenido en cuenta la brillante enmienda propuesta por M. W. Slather y J. W Hewitt (eds.), *Xenophon's Anabasis Books* I-IV (Norman, University of Oklahoma Press, 1969), adloc.

[64]Jenofonte, *Anábasis* I 4, 4-5.

[65]Jenofonte, *Anábasis* I 5,1.

[66]Jenofonte, *Anábasis* IV 1, 13.

[67]Jenofonte, *Anábasis* V 8, 4.

[68]Jenofonte, *Anábasis* V 1, 2.

[69]Donald Engels, *Alexander the Great and the Logistics of the Macedonian Army*, p. 22.

[70]Jenofonte, *El jefe de la caballería* VII 6-7.

[71]Plutarco, *Artajerjes* VI 2.

[72]Jenofonte, *Anábasis* I 7, 4.

[73]Fragmento 26, Jacoby, preservado en Plutarco, *Artajerjes* XIV-XVII.

[74]Heródoto, *Historia* I 136, confirmado por inscripciones persas como la citada en Amelie Kuhrt, The Ancient Near East, vol. 2, p. 681. [Hay trad. cast.: *El Oriente Próximo en la antigüedad*, Barcelona, Editorial Crítica, 2000-2001.]

[75]Jenofonte, *Anábasis* II 5.

[76]Jenofonte,*Anábasis* II 5, 32-34.

[77]Jenofonte,*Anábasis*III1,37.

[78]Véase Petru Popescu, *Amazon Beaming* (Nueva York, Viking, 1991) [Hay trad. cast.: *Los misterios del Amazonas*, Barcelona, Plaza & Janés, 1992.]

[79]Platón, *Fedón* 109b.

[80]Jenofonte,*Anábasis* III 2, 23-26; sobre un asentamiento en el interior de Persia, véase II, 4, 21-22.

[81]Jenofonte, *Anábasis* V 6, 15-16.

[82]*Anábasis* VII 1-29.

[83]Véase Tim Rood en mi traducción, *Xenophon: The Expediton of Cyrus* (Oxford, Oxford University Press, 2005), pp. XI-XII.

[84]Jenofonte, *Anábasis* II 5, 8-9.

[85]Jenofonte, *Anábasis* III 2, 25.

[86]Jenofonte, *El jefe de la caballería* IV 16; en *Anábasis* IV 4, 15, dice lo siguiente sobre Demócrates de Temnos, principal explorador del ejército: «Pues se consideraba que este hombre había dicho la verdad en otras muchas ocasiones anteriores, lo cierto como cierto y lo falso como falso». En VII, 3.41 alude en

particular a Seutes, su pagador en aquel momento, que realiza por su cuenta labores de explorador.

[87]Jenofonte, *Anábasis* IV 1, 23-24.

[88]Jenofonte, *Anábasis* IV 3, 10.

[89]Jenofonte, *Anábasis* IV 16-54.

[90]Jenofonte,*Anábasis* IV5,14.

[91]Austen Layard, *Discoveries in the Ruins of Nineved and Babylon, with Travels in Armenia, Kurdistan and the Desert* (Londres, John Murray, 1853), p. 14.

[92]John Macdonald Kinneir, *Journey*, pp. 346-347.

[93]Plutarco, *Marco Antonio* XLV.

[94]T. E. Lawrence, citado en J. M. Wilson, «*T. E. Lawrence and the Translating of the Odyssey*», en *Journal of the T. E. Lawrence Society*, 3.2 (1994), p. 37.

[95]Las ideas de Jenofonte sobre el liderazgo se hallan diseminadas por todas sus obras, en especial en *Anábasis*, *Ciropedia*, *El jefe de la caballería* y *Hierón* VIII-XI. Dos pasajes que las compendian son *Recuerdos de Sócrates* III 1, 6 y *Económico* XXI 4-8. La frase citada es de *Recuerdos de Sócrates* III 9, 10.

[96]En los párrafos siguientes me refiero, por orden de aparición, a los siguientes autores y pasajes: Polibio, *Historias* VI 3-10; Diógenes Laercio, *Vidas de filósofos ilustres* VII 131 = J. von Arnim, *Stoicorum Veterum Fragmenta* III 700; Píndaro, *Odaspíticas* II 85; Heródoto, *Historia* III 80-83; Platón, *Político* 291C-303C; Aristóteles, *Política* III (con una breve referencia específica a 1265b). En el siglo IV se pueden encontrar reflexiones sobre la división tripartita, por ejemplo, en Isócrates, *Nicocles* XV, y *Panatenaico* CXXXII. Los pasajes de Jenofonte aparecen profusamente diseminados a lo largo de toda la Anábasis y son demasiados como para mencionarlos.

[97]Jenofonte, *Anábasis* V 7, 27-32; VII 6, 4.

[98]Jenofonte, *Anábasis* IV 7, 21-5.

[99]Louis MacNiece, «*Round the Córner*», Collected Poems, 2.a ed. (Londres, Faber & Faber, 1979), p. 583.

[100]Jenofonte, Anábasis IV 8, 20-1.

[101]Estrabón,*Geografía*XII3,18.

[102]RobinLane Fox, «*Introduction*», p. 45, en id. (ed.), *The Long March*.

[103]Jenofonte, *Anábasis* V 1,2.

[104]Jenofonte, *Anábasis* V 3,3.

[105]Jenofonte, *Anábasis* VI, 1, 27-28 y VII 1, 26-27; purificación del ejército se menciona en V 7, 35.

[106]Jenofonte, *Anábasis* V 2, 2. El «Promontorio de Jasón» se menciona un par de frases antes. En la costa del mar Negro hay varios lugares de cuyo nombre forma parte la palabra «Jasón». Pero fueron denominados así por los griegos debido a una interpretación errónea del término que en iranio occidental designaba un lugar sagrado: ayazana, que sonaría para un oído griego de manera parecida a «Iasonia»; además, se hallaban oportunamente en la ruta supuestamente tomada por Jasón y los Argonautas.

[107]*The Black Sea Coast of Turkey* (Estambul, Redhouse Press, 1996), p. 113 (en gran parte, sobre la misma región): «Aquí, una carretera lleva hacia el interior, Kusköy, o Pueblo de los Pájaros [...] El nombre de Kuskoy resulta muy adecuado, pues sus habitantes son famosos por su destreza para comunicarse de unos valles a otros mediante su estridente "idioma de silbidos", considerado un lenguaje antiguo propio de regiones remotas, como los Montes Pónticos».

[108]Jenofonte, *Anábasis* V 4, 32-34.

[109]Jenofonte, *Anábasis* VI 4, 3-6.

[110]Jenofonte, *Helénicas* III 2, 7.

[111]*Helenica Oxyrhynchia* XVI 2.

[112]Jenofonte, *Agesilao* VII 5.

[113]Jenofonte, *Agesilao*II 9 = *Helénicas* IV 3, 16.

[114]La comparación aparece formulada, por ejemplo, por Andreas Panagopoulos, «Xeuof<u Aqhuv...oj *Istojic[* [205 (2 de octubre de 2003), p. 7.

[115]Jenofonte, *Anábasis* V 3, 7-13.

[116]ItaloCalvino,*Why Read the Clames?*, p. 19.

[117]Arnaldo Momigliano, *The Development of Greek, Biography* (Cambridge, MA, Har¬vard University Press, 1971), p. 47.

[118]Italo Calvino, *Why Read the Classics?*, p. 20. [Hay trad. cast.: *Por qué leer los clásicos*, Barcelona, Tusquets Editores, 1992.]

[119]Jenofonte, *Helénicas* III 1, 2.

[120]Sobre Nimrud (denominada por Jenofonte «Larisa») y Nínive («Mespila»), véase Jenofonte, *Anábasis* III 4, y X.

[121]Es justo añadir que algunos estudiosos no creen que este capítulo final fuera escrito por el propio Jenofonte. Estoy de acuerdo en que se trata de un apéndice posterior, pero sospecho que es auténtico. El propio Platón parece resumir y corregir las opiniones de Jenofonte en Leyes 6943-6956.

[122]Capítulo 15 y último de la traducción de Talbert (véase bibliografía); se trata del capítulo 14, penúltimo e interrumpido, de la tradición manuscrita.

[123]Jenofonte, *Helénicas* V 3, 16 y V 4, 1 son dos pasajes famosos, pero, por lo demás, su hostilidad circunstancial se manifiesta tanto en lo que no dice como en lo que dice, lo cual hace que las citas resulten capciosas. Sobre todo este asunto, véase en especial John Dillery, *Xenophon and the History of His Times*, pp. 195-237.

[124]Diodoro de Sicilia, *Biblioteca histórica* XIV 21, 6.

[125]Aristóteles, *Política* 1.253a; véase también *Política* 1.256b-1.258a, sobre el conservadurismo manifestado por Aristóteles en su desagrado ante los cambios en las prácticas comerciales.

[126]Jenofonte, Anábasis V 3, 7, VII 7, 57.

[127]Diógenes Laercio, *Vidas de filósofos ilustres* II 54.

[128]Pausanias, *Descripción de Grecia* V 6, 6.

[129]Jenofonte, *Helénicas* III 4, 2; sobre la participación de Jasón de Feras en la expedición, véase *Helénicas* VI 1, 12.

[130]En su libro *Orientalism*, publicado por primera vez en 1978. [Hay trad. cast.: *Orientalismo*, Barcelona, Debate, 2002.]

[131]Edith Hall, *Inventing the Barbarian*, p. 99.

[132]Píndaro, fragmento 169, Bergk, citado aprobatoriamente por Heródoto en III 38.

[133]Aristóteles,*Política* 1.254b.

[134]Porejemplo,Heródoto, *Historia* VII 103 (en una instructiva serie de contraposiciones entre las sociedades griega y persa),VIII 223 (en las Termopilas); Jenofonte, *Anábasis* III 4, 26.

[135]Heródoto, *Historia* VII 136; la anécdota siguiente la cuenta Eliano, *Miscelánea histórica* 131.

[136]PseudoHipócrates, *Sobre los aires, aguas y lugares* 16.

[137]Véase también Esquilo, *Las suplicantes* 497-498; Heródoto, *Historia* IX 122; Jenofonte, *Anábasis* III 2, 25; Aristóteles, *Política* 1.327b.

[138]Diógenes Laercio, *Vidas de filósofos ilustres* I 33, que atribuye el dicho a Tales de Mileto y a Sócrates de Atenas.

[139]Heródoto, *Historia* VIII 144.

[140]Teognis, *Elegías* 781; Heródoto, *Historia* VIII 3; Platón, *República* 469b-471c.

[141]Antifonte de Atenas, fragmento XLIV Diels/Kranz; Hipias de Elide, tal como aparece reflejado en el *Protágoras* de Platón, 337c-d.

[142]Gorgiasde Leontinos, fragmento 5b Diels/Kranz (discurso

pronunciado en el 392 a. C.). Otros dos discursos contemporáneos sobre la necesidad de que los griegos se unan contra los bárbaros: Lisias de Atenas II y XXXM.

[143]Isócrates, *Panegírico* 185; a continuación, en el resto del párrafo, me refiero a *Panegírico* 50, 145 y 173-174, y a *Panatenaico* 76-96. *A Filipo* 90-92, es otro ejemplo de la utilización de la *Anábasis* por Isócrates.

[144]Jenofonte, *Anábasis* II 4, 4. A continuación, para el resto del párrafo: VI, 1, 13; I 5, 9; III 2, 26.

[145]Jenofonte: *Anábasis* I 7, 3-4.

[146]Jenofonte, *Helénicas* IV 1, 30-39, una semblanza deliciosa.

[147]Véase en especial Jenofonte, *Ciropedia*, pero también *Económico* IV y XIV.

[148]Polibio, *Historias* III 6, 10-12.

[149]Krúano, *Anábasis* I 12,3-4, II 7, 8-9.

[150]Arriano, *Anábasis* II 7, 8-9.

[151]Eunapio, *Introducción a las Vidas de los filósofos y los sofistas*.

Table of Contents